Karen Horney

La personalidad neurótica de nuestro tiempo

Traducción de Ludovico Rosenthal

Introducción

Freud previó en varias ocasiones que el psicoanálisis hallaría su verdadera tierra de promisión en Norteamérica. La buena acogida que se le dispensó en 1909 en la Universidad de Worcester, en contraste con la hostilidad crónica que en Viena se cernía hacia su persona y su obra, está en el origen de esta apreciación. Mas, a pesar de ello, Freud insistió en que la lucha por el psicoanálisis tenía que decidirse en los viejos centros de cultura, en la vieja Europa que tanta resistencia le oponía a sus teorías.

Históricamente, la predicción de Freud se ha cumplido en parte. Hoy en día, Estados Unidos es el país donde mayor implantación tiene el psicoanálisis. Pero la lucha por el psicoanálisis se ha desplazado. Ésta no se centra ya en la necesidad de conquistar «los viejos centros de cultura» -por oposición a unos nuevos en los que sería fácil arraigar por la falta de resistencias-, sino en la dirección que pueda tomar en el futuro el movimiento psicoanalítico en virtud de las distintas, y a veces contrapuestas, tendencias que habitan en su seno. Una de las más importantes, y con toda seguridad la más popular, es la que en Norteamérica ha tomado la denominación de «escuela cultural», y que tiene en Karen Horney a uno de sus más genuinos representantes.

Al lado de personalidades como Erich Fromm y Harry Stack Sullivan, Karen Horney ha encabezado esta corriente psicoanalítica de orientación cultural, también conocida por neofreudianismo, debido a las posiciones revisionistas que ha mantenido con respecto a la doctrina ortodoxa del fundador del psicoanálisis. Antes de señalar algunas de las características centrales del revisionismo de Karen Horney, es preciso destacar el origen alemán de esta autora, activa en Berlín hasta 1932 y psicoanalizada por personalidades tan próximas al círculo de Freud como Karl Abraham y Hans Sachs. Surgida, pues, de los viejos centros de cultura europeos, Horney sufrió el impacto de un nuevo medio, el norteamericano, en el que muchas de las premisas de los conflictos neuróticos estudiados en Europa simplemente dejaban de tener validez.

Esta experiencia personal fue de enorme importancia en la evolución de su pensamiento, que ya en sus primeras manifestaciones presentó matices disidentes en relación con la ortodoxia freudiana. Miembro destacado en los años veinte del Instituto Psicoanalítico de Berlín, Horney se interesó por el estudio de la psicología femenina en sus primeros trabajos, partiendo de la base de que «el psicoanálisis es la creación de un genio del sexo masculino», que «casi todos los que han desarrollado sus ideas» en el campo de la investigación psicoanalítica han sido hombres, y que, por tanto, es lógico y razonable que a éstos «tes fuera más fácil elaborar una psicología masculina y que entendieran más del desarrollo de los hombres que del de las mujeres».

La labor de Horney en esta su primera época como psicoanalista se dirigió, en consecuencia, a una reelaboración de algunos aspectos de la teoría freudiana que estaban determinados por una concepción masculina de la psicología. En «Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer», así como en otros trabajos similares, impugnó el carácter central otorgado a la envidia del pene en la constitución de la mujer, al tiempo que puso de relieve una específica envidia' masculina, no detectada por Freud, hacia aspectos singularmente femeninos como el embarazo y la maternidad.
Esta posición crítica hacia algunos puntos del psicoanálisis freudiano, no hizo sino aumentar más tarde, cuando ya en Norteamérica, Karen Horney vivió, como se ha dicho, el impacto de un medio sociocultural, en el que los datos clínicos sobre los que construir la cura de los conflictos neuróticos eran sencillamente otros que los aparecidos en las sociedades europeas del período de entreguerras.
La situación que constató entonces Karen Horney se asemeja a la diagnosticada actualmente por el sociólogo norteamericano Richard Sennet en Narcisismo y cultura moderna. La sintomatología clásica de las enfermedades neuróticas, esencialmente tangible, ha ido remitiendo en las sociedades de capitalismo avanzado, por lo que, afirma Sennet, «todo el esquema médico de signos enfermizos se enfrenta ahora al desafío que supone el aumento incesante de personas que no evidencian síntomas concretos y reveladores de dolencia, sino que más bien expresan un malestar endémico de sus estados de carácter: una incapacidad de sentirse estimulados o de llegar a estarlo; un sentido persistente de ilegitimidad que es más fuerte cuando se le reconoce a uno como legítimo; una sensación "de estar muerto para el mundo".
Esta relación entre cultura y neurosis en la que se apoya el diagnóstico de Sennet constituye el verdadero punto de partida de las teorías de Karen Horney y el eje frontal en el que se articula su «revisión» de las doctrinas freudianas. Tomando como referencia las ürvestigaciones de antropólogos como Margaret Mead, Ruth Benedict, Abram Kardiner, Ralph Linton y otros, Horney sostiene qué el concepto de neurosis es incomprensible si no se lo relaciona con el concepto de cultura. Las neurosis han de estudiarse siempre de acuerdo con el patrón de normalidad imperante en una cultura -tal es la primera afirmación que se contiene en La personalidad neurótica de nuestro tiempo-. Pero, dado que este criterio, como lo ha demostrado la antropología, es cambiante según de qué cultura se trate, no hay posibilidad de fundamentar una «psicología normal», válida para toda la humanidad, o, lo que es lo mismo, no es lícito esperar que un nuevo hallazgo psicológico revele una tendencia universal inherente a la naturaleza humana.
En La personalidad neurótica de nuestro tiempo, que es uno de los libros más importantes de Karen Horney y uno de los más populares en el

campo de la literatura psicoanalítica, se definen las neurosis como «desviaciones del patrón normal de conducta». Característico de la personalidad neurótica es el de presentar cierta rigidez en las reacciones, así como una abierta discrepancia entre las capacidades y las realizaciones. El neurótico es una persona que siempre sufre, y ello es producto de un rasgo común a todo tipo de conflicto neurótico, y que es el de la angustia y las consiguientes defensas que se erigen contra ella. Por último, otra característica de la personalidad neurótica es la de su escisión en tendencias antitéticas, lo cual origina un permanente conflicto, casi siempre inconsciente, y para el que nunca se halla solución satisfactoria.
Este conjunto de rasgos, que Horney analiza en el presente libro detalladamente, hace que se pueda hablar de una auténtica «personalidad neurótica de nuestro tiempo», es decir, de una personalidad enferma que, más allá de las singularidades de su conflicto personal, es homologable en virtud de unas «similitudes básicas». Estas, indudablemente, vienen producidas por las peculiares dificultades de nuestra época y de nuestra cultura.
La relación fundamental entre neurosis y cultura que Karen Horney sostiene ha entrañado, como se decía más arriba, una «revisión» de las teorías de Freud en algunos aspectos de gran importancia. Al enfatizar el carácter cultural y, en consecuencia, actual de las neurosis, Horney ha cercenado la orientación biológica del psicoanálisis freudiano, basado, como es sabido, en el principio del placer y en la idea de que la psique humana se halla gobernada por ocultos mecanismos de tipo inconsciente.
De idéntica manera se desprende de las teorías de Horney un rechazo de la teoría freudiana de la libido, fundamentada en una consideración genética que otorga una importancia trascendental al papel de la sexualidad infantil en la posterior conformación de una neurosis, así como una concepción del inconsciente que pierde su primacía en beneficio del yo. Así, para Horney, más que de un fondo de impulsos destructivos, cabe hablar de un bloqueo. del desarrollo de la personalidad, por el cual se generan en ésta instancias destruc• toras.
En fin, Karen Horney no acepta la idea de Freud de una naturaleza humana biológicamente determinada, ni tampoco el carácter teóricamente inalterable de constelaciones como la del complejo de Edipo. Lo fundamental, para esta psicoanalista norteamericana de origen alemán, es la plasticidad de, la psique humana, y el hecho de que está sujeta a un proceso incesante de interacción con el medio ambiente sociocultural.
Es más. Las concepciones biologistas de Freud, producto de los hábitos científicos del siglo XIX, han conducido al psicoanálisis, piensa esta autora, a un auténtico callejón sin salida. De ahí que en El nuevo

psicoanálisis, publicado en 1939, declarara sin ambages que «el psicoanálisis debería evadirse de las limitaciones que le impone el hecho de ser una psicología "instintivista" y genética».
Las tesis mantenidas por Karen Horney y, en general, por los revisionistas neofreudianos han sido blanco de innumerables críticas. Basta aquí citar la de Herbert Marcuse en Eros y civilización, en donde habla de que «la profunda dimensión del conflicto entre el individuo y su sociedad, entre la estructura instintiva y el campo de la conciencia fue allanada» por los neofreudianos, que han reorientado el psicoanálisis «hacia la tradicional psicología consciente de textura prefreudiana». O la de Theodor W. Adorno, el cual critica el optimismo de Karen Horney y los neofreudianos, pues el hablar «del costado luminoso del individuo y de la sociedad, y no del sombrío, es exactamente la ideología oficialmente admitida y respetable», mientras que Freud, con su biologismo y su pesimismo, «apunta a la verdad sobre unas relaciones de las que nada se dice».
Críticas aparte, debe decirse que la obra de Karen Horney está enraizada en una de las dicotomías originales del psicoanálisis: la de que éste, siendo por una parte una teoría crítica del individuo y de la sociedad, es, por otra, una terapia individual cuya función es adaptadora. La misión del psicoanálisis como terapia es la de restituir al individuo, alienado por su neurosis, a la sociedad. Y Karen Horney, que más que una teórica, quiso ser y fue una excelente terapeuta, enfatizó el lado clínico del psicoanálisis: aquel cuyo objetivo consiste en sanar al individuo neurótico.

Cronología

1885 16 de septiembre: Karen Horney nace en Hamburgo, en el seno de una familia acomodada. Su padre, Berndt H. W. Danielsen, capitán de barco de origen noruego, es comodoro de una importante compañía naviera alemana. Su madre, Clothilde Marie van Rónzelen, es de origen neerlandés.

1911 En Berlín, donde ha cursado estudios de medicina, contrae matrimonio con el abogado Oscar Horney.

1912 Se doctora dn medicina. Empieza a psicoanalizarse con Karl Abraham, uno de los discípulos de Freud. Más tarde continuará su análisis con Hans Sachs.

1915 Comienza a trabajar como psicoanalista en Berlín, tanto en el campo clínico como en la consulta privada.

1917 Publica su primer trabajo psicoanalítico, «La técnica de la terapia psicoanalítica» («Die Technik der psychoanalytischen Therapie»), en la revista Zeitschrift fur Sexualwissenschaft.

1920 Se funda el Instituto Psicoanalítico de Berlín. Uno de sus miembros más destacados es Karen Horney.

1922 En el Congreso Psicoanalítico Internacional celebrado en Berlín, presenta su trabajo «Sobre la génesis del complejo de castración de la mujer» («Zur Genese des weiblichen Kastrationskomplexes»), primero de una serie de artículos que dedicará al estudio de la psicología femenina.

1926 «La huida de la femineidad» («Flucht aus der Weiblichkeit») y «La femineidad inhibida» («Gehemmte Weiblichkeit»).

1927 «El complejo de masculinidad de la mujer» («Der Mánnlich--keitskomplex der Frau»).

1930 «La desconfianza entre los sexos» («Das Misstrauen zwischen den Geschlechtern»).

1932 «El miedo a la mujer» («Die Angst vor der Frau»). .
Abandona Alemania. Se establece en Estados Unidos. En Chicago, es nombrada directora asociada del Instituto de Psicoanálisis de esta ciudad.

1934 Fija su residencia en Nueva York. Aparte de mantener su consulta privada, Karen Horney da clases en la New School for Social Research.

1935 «El problema del masoquismo femenino» («The Problem of Feminine Masochism»).

1936 «El problema de lá reacción terapéutica negativa» (The Problem of the Negative Therapeutic Reaction»).

1937 Se divorcia de su marido, Oscar Horney. La personalidad neurótica de nuestro tiempo (The Néurotic Personality of Our Time).

1939 La publicación de El nuevo psicoanálisis (New Ways in Psychoanalysis), con su crítica de la ortodoxia freudiana, sitúa á Karen Horney en una posición delicada en el seno del Instituto Psicoanalítico de Nueva York.

1941 Karen Horney, que junto a Fromm, Sullivan y otros, es la cabeza visible del psicoanálisis de orientación culturalista, es expulsada del Instituto Psicoanalítico de Nueva York. Funda entonces la Asociación para el Progreso del Psicoanálisis. 1942 El autoanálisis (Self-Analysis).

1945 Nuestros conflictos interiores (Our Inner Confliets).

1950 La neurosis y el desarrollo humano (Neurosis and Human Growth).

1952 4 de diciembre: Karen Horney muere en Nueva York.

BIBLIOGRAFÍA

A) Obras de Karen Horney traducidas al castellano:

El nuevo psicoanálisis. México (F.C.E.), 1943.
La neurosis y el desarrollo humano. Buenos Aires (Psique), 1955. El autoanálisis. Buenos Aires (Psique), 1974.
Nuestros conflictos interiores. Buenos Aires (Psique), 1973. ¿Piensa usted psicoanalizarse? Buenos Aires (Psique), 1973. Psicología femenina. Buenos Aires (Psique), 1970 y Madrid (Alianza Editorial), 1977.
«Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer», en Varios Autores, La máscara de la femineidad. Barcelona (Tusquets), 1979.

B) Estudios relacionados con la obra de Karen Horney:

ADORNO, TH. W., «La revisión del psicoanálisis», en Th. W. Adorno y M. Horkheimer, Sociológica. Madrid (Taurus), 1966. BROWN, J. A. C., Freud y los postfreudianos. Buenos Aires (Compañía Fabril Editora), 1963.
FREEMAN, L., La historia del psicoanálisis. México (Diana), 1963. FROMM, E., Psicoanálisis de la sociedad contemporánea. México (F.C.E.), 1956.
HALL, C. S. y LINDZEY, G., Las teorías psicosociales de la personalidad. Adler, Fromm, Horney y Sullivan. Buenos Aires (Paidós), 1974.
HARTMANN, H., La psicología del yo y el problema de la adaptación. México (Pax), 1961.
HENDRICK, I., Hechos y teorías del psicoanálisis. Buenos Aires (Sudamericana), 1950.
KELMAN, H., «Introducción» a K. Horney, Psicología femenina., Madrid (Alianza Editorial), 1977.
LÓPEZ IBOR, J. J., La vida y la muerte del psicoanálisis. Buenos Aires (Espasa-Calpe Argentina), 1951.

MANDOLINI GUARDO, R. G., De Freud a Fromm. Buenos Aires (Ciordia), 1960.
MARCUSE, H., «Crítica del revisionismo neofreudiano», en Eros y civilización. Barcelona (Seix Barral), 1968.
THOMPSON, C., El psicoanálisis. México (F. C. E.), 1951.

PRÓLOGO

El propósito que nos ha guiado al escribir este libro es el de ofrecer una fiel descripción del neurótico que vive entre nosotros, con todos los conflictos que realmente le conmueven, con todas sus angustias, sus sufrimientos y las múltiples dificultades que encuentra en sus relaciones con los demás y consigo mismo. No nos referimos aquí a ninguna forma particular de neurosis, sino que nos atenemos a la estructura del carácter que bajo una u otra forma aparece en casi todos los neuróticos de nuestro tiempo.

Acentuamos en especial los conflictos reales y los intentos del neurótico por resolverlos; sus angustias actuales y las defensas que ha levantado contra las mismas. Este realce de la situación actual no implica que descartemos la idea de que, en esencia, las neurosis surgen de experiencias infantiles precoces, aunque discrepamos de muchos psicoanalistas por estimar injustificado concentrar la atención en la infancia exclusivamente, dejándose llevar por una especie de fascinación unilateral y considerando que las reacciones ulteriores no son, en definitiva, sino meras repeticiones de otras previas. Nos proponemos demostrar que la relación entre las experiencias infantiles y los conflictos adultos es harto más compleja de lo que suponen aquellos psicoanalistas que postulan un simple nexo de causa - y efecto. Aunque las experiencias de la infancia originan las condiciones determinantes de la neurosis, no constituyen, sin embargo, las únicas causas de los trastornos que sobrevienen más tarde.

Si enfocamos nuestra atención sobre los trastornos neuróticos actuales, reconoceremos que las neurosis no son engendradas únicamente por experiencias accidentales del individuo, sino, también, por las condiciones específicas de la cultura en que vivimos. En realidad, las condiciones culturales no sólo dan peso y color a las experiencias del individuo; en última instancia, determinan asimismo su forma peculiar. Es un destino individual, por ejemplo, el tener una madre dominadora o «sacrificada», pero sólo bajo señaladas condiciones culturales hallamos madres dominadoras o sacrificadas, e igualmente sólo gracias a estas condiciones dadas tales experiencias pueden influir sobre la vida ulterior. del sujeto.

Una vez comprendida la gran importancia de las condiciones culturales en las neurosis, relegaremos a segundo término los factores biológicos y, fisiológicos que Freud conceptúa como raíces de éstas. Su influencia únicamente habrá de tenerse presente cuando se disponga de pruebas sólidas que la abonen.

Tal orientación nos ha conducido a algunas nuevas interpretaciones de una serie de problemas básicos que presentan las neurosis. Aunque se refieren a cuestiones dispares, como el problema del masoquismo, las

consecuencias de la necesidad neurótica de afecto y el significado de los sentimientos neuróticos de culpabilidad, todas esas interpretaciones tienen por base común la primordial significación concedida al papel determinante de la angustia en la producción de los rasgos neuróticos del carácter.

Como muchas de nuestras interpretaciones discrepan de las de Freud, algunos lectores se preguntarán si todo esto es aún psicoanálisis. La respuesta dependerá de lo que se considere esencial en esa ciencia. Si se admite que está sólo integrada por la totalidad de las teorías propugnadas por Freud, entonces lo que aquí exponemos no es, en realidad, psicoanálisis. Si, en cambio, se juzga que los elementos esenciales del psicoanálisis residen en ciertas orientaciones básicas del pensamiento frente al papel de los procesos inconscientes y a las formas de su expresión, así como en determinado tipo de tratamiento terapéutico que lleva esos procesos a nuestra conciencia, entonces lo que presentaremos es, por cierto, psicoanálisis. Creemos que la adhesión estricta a todas las interpretaciones teóricas de Freud entrañaría el peligro de querer hallar en las neurosis lo que sus teorías hacen suponer que se debe encontrar en ellas. Este riesgo no es otro que el. del estancamiento intelectual. Creemos, además, que el respeto por la gigantesca producción científica de Freud ha de manifestarse edificando sobre los cimientos que él ha echado, así como que sólo de ese modo podremos contribuir a realizar las posibilidades que el psicoanálisis promete para el futuro, tanto en el sector teórico como en el terapéutico.

Estas observaciones también contienen la respuesta a otra pregunta susceptible de plantearse: si nuestra interpretación no es, acaso, un tanto adleriana. Ofrece, es verdad, ciertas similitudes con determinados puntos que Adler destacó, pero fundamentalmente no se sale del terreno freudiano. Adler es, en efecto, un buen ejemplo de cómo hasta una intuición fértil de los procesos psicológicos puede llegar a esterilizarse si se la persigue unilateralmente y sin fundarse en los descubrimientos capitales de Freud.

Dado que el propósito cardinal de este libro no es precisar en qué sentidos coincidimos y en cuáles otros diferimos con los demás psicoanalistas, por lo regular hemos limitado nuestras consideraciones sobre asuntos polémicos a ciertos temas respecto de los cuáles nuestras opiniones divergen notablemente de las de Freud.

Cuanto aquí exponemos no son más que las impresiones recogidas en el curso de un largo estudio psicoanálitico de las neurosis. Si hubiésemos querido presentar el material en que se apoyan nuestras interpretaciones, deberíamos haber incluido muchos historiales clínicos detallados, método injustificadamente engorroso para un libro destinado a ofrecer un panorama general de los problemas que plantean las

neurosis. Empero, aun sin este material, el especialista, e inclusive el profano, estarán en condiciones de verificar la validez de nuestras afirmaciones, pues a todo observador atento le será posible comparar nuestras conjeturas con sus propias observaciones y experiencias, rechazando o aceptando, modificando o corroborando sobre tal base cuanto aquí se dice.

Esta obra se escribió en lenguaje simple y, en favor de la claridad, asimismo nos abstuvimos de entrar en muchos detalles. Los términos técnicos han sido excluidos en la medida de lo dable, pues siempre está la amenaza de que los tecnicismos sustituyan la nítida ideación. Así, a muchos lectores, en especial a los profanos, podrá parecerles fácil comprender los problemas de la personalidad neurótica; pero tal conclusión sería errónea o aun peligrosa. No podemos eludir la circunstancia de que todos los problemas psicológicos son, por fuerza, profundamente complejos y sutiles. A quien no esté dispuesto a admitirlo, le aconsejamos que no lea esta obra, pues se encontraría perdido en un laberinto y defraudado en sus esperanzas de hallar fórmulas estrictas y terminantes.

El libro se dirige al profano intelectualmente inquieto, así como a todos aquellos cuya profesión ponga en contacto con neuróticos y que estén familiarizados con sus problemas. Entre dichos profesionales no sólo apela a los psiquiatras, sino también a los asistentes sociales y a los maestros, y además a aquellos antropólogos que se hayan percatado de la importancia de los factores psíquicos en el estudio de las distintas culturas. Por último, confiamos que asimismo sea de cierto valor para el propio neurótico. Éste, cuando no desecha por principio todo pensamiento psicológico, como una intrusión y una imposición, gracias a su mismo sufrimiento suele tener de las complejidades psicológicas una compresión más aguda y sutil que sus congéneres de mejor salud. Por desgracia, las lecturas acerca de su situación no lo curarán, pues en lo que lea le será mucho más fácil reconocer a otros que a sí mismo.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestro agradecimiento a Miss Elizabeth Todd, que preparó la edición de este volumen. Los autores con quienes nos sentimos en deuda de gratitud serán citados en el texto. Nuestro máximo reconocimiento se lo debemos a Freud por habernos provisto de las bases e instrumentos con que trabajamos; e igualmente a nuestros enfermos, pues todo cuanto sabemos deriva de nuestra labor común.

1
SIGNIFICADO CULTURAL Y PSICOLÓGICO DE LAS NEUROSIS

El término «neurótico» suele aplicarse hoy día con la mayor liberalidad, sin que, empero, se tenga siempre un concepto claro de lo que denota. Muchas veces no pasa de ser una manera algo presumida de expresar reprobación por alguien, pues quienes se habrían conformado otrora con calificarlo de holgazán, pusilánime, caprichoso o suspicaz, tenderán hoy a endilgarle el epíteto de «neurótico». No obstante, al usar tal palabra es forzoso que imaginemos algo, y al elegirla quizá nos dejemos llevar por determinados criterios, sin percatarnos de éstos cabalmente.
En primer lugar, los neuróticos discrepan de los seres comunes en sus reacciones. Así, tenderemos a considerar neurótica a una joven que prefiera quedar en el anonimato, negándose a aceptar un aumento de sueldo y a identificarse con sus superiores; o bien a un artista que sólo gane treinta dólares por semana cuando podría tener ingresos muy superiores, dedicando algún tiempo más a su labor, y que, en cambio, opte por gozar de la existencia en la medida en que se lo permitan sus modestos ingresos, malgastando buena parte de su vida en compañía de mujeres o entregado a meras aficiones técnicas. La razón por la cual llamamos neuróticas a tales personas reside en que la mayoría de nosotros estamos dominados -acaso exclusivamente- por normas de conducta que entrañan un anhelo de progresar en el mundo, de aventajar a los otros, de ganar más dinero que el requerido para el sustento.
Estos ejemplos nos demuestran que uno de los criterios aplicados para llamar neurótica a una persona es el de si su manera de vivir coincide con alguno de los tipos de conducta aceptados en nuestra época. Si la muchacha que carece de todo afán de competencia, o por lo menos de deseos manifiestos de emulación, viviese en alguna tribu de los indios Pueblo, sin duda se la reputaría enteramente normal; también lo sería el mencionado artista si habitara en algún villorrio de Italia meridional o de México, pues en esos medios no se concibe que alguien desee ganar más dinero o realizar mayor esfuerzo que el estrictamente indispensable para satisfacer las exigencias del sustento cotidiano. Retrocediendo en el tiempo, en Grecia, la actitud de querer trabajar fuera del límite de las propias necesidades habría sido conceptuada a todas luces indecente.
Así, el término neurótico, aunque procedente de la medicina, ya no puede utilizarse sin tomar en cuenta su significado cultural. Es posible diagnosticar una fractura de pierna sin conocer el fondo cultural del paciente, pero sería muy arriesgado calificar de psicótico a un muchacho indio por el mero hecho de habernos dicho que tiene visiones en cuya

existencia real cree[1]; pues en las condiciones particulares de cultura en que viven estos indios, las visiones y alucinaciones se estiman como un don especial, como una verdadera bendición de los espíritus que se trata de provocar deliberadamente, ya que confieren cierto prestigio a la persona que las tiene. Entre nosotros sería neurótico o psicótico quien se pasara las horas hablando con su finado abuelo, mientras semejante comunicación con los antepasados es una actividad aceptada en algunas tribus indias. Una persona que se sienta mortalmente ofendida si en su presencia se menciona el nombre de un pariente fallecido, también será considerada evidentemente neurótica, pero, en cambio, resultaría por completo normal en la cultura de los indios apaches Jicarilla[2]. No menos neurótico estimaríamos a un hombre que fuese presa de pánico al aproximársele una mujer menstruante, mientras entre muchas tribus primitivas el miedo a la menstruación es una actitud corriente.

El concepto de lo normal no sólo varía con las distintas culturas, sino también con el tiempo, en idénticas condiciones culturales. Así, verbigracia, si una mujer de nuestros días, adulta e independiente, se juzgase una «perdida» e «indigna del amor de un hombre honrado» por el simple hecho de haber tenido relaciones sexuales, igualmente se sospecharía que padece una neurosis, al menos en muchos círculos de la sociedad. Sin embargo, hace cuarenta años semejante actitud de culpabilidad se habría calificado de normal. Esta idea también varía con las distintas clases sociales, pues en la aristocracia, por ejemplo, se estima normal que un hombre se dedique constantemente a la vagancia, cultivando como únicas actividades la caza y la guerra, en tanto se juzgaría decididamente anormal al pequeño bilrgués que adoptase esa misma conducta. Esta variación se observa también a propósito' de las' distinciones sexuales, por lo menos en- la medida en que existen en nuestra cultura occidental, donde se.adtnite que hombres y mujeres están dotados de temperamentos diferentes. De ahí resulta, pues, normal que a una mujer la obseda el temor a la vejez cuando se aproxima a los cuarenta años, mientras sería, por cierto, neurótico, un hombre que a tal altura de la vida le preocupase su edad.

En cierta medida, toda persona educada sabe perfectamente qué lo normal está expuesto a marcadas variaciones. Así, no ignoramos que la cocina china es distinta de la nuestra; que los esquimales tienen diferentes concepciones de la higiene; que el hechicero primitivo curaba a sus enfermos de manera diversa que el médico moderno. En cambio,

---

[1] Véase 11. Scudder Mekeel, Clinic and Culture (Clínica y cultura), en el «Journal of Abnormal and Social Psychology», 1935, vol. 30, págs. 292-300.

[2] M. E. Opler, An Interpretation of Ambivalente of two American Indian Tribes (Interpretación de la ambivalencia en dos tribus de indios americanos), en el «Journal of Social Psychology», 1936, vol. 7, págs. 82-116.

no se halla tan difundida la noción de que no sólo las costumbres sino también los impulsos y los sentimientos están sujetos a variaciones, a pesar de que los antropólogos la han establecido implícita o explícitamente[3]. Como señala Sapir, uno de los méritos de la antropología moderna es su constante dedicación a redescubir la normalidad[4].

Por sólidos motivos, toda cultura se aferra a la creencia de que sus propios impulsos y sentimientos constituyen la única expresión normal de la «naturaleza humana»[5], y tampoco la psicología ha podido escapar a esta regla. Freud, por ejemplo, deduce de sus observaciones que la mujer es más celosa que el hombre, procurando justificar luego, con fundamentos biológicos, este presunto fenómeno general[6]. También parece admitir que todos los seres padecen sentimientos de culpabilidad

---

[3] Consúltese el excelente material antropológico de los siguientes libros: Margaret Mead, Sex and Temperament in Three Primitive Societies [Sexo y temperamento. Buenos Aires, ed. Paidós, 1961. (T.)]; Ruth Benedict, El hombre y la cultura. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1939; así como la obra de A. S. Hallowell, Handbook of Psychological Leads for Ethnological Field Workers (Manual de orientación psicológica para estudios prácticos de etnología).

[4] Edward Sapir, Cultural Anthropology and Psychiatry (Antropología cultural y psiquiatría), en el «Journal of Abnormal and Social Psychology», vol. 27, 1932, páginas 229-242.

[5] Ruth Benedict, op. cit.

[6] En Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica («Obras completas», tomo XX), Freud expone la teoría de que la diferencia sexual anatómica inevitablemente lleva a que toda niña envidie el pene del varón. Más tarde, este deseo de poseer un falo se transforma en el de poseer a un hombre, como portador de aquél. Luego, envidia a otras mujeres por sus relaciones con los hombres -en términos más precisos, por su posesión de los hombres- tal como primitivamente envidió el atributo viril. Al formular aseveraciones como éstas, Freud cede a la tendencia común de su época: establecer generalizaciones válidas para toda la humanidad, en cuanto se refiera a la naturaleza humana, aunque se basen únicamente en la observación de un solo medio cultural.

El antropólogo no pretende restar validez a las observaciones de Freud, pero sólo puede otorgarles vigencia en determinado sector de la población y en determinada cultura y época; en cambio, niega valor a sus generalizaciones, señalando que las diferencias entre los pueblos, en cuanto a su actitud ante los celos, son . infinitas; así, hay pueblos donde los hombres son más celosos que las mujeres; otros, en los cuales ninguno de los sexos sabe de celos personales, y otros, donde ambos sexos son desmesuradamente celosos. Teniendo presentes estas variedades, podrá refutarse el intento de Freud -o de quienquiera que lo emprenda- de reducir sus observaciones a las diferencias anatómicas entre lo sexos. En cambio, apuntará la necesidad de estudiar las distintas condiciones de vida y su influencia sobre la génesis de los celos en el hombre y en la mujer. Dentro de nuestras condiciones culturales, por ejemplo, cabría preguntarnos si la observación de Freud sobre las mujeres neuróticas de nuestra cultura es también aplicable a las mujeres normales de la misma. Es preciso plantear esta cuestión, ya que los psicoanalistas, obligados a tratar a diario con neuróticos, suelen olvidar que en nuestra cultura existen asimismo seres normales. Igualmente podríamos preguntarnos qué condiciones psicológicas contribuyen a exacerbar los celos o el sentido de posesión frente al sexo opuesto, y qué diferencias en las condiciones de vida de hombres y mujeres de nuestra cultura explican el dispar desarrollo de los celos en ambos sexos.

ante la idea del homicidio[7], pero es indiscutible que son muy variables las actitudes frente al asesinato. Como lo ha demostrado Peter Freuchen[8] los esquimales no consideran que se deba castigar al asesino, y en muchas tribus primitivas el perjuicio infligido a una familia a la cual matan uno de sus miembros es susceptible de repararse ofreciendo un sustituto. En algunas culturas los sentimientos de una madre cuyo hijo ha sido muerto pueden ser mitigados adoptando en su lugar al homicida[9].

Prosiguiendo con la aplicación de las comprobaciones antropológicas, nos vemos forzados a reconocer que ciertas concepciones nuestras acerca de la naturaleza humana son más bien ingenuas, como, verbigracia, la noción de que el sentido de competencia, la rivalidad entre hermanos, el vínculo del cariño con la sexualidad, constituyen características inherentes a la naturaleza humana. Alcanzamos nuestro concepto de la normalidad adoptando ciertas pautas de conducta y de sentimiento vigentes en un grupo determinado que las impone a todos sus miembros; pero olvidamos que esas pau-. tas varían con la cultura, la época, la clase social y el sexo. La trascendencia de estas consideraciones para la psicología es mucho mayor de lo gtie a simple vista parecería. Su resultado inmediato son ciertas dudas acerca de la omnisciencia de la psicología. Las sintilitudes entre los hallazgos que ofrece nuestra cultura y los realizados en otras, no nos permiten inferir que ambas obedezcan a idénticas motivaciones. Ya no es lícito admitir que toda nueva comprobación psicológica revela una tendencia universal inherente a la naturaleza humana. La consecuencia de todo ello es la confirmación de lo que ya repetidas veces sostuvieron algunos sociólogos: que no existe algo que pueda llamarse psicología normal, extensible a toda la especie humana.

Sin embargo, estas limitaciones se compensan ampliamente al abrírsenos nuevas posibilidades de conocimiento. La consecuencia fundamental de semejantes consideraciones antropológicas es que los sentimientos y las actitudes son plasmados én sorprendente medida por las condiciones bajo las cuales vivimos, sean culturales o individuales, que se hallan inseparablemente entrelazadas. Esto significa, a su vez, que conociendo nuestras condiciones culturales de vida nos será fácil llegar a una comprensión harto más profunda del carácter especial de los sentimientos y las actitudes normales, y siendo las neurosis desviaciones del tipo normal de conducta, también ellas podrán comprenderse mucho mejor.

---

[7] Sigmund Freud, Totem y tabú. «Obras completas», tomo VIII. Editorial: Americana, Buenos Aires, 1943.

[8] Peter Freuchen, Arctic Adventure and Eskimoes (Aventuras en el Ártico y los esquimales).

[9] Robert Briffault, The Mothers (las madres).

Al adoptar esta orientación seguimos en parte el camino que hubo de recorrer Freud para brindarnos un entendimiento de las neurosis ignorado hasta entonces. Aunque teóricamente redujo nuestras peculiaridades a impulsos instintivos biológicamente dados, Freud sostuvo con energía -en'la teoría y, aún más, en la práctica- que no es factible penetrar una neurosis sin conocer en detalle las circunstancias de la vida individual y, en particular, las influencias moldeadoras del afecto que el niño recibe en la temprana infancia. Aplicando idéntico principio al problema de las estructuras normales y neuróticas en una cultura dada, arribamos a la conclusión de que no podemos comprender esas formaciones psíquicas sin conocer previamente, en sus pormenores, las influencias que esa cultura particular ejerce sobre el individuo[10].

Por otra parte, sin embargo, esa orientación involucra un decisivo paso más allá de la actitud de Freud; avance posible de realizar, aunque sólo basándose en sus reveladores descubrimientos. Efectivamente, mientras en cierto sentido Freud se adelantó mucho a su época, en otro -por ejemplo, en la desmedida importancia que asigna al origen biológico de los rasgos mentales- permaneció arraigado en las orientaciones científicas de aquélla. En efecto, Freud acepta que las tendencias instintivas o las relaciones objetales más frecuentes en nuestra cultura (como las frases «pregenitales» biológicamente establecidas y el complejo de Edipo), están biológicamente determinadas por la «naturaleza humana» o son producto de situaciones inalterables.

El menosprecio de los factores culturales por Freud, además de conducir a generalizaciones erróneas, obstaculiza sobremanera la comprensión de las fuerzas reales que motivan nuestras actitudes y actos. A nuestro modo de ver, esta desestimación constituye la principal razón por la cual el psicoanálisis, mientras siga fielmente las sendas teóricas trazadas por

---

[10] Muchos autores han reconocido la importancia de los factores culturales como influencias determinantes de las condiciones psicológicas. Así, Erich Fromm, en su trabajo Zur Entstehung des Christusdogmas (Sobre el origen del dogma cristiano), publicado, en la revista «Imago», 1930, vol. 16, págs. 307-373, fue quien presentó y elaboró antes que nadie este método de investigación en la literatura psicoanalítica alemana. (Véase la reseña de este trabajo en Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1945, N.° 3, págs. 186-188. [E.]). Más tarde fue adoptado por otros, como Wilhelm Reich y Otto Fenichel. En Estados Unidos, Harry Stack Sullivan fue el primero en reparar en la necesidad de que la psiquiatría tomara en cuenta los factores culturales. Otros psiquiatras norteamericanos que encararon el problema de esta manera son Adolf Meyer, William A. White,(Twentieth Century Psychiatry - Psiquiatría del siglo veinte). William A. Healy y Augusta Bronner (New Light an Delinquency-Nuevos esclarecimientos acerca de la delincuencia). Recientemente, algunos psicoanalistas, como F. Alexander y A. Kardiner, se han interesado por la significación cultural de los problemas psicológicos. Entre los sociólogos que comparten este punto de vista, consúltese muy, especialmente a H. D. Lasswell (World Politics and Personal insecurity - Política mundial e insEguridad personal) y a John Dollard (Criteria for the Life History -Criterios para la historia de la vida).

Freud, y a pesar de sus perspectivas en apariencia ilimitadas, se encontrará en un callejón sin salida, como lo testimonia la exuberante producción de teorías abstrusas y el empleo de una terminología nebulosa.

Hemos visto, pues, que la neurosis implica una desviación de la normalidad, criterio en verdad muy importante, aunque insuficiente para resolver el problema. Por cierto, una persona puede apartarse de la norma general, sin padecer por ello una neurosis. Así, el ya citado artista que rehusa dedicar más tiempo que el indispensable a ganarse el sustento, puede tener una neurosis, o bien, simplemente, asumir una actitud muy sabia, no dejándose precipitar en el torrente de la competencia material. Por otro lado, numerosas personas que a primera vista impresionan hallarse bien adaptadas a las normas estatuidas de la existencia, quizá sufran una grave neurosis. En estos casos, precisamente, es imprescindible adoptar el punto de vista psicológico o médico.

Desde esta perspectiva, por curioso que parezca, no es nada fácil establecer lo que constituye una neurosis; pero, sea como fuere, mientras nos limitemos a estudiar exclusivamente su aspecto manifiesto, resultará difícil fijar características comunes a todas ellas. No cabe duda de que es imposible usar como criterio los síntomas -fobias, depresiones, trastornos somáticos funcionales- pues éstos bien pueden faltar en las neurosis. Es cierto que siempre existen inhibiciones de cualquier naturaleza, por motivos que veremos más adelante, pero podrían ser tan sutiles o estar tan ocultas que escaparan a la observación superficial. Tropezaríamos con idénticas dificultades si, teniendo presente sólo el cuadro manifiesto, pretendiésemos juzgar los trastornos de las relaciones con los demás, incluyendo los desórdenes de las relaciones sexuales. Éstos tampoco faltan nunca, pero pueden ser muy difíciles de discernir. Con todo, existen dos características que nos es dable apreciar en cualquier neurosis, sin necesidad de conocer íntimamente la estructura de la personalidad: primero, cierta rigidez en las reacciones, y segundo, una estimable discrepancia entre las capacidades del individuo y sus realizaciones.

Es menester explicar mejor ambas características. Por «rigidez de las reacciones» entendemos la ausencia de la flexibilidad que nos permite reaccionar de diversa manera frente a diferentes situaciones. Una persona normal, por ejemplo, abriga sospechas cuando siente o advierte razones que las justifiquen; en cambio, una persona neurótica podrá estar dominada por incesantes sospechas, sin tener en cuenta la situación dada, y tenga o no conciencia de su estado. El ser normal es capaz de distinguir un cumplido sincero de otro falso; el neurótico, por su parte, no atina a diferenciarlos o puede rechazarlos totalmente, bajo cualquier circunstancia. Una persona normal experimenta encono

cuando cree que se le quiere imponer algo sin causa ni motivo razonables, en tanto que el neurótico responderá con malevolencia a cualquier insinuación, aun cuando comprenda que es en su propio interés. Una persona normal podrá sentirse indecisa en determinados casos, ante asuntos importantes y arduos de solucionar; el neurótico constantemente suele mostrarse incapaz de decidirse.

Sin embargo, la rigidez o inflexibilidad sólo es índice de neurosis cuando discrepa de las normas culturales, pues la mayoría de los campesinos de la civilización occidental de ordinario suelen ser muy suspicaces ante todo lo nuevo o extraño, y en la pequeña burguesía nos encontramos con un estricto sentido de la economía que también es un ejemplo de rigidez normal.

Análogamente, la discordancia entre la capacidad potencial de una persona y lo que en realidad cumple en su vida puede obedecer sólo a factores externos. En cambio, sería índice de neurosis si el sujeto continuase siendo improductivo a pesar de sus buenas dotes y contando, además, con todas las posibilidades externas favorables a su realización; o bien si pese a tener a su alcance toda las condiciones para sentirse feliz, no acertase a gozar lo que posee; o, en otro caso, si una mujer se creyera incapaz de atraer a los hombres no obstante su gran belleza. En otras palabras, el neurótico tiene la impresión de que él mismo es un obstáculo en su propio camino.

Apartándonos del cuadro manifiesto que presentan las neurosis y atendiendo a los dinamismos que intervienen en su producción, nos enfrentamos con un factor esencial, común a todas ellas: la angustia y las defensas levantadas contra ésta. Por compleja que sea la estructura de una neurosis, esa angustia es el factor que desencadena el proceso neurótico y lo mantiene en actividad. En los capítulos subsiguientes ya se aclarará el significado de esta regla, de modo que por ahora no citaremos ejemplos. Necesita, empero, ser explicada, aunque no sea sino para aceptarla provisoriamente a título de hipótesis de trabajo.

Expresada en los términos antedichos, esa regla evidentemente es demasiado general, pues tanto las angustias o temores (por el momento usaremos estos términos en forma indistinta) cuanto las defensas contra ellos, no sólo se encuentran sin excepción, sino que no constituyen reacciones privativas de la especie humana. En efecto, cuando un animal asustado por algún peligro se defiende o recurre a la fuga, estamos exactamente ante la misma situación de temor y defensa. También intervienen estos dos factores cuando, atemorizados por el peligro del rayo, instalamos un pararrayos en el techo de nuestra casa, o cuando el miedo a las consecuencias de posibles accidentes nos induce a concertar una póliza de seguro. Ambos factores se encuentran en diversas formas específicas en cualquier cultura, y hasta pueden asumir el carácter de institución: verbigracia, la costumbre de usar amuletos

para protegerse contra el mal de ojo, la observancia de ritos circunstanciales por temor a los muertos, y los tabúes que llevan a evitar el contacto con mujeres menstruantes como defensa contra el miedo a las malignas emanaciones que éstas desprenderían.
Tales similitudes podrían inducirnos a cometer un error lógico, pues si los factores del miedo y de las defensas son esenciales en las neurosis, ¿por qué no ver en las defensas colectivas contra el miedo pruebas de la existencia de «neurosis culturales»? La falacia de este razonamiento radica en que dos fenómenos no son necesariamente idénticos por tener un elemento común. No se nos ocurriría llamar «roca» a una casa por el mero hecho de estar construida con el mismo material que aquélla. ¿,Cuál es, entonces, el ¡asgo distintivo de las defensas y los temores neuróticos, que les confiere este carácter específico? ¿Son tal vez imaginarios los temores neuróticos? En modo alguno, pues también podríamos calificar de imaginario el miedo a. los muertos, y tanto en un caso como en otro no haríamos más que emitir un juicio fundado en su defectuosa comprensión. ¿Quizá deban ese carácter a que el neurótico ignora esencialmente por qué tiene miedo? No, pues tampoco el hombre primitivo sabe por qué teme a los muertos. Esa distinción nada tiene que ver con el mayor o menor grado de conciencia o racionalidad, sino que reside en los dos factores siguientes.
En primer lugar, las condiciones de vida imperantes en toda cultura engendran ciertos temores que pueden responder a peligros externos (las fuerzas de la naturaleza o los enemigos), a las formas que adoptan las relaciones sociales (desencadenamiento de la hostilidad por opresión, injusticia, dependencia forzada o frustraciones), a tradiciones culturales (miedo ancestral a los demonios o a la violación de los tabúes), sin tener en cuenta su origen. Un individuo podrá hallarse más o menos sujeto a estos temores, pero en términos generales es dable aceptar justificadamente que se imponen a todo indivíduo de determinada cultura, no disponiendo éste de medio alguno para eludirlos. En cambio, el neurótico no sólo comparte los temores comunes a todos los individuos de una cultura, sino qué sufre además otras angustias distinguidas por su cantidad o calidad de las correspondientes a su cultura, y que obedecen a ciertas condiciones propias de su vida individual, vinculadas a las condiciones generales.
En segundo lugar, los temores reinantes en una cierta cultura suelen soslayarse mediante determinados recursos de protección, como los tabúes, los ritos y las costumbres. Por lo común tales defensas representan formas más económicas de resolver la angustia que las defensas que el neurótico erige de distintas maneras. Así, aunque deba someterse a las aprensiones y defensas de su cultura, una persona normal de ordinario se hallará en condiciones de realizar todas sus capacidades y de gozar lo que la vida puede ofrecerle. En otros

términos, al individuo normal le es factible aprovechar al máximo las posibilidades brindadas por su cultura y, expresándolo en términos negativos, no sufre sino lo inevitable en estas condiciones. El neurótico, en cambio, siempre sufre más que el individuo medio, pues de continuo se ve obligado a pagar un precio desorbitado por sus defensas; precio consistente en el menoscabo de su vitalidad y de su expansividad o, más específicamente, en la restricción de sus capacidades de realización y de goce, que da lugar a la citada discrepancia. En verdad, el neurótico siempre es un sujeto que sufre, y la única razón por la cual no hemos mencionado este hecho entre las características generales de las neurosis susceptibles de ser notadas por la observación superficial, es que no resulta necesariamente accesible a la observación exterior, pues, inclusive, acaso él mismo no se percate de su sufrimiento.

Hablando de recelos y defensas, tememos que, a esta altura, no pocos lectores comenzarán a impacientarse con una exposición tan amplia de un asunto tan simple como el de qué constituye una neu-. rosis. En descargo nuestro podemos aducir que todos los fenómenos psíquicos son complejos; que, si bien existen problemas sencillos en apariencia, ninguno de ellos admite una solución fácil; y que, por último, la tesis aquí planteada desde el principio en modo alguno es excepcional, sino que nos acompañará a través de todo el libró, cualquiera sea la cuestión que tratemos. La particular dificultad que presenta la definición de neurosis estriba en que ni los recursos psicológicos, ni los sociológicos, permiten, por sí solos, suministrar una respuesta satisfactoria, pues deben aplicarse alternativamente, primero uno y luego otro, según en efecto hicimos. Si pretendiésemos considerar la neurosis únicamente según el aspecto de sus dinamismos y de su estructura psíquica, habríamos de conceder existencia objetiva a un ser humano normal que no se da en la realidad. Dificultades mayores aún se nos presentan apenas traspasamos las fronteras de nuestro propio país o de los que poseen culturas similares a la nuestra. Por otra parte, si abordamos la neurosis sólo desde el punto de vista sociológico, conceptuándola como una mera desviación de la norma de conducta común a determinada sociedad, desdeñaremos groseramente cuanto sabemos acerca de las características psicológicas de la neurosis, y en ninguna escuela o país se encontrará un psiquiatra que acepte tales resultados como lícitos y justificados. La conciliación de ambos puntos de vista se logra por un método de observación que tenga presente los fenómenos anormales tanto en el cuadro manifiesto de la neurosis cuanto en los dinamismos del proceso psíquico, pero sin juzgar a ninguno de ellos como anormalidad primitiva y decisiva, pues ambos están combinados entre sí. En general, es éste el método que hemos seguido al indicar que el temor y la defensa constituyen uno de los centros dinámicos de la neurosis, pero

que sólo producen una neurosis cuando discrepan en cantidad y calidad frente a los temores y las defensas normales en la misma cultura.
Es preciso quedemos un paso más en igual sentido. Hay todavía otra característica esencial de las neurosis: la presencia de tendencias en conflicto, de cuya existencia, o por lo menos de cuyo contenido preciso el mismo neurótico no se percata y ante las cuales automáticamente procura alcanzar ciertas soluciones de compromiso. Esta última característica es la que bajo diversas formas Freud ha destacado como elemento indispensable dulas neurosis. Lo que distingue los conflictos neuróticos de los que habitualmente se dan en una cultura no es su contenido ni el hecho de ser en esencia inconsciente; (en ambos aspectos tos conflictos culturales comunes pueden ser idénticos), sino, por el contrario, la circunstancia de que esos conflictos son en el neurótico más agudos y acentuados. Este persigue y alcanza soluciones de compromiso -legítimamente clasificadas como neuróticas- menos satisfactorias que las obtenidas por el individuo común y establecidas con gran perjuicio para la personalidad total.
Resumiendo estas consideraciones, todavía no podríamos suministrar una definición concisa de la neurosis, aunque atinamos a discribirla: la neurosis es un trastorno psíquico producido por temores, por defensas contra los mismos y por intentos de establecer soluciones de compromiso entre las tendencias en conflicto. Debido a razones prácticas, sólo conviene llamar «neurosis» a este trastorno cuando se aparta de ta norma vigente en la cultura respectiva.

2
FUNDAMENTOS DE LA
«PERSONALIDAD NEURÓTICA DE NUESTRO TIEMPO»

Como nuestro interés reside principalmente en las maneras en que la neurosis afecta la personalidad, el campo de nuestra investigación habrá de quedar limitado en dos sentidos. En primer lugar, hay neurosis que pueden darse en individuos cuya personalidad se halla intacta o inalterada en lo restante, produciéndose a título de meras reacciones frente muna situación exterior plena de conflictos. Después de haber examinado la naturaleza de ciertos procesos psíquicos fundamentales, retomaremos estas simples neurosis de situación y expondremos brevemente su estructura[11]. Mas ahora no son éstas las que nos importan ante todo, pues no traducen una personalidad neurótica, sino sólo una momentánea falta de adaptación respecto a determinadas situaciones dificultosas. Al hablar de neurosis nos referimos a las neurosis de carácter, es decir, a aquellas condiciones que, si bien pueden presentar un cuadro sintomático exactamente igual al de las neurosis situacionales, contienen también el trastorno básico de la deformación del carácter[12]. Resultan de un insidioso proceso crónico que por lo general comienza en la infancia y llega a afectar, con mayor o menor intensidad, sectores más o menos amplios de la personalidad.
Superficialmente considerada, también una neurosis de carácter puede resultar de una situación actual de conflicto, pero el minucioso registro de los antecedentes podrá demostrar que existían rasgos anormales del carácter mucho antes de que surgiera la situación con- . flictual; que la dificultad momentánea a su vez obedece en gran medida a trastornos personales preexistentes y, por fin, que el individuó reacciona en forma neurótica a una situación vital que no entrañaría el menor conflicto para una persona sana. La situación revela rheramente la presencia de una neurosis que puede haber existido desde algún tiempo.
En segundo lugar, no nos interesa tanto el cuadro sintomático de las neurosis, cuanto, predominantemente, los mismos trastornos del carácter, pues las deformaciones de la personalidad constituyen el fondo permanente de las neurosis, mientras que los síntomas, en el sentido clínico, podrán variar o aun faltar por completo. También desde el punto de vista cultural la formación del carácter tiene mayor importancia que los síntomas, dado que es aquél y no éstos lo que determina la conducta

---

[11] Las neurosis de situación coinciden, en términos generales, con las que J. H. Schultz ha denominado Exogene Fremdneurósen (Exoneurosis).
[12] Franz Alexander propuso adoptar el término neurosis de carácter para aquellas en las que faltan los síntomas clínicos. No creemos que tal término esté justificado, pues la presencia o ausencia de síntomas suele, carecer de significación para determinar la naturaleza de una neurosis.

humana. Al ahondar el conocimiento de la estructura de las neurosis y al comprender que la cura de un síntoma no significa por fuerza la desaparición de la neurosis, los psicoanalistas han ido desplazando en general su atención, para fijarla más en las deformaciones del carácter que en los síntomas. En sentido figurado, cabría decir que los síntomas neuróticos no constituyen el propio volcán, sino antes bien sus erupciones, mientras que el conflicto patógeno, como el volcán, se encuentra profundamente oculto en el individuo, a tal punto que este mismo lo desconoce.

Sentadas estas restricciones, procede plantear la cuestión de si los neuróticos de hoy tienen en común rasgos tan esenciales como para permitirnos hablar de una «personalidad neurótica de nuestro tiempo».

En cuanto a las deformaciones del carácter que acompañan los diversos tipos de neurosis, nos atraen más sus discrepancias que sus similitudes; así, el carácter histérico es decididamente distinto del carácter compulsivo. Sin embargo, las diferencias llamativas radican en los mecanismos o, en términos más generales, en el modo de manifestarse y de resolverse ambos trastornos. Un ejemplo de ello es la importancia de la proyección en el tipo histérico, frente a la intelectualización de los conflictos en el tipo obsesivo. En cambio, las semejanzas a que aludimos no conciernen a las manifestaciones o a los mecanismos de su producción, sino al contenido del propio conflicto. Con mayor exactitud, diremos que esas similitudes no se refieren tanto a las experiencias que han impuesto genéticamente el trastorno, sino a los conflictos actuales que mueven a la personalidad.

Para conocer las fuerzas motivadoras y sus múltiples ramificaciones es preciso adoptar una suposición previa. Freud, y con él la mayoría de los analistas, señalan que la finalidad del análisis queda cumplida al descubrir las raíces sexuales (por ejemplo, las zonas erógenas específicas) de un impulso, o bien el tipo infantil de reacción que se considera como modelo reproducido por aquel impulso., Aunque también nosotros sostenemos que no es posible penetrar totalmente una neurosis sin remontarse hasta sus raíces infantiles, creemos, por otra parte, que aplicando en forma unilateral el criterio genético, más que esclarecerse, el problema se confunde, pues dicho criterio induce a menospreciar las tendencias inconscientes actuales, sus funciones y sus interacciones con otras tendencias presentes, como los impulsos, los temores y las medidas de protección. La comprensión genética sólo es útil en tanto contribuya a la comprensión funcional.

Partiendo de está hipótesis, al analizara personas de los más diversos tipos que sufrían las más distintas neurosis, difiriendo también en edad, temperamento e intereses y procediendo de diferentes capas sociales, siempre comprobamos idénticos contenidos en sus conflictos dinámicos

centrales, e interrelaciones esencialmente semejantes en todos[13]. Nuestras experiencias en la práctica psicoanalítica han sido confirmadas por la observación de personas ajenas a ésta y de los personajes literarios más corrientes. Si privamos a los problemas recurrentes que afligen a los neuróticos del carácter fantástico y abstruso que suelen tener, no podemos dejar de advertir que sólo en intensidad discrepan de los problemas que afectan a todo ser normal de nuestra cultura. En nuestra inmensa mayoría, nos vemos obligados a luchar con problemas de competencia, con temores al fracaso, con el aislamiento emocional, la desconfianza del prójimo y de nosotros mismos, para no mencionar sino unas pocas de las múltiples dificultades que puede presentar una neurosis.

La circunstancia de que, en términos generales, la mayoría de los individuos de una cultura afronta idénticos problemas, nos impone la conclusión de que éstos son creados por las condiciones específicas de vida que reinan en aquélla. Además, el hecho de que las fuerzas motivadoras y los conflictos de otras culturas sean distintos de los que presenta la nuestra, nos permite colegir que tales problemas no son inherentes a la «naturaleza humana».

Así, al hablar de una personalidad neurótica de nuestro tiempo no sólo queremos decir que existen neuróticos con peculiaridades esenciales comunes a todos ellos, sino también que estas similitudes básicas son, esencialmente, producto de las dificultades que reinan. en nuestro tiempo y en nuestra cultura. Señalaremos luego, y hasta donde nuestros conocimierrtos sociológicos lo consientan, qué dificultades de nuestra cultura son responsables de los conflictos psíquicos que padecemos. La validez de nuestra hipótesis acerca de la relación entre cultura y neurosis habrá de ser verificada por la labor común de antropólogos y psiquiatras. Los psiquiatras deberían estudiar las neurosis tal como se presentan en culturas determinadas, pero no únicamente según los criterios formales de su frecuencia, su gravedad o su tipo, sino, en especial, desde el punto de vista de cuáles son sus conflictos básicos subyacentes. En cuanto al antropólogo, estudiará la misma cultura desde el punto de vista de los trastornos psíquicos que su estructura peculiar suscita en el individuo. La mentada similitud de los conflictos básicos se expresa, entre otras formas, por la semejanza de las actitudes humanas accesibles aun a la observación superficial. Por ésta entendemos todo cuanto un buen observador puede descubrir sin necesidad de apelar a los recursos de la técnica psicoanalítica; es decir, por medio de la contemplación de las

---

[13] Destacar estas similitudes no significa en modo alguno despreciar los esfuerzos científicos tendientes a discernir tipos especiales de neurosis. Por el contrario, estamos plenamente convencidos de que la psicopatología ha logrado notables progresos al demarcar los cuadros circunscritos de los trastornos psíquicos, su génesis; su estructura particular y sus manifestaciones peculiares.

personas más familiares, como él mismo, sus amigos, los miembros de su familia o sus colegas de profesión. Desde luego, revisaremos brevemente las observaciones más habituales.
Las actitudes así observables pueden clasificarse a grandes rasgos de esta manera: primero, actitudes frente al'dar y recibir cariño; segundo, actitudes frente a la valoración de sí mismo; tercero, actitudes frente al problema de la autoafirmación; cuarto, la agresividad; quinto, la sexualidad.
En cuanto a las primeras, uno de los rasgos predominantes de los neuróticos de nuestro tiempo es su excesiva dependencia de la aprobación o del cariño del prójimo. Todos deseamos ser queridos y sentirnos apreciados, pero en los neuróticos la dependencia del afecto o de la aprobación resulta desmesurada si se la coteja con la importancia real que los demás le conceden en su existencia. Si bien todos queremos gustar a las personas que nos agradan, los neuróticos están presos de un afán indiscriminado de estima o afecto, independientemente de su interés por la persona respectiva o de la trascendencia que adjudican a su opinión. -En la mayoría de los casos no se dan cuenta de estos insaciables anhelos, pero los traducen en la sensibilidad con que reaccionan al no obtener la ansiada atención. Así, por ejemplo, pueden sentirse heridos por el mero hecho de que alguien no acepte sus invitaciones o deje pasar algún tiempo sin hablarles por teléfono, o aun si sólo disiente con ellos en alguna opinión: tal hipersensibilidad es susceptible de ocultarse, empero, bajo una actitud de «iqué me importa!».
Además existe una notable contradicción entre su deseo de recíbir cariño y su propia capacidad de sentirlo o de ofrecerlo. Su desmesurada exigencia de respeto a sus propios requerimientos puede unirse a una falta no menos cabal de consideración por los demás. Esta discordancia no siempre se manifiesta superficialmente, pues, por el contrario, el neurótico puede mostrarse en exceso amable y afanoso de ayudar a todo el mundo, advirtiéndose entonces inmediatamente que actúa bajo compulsión, y no por espontáneo calor afectivo.
La inseguridad interior, expresada en esta dependencia de los demás, constituye el segundo rasgo que llama la atención al observar aun ligeramente al neurótico. Jamás faltan en él los característicos sentimientos de inferioridad y de inadecuación, que pueden manifestarse en una serie de formas tal como la idea de incompetencia, de estupidez, de fealdad, etc, y que podrán subsistir aunque no posean ningún fundamento en la realidad. Las ideas acerca de la propia estupidez son susceptibles de aparecer hasta en personas de extraordinaria inteligencia; las de fealdad, inclusive en la más bella de las mujeres. Estos sentimientos de minusvalía pueden mostrarse abiertamente en la superficie, bajo la forma de lamentaciones o preocupaciones, o bien los

pretendidos defectos ser aceptados como hechos inconmovibles, respecto de los cuales no valdría la pena malgastar el menor pensamiento. Por el contrario, también es dable que estén encubiertos por inclinaciones compensadoras al autoelogio, por una propensión compulsiva a alardear, a fin de impresionar tanto a uno mismo como a los demás con toda suerte de atributos que confieren prestigio en nuestra cultura: dinero, posesión de cuadros antiguos, muebles raros, mujeres, vinculaciones con personajes, viajes o conocimientos superiores. Es posible que una u otra de estas tendencias ocupe el primer plano, mas en el común de los casos no se podrá dejar de percibir agudamente la presencia de ambas.
El tercer grupo de actitudes, las que atañen a la autoafirmación, implica inhibiciones manifiestas. Por autoafirmación entendemos el acto de imponerse o de imponer las propias pretensiones, aplicando esta idea sin ninguna connotación que indique un excesivo afán de avasallar. En este sentido, los neuróticos revelan una amplia serie de inhibiciones. En efecto, están inhibidos para expresar sus deseos o para pedir algo, para hacer cualquier cosa en su propio interés, para expresar opiniones o críticas justificadas, dar órdenes, seleccionar las personas con quienes desean relacionarse, establecer nexos, con los demás, y así sucesivamente. También presentan inhibiciones frente a lo que cabría llamar «imposición de sí mismo», pues suelen ser incapaces de defenderse contra los ataques ajenos o de decir «no» . cuando no están dispuestos a acatar los deseos extraños, como, por ejemplo, los de una vendedora que pretende hacerles comprar lo.que no necesitan, los de- una persona que los invita, o los de una mujer u hombre que trata de tentarlos eróticamente: Poseen, por fin; inhibiciones de saber lo que en verdad quieren: dificultades para adoptar decisiones, para formarse opiniones y atreverse a expresar deseos que sólo incumben al beneficio personal. Necesitan encubrir tales deseos bajo ciertos rótulos que los disfracen, como un amigo nuestro que en sus cuentas personales incluía el cinematógrafo bajo «educación» y las bebidas alcohólicas en el rubro «salud». En este último grupo tiene singular importancia la incapacidad de establecer planes[14], ya se refieran a un simple viaje o a la vida entera: los neuróticos se dejan llevar cual si flotaran en una corriente, inclusive tratándose de importantes decisiones -por ejemplo, las de la vida profesional o el matrimonio-, en lugar de tener nítidos conceptos acerca de lo que ambicionan en su existencia. Son arrastrados exclusivamente por ciertos temores neuróticos, como vemos en las personas que acumulan dinero por miedo a la pobreza o que se lanzan a continuos e incesantes amoríos por temor a dedicarse a un trabajo constructivo.

---

[14] En su obra Schicksal und Neurose (Destino y neurosis), Schultz-Hencke ha sido uno de los pocos psicoanalistas que prestó debida consideración a este punto tan significativo.

En el cuarto grupo de dificultades, el relativo a la agresividad, incluimos aquellos actos que, a diferencia de los autoafirmativos, se dirigen evidentemente contra alguien, expresando una conducta de ataque, ofensa, intrusión o cualquier otra disposición hostil. Los trastornos de esta índole se manifiestan de dos maneras por completo distintas. Una de ellas es la propensión a ser agresivo, dominador y sobremanera exigente; a mandar, engañar o criticar. En ocasiones, las personas sometidas a tales actitudes advierten su agresividad, pero con mayor frecuencia no se percatan de ella y están subjetivamente convencidas de que, por el contrario, no son sino sinceras, o no hacen más que expresar una opinión, o aun que son muy modestas en sus demandas, pese a ser éstas en realidad ofensivas y presuntuosas. En otras, tales trastornos se acusan de una manera precisamente opuesta, comprobándose una actitud superficial de sentirse con facilidad engañado, dominado, despreciado, tiranizado o humillado. Además, la generalidad de estas personas no se da cuenta de que sólo se trata de su propia actitud; más bien están amargamente persuadidas de que todo el mundo se ensaña con ellas tratando de embaucarlas.
Las peculiaridades del quinto tipo, las de la esfera sexual, pueden clasificarse en forma somera como deseos compulsivos de tener actividades sexuales, o bien como inhibiciones frente a éstas. Tales inhibiciones son susceptibles de manifestarse en cualquiera dé las etapas conducentes a la satisfacción sexual, expresándose ya ante la mera aproximación de alguna persona del sexo opuesto, en el galanteo, en las propias funciones sexuales o en el goce que éstas proporcionan normalmente. Todas las particularidades descriptas en los grupos precedentes se traducen asimismo en las actitudes sexuales.
Podríamos extendernos mucho más en la caracterización de las mencionadas actitudes, pero ya tendremos ocasión de volver a ellas y, por otra parte, sería poco oportuno delinearlas con mayor detalle, dado que a esta altura sólo muy poco ganaríamos en su comprensión. En efecto, a fin de comprenderlas mejor hemos de considerar, previamente, los procesos dinámicos que las generan, pues una vez conocidos éstos advertiremos que todas esas actitudes, por incoherentes que parezcan, se hallan estructuralmente relacionadas entre sí.

3
LA ANGUSTIA

Antes de que abordemos la exposición detenida de las neurosis de nuestra época, será preciso retomar uno de los cabos que se han dejado en el primer capítulo, aclarando qué comprendemos bajo el término «angustia». Nada más importante, pues, como ya hemos dicho, la angustia es el. núcleo dinámico de las neurosis y por consiguiente tendremos que enfrentarla constantemente.
Hemos usado este término como sinónimo de «miedo», indicando así un parentesco entre los dos. pues ambos son, en efecto, reacciones afectival ante' el peligro, pudiendo estar acompañados por sensaciones físicas como temblor, sudor y palpitaciones cardíacas; fenómenos capaces de alcanzar violencia tal que el miedo intenso y repentino bien puede llevar a la muerte. Y, sin embargo, existen diferencias entre ellos.
Hablamos de angustia, por ejemplo, cuando una madre teme que su hijo se muera porque le ha brotado un granito en la cara o porque sufre un ligero resfrío; pero si está atemorizada porque el niño sufre una grave enfermedad, llamamos miedo a su reacción. Si alguien se atemoriza al encontrarse a cierta altura o cuando debe discutir un tema que conoce perfectamente, calificamos su reacción de angustia; mas si ese mismo temor se presenta al perderse en las montañas durante una tormenta de nieve. tenderíamos a denominarlo miedo. Con lo dicho ya tenemos una distinción simple y neta: el miedo sería una reacción, proporcionada al peligro que se debe encarar, mientras la angustia es una reacción desproporcionada al peligro, o inclusive una reacción ante riesgos imaginarios[15].

No obstante, esta diferenciación adolece de una falla, pues para decidir si la reacción es proporcionada es menester ajustarse a la noción media de peligro que rige en una cultura particular. Pero aun si esta noción demostrase que determinada actitud es infundada, el neurótico no hallaría la menor dificultad para dar a sus actos un fundamento racional. Efectivamente, pretender probarle a un paciente que su temor de ser atacado por un loco furioso no es más que una angustia neurótica, significaría sumergirse en interminables argumentaciones. Aquél bien podría señalar que su aprensión es real, aduciendo la ocurrencia de sucesos análogos al que teme. Un hombre primitivo mostraría idéntico empecinamiento si se intentase considerar algunas de sus reacciones angustiosas como desproporcionadas al peligro real. Así, verbigracia, el

[15] En el capítulo sobre «La angustia y la vida instintiva» de sus Nueras aportaciones al psicoanálisis. Freud establece una distinción análoga entre la angustia «objetiva» y la «neurótica», calificando a la primera como «reacción inteligible frente al peligro».

miembro de una tribu cuyos tabúes vedan comer ciertos animales, quedaría mortalmente asustado si por casualidad llegase a ingerir carne de éstos. Como observadores exteriores, cualquiera de nosotros juzgaría desproporcionada esta reacción, e inclusive la declararía completamente injustificada; pero conociendo las creencias de la tribu acerca de las carnes prohibidas, nos veríamos obligados a comprender que esa situación representa para el salvaje un auténtico peligro: el de que sus territorios de caza o de pesca queden desiertos, o el riesgo de contraer una enfermedad.

Hay, empero, cierta diferencia entre la angustia del hombre primitivo y la que en nuestra cultura conceptuamos neurótica. En disparidad con aquélla, el contenido de la angustia neurótica no concuerda con las opiniones generalmente sustentadas por todo el mundo. Ambos tipos de angustia pierden su carácter de reacciones desproporcionadas cuando se llega a penetrar su significado. Existen personas, verbigracia, incesantemente dominadas por la angustia de morir, pero en quienes sus mismos sufrimientos nutren, por otro lado, un secreto deseo de muerte. Sus diversos temores ante ésta, combinados con sus ideas optativas ante la muerte, suscitan en ellas una poderosa aprensión, un fuerte y profundo recelo de peligros inminentes. Conociendo todos estos factores, no cabe sino considerar su angustia ante la muerte como una reacción adecuada. Otro ejemplo mas simple lo tenemos en aquellas personas que son presas de terror al hallarse cerca de un precipicio, de una ventana alta o de un puente elevado. También aquí, vista desde fuera, la reacción ansiosa no parece guardar proporción alguna con el peligro, pero semejantes situaciones son susceptibles de imponer o desencadenar en esas personas un conflicto entre el deseo de vivir y la tentación de precipitarse al vacío, cualquiera sea su motivo. Es justamente este conflicto el que puede crear la angustia.

Todas estas consideraciones indican la conveniencia de modificar nuestra definición. El miedo y la angustia son, ambos, reacciones proporcionales al peligro, pero en el caso del miedo el peligro es evidente y objetivo, en tanto que en el de la angustia es oculto y . subjetivo. En otras palabras, la intensidad de la angustia es proporcional al significado que la situación tenga para la persona afectada; aunque ella ignore esencialmente las razones de su ansiedad.

En la práctica, la distinción entre miedo y angustia se reduce a la inutilidad de todo intento por librar a un neurótico de su angustia mediante la argumentación pesuasiva, pues esa angustia no se refiere a la situación, tal como objetivamente existe en la realidad, sino como el neurótico la ve. Por consiguiente, el objetivo terapéutico sólo podrá ser investigar el significado que determinadas situaciones tienen para aquél.

Habiendo así establecido qué comprendemos por angustia, es menester fijar nociones acerca del papel que desempeña. El hombre común de

nuestra cultura apenas advierte la preeminencia que la angustia tiene en su vida. Por lo general, únicamente recuerda que sufrió algunas ansiedades en su infancia, que tuvo uno o más sueños de angustia y que sintió descomunal recelo en situaciones ajenas a sus costumbres diarias: por ejemplo, antes de entrevistas decisivas con personas de influencia o antes de los exámenes.
Las informaciones que los neuróticos nos suministran al respecto carecen de la menor uniformidad. Algunos neuróticos se dan clara cuenta de que los acosa la angustia, pero sus manifestaciones son de lo más variables: puede aparecer como ansiedad difusa, bajo la forma de accesos ansiosos; mas también es susceptible de estar vinculada a situaciones precisas, como las alturas, las calles y las presentaciones en público; puede tener señalado contenido, como el temor de volverse loco, de padecer un cáncer o de tragarse alfileres. Otras personas reparan que de vez en cuando sienten angustia, conociendo o no las condiciones que la provocan, pero sin atribuirle importancia alguna. Por fin, hay neuróticos que sólo se percatan de que sufren depresiones, sentimientos de incapacidad, trastornos de la vida sexual y otras perturbaciones semejantes, pero no tienen la menor noción de haber sentido jamás angustia. Sin embargo, una observación más reposada suele demostrar que ello no es cierto, pues al analizarlos invariablemente se encuentra, en lo profundo, tanta angustia como en los casos del primer grupo, o aun más. En el análisis estos neuróticos adquieren conciencia de su angustia previa, llegando a recordar también sueños ansiosos o situaciones en las que sufrieron recelo o temor. No obstante, el volumen de angustia que reconocen espontáneamente no suele sobrepasar el normal, lo que nos revela. que es posible sufrir angustia sin saberlo.

Planteándolo así, este problema no acusa toda su trascendencia, pero, en efecto, integra una cuestión más general. Podemos experimentar sentimientos tan fugaces de cariño, cólera o sospecha, que jamás invaden la conciencia, y tan pasajeros que los olvidamos al punto. En realidad, estos sentimientos acaso sean nimios y transitorios, pero no es menos factible que tengan tras sí una intensa fuerza dinámica. Lo esencial de la cuestión es que el grado de conciencia de un sentimiento no indica en modo alguno la magnitud de su fuerza o importancia[16]. En cuanto a la angustia, esto no sólo significa que podemos hallarnos angustiados sin saberlo, sino también que la ansiedad es susceptible de ser el factor determinante de nuestra vida sin que poseamos la más ligera conciencia de ello.

---

[16] Esto no es sino una paráfrasis dcl hallazgo básico de Freud, o sea de la importancia de los factores inconscientes.

Más aún: parecería que ningún recurso nos resultase excesivo a fin de escapar a la angustia o de evitar sentirla. Tal actitud obedece a múltiples razones, siendo la más común que uno de los afectos más atormentadores que no es dable sentir es, precisamente, el de la angustia intensa. Todo paciente que haya sufrido un violento acceso de angustia nos dirá que preferiría morir antes que pasar otra vez por esa experiencia. Además, ciertos elementos del afecto ansioso pueden ser particularmente insoportables para el sujeto. Uno de ellos es la indefensión. Por cierto, se puede ser activo y valiente frente al mayor de los peligros, pero sentirse -en realidad encontrarse- por completo inerme en un estado de angustia. La indefensión es mucho más intolerable para aquellas personas en las que el poderío, el predominio y el sentimiento de poder superar cualquier situación constituyen ideales prevalentes. Impresionadas por la visible desorbitancia de sus reacciones, se resienten por éstas, como si les demostrasen su debilidad o su cobardía.

Otro elemento propio de la angustia es su manifiesto carácter irracional. Dejarse gobernar por cualquier factor irracional les resulta más insoportable a algunos individuos que a otros, en especial a aquellos que, en el fondo, perciben el secreto peligro de ser presos de sus conflictos irracionales y que han aprendido a ejercer siempre, en forma automática, un estricto dominio intelectual sobre sí mismos. Así, no tolerarán conscientemente ningún elemento irracional, reacción que, además de sus motivos individuales, entraña un factor cultural, pues nuestra cultura otorga máximo valor al pensamiento y a la conducta racionales, estimando inferior la irracionalidad o cuanto tenga aspecto de tal.

El último de los elementos que discernimos en la angustia está, en cierta medida, vinculado con el anterior. Precisamente por su irracionalidad, la angustia es una advertencia implícita de que algo anda . mal en nosotros, y, por lo tanto, nos avisa que debemos proceder a algún arreglo de nuestros mecanismos. No es que la percibamos coirs-cientemente a guisa de advertencia, pero de un modo tácito lo es, aceptémosla como tal o no. A nadie le gustan semejantes-irivitaciones, e inclusive podría decirse que nada despierta en nosotros tanta oposición como comprender que hemos de modificar alguna actitud nuestra. Sin embargo, cuanto más desesperadamente una persona se sienta atrapada en la compleja red de sus angustias y de sus mecanismos defensivos; cuanto más tienda a aferrarse a la ilusión de que es acertada y perfecta en todo, con tanta mayor energía repudiará instintivamente cualquier sugerencia -aunque sólo sea indirecta o tácita- de que algo no anda bien en ella y requiere ser modificado.

Nuestra cultura nos ofrece cuatro vías principales para escapar a la angustia: racionalizarla, negarla, narcotizarla o evitar toda idea, sentimiento, impulso o situación capaz de despertarla.

El primero de estos métodos -la racionalización- es el mejor recurso para eludir toda responsabilidad. Estriba en convertir la angustia en un temor racional. Si pasásemos por alto el valor psíquico de tal desplazamiento, nos sería dable suponer que con él no ha cambiado mucho. En efecto, una madre sobreprotectora estará igualmente preocupada por sus hijos, ya admita que tiene angustia o la interprete como una aprensión justificada. Puede repetirse al infinito el experimento de decirle a esta madre que su reacción no constituye un temor racional, sino una ansiedad, probándole su desproporción frente al peligro real y su motivación por factores personales. No dejará de contestarnos rechazando esta insinuación y procurará demostrarnos con toda energía que nos hallamos totalmente equivodados. ¿Acaso Luisita no se contagió en la escuela? Y Juanito, ¿cómo se rompió la pierna, sino trepando a un árbol? ¿Por ventura no sucedió hace poco que un hombre trató de seducir a unos niños ofreciéndoles caramelos? ¿Quién podría dudar, pues, que sólo el cariño y el sentido del deber dictan su conducta?

Siempre que nos encontremos con una tan enérgica defensa de actitudes irracionales, podremos estar seguros de que ellas tienen importantes funciones que cumplir para el individuo. Así, en lugar de sentirse presa indefensa de sus emociones, aquella madre está convencida de que puede enfrentarse activamente con la situación. En vez de reconocerlas como una debilidad, se sentirá orgullosa de sus altas cualidades. En lugar de verse forzada a admitir que su actitud se halla saturada de elementos irracionales, se siente completamente racional y justificada en ella. Lejos de reconocer y cumplir la advertencia de enmendar algo en sí misma, puede continuar atribuyendo la responsabilidad al mundo exterior, soslayando así la necesidad de encarar sus propias motivaciones. Desde luego, tales ventajas momentáneas le cuestan el precio de no poder librarse jamás de sus preocupaciones, y son los niños, en particular, quienes deben pagarlo. Pero la madre no lo entiende así y, en última instancia, tampoco quiere enterderlo, pues en lo más hondo de su intimidad se aferra a la ilusión de que nada necesita reformar en sí misma y que, no obstante, podrá arreglarse para obtener todos los beneficios que tal cambio le reportaría[17].

Idéntico principio rige en todas las tendencias a interpretar la angustia como un temor racional, cualquiera sea su contenido: miedo al embarazo, a enfermedades, a los desórdenes dietéticos, a las catástrofes o la pobreza.

El segundo recurso para escapar a la angustia consiste en negar su existencia. En realidad, nada se hace con ella en tales casos, excepto

---

[17] Véase Sandor Rado, An Over-Solicitous Mother (Una madre sobreprotectora).

negarla, es decir, excluirla de la conciencia. Lo único que entonces se exterioriza de la angustia son sus concomitancias somáticas, o sea el temblor, el sudor, la taquicardia, las sensaciones de sofocación, la frecuente necesidad de orinar, la diarrea, los vómitos y, en la esfera mental, una sensación de inquietud, de ser impulsado o paralizado por algo desconocido. Asimismo, podemos presentar todos estos sentimientos y sensaciones somáticas al experimentar miedo con plena conciencia; como también pueden éstos constituir la expresión exclusiva de una angustia existente, ya suprimida. En el último caso, lo único que el individuo sabe acerca de su estado son aquellas manifestaciones externas: por ejemplo, que en determinadas condiciones se ve obligado a orinar con frecuencia, que sufre náuseas cuando viaja en tren, que en ocasiones tiene profusos sudores nocturnos, siempre sin la menor causa física.

Sin embargo, también es posible negar conscientemente la angustia, intentando superarla mediante un esfuerzo de voluntad, a semejanza de lo que se hace en el nivel normal cuando se procura vencer el miedo negándolo atrevidamente. En este nivel, el ejemplo más conocido es el del soldado que, dominado por el impulso de sobreponerse a su miedo, realiza actos de heroísmo.

También el neurótico puede resolverse conscientemente a superar su angustia. Así, una niña atormentada casi hasta la pubertad por su angustia, sobre todo en relación con ladrones, resolvió conscientemente librarse de ésta durmiendo sola en el jardín de su casa o que dándose sola en ella y paseándose por las habitaciones desiertas. El primer sueño que trajo al análisis reveló varias formas de esta actitud. Contenía algunas situaciones en verdad pavorosas, pero siempre: las abordaba con toda valentía. En una de ellas oía pisadas en el jardín y se asomaba al balcón, preguntando: «¿Quién es?». .así logró perder-el miedo a los ladrones, pero como nada había cambiado en los factores causales de su angustia, persistieron otras de sus consecuencias. Continuó siendo una muchacha ensimismada y tímida que, se sentía despreciada y a la que no le era posible decidirse a efectuar ningún trabajo productivo.

Muchos neuróticos no llegan a adoptar tal determinación consciente, que a menudo se produce en forma automática. Empero, su diferencia del sujeto normal no está en el grado de conciencia de la decisión, sino en el resultado obtenido. Todo lo que el neurótico puede lograr «haciéndose fuerte», es sobreponerse a una de las manifestaciones de su angustia, como la muchacha citada que venció el miedo a los ladrones. No es nuestro propósito desmerecer estos resultados, que al reforzar la autoestima -pueden efectivamente tener valor práctico y también psíquico. Pero como suelen sobrevalorarse, es preciso demostrar

asimismo su faz negativa[18]. No sólo dejan inalterados los dinamismos esenciales de la personalidad, sino que el neurótico, al desaparecer dicha exteriorización llamativa de sus trastornos, pierde también un importante incentivo para liberarse de ellos.

El proceso de superar atrevidamente la angustia desempeña destacado papel en múltiples neurosis y no siempre se reconoce en su verdadera cuantía. La agresividad, por ejemplo, que numerosos neuróticos despliegan en ciertas situaciones, suele considerarse expresión directa de una verdadera hostilidad, mientras que en realidad puede ser, básicamente, una de esas osadas superaciones de la timidez bajo el estímulo de sentirse agredido. Aunque siempre manifiesta cierta hostilidad, el neurótico puede exaltar mucho su verdadera agresividad cuando la angustia le impulsa a vencer la timidez. Si pasásemos por alto estas diferencias, correríamos peligro de confundir la temeridad con una cabal agresividad.

La tercera manera de librarse de la angustia consiste en narcotizarla, ya sea literal y conscientemente, con el alcohol y los narcóticos, o con muchos otros recursos de función anestésica no tan evidente. Uno de ellos es el de precipitarse en las actividades sociales por miedo a quedar solo, siendo indiferente si este temor se reconoce como tal o si únicamente aparece como una vaga sensación de desasosiego. Otra forma de narcotizar la angustia es la de ahogarla en el trabajo, método que se traduce por el carácter compulsivo de éste y por la inquietud del sujeto en los domingos y días festivos. Idéntico fin puede cumplirse por la necesidad desorbitada de dormir; aunque de ordinario en estas condiciones el dormir no prodiga gran reposo. Por último, también las actividades sexuales son susceptibles de servir como válvula de seguridad para descargar la angustia. Siempre se supo que la masturbación compulsiva puede ser provocada por aquélla, pero igual cosa sucede con toda clase de relaciones sexuales. Aquellas personas en quienes estas relaciones sirven predominantemente como medio de aplacar la angustia se tornan harto inquietas e irritables cuando no tienen oportunidad de satisfacerlas, aunque sólo sea por breve tiempo.

El cuarto expediente para escapar a la angustia es, sin duda alguna, el más radical: consiste en rehuir toda situación, idea o sentimiento capaces de despertarla. Puede tratarse de un proceso consciente, como cuando una persona temerosa de la natación o del alpinismo esquiva estas actividades. Hablando en términos más precisos, una persona puede percatarse de su angustia y, al mismo tiempo, de que procura evitarla. Pero también puede ocurrir que sólo tenga escasa o ninguna conciencia de la angustia y que sólo advierta vagamente, o nada en

---

[18] Freud siempre la ha subrayado al señalar que la desaparición de los síntomas no es índicio suficiente de curación.

absoluto, su tendencia a eludir estas actividades. Puede, por ejemplo, aplazar en forma indefinida la solución de todo asunto que, sin saberlo el propio sujeto, entraña angustia, como tomar una decisión, consultar al médico o escribir una carta. O bien «fingir»; es decir, despojar subjetivamente de toda importancia a ciertas actividades inminentes, como participar en una discusión, impartir órdenes a los empleados o separarse de otra persona. Del mismo modo puede «fingir» que no le agrada hacer ciertas cosas, razón por la cual las descarta. Así, una muchacha para quien las fiestas importan el temor de ser desatendida, puede evitarlas por completo convenciéndose a sí misma de que no le gustan las reuniones sociales.

Dando un paso más, hasta el punto donde tal evitación se produce automáticamente, encontramos el fenómeno de la inhibición. Consiste ésta en la incapacidad de hacer, sentir o pensar determinadas cosas, y su función es evitar la angustia que se produciría si la persona pretendiese hacerlas, sentirlas o pensarlas. Entonces el sujeto no tiene conciencia de la angustia ni es capaz de superar su inhibición mediante un esfuerzo consciente. Su forma más espectacular y dramática la vemos en las inhibiciones funcionales de la histeria: ceguera, mutismo o parálisis histérica de un miembro. En la esfera sexual la frigidez y la impotencia representan inhibiciones semejantes, aunque la estructura de estos impedimentos sexuales puede ser muy compleja. En la esfera mental, son fenómenos bien conocidos las inhibiciones de la capacidad de concentración, de la formación o expresión de opiniones y de las relaciones con los demás.,

Valdría la pena dedicar algunas páginas exclusivamente a énumerar inhibiciones a fin de ofrecer al lector una impresión cabal de la variedad de sus formas y lo común de su aparición. Creemos, sin embargo, que bien podemos dejar a su cargo la tarea de repasar sus propias observaciones al respecto, pues en nuestros días las inhibiciones son fenómenos perfectamente conocidos y de fácil individualización, siempre que estén bien expresados. No obstante, convendrá exponer en breves términos las precondiciones necesarias a fin de percatarse de la existencia de inhibiciones. De otro modo, correríamos el riesgo de subestimar su frecuencia, pues por lo general no nos percatamos de las numerosas inhibiciones que en realidad nos aquejan.

En primer lugar, es preciso que tengamos idea del deseo de hacer algo a fin de poder notar nuestra incapacidad para ejecutarlo. Por ejemplo, es menester que conozcamos perfectamente nuestras ambiciones si queremos captar las inhibiciones que nos impiden satisfacerlas. Cabría plantearnos la cuestión de si siempre sabemos, por lo menos, qué queremos, y resueltamente deberíamos contestarnos que no. Tomemos el caso de una persona que escucha una conferencia y que tiene ideas críticas acerca de ella. Una inhibición pequeña consistiría, entonces, en

la timidez de expresar su reserva; una más intensa le impediría organizar sus pensamientos, con el resultado de que sólo se le ocurrirán una vez cerrada la discusión, o al día siguiente. Pero la inhibición es susceptible de alcanzar tal punto que ni siquiera permita surgir los pensamientos críticos, y en tal caso esa persona se inclinará a aceptar ciegamente cuanto se ha dicho, o inclusive a admirar la exposición del conferenciante, creyendo al mismo tiempo que en realidad asume una postura crítica y evitando así reconocer en lo más mínimo sus inhibiciones. En otros términos, si una inhibición llega a anular todo deseo o impulso, el sujeto puede no tener la menor noción de su presencia.

Un segundo factor susceptible de impedir la conciencia de la inhibición interviene cuando ésta desempeña tan significativo papel en la vida del sujeto, que él prefiere aceptarla como hecho inmutable. Si sufre, por ejemplo, una angustia invencible de cualquier especie frente a toda clase de trabajos, con la consecuencia de que el menor intento de emprender una tarea le produce intensa fatiga, la persona puede insistir en que no dispone de fuerzas suficientes para acometer labor alguna: esta creencia la protege, sin duda, pues si admitiese la existencia de la inhibición podría verse obligada a retornar al trabajo, exponiéndose así a la temida angustia.

La tercera eventualidad nos lleva otra vez a los factores culturales. Acaso resulte imposible enterarse jamás de las inhibiciones personales si éstas coinciden con las formas colectivamente aceptadas o con las ideologías imperantes en ese medio. Un enfermo con graves inhibiciones ante toda tentativa de aproximarse a una mujer no se daba cuenta de ellas, pues juzgaba su conducta a la luz de la idea reinante de que la mujer es sagrada. La inhibición de exigir algo de los demás puede justificarse con facilidad mediante el dogma de que la modestia es una virtud; también son susceptibles de escapar a nuestra atención las inhibiciones de todo pensamiento crítico contra dogmas vigentes en política, en religión o en cualquier otro campo específico del interés humano. Por último, podemos carecer de toda noción de la existencia de angustia de exponernos a castigos, a críticas o al aislamiento social. Sin embargo, a fin de apreciar la situación, es necesario conocer perfectamente los factores- individuales. Así, la ausencia de ideas críticas no implica necesariamente la existencia de inhibiciones, pues acaso obedezca a pereza mental, a estupidez o a convicciones del sujeto que realmente coinciden con el dogma dominante.

Cualquiera de estos tres factores puede llevarnos a la incapacidad de reconocer las inhibiciones existentes y a que hasta un psicoanalista experto encuentre dificultades en percibirlas. Pero aunque aceptásemos que podemos reconocerlas en su totalidad, no por ello nuestro cálculo de su frecuencia dejaría de ser demasiado bajo, pues aún quedarían sin

tomar en consideración todas aquellas reacciones que, si bien no son inhibiciones plenamente desarrolladas, se encuentran en camino de llegar a serlo. En las actitudes a que nos referimos todavía conservamos la capacidad de efectuar ciertas cosas, pero la angustia que éstas producen ejerce cierta influencia sobre su realización misma.

En primer lugar, el iniciar actividades que suscitan angustia despierta sensaciones de esfuerzo, fatiga o agotamiento. Así, verbigracia, una enferma nuestra que se estaba curando de su miedo a caminar por la calle, pero que aún sufría en ello una angustia bastante acentuada, se sentía completamente rendida después de un paseo dominical. Que este agotamiento, no obedecía a debilidad física alguna, estaba demostrado por la circunstancia de que era capaz de llevar a efecto pesadas tareas domésticas sin experimentar el menor cansancio. Por cierto, era la angustia vinculada al andar por la calle la que producía en ella agotamiento; sin embargo, esa angustia había disminuido lo suficiente como para permitirle pasear, pero esta actividad todavía bastaba para dejarla extenuada. Muchos de los trastornos que comúnmente se atribuyen al agotamiento no son causados, en realidad, por el esfuerzo mismo, sino por la angustia que provoca el trabajo o las relaciones con los compañeros de tareas...

En segundo término, la angustia que determinada actividad entraña, ineludiblemente acarreará un trastorno de esa función. Por ejemplo, si un sujeto tiene angustia al impartir órdenes, las dará de manera tímida e ineficaz. La angustia de andar a caballo engendrará la incapacidad de dominar al animal. Al respecto, el grado de conciencia que el sujeto es susceptible detener de su impedimento varía y, en efecto, una persona puede reparar en que la angustia le impide realizar sus tareas a satisfacción, o sólo poseer un difuso sentimiento de que no es capaz de hacer nada bien.

En tercer lugar, la angustia en conexión con una actividad malogrará el placer que ella promueve en otras circunstancias; lo que no rige para las angustias de menor intensidad, las cuales pueden, por el contrario, contribuir a aumentar el deleite. Así, podría ser más emocionante patinar sobre hielo con cierta aprensión, mientras que si hay intensa angustia el patinaje se convertirá en un tormento. Las relaciones sexuales cumplidas con fuerte ansiedad no proporcionarán el menor placer, y si el sujeto no advierte su angustia, tendrá la impresión de que esas relaciones nada significan para él.

Este último punto acaso induzca a confusión, pues señalábamos antes el hecho factible de que las sensaciones de desagrado sean aplicadas a manera de recursos para evitar la angustia, en tanto establecemos ahora que el desagrado puede ser una consecuencia de ésta. En rigor, ambas cosas son exactas. El desagrado puede ser, en efecto, el recurso para evitar y la consecuencia de experimentar angustia. He aquí un pequeño

ejemplo de las múltiples dificultades que se oponen a la comprensión de los fenómenos psíquicos, fenómenos cuya complejidad e interrelación nos impedirán notablemente progresar en nuestros conocimientos psicológicos mientras no comprendamos en forma cabal la necesidad de tener presente sus innumerables y entrelazadas interacciones.
Al exponer cómo podemos defendernos contra la angustia no nos ha guiado el propósito de ofrecer una descripción exhaustiva de todas las eventuales defensas. En efecto, pronto nos encontraremos con arbitrios más radicales para imposibilitar que emerja la angustia. Aquí, nuestra finalidad primordial es la de fundamentar la aseveración de que se puede tener, en realidad, mucha más angustia de la que aparentemente se advierte en uno mismo, o experimentarla sin percatarse de ella en lo más mínimo, señalando a la vez algunos de los puntos en que es dable hallarla con frecuencia.
En suma, pues, la angustia podrá encubrirse tras sentimientos de malestar físico, como las palpitaciones y la fatiga; hallarse escondida bajo toda una serie de temores que parecen racionales y justificados; ser la fuerza oculta que nos lleva al alcoholismo o a precipitarnos en toda suerte de distracciones. En síntesis, la hallaremos frecuentemente como causa de la incapacidad de hacer o gozar ciertas cosas, y siempre nos encontraremos con ella como factor causal de las inhibiciones.
Por motivos que desarrollaremos luego, nuestra cultura engendra gran cantidad de angustia en los individuos que de ella participan. De ahí que prácticamente todos hayamos erigido en nosotros una u otra de dichas defensas. Cuanto más neurótica sea una persona, tanto más impregnada y dominada estará su pesonalidad por tales defensas y tanto mayor será el número de tareas que es incapaz de cumplir o que ni siquiera se propone acometer, a pesar de que, de acuerdo con su vitalidad, con sus capacidades mentales o con su educación cabría esperar que pudiese realizarlas. En pocas palabras, cuanto más grave sea la neurosis, tanto más inhibiciones sutiles o groseras presentará el individuos[19].

---

[19] En su obra Efnfuehrung in die Psychoanalyse (Introducción al psicoanálisis), H. Schultz-Hencke ha destacado particularmente la suprema importancia de las Luecken («lagunas»), es decir, de los vacíos que comprobamos en la vida y en la personalidad de los neuróticos.

4
ANGUSTIA Y HOSTILIDAD

Al estudiar la diferencia entre el miedo y la angustia establecimos, como primero de nuestros resultados, que la angustia es un miedo que entraña esencialmente un factor subjetivo. ¿Cuál es, pues, la naturaleza de dicho factor?

Comencemos por describir la experiencia del individuo que sufre angustia. Tiene éste el sentimiento de un peligro poderoso e ineludible ante el cual se halla totalmente inerme. Cualesquiera fueren las manifestaciones de la angustia, trátese de un temor hipocondríaco al cáncer, de una ansiedad frente a las tormentas, de una fobia a las alturas o de cualquier otra aprensión similar, siempre descubriremos los dos factores: un peligro abrumador y la indefensión frente al mismo. A veces impresiona como si la fuerza ante la cual se siente desvalido procediera del exterior (tormentas, cáncer, accidentes y peligros similares); otras, lo riesgoso parece amenazar desde sus propios impulsos indómitos (miedo de tener que precipitarse al vacío o de herir a alguien con un puñal); por fin, en ocasiones el peligro es completamente vago e intangible, como suele ocurrir en los accesos de angustia.

Estos sentimientos, empero, no constituyen por sí solos características exclusivas de la angustia, dado que pueden ser exactamente iguales en cualquier circunstancia que presente un peligro real abrumador y una indefensión no menos real y objetiva frenta a éste. Imaginaínos que la experiencia subjetiva de personas expuestas a un terremoto o de un niño menor de dos años que es objeto de malos tratos, en nada difiere de la del que padece ansiedad ante las tormentas. En el caso del miedo, el peligro existe concretamente, y el sentimiento de encontrarse desarmado también es condicionado por la realidad; pero en el de la angustia, el peligro es determinado o magnificado por factores intrapsíquicos y la indefensión se halla configurada por la propia actitud del sujeto.

Así, el problema del factor subjetivo que interviene en la angustia se reduce a una pregunta más precisa: ¿cuáles son las condiciones psíquicas que crean el sentimiento de un poderoso peligro inminente y la actitud de indefensión frente al mismo? Tal es, de cualquier manera, la cuestión que debe plantearse el psicólogo. En efecto, el hecho de que ciertas condiciones químicas del organismo son asimismo susceptibles de promover la sensación y las manifestaciones somáticas de la angustia, es tan ajeno a los problemas psicológicos como el de que los factores químicos pueden producir la excitación o el sueño.

Como en tantos otros puntos, también en este problema de la angustia fue Freud quien nos señaló el camino a seguir, mediante su fundamental descubrimiento de que el factor subjetivo implícito en la angustia reside en nuestros propios impulsos instintivos. En otras palabras, tanto el

peligro anticipado por la angustia cuanto el sentimiento de indefensión respecto de él, son desencadenados por la fuerza explosiva de nuestros propios impulsos. Al final de este capítulo examinaremos más detalladamente los conceptos de Freud, apuntando asimismo en qué sentido nuestras conclusiones difieren de las suyas.
En principio, cualquier impulso tiene la capacidad potencial de provocar angustia, siempre que su descubrimiento o su realización impliquen la violación de otros intereses o necesidades vitales y toda vez que sea suficientemente imperativo o apasionado. En épocas en que existían estrictos y precisos tabúes sexuales, como en la era victoriana, el ceder a los impulsos eróticos a menudo significaba un verdadero peligro. Una muchacha soltera, por ejemplo, veíase expuesta al peligro real del remordimiento o del ostracismo social, y quienes cedían a los impulsos masturbatorios debían encarar el riesgo no menos real de las amenazas de castración o la terrible prevención de que sufrirían fatales daños físicos o enfermedades mentales. Otro tanto ocurre hoy con ciertos impulsos sexuales perversos, como los exhibicionistas o los pederastas. En nuestra época, empero, y en lo referente a los impulsos sexuales «normales», nuestra actitud se ha tornado tan indulgente que su admisión o su cumplimiento práctico sólo en pocas circunstancias significan exponerse gravemente, de ahí que hayan disminuido mucho las razones objetivas para atemorizarse a causa de ellos.
El cambio de la posición cultural frente al sexo puede ser responsable, en gran medida, de que, según hemos comprobado, únicamente en casos excepcionales se demuestre que los impulsos se xuales constituyen la fuerza dinámica de la angustia. Este aserto puede dar la impresión de exagerado, pues es indudable que a primera vista la angustia parecería estar vinculada a los deseos sexuales. En efecto, a menudo se comprueba que los neuróticos sufren angustia en relación con la actividad sexual, o tienen inhibiciones en ésta como consecuencia de aquélla. No obstante, el análisis realizado con mayor detenimiento prueba que por lo común el fundamento de la angustia no radica en los impulsos sexuales en sí, sino en impulsos hostiles vinculados a ellos, como la tendencia a herir o humillar al compañero mediante la propia relación sexual.
En rigor, *los impulsos hostiles de las más diversas especies constituyen la fuente principal de la mayoría de las neurosis*. Otra vez tememos que también esta afirmación parezca una ilícita generalización de un hecho que podría ser cierto en algunos casos; pero los casos que revelan la conexión directa entre la hostilidad y la angustia provocada por aquélla no son la única base de nuestras palabras. Como bien se sabe, todo impulso hostil agudo puede ser una causa directa de angustia si su realización contraría los intereses del propio sujeto. Sirva un ejemplo para ilustrar muchos otros. Un joven, F., emprende una excursión alpina

con una muchacha, María, de la cual se halla profundamente prendado. No obstante, siente violento furor contra ella por un motivo cualquiera que ha despertado sus celos. Al recorrer un peligroso sendero sufre un grave acceso de angustia, con respiración débil y palpitaciones, pues acaba de experimentar el impulso consciente de empujar a la joven al precipicio. Las angustias de esta especie tienen la misma estructura que las emanadas de fuentes sexuales: obedecen a un impulso compulsivo que, de realizarse, significaría una catástrofe para el propio sujeto.

Sin embargo, en la gran mayoría de las personas la conexión causal directa entre la hostilidad y la angustia neurótica está lejos de ser evidente. Así, para demostrar por qué los impulsos hostiles representan la principal fuerza psicológica productora de angustia en las neurosis de nuestro tiempo, será menester estudiar ahora, con algún detalle, las consecuencias psicológicas de la represión de la hostilidad.

Reprimir la hostilidad significa «fingir» que todo anda bien, absteniéndose de esta manera de luchar cuando se debería o, por lo menos, cuando se desearía hacerlo. De ahí que la primera consecuencia inevitable de tal represión sea la de generar un sentimiento de indefensión o, para ser más exactos, la de reforzar un sentimiento preexistente de absoluta carencia de defensa. Si la hostilidad es reprimida cuando los intereses del sujeto realmente son atacados, éste quedará a merced de los demás, que así podrán aprovecharse de él.

La experiencia de un químico, C., es un testimonio cotidiano de esta especie. C. sufría lo que se juzgaba un agotamiento nervioso a consecuencia del exceso de trabajo. Era una persona extraordinariamente dotada y muy ambiciosa, aunque sin reconocerlo. Por motivos que pasaremos por alto, había reprimido sus anhelos ambiciosos, pareciendo, por consiguiente, muy modesto. Cuando ingresó en el laboratorio de una gran fábrica química, un colega, G., algo mayor en años y superior en jerarquía, lo tomó bajo su tutela y le ofreció toda su amistad. A causa de una serie de factores personales -dependencia del cariño ajeno, intimidaciones sufridas ante observaciones críticas previas, ignorancia de su propia ambición, incapacidad de reconocerla en los demás-, C. sintióse muy feliz aceptando estas muestras de amistad, sin advertir que a G. en realidad sólo le preocupaba su carrera. Además, ni siquiera notó que en cierta ocasión G. había presentado como suya una idea valiosa para un posible invento, que en verdad era de C., quien se la había transmitido en el curso de una plática amistosa. Por un instante fugaz, C. sintió desconfianza, pero como su propia ambición despertaba su intensa hostilidad, inmediatamente la reprimió, y, con ella, también la legítima crítica y desconfianza. Por eso quedó persuadido de que G. continuaba siendo su mejor amigo. Así; al aconsejarle éste que abandonara cierta investigación, aceptó el consejo como bien intencionado, y al producir G. el invento que C. podía haber logrado, simplemente creyó

que las dotes y la inteligencia de aquél eran muy superiores a las propias, quedando muy feliz de contar con un amigo tan admirable. Por lo tanto, habiendo reprimido su recelo y hostilidad C. no pudo percibir que en asuntos capitales G. era más bien su enemigo que su amigo. Además, al aferrarse a la ilusión de ser querido, abandonó toda precaución de eficaz defensa de sus propios intereses. Ni siquiera pudo comprender que se lo atacaba en una importante posición, y por consiguiente tampoco le fue dable combatir para defenderla, dejando así que el otro explotara su debilidad.

Los temores que la represión permite superar también pueden ser solucionados manteniendo el dominio consciente de la hostilidad: mas la opción de dominarla o reprimirla no se halla a nuestro alcance, pues la represión es un proceso de tipo reflejo que se produce siempre que en una situación particular nos resulta insoportable admitir que nos anima un impulso hostil. En tal caso, desde luego, no tenemos posibilidad alguna de dominio consciente. Las principales razones que tornan intolerable la conciencia de la hostilidad estriban en que se puede amar o necesitar a una persona a quien al mismo tiempo se odia; que no se quieren ver los motivos de esta hostilidad, como, por ejemplo, la envidia y la codicia; o bien, que acaso sea, temible reconocer en uno mismo la hostilidad para con el prójimo. En circunstancias semejantes, la represión es el camino más corto y breve para recuperar de inmediato la seguridad y la calma. Gracias a la represión, la aterrorizante hostilidad desaparece de la conciencia o es mantenida lejos de ella. Quisiéramos repetir esto en otras palabras, pues, con toda su simpleza, constituye una de aquellas afirmaciones psicoanalíticas que sólo rara vez son bien comprendidas: al reprimir la hostilidad, el sujeto ya carece de toda noción de que es hostil.

Sin embargo, la vía más rápida hacia el confortamiento y la seguridad no es, necesariamente, la que en última instancia ofrece mayor seguridad. Gracias al proceso de la represión, la hostilidad -para señalar su carácter dinámico haríamos mejor en hablar aquí de «rabia»- es excluida de la percepción consciente, aunque no por ello abolida. Separada del contexto de la personalidad y sustraída así del dominio del individuo, se agita en éste como un afecto muy explosivo, presto a la erupción y tendiente a descargarse. La intensidad del carácter detonante del afecto reprimido se debe a que su mismo aislamiento le hace asumir dimensiones mayores y, muchas veces, fantásticas.

Mientras el sujeto tenga conciencia de la animosidad, su expansión queda restringida en tres sentidos. Primero, el examen de las circunstancias dadas en determinada situación le demuestra qué puede hacer y qué no frente a un enemigo real o supuesto. Segundo, si la rabia concierne a alguien que por otra parte el sujeto admira, necesita o gusta, aquélla tarde o temprano se integrará en la totalidad de sus sentimientos.

Por último, en la medida en que el hombre ha desarrollado cierto sentido de lo lícito y de lo que no lo es, este factor también coartará sus impulsos hostiles.
Al reprimir la rabia, queda cerrado el acceso a estas posibilidades de restricción, con el resultado de que los impulsos hostiles trasgreden las restricciones interiores y exteriores, aunque sólo en la fantasía. Si el mencionado químico hubiese cedido a sus impulsos, habría relatado a los demás cómo su presunto amigo abusó de su amistad, o bien insinuado a sus superiores que aquél le sustrajo su idea, o, por fin, le habría impedido la posibilidad de explotarla. En cambio, una vez reprimida, su rabia se disoció y expandió, manifestándose acaso en sus sueños; en efecto, es muy verosímil que el sujeto haya soñado que asesinaba a alguien en forma simbólica o que se convertía en un genio admirado, mientras los demás fracasaban en forma lastimosa.
Precisamente en virtud de esta disociación, la hostilidad reprimida suele intensificarse, con el tiempo, desde el exterior. Por ejemplo, si un empleado tiene reacciones de rabia contra su jefe porque adopta ciertas disposiciones sin consultarle antes, si aquél persiste en reprimirla y no se atreve a protestar, éste seguramente continuará actuando con prescindencia de él. Así es evidente que sin cesar se originarán nuevas reacciones de rabia[20].
Otra consecuencia de la represión de la hostilidad es que el sujeto registra en sí mismo la presencia de un afecto muy violento que escapa a sus posibilidades de dominio. Pero antes de considerar estas derivaciones hemos de plantear un problema similar. Por definición, al reprimir un afecto o impulso el individuo deja de percatarse de su existencia, a tal punto que en su psiquismo consciente ya no sabe que guarda el menor sentimiento hostil contra alguien. ¿Cómo podemos decir, entonces, que «registra» en sí mismo la existencia del afecto reprimido? La respuesta estriba en el hecho de que entre lo consciente y lo inconsciente no hay una relación exclusiva y estricta, pues, según señaló H. S. Sullivan en una conferencia, hay diversos niveles de conciencia. El impulso reprimido no sólo continúa siendo eficaz, como lo estableció Freud en uno de sus descubrimientos básicos, sino que, además, en un nivel profundo de conciencia, el sujeto tiene noción de que ese impulso pervive en él. Reducido a sus términos más simples, esto significa que, fundamentalmente no podemos engañarnos; pues en realidad nos observamos mucho mejor de lo que creemos, como en general también observamos a los demás mucho mejor de lo que

[20] F. Künkel, en su obra Einfuehrung in die Charakterkunde (Introducción a la caracterología), señaló que las actitudes neuróticas provocan en el ambiente reacciones que a su turno las refuerzan, con la consecuencia de que el sujeto se halla cada vez más preso en las mismas, encontrando crecientes dificultades para escaparles. A este fenómeno Künkel le llama Teufelskreis (círculo diabólico).

suponemos (según lo demuestra, por ejemplo, la certeza de la primera impresión que nos causa una persona); sin embargo, podemos tener decisivas razones para no tomar conocimiento de nuestras observaciones. Con el objeto de evitar repetidas explicaciones, en adelante utilizaremos el término «registrar» para describir el conocimiento de algo que acontece en nosotros sin que nos percatemos de ello.
Tales consecuencias de la represión de la hostilidad pueden bastar, por sí solas, para engendrar angustia, siempre que la hostilidad y su eventual peligro para los demás intereses del individuo sean suficientemente grandes. De tal modo es factible que se establezcan estados de angustia vagos e inciertos; pero con mayor frecuencia el proceso no se detiene aquí, pues el individuo tiene la imperiosa necesidad de eliminar el afecto peligroso que desde el interior amenaza sus intereses y su seguridad. Así se inicia un segundo proceso reflejo: el sujeto «proyecta» sus impulsos hostiles hacia el mundo exterior. La primera «ficción», la represión, entraña una segunda: el sujetó «finge» que los impulsos destructivos no surgen de su interior, sino de alguna otra persona o cosa exteriores. Lógicamente; la persona sobre la cual se proyectarán estos impulsos hostiles será aquella.contra quien estaban dirigidos en su origen. Como resultado de tal proceso, esa persona asumirá de esta suerte enormes proporciones en la mente del sujeto, en parte a causa de que éste le atribuye la misma crueldad que poseen sus impulsos reprimidos, y en parte, asimismo, porque en toda situación de peligro el grado de potencia conque se la enfrenta no sólo depende de las condiciones reales, sino también de la actitud que el sujeto adopta frente a ellas. Cuanto más inerme se encuentra uno, tanto mayor parece el peligro[21].
Además, la proyección le brinda igualmente al individuo la posibilidad de autojustificarse, pues al intervenir ese proceso, no es él quien quiere engañar, robar, explotar y humillar a los demás, sino éstos quienes se proponen hacerle víctima de semejantes maldades. Una esposa que ignore sus propios impulsos de arruinar al marido y esté subjetivamente convencida de que es la más abnegada de las mujeres, en virtud de dicho mecanismo puede considerar a su esposo como un bruto que no desea otra cosa sino dañarla.
Finalmente, el proceso de la proyección puede ser reforzado, o no, por otro mecanismo que persigue el mismo objetivo: nos referimos al miedo

---

[21] En el libro Autoritaet und Familie (Autoridad y familia), editado por Max Horkheimer, del International Institute for Social Research. Erich Fromm ha establecido claramente que la angustia con la cual reaccionamos frente a un peligro no depende en forma directa de la magnitud real de este peligro: «Un individuo que haya desarrollado una actitud de indefensión y pasividad reaccionará con angustia frente a peligros relativamente pequeños».

ante la venganza ajena, susceptible de saturar el impulso reprimido. Cuando ello ocurre, un sujeto que desea herir, engañar o defraudar a los demás, podría temer que éstos le hagan otro tanto. No decidiremos ahora en qué grado el miedo al desquite es una característica general arraigada en la naturaleza humana, hasta qué punto brota de las primitivas experiencias de pecado y castigo, y hasta dónde presupone la existencia dé un impulso a la venganza personal. Sea como fuere, es indudable que constituye un factor de primordial cuantía en la mentalidad del neurótico.

Estos procesos emanados de la hostilidad reprimida tienen por consecuencia la angustia. En efecto, la represión ocasiona precisamente aquel estado característico de la ansiedad; un sentimiento de encontrarse desarmado frente a algo percibido por el sujeto como un peligro insuperable que le amenaza desde afuera.

Aunque en principio son muy simples las etapas que conducen a la angustia, en la práctica suele ser difícil comprender las condiciones bajo las cuales se presenta. Uno de los factores que complican su aparición es que los impulsos hostiles reprimidos con frecuencia no son proyectados a la persona que realmente es su objeto, sino a algún otro personaje sustitutivo. Así, por ejemplo, en uno de los historiales clínicos de Freud, el de Juanito, este niño no produjo un estado de angustia frente a sus padres, sino miedo a los caballos blancos[22]. Una paciente nuestra, muy sensible en otros sentidos, después de haber reprimido impulsos hostiles contra el esposo, repentinamente fue víctima de angustia ante los reptiles, que según presumía existirían en su pileta de natación. Claro está, desde los gérmenes microbianos hasta las tormentas, nada es demasiado remoto para convertirse en objeto de la angustia. Las razones de tal tendencia a desconectar la angustia de la persona objeto de ella son harto comprensibles, pues si llega a vincularse a uno de los padres, el cónyuge. a un amigo o a otro ser querido, es inevitable que el sujeto resulte víctima de la incompatibilidad entre sus sentimientos hostiles y los lazos previos de autoridad, amor o respeto. En tales casos se ajusta a la máxima de negar de modo rotundo su hostilidad. Reprimiéndola, consigue negar su existencia en sí mismo, y al proyectar luego la hostilidad así reprimida -verbigracia, a las tormentas- también niega su existencia en los demás. Muchos matrimonios ilusoriamente felices reposan sobre esa política del avestruz.

El hecho de que la represión de la hostilidad lleve con inexorable lógica a la producción de angustia, no implica que también ésta deba manifestarse cada vez que dicho proceso tiene lugar. De hecho, la ansiedad puede ser eliminada instantáneamente por uno de los me-

---

[22] Sigmund Freud, «Obras completas» , tomo XV.

canismos defensivos que ya hemos considerado o que expondremos más adelante. Así, en tal situación al sujeto le es dable protegerse mediante recursos como, por ejemplo, el de experimentar una desmesurada necesidad de dormir o el de entregarse a la bebida.
Son. infinitamente variables las formas de angustia a las que puede llevar la represión de la hostilidad. Con el propósito de facilitar la comprensión de las situaciones resultantes, a continuación bosquejaremos las distintas posibilidades de ese proceso.

A: El sujeto siente que el peligro proviene de sus propios impulsos.
B: Lo percibe como de origen exterior.

Considerando las consecuencias de reprimir la hostilidad, el grupo A parece representar el resultado directo de la represión; mientras que en el grupo B interviene, además, la proyección. Tanto aquél cómo éste son susceptibles de subdividirse en dos subgrupbs:

I: El peligro se considera dirigido contra uno mismo.
II: El peligro se considera dirigido contra los demás.

Tendríamos así cuatro grupos principales de angustia:

A. I: Se percibe que el peligro proviene de los propios impulsos y que se dirige contra uno mismo. En este grupo, la hostilidad se orienta secundariamente contra el sujeto mismo, proceso éste que examinaremos más abajo.
Ejemplo: fobia al impulso de precipitarse al vacío desde las alturas.

A. II: El peligro se conceptúa originado en los propios impulsos y dirigido contra los demás.
Ejemplo: fobia al impulso de herir a alguien con un puñal.

B. I: El peligro se juzga originado en el exterior y dirigido contra uno mismo.
Ejemplo: miedo a las tormentas.

B. II: El peligro se juzga originado en el exterior y dirigido contra los demás. En este grupo, la hostilidad se proyecta hacia el mundo exterior, conservándose su objeto primitivo. Ejemplo: la ansiedad de las madres excesivamente preocupadas por pretendidos peligros que amenazarían a sus hijos.

Es innecesario decir que tal clasificación tiene limitado valor, pues si bien puede tener la utilidad de ofrecer una rápida orientación panorámica, en modo alguno enuncia todas las contingencias posibles. Así, por ejemplo, no sería dable deducir que las personas con angustia del tipo A jamás proyectarán su hostilidad reprimida, sino sólo colegirse que en esta forma específica de la ansiedad suele faltar el mecanismo de la proyección.
La relación entre la hostilidad y la angustia no se constriñe únicamente a la tendencia de aquélla a producir ésta. En efecto, el proceso también podrá ocurrir a la inversa: la angustia, cuando obedece al sentimiento de amenaza de un peligro, puede a su vez desencadenar con facilidad una reacción defensiva de hostilidad. Al respecto, la angustia no difiere en nada del miedo, que igualmente puede provocar una agresión. Asimismo, la hostilidad reactiva es capaz de producir angustias, si es reprimida, creándose de tal manera un verdadero círculo vicioso. Esta interacción entre la hostilidad y la angustia, que sin cesar se generan y refuerzan mutuamente, nos permite entender por qué en las neurosis nos encontramos con tan enormes contenidos de implacable hostilidad[23]; la misma influencia recíproca es también la razón fundamental de que los neuróticos graves empeoren tan a menudo, sin que en el mundo exterior se presenten dificultades manifiestas. No importa cuál sea el factor primitivo, la angustia o la hostilidad: lo esencial para el dinamismo de la neurosis es que la angustia y la hostilidad están indisolublemente entrelazadas.

El concepto de la angustia que sustentamos ha sido desarrollado, en general, por métodos esencialmente psicoanalíticos. Se basa en el dinamismo de las fuerzas inconscientes y en procesos como la regresión y la proyección. Empero, si ahondamos en el estudio, repararemos que diverge en varios sentidos del punto de vista adoptado por Freud.
Éste formuló sucesivamente dos concepciones de la angustia. En síntesis, según la primera, la angustia resultaría de la represión de impulsos; proceso que atañe en forma exclusiva a los impulsos sexuales, representando una interpretación puramente fisiológica al fundarse en la creencia de que si se obstruye la descarga de la energía sexual se producirá un estado de tensión física en el organismo que a su vez se transformará en angustia. En cambio, de acuerdo con la segunda, la angustia (o lo que Freud denomina «angustia neurótica») respondería al miedo ante aquellos impulsos cuyo descubrimiento u realización

---

[23] Si se llega a comprender que la hostilidad puede ser intensificada por la angustia, ya no será preciso buscar una fuente biológica especial de los impulsos destructivos como hizo Freud en su teoría del instinto de muerte.

expondrían al sujeto a un peligro exterior[24]. Esta segunda interpretación psicológica no se refiere sólo a los impulsos sexuales, sino también a los agresivos. En ella Freud ya no se preocupa de la represión o no represión de los impulsos, sino únicamente del temor que despiertan aquellos impulsos cuya realización entrañaría un peligro exterior.

Nuestro propio concepto se asienta en la presunción de que, para penetrar el problema en su totalidad, ambas interpretaciones de Freud deben integrarse. Con tal fin, hemos eliminado las premisas netamente fisiológicas de la primera concepción, combinándola luego con la segunda. En general, la angustia no resulta del temor a nuestros impulsos, sino más bien del temor a nuestros impulsos reprimidos, Según nuestra opinión, aunque Freud basaba su primer concepto en una ingeniosa observación psicológica, no pudo aplicarlo provechosamente por la simple razón de que le dio una interpretación fisiológica en lugar de plantear el problema psicológico de lo que sucede en la psique de una persona cuando reprime un impulso.

Un segundo desacuerdo con Freud reviste menor importancia teórica, pero tanto mayor valor práctico. Concordamos enteramente con él en que todo impulso cuya expresión acarrearía un peligro exterior puede producir angustia. Es evidente que los impulsos sexuales caen dentro de esta categoría, pero sólo en tanto haya estrictos tabúes individuales y sociales que los tornen peligrosos[25]. Desde tal punto de vista, la probabilidad de que los impulsos sexuales promuevan angustia depende, en buena parte, de la actitud cultural reinante respecto de la sexualidad. No atinamos a concebir que la sexualidad pueda ser, por sí sola, una fuente específica de angustia, mientras aceptamos, por el contrario, que la hostilidad -o, mejor, los impulsos hostiles reprimidos- son efectivamente motivos de ansiedad. Formulemos, pues, en términos simples y prácticos el concepto expuesto en este capítulo. Cada vez que hallamos angustia o manifestaciones de ella, debemos plantearnos dos sencillas cuestiones: ¿qué punto sensible ha sido herido, generando la consiguiente hostilidad?; ¿qué factores explican la necesidad de la represión? Conforme a nuestra experiencia, un estudio orientado en estos sentidos suele llevar a la cabal comprensión de la angustia.

Un tercer motivo de disparidad con Freud es su hipótesis de que la angustia sólo podría ser engendrada en la infancia, desde la pretendida angustia del nacimiento hasta la angustia de castración, en tanto que toda ansiedad ulterior obedecería a reacciones que continúan siendo

---

[24] Freud, Nuevas aportaciones al psicoanálisis, capítulo acerca de «La angustia y la vida instintiva». «Obras completas», tomo XVII, pág. 97.

[25] En una sociedad como la que Samuel Butler describió en Erewhon, donde todas las enfermedades orgánicas son severamente castigadas, hasta la tendencia a caer enfermo podría desencadenar angustia.

infantiles. «No cabe la menor duda de que los denominados neuróticos permanecen infantiles en su actitud frente al peligro y no han logrado superar las antiguas condiciones de su angustia»[26].

Consideremos sucesivamente los elementos que componen esta interpretación. Freud asegura que en la infancia somos más propensos a reaccionar con angustia, hecho indiscutible y abonado por sólidas y comprensibles razones, que radican en la desvalidez relativa del niño ante las circunstancias desfavorables. En efecto, todas la neurosis del carácter permiten advertir que la formación de la angustia comienza en la primera infancia o que, por lo menos, en esa época quedan echados los cimientos de lo que llamamos «angustia básica». Pero Freud acepta, además, que la angustia de los neuróticos adultos permanece ligada a las condiciones que originalmente la ocasionaron. Esto significa, por ejemplo, que un hombre adulto se hallará tan dominado por la angustia de castración como lo estuvo en su infancia, aunque bajo otras formas. Es incuestionable que en raros casos una reacción infantil de ansiedad puede emerger de nuevo, sin modificación alguna, en períodos ulteriores de la vida[27], toda vez que intervengan factores desencadenantes eficaces. Mas lo que sucede de ordinario no es, en suma, una repetición, sino una evolución. En los casos cuyo análisis faculta comprender más o menos plenamente el desarrollo de la neurosis, nos es dable repasar toda una serie ininterrumpida de reacciones, desde la angustia precoz hasta las peculiaridades del adulto. Por consiguiente, la angustia ulterior contendrá, entre otros, los elementos condicionados por los conflictos específicos de la infancia. Pero, en su totalidad, la angustia no es una reacción infantil, y reputarla como tal significaría confundir dos cosas diferentes, interpretando como actitud infantil una actitud que solamente ha sido generada en la infancia. Resultaría tan correcto calificar a la angustia de actitud prematura y adulta en un niño precoz, como calificarla de reacción infantil en el hombre.

---

[26] S. Freud, Nuevas aportaciones al psicoanálisis, capítulo acerca de «La angustia y, la vida instintiva». «Obras completas», tomo XVII, pág. 97.

[27] En su obra Neurose, Lebensnot, Eerztliche Pflicht (La neurosis, la miseria humana y el deber médico), J. H. Schultz describe un caso de esta clase. Cierto empleado cambiaba de puesto con frecuencia porque determinados jefes le causaban reacciones de rabia y angustia. El psicoanálisis demostró que sólo le enfurecían los que usaban cierto tipo de barba, comprobándose así que su reacción repetía exactamente la que había experimentado frente a su padre, a los tres años, en ocasión de haber agredido éste a la madre.

5
ESTRUCTURA BÁSICA DE LAS NEUROSIS

Una angustia puede obedecer enteramente a la situación actual de conflicto. En cambio, si nos encontramos con una situación causante de angustia en una neurosis del carácter, hemos de tomar siempre en consideración estados angustiosos preexistentes, a fin de poder explicar por qué en ese caso particular surgió cierta hostilidad que luego fue reprimida. De este modo comprobaremos que esa angustia previa fue, a su vez, resultado de una hostilidad anterior, y así sucesivamente. Para comprender cómo se inició todo este proceso, . nos veremos forzados a retroceder hasta la infancia[28].

Ésta será una de las pocas oportunidades en las cuales nos ocuparemos con la cuestión de las experiencias infantiles. Nos referimos a la infancia con menor asiduidad de lo acostumbrado en la literatura psicoanalítica, no a causa de que adjudiquemos a las experiencias infantiles menos trascendencia que otros psicoanalistas, sino porque en este libro nos dedicamos a la estructura actual de la personalidad neurótica, más bien que a las experiencias individuales que culminan en ella.

Examinando la historia infantil de gran número de neuróticos, hemos comprobado que el denominador común de todos radica en un ambiente que, en diversas combinaciones, presenta las características siguientes.

El factor nocivo básico es, sin excepción, la falta de auténtico afecto y cariño. Un niño puede soportar muchísimas de las vivencias usualmente conceptuadas traumáticas -el destete repentino, algunos castigos corporales, experiencias sexuales-, siempre que en su intimidad se sienta querido y amado. Superfluo es decir que el niño percibe con toda sutileza si el amor es genuino, resultando imposible engañarle con ninguna clase de demostraciones simuladas. El principal motivo de que un niño no reciba suficiente cariño o amor reside en la propia incapacidad de los padres para dar afecto, por impedírselo su propia neurosis. Conforme a nuestra experiencia, en la mayoría de los casos la ausencia fundamental de cariño se disfraza hábilmente, pretendiendo los padres que sólo les preocupa el bienestar de su hijo. Las teorías pedagógicas y la sobreprotección o la «abnegación» de una madre «ideal» son los agentes básicos creadores de cierta atmósfera que, más que cualquier otra cosa, echa los gérmenes de ulteriores sentimientos de profunda inseguridad.

Por otra parte, ciertas acciones o actitudes de los padres no pueden menos que suscitar hostilidad: su preferencia por otros niños, los rechazos injustos, los cambios imprevistos de la extrema indulgencia al

---

[28] Aquí no consideramos en qué medida el retroceso hasta la infancia también es necesario para el tratamiento.

rechazo desdeñoso, el incumplimiento de promesas, y finalmente, pero no en último lugar entre estos factores, una actitud frente a las necesidades del niño que oscila desde la ocasional falta de toda atención hasta la permanente interferencia con sus deseos más legítimos, como el entrometerse en sus amistades, ridiculizar sus ideas independientes, malograrle todo interés por sus propias empresas, sean artísticas, atléticas o mecánicas, en suma: una actitud paternal que, aunque no lo intente deliberadamente, consigue quebrantar la voluntad del niño.

Los trabajos psicoanalíticos acerca de los factores que desencadenan la hostilidad infantil subrayan, en primer término, la frustración de los deseos del niño, especialmente la de los sexuales, así como los celos infantiles. Es posible que la hostilidad del niño sea provocada, en parte, por la actitud prohibitiva que la cultura adopta respecto de los placeres en general y de la sexualidad infantil en particular, ya se exprese ésta a manera de curiosidad sexual, masturbación o juegos eróticos con otros niños. Mas la frustración no es, evidentemente, el único motivo de la postura rebelde, pues la observación demuestra, en forma indudable, que los niños, como los adultos, son capaces de tolerar muchas más privaciones, toda vez que las reputen justas, acertadas, necesarias o motivadas por una cierta finalidad. Así, por ejemplo, el niño no se resiste a la educación de los hábitos higiénicos, si los padres no los imponen con desmedida rigidez ni pretenden doblegar al niño con actos de crueldad más o menos atenuados o groseros. Tampoco le preocupa al niño uno que otro castigo, siempre que se sienta seguro de ser amado en general y pueda juzgarlo como una medida ecuánime, y no aplicada con intención de herirlo o humillarlo. Es difícil decidir sala frustración, como tal, provoca hostilidad, pues en ambientes donde se infligen múltiples privaciones al niño también suelen existir muchos otros factores desencadenantes. Antes que las frustraciones mismas, importa el espíritu con el cual son impuestas.

Hacemos resaltar este punto porque, preocupados a causa de los supuestos peligros que las frustraciones entrañarían por sí mismas, muchos padres se han dejado llevar mucho más lejos de lo que intentaba el propio Freud, abandonando toda intervención en la conducta del niño con el pretexto de que podrían ocasionarle algún trauma.

Evidentemente, los celos pueden constituir motivos violentos de odio, en los niños como en los adultos. No caben dudas respecto del papel que los celos entre los hermanos[29] y los celos de uno de los padres son susceptibles de desempeñar en los niños neuróticos, o de la influencia permanente que esta actitud pueda ejercer en la vida. Plantéase, sin embargo, la cuestión de cuáles son las condiciones que generan estos

---

[29] David Levy, «Hostility Patterns in Sibling Rivalry Experiments», American Journal of Orthopsychiatry, vol. VI 1936.

celos. En suma: las reacciones celosas, como las de la rivalidad fraterna o del complejo de Edipo, ¿deben producirse forzosamente en todo niño o, por el contrario, son inducidas por circunstancias determinadas?
Las observaciones de Freud acerca del complejo de Edipo se efectuaron en neuróticos, comprobándose en ellos que las reacciones violentas frente a uno de los padres eran lo bastante destructivas como para despertar ansiedad y trastornar definitivamente la formación del carácter y las relaciones personales. Habiendo notado la frecuencia de este fenómeno en los neuróticos de nuestro tiempo, Freud le atribuyó carácter universal y no sólo estimó el complejo de Edipo como núcleo mismo de la neurosis, sino que sobre esta base trató asimismo de interpretar intrincados fenómenos de otras culturas[30]. Es esta generalización, precisamente, la que tiene dudoso valor. Algunas reacciones de celos pueden darse con facilidad en nuestra cultura, sea en los vínculos entre hermanos o entre padres e hijos, según acontece en todo grupo de seres que vivan muy juntos. Mas no hay pruebas de que las reacciones de celos destructivas y permanentes -y son ellas a las que se refiere el complejo de Edipo o la rivalidad fraterna- sean en nuestra cultura tan comunes como acepta Freud, sin entrar a analizar siquiera otras configuraciones culturales. Se trata, por el contrario, de reacciones humanas generales que, empero, pueden ser artificialmente engendradas por la atmósfera en la cual el niño evoluciona.

Luego, cuando estudiemos las consecuencias generales de los celos neuróticos, nos será dable comprender también cuáles factores son responsables de los celos, pero hemos de mencionar aquí la falta de espontaneidad emocional y el espíritu de competencia a título de elementos coadyuvantes. Además, los padres neuróticos, que crean esta atmósfera espiritual, suelen estar poco satisfechos de su propia vida, carecen de relaciones afectivas o sexuales satisfactorias y, por consiguiente, tienden a descargar su amor en los hijos. Las expresiones de este afecto no siempre poseen tono sexual, pero siempre tienen elevada carga emocional. Es muy dudoso que las corrientes sexuales subyacentes en las conexiones del niño con los padres puedan jamás alcanzar bastante intensidad como para producir un trastorno potencial; en todo caso, no sabemos de ejemplo alguno en el que no fueran los padres neuróticos quienes, mediante el terror o la ternura, le impusieran al niño tales apasionados lazos de afecto, con todas las características de envidia y celos que Freud les adjudicó[31].

---

[30] S. Freud, Tótem y tabú, «Obras completas», tomo IX.

[31] Estas observaciones, expuestas desde un punto de vista general y discrepante de la concepción freudiana del complejo de Edipo, se fundan en que éste no es un fenómeno biológicamente establecido sino culturalmente condicionado. Dado que este criterio fue

Solemos aceptar que la aversión hostil hacia la familia o hacia algún miembro de ésta debe perjudicar el desarrollo del niño, y, claro está, es desfavorable que éste deba luchar contra la conducta de sus padres neuróticos; pero si su antagonismo es fundado, el riesgo en lo referente a la formación del carácter no radica tanto en experimentar o expresar una protesta, cuanto en reprimirla. La represión de críticas, protestas o acusaciones entraña diversos peligros, uno de los cuales es que el niño tiende a asumir toda la culpa y a sentirse indigno de ser amado, situación cuyas consecuencias después examinaremos. El peligro que ahora nos concierne es el de que la hostilidad reprimida pueda suscitar angustia y de esta manera desencadenar el proceso descrito. Múltiples razones, que obran con variada intensidad y en diversas combinaciones, son susceptibles de llevar a un niño criado en semejante atmósfera a reprimir su hostilidad; entre ellas se cuentan la indefensión, el miedo, el amor y los sentimientos de culpa.

En cuanto al sentirse inerme e indefenso, suele considerárselo como un mero hecho biológico. Aunque durante largos años el niño depende realmente del medio para satisfacer sus necesidades, puesto que dispone de menos fuerzas físicas y experiencia que los adultos, se ha adjudicado excesiva significación al aspecto biológico de está cuestión. Pasados los dos o tres primeros años de la vida,-está dependencia biológica se convierte, en efecto, en un tipo de dependencia que incluye la vida mental, espiritual e intelectual del niño, manteniéndose hasta que el adolescente llega a la edad adúlta y adquiere así la capacidad de dirigir su vida por sí mismo. Sin embargo, el grado en que los niños permanecen sujetos a sus padres es muy variable en los diferentes casos, según lo que guíe a aquéllos en la educación de sus vástagos: ya tiendan a hacerlos fuertes, valientes, independientes y capaces de enfrentarse con toda suerte de situaciones; ya sea su tendencia dominante la de amparar al niño, de mantenerlo obediente e ignorante de la vida, o, en suma, de infantilizarlo hasta los veinte años o aun más. En los niños que se desarrollan bajo condiciones adversas, la indefensión suele -reforzarse artificialmente por procedimientos intimidatorios, los mimos o el hecho de colocar y guardar al niño en un estado de dependencia emocional. Cuanto más indefenso permanezca, tanto menos se atreverá a sentir o a mostrar la menor oposición y tanto más quedará aplazada ésta. El sentimiento subyacente de esta

---

discutido por algunos autores -Malinowski, Boehm, Fromm, Reich-, nos limitaremos a la simple mención de los factores susceptibles de engendrar el complejo de Edipo en nuestra cultura: la falta de armonía matrimonial, como resultado de los conflictos entre los sexos; el ilimitado poder autoritario de los padres; las prohibiciones impuestas a todas las vías de descarga sexual accesibles al niño; la tendencia a mantenerlo en un nivel infantil y en dependencia afectiva de los padres, propendiendo a aislarlo del mundo.

situación, o, por decirlo así, su lema, es: *Tengo que reprimir mi hostilidad porque te necesito.*

El miedo puede ser provocado directamente por amenazas, prohibiciones y castigos o por accesos de ira y escenas violentas presenciadas por el niño; pero también puede responder a intimidaciones indirectas, como la de amenazar al niño con los mayores peligros de la vida, con microbios, tranvías, gente extraña, niños malos, subirlo a un árbol, etc. Cuanto más tímido sea el niño, tanto menos se atreverá a mostrar o inclusive a sentir hostilidad, situación cuyo lema es: *Debo reprimir mi hostilidad porque te tengo miedo.*

También el amor es una de las razones que llevan a reprimir la hostilidad. Faltando el verdadero cariño, los padres suelen reemplazarlo con veborrágicas protestas de cuánto aman al niño y a qué punto sacrificarían por él hasta la última gota de su sangre. Particularmente si se lo intimida en otros sentidos, el niño puede aferrarse a estos sucedáneos del auténtico amor, temeroso de manifestar su rebeldía por miedo a perder la recompensa de su docilidad. En semejantes situaciones, el lema fundamental sería: *Tengo que reprimir mi hostilidad por miedo a perder tu amor.*

Hasta ahora hemos considerado los casos en que el niño reprime su hostilidad contra los padres por miedo de que la más mínima expresión malogrará las relaciones con éstos. Al proceder así, le impulsa el mero temor de que estos poderosos gigantes lo abandonen, le priven de su reconfortante benevolencia o aun se vuelvan contra él. Además, en nuestras condiciones de cultura el niño de ordinario es obligado á sentirse culpable por cualquier sentimiento o evidencia de hostilidad u oposición, es decir, se le hace sentirse indigno o despreciable ante sí mismo si se aventura a expresar o sentir .algún resentimiento contra los padres o a trasgredir las reglas establecidas por ellos. Estos dos motivos de los sentimientos de culpabilidad se encuentran íntimamente relacionados entre sí. Cuanto más se haya inducido a un niño a sentirse culpable por sus incursiones en terreno prohibido, tanto menos se atreverá a experimentar rencor o a adoptar una actitud acusadora frente a los padres.

En nuestra cultura es en la esfera sexual donde más a menudo se crean sentimientos de culpabilidad. Ya se manifiesten las prohibiciones por medio de verdaderos silencios audibles o por amenazas y castigos expresados, el niño frecuentemente llega a convencerse de que no sólo le está vedada la curiosidad y las actividades sexuales, sino que también debe considerarse sucio y despreciable si osa incurrir en ellas. Si tiene fantasías y deseos sexuales con respecto a uno de los padres, aunque permanezcan inexpresados a consecuencia de la actitud prohibitiva frente a la sexualidad en general, fácilmente le harán sentirse culpable.

El lema de esta situación será pues el siguiente: *Tengo que reprimir mi hostilidad, pues de lo contrario sería un niño malo.*
En diversas combinaciones, cualquiera de los factores mencionados es susceptible de llevar a un niño a reprimir su hostilidad, produciéndole la consiguiente angustia.
¿Pero acaso toda angustia infantil conduce en última instancia a una neurosis? Nuestros conocimientos no alcanzan todavía a responder satisfactoriamente a esta pregunta. Creemos que la angustia infantil es un factor necesario, pero no una causa suficiente para el desarrollo de la neurosis. Parecería que las circunstancias favorables, así como los oportunos cambios de ambiente o las influencias contrarrestantes de cualquier especie, pudiesen evitar la decidida evolución hacia la neurosis. Por el contrario, si las condiciones de vida no propenden a atenuar la ansiedad, como en efecto suele acontecer, no sólo facilitarán su persistencia, sino que -según veremos luego- la exacerbarán gradualmente y desencadenarán todos los mecanismos que constituyen la neurosis. Entre los factores que pueden estimular el desarrollo de la angustia infantil existe uno que es preciso examinar en particular. Por cierto, es muy distinto si la reacción de hostilidad y de angustia se limita a personas del medio que la impusieron al niño, o si se transforma en una disposición hostil y ansiosa para con la gente en general.
Así, por ejemplo, si el niño tiene la fortuna de que lo rodeen abuelos cariñosos, maestros comprensivos o algunos buenos amigos, sus experiencias con éstos pueden evitar que espere únicamente maldades de todo el mundo.]Pero cuanto más ardua sean sus experiencias en el círculo familiar, tanto mayor será su inclinación a producir' no sólo reacciones de odio con respecto a los padres y otros níños, sino asimismo actitudes desconfiadas o rencorosas frente a todo el mundo. Cuanto más aislado quede y cuanto más se lo desanime de arriesgarse a otras experiencias personales, con tanta mayor facilidad caerá en la evolución descrita. Por fin, cuanto más encubra su inquina contra la propia familia, adaptándose, por ejemplo, a todas las actitudes de los padres, en mayor grado proyectará su angustia al mundo exterior, llegando a convencerse a sí mismo de que el «mundo» entero es peligroso y terrible.
La ansiedad general frente al «mundo» asimismo puede asomar o aumentar paulatinamente. Un niño que haya crecido dentro de semejante atmósfera, en sus relaciones con los demás no se atreverá a ser tan emprendedor o belicoso como éstos. Habrá perdido la dichosa certeza de que se le quiere y aprecia, e interpretará hasta la broma más inocente como una cruel ofensa. Se sentirá herido y lastimado con mayor facilidad que otros y será mucho menos capaz de defenderse.
Los factores mencionados, al igual que otros similares, favorecen o producen un estado caracterizado por el sentimiento insidiosamente

progresivo y expansivo de encontrarse solo y desarmado en medio de un mundo hostil. De esta manera, cada una de las reacciones agudas frente a cada uno de los estímulos que las provocan, poco a poco cristalizan en una postura general del carácter que, como tal, todavía no constituye una neurosis, pero que es el suelo fértil en el que ésta puede germinar en cualquier momento. Teniendo presente el papel capital que esta actitud desempeña en las neurosis, le hemos dado la designación especial de «angustia básica», comprendiéndose que se encuentra inseparablemente entrelazada con una hostilidad básica similar.

Al elaborar en el análisis las distintas formas que la ansiedad puede adoptar, cada vez se reconoce con más claridad que lä angustia básica constituye el fundamento de todas las relaciones con los otros. Mientras cada manifestación aislada de la angustia puede ser producida por una causa actual y real, la angustia básica persiste continuamente, aunque no haya estímulos particulares en la situación actual. Si comparamos la situación global de la neurosis con un estado de intranquilidad política en la nación, la angustia y la hostilidad básicas equivaldrían al descontento subterráneo y a la protesta latente contra el régimen. En ambos casos puede faltar todo signo superficial, o aparecer éste en las más diversas formas. Así, en el Estado se traduce como huelgas, tumultos, asambleas y demostraciones, pero también en la esfera psicológica las formas de la angustia pueden presentarse como síntomas de toda suerte. Independientemente de su provocación particular, todas las expresiones de la angustia emanan de un mismo fondo común.

En las neurosis de situación, relativamente simples, falta la angustia básica. Estas neurosis están constituidas por reacciones neuróticas frente a condiciones actuales de conflicto y se dan en individuos cuyos vínculos personales no se hallan perturbados. El siguiente servirá como ejemplo de los casos que suelen presentarse en la práctica psicoterapéutica.

Una mujer de cuarenta y cinco años se queja de palpitaciones y estados nocturnos de angustia, acompañados por copiosos sudores. No presenta alteraciones orgánicas, y todas las observaciones acusan una persona sana, que impresiona como sincera y cordial. Veinte años atrás, por motivos que no obedecían tanto a ella misma cuanto a su situación, casó con un hombre veinticinco años mayor, con el cual fue muy feliz y quedó sexualmente satisfecha, teniendo tres hijos que se desarrollaron excepcionalmente bien. Es un ama de casa diligente y capaz. En los últimos cinco o seis años el marido se tornó algo maniático y poco menos potente, pero lo soportó todo sin exhibir reacciones neuróticas. En cambio, los conflictos comenzaron hace siete meses, cuando un hombre de su misma edad, simpático y casadero, empezó a cortejarla. En esa mujer se había desarrollado poco a poco un resentimiento contra su marido avejentado, que reprimió por razones muy poderosas,

teniendo en cuenta su estructura mental y social y sus relaciones maritales esencialmente satisfactorias. Gracias a la ligera asistencia prestada en unas pocas sesiones de psicoterapia, pudo encararse con la situación conflictual, librándose así de su angustia.
Nada demuestra mejor la importancia de la angustia básica que la comparación de las reacciones individuales en las neurosis del carácter con las que presentan aquellos casos que, como el anterior, pertenecen al grupo de las simples neurosis situacionales. Estas últimas se encuentran en personas sanas que por razones comprensivas son incapaces de resolver conscientemente un estado de conflicto, o sea, que son ineptas para enfrentarse con la existencia y la naturaleza del conflicto y, por eso, también lo son en cuanto a adoptar una clara decisión. Una de las más notables diferencias entre ambos tipos de neurosis es la suma facilidad con que se alcanzan buenos resultados terapéuticos en las neurosis de situación. En las caracterológicas, por el contrario, el tratamiento tropieza con ingentes dificultades y en consecuencia se prolonga durante largos períodos, a menudo excesivamente largos para que al paciente le sea posible aguardar su cura. En cambio, las neurosis situacionales quedan resueltas con cierta.fácilidad; en ellas, la discusión comprensiva del estado actual suele ser una terapia causal, y no sólo sintomática. En otros casos, el tratamiento causal consiste en eliminar el obstáculo exterior, modificando el ambiente[32].
Así, en tanto que en las neurosis situacionales recogemos la impresión de que la respuesta neurótica es proporcional al conflicto, esta relación parece faltar en las neurosis del carácter. En ellas, según ya veremos con mayor detalle, la angustia básica prevaleciente puede desencadenar las más intensas reacciones ante la menor provocación.
Mientras la gama de las formas manifiestas de la angustia o de los recursos protectores contra ella es infinita y variable en los distintos individuos, la angustia básica es relativamente igual en todos, difiriendo sólo en amplitud e intensidad. Cabe describirla a grandes rasgos como un sentimiento de ser pequeño e insignificante, de estar inerme, abandonado y en peligro, librado a un mundo dispuesto a abusar, engañar, agredir, humillar, traicionar y envidiar. Una de nuestras enfermas expresó este sentimiento mediante un dibujo espontáneo, donde se representaba como una pequeñuela indefensa y desnuda, rodeada de monstruos amenazantes, tanto humanos como animales, prestos a atacarla.
Los psicóticos suelen sentir agudamente, en su conciencia, el efecto de esta angustia, que en los paranoicos queda restringida a una o varias personas determinadas, mientras en los esquizofrénicos en ocasiones

---

[32] En estos casos el psicoanálisis no es necesario ni conveniente.

adopta la forma de una aguda noción de la hostilidad potencial del mundo que les rodea, al punto que inclusive las muestras de amabilidad tienden a interpretarlas como posibles amenazas hostiles.
Los neuróticos, por el contrario, raramente se percatan de su angustia u hostilidad básicas, o al menos no les conceden la medida e importancia que poseen en la vida entera. Una enferma nuestra, que en sueños se veía como un pequeño ratón constreñido a refugiarse en una cueva para no ser aplastado -ilustrando así, por medio de una imagen certera, cómo actuaba en la vida-, no tenía la más remota idea de que en realidad tuviese miedo de alguien, declarando que ignoraba lo que era la angustia. Una desconfianza básica frente a la generalidad puede encubrirse con el convencimiento superficial de que todos son muy simpáticos, coexistiendo con relaciones en apariencia buenas con los demás. También un profundo desprecio hacia todo el mundo puede disfrazarse con la tendencia a admirar al prójimo.
Aunque la angustia básica concierne a seres humanos, es posible que carezca totalmente de carácter personal, trocándose en un sentimiento de ser amenazado por tormentas, convulsiones políticas, microbios, accidentes, alimentos descompuestos, o de estar condenado por el destino. El observador experto reconocerá con facilidad la base de todas estas actitudes, mas se requiere una intensa elaboración psicoanalítica para que el propio neurótico advierta que su angustia no se refiere en verdad a los microbios ni a peligros similares, sino a personas reales; que su ira contra éstas no es -o no sólo esuna reacción adecuada y justificada frente a una provocación real, sino que él mismo se ha tornado básicamente hostil para con los demás v desconfiado frente a todo el mundo.
Antes de describir las consecuencias de la angustia básica en las neurosis, examinaremos un problema que acaso haya surgido ya en la mente de muchos lectores. En efecto, la actitud de angustia y hostilidad básicas frente a los demás, que hemos calificado como elemento esencial de las neurosis, ¿no es una actitud «normal» que todos compartimos, aunque quizás en menor grado? Al abordar este tema es preciso distinguir dos puntos de vista.
Si usamos el término «normal» en el sentido de una actitud humana general, cabría decir que la angustia básica tiene, en efecto, un corolario normal en lo que la filosofía alemana y el lenguaje religioso han dado en llamar *Angst der Kreatur* (miedo de la criatura humana). Esta expresión denota que prácticamente todos nos sentimos inermes delante dé fuerzas más poderosas que nosotros, como la muerte, las enfermedades, la vejez, las catástrofes de la naturaleza, los sucesos políticos y los accidentes. La desvalidez de nuestra infancia nos suministra la primera experiencia de esta índole, pero la noción así adquirida la conservamos durante toda la existencia. Dicha angustia de

la criatura humana comparte con la angustia básica su característica de la indefensión ante los poderes superiores, mas no implica una actitud-de hostilidad por parte de éstos.
En cambio, si empleamos el término «normal» en el sentido de lo que es normal en nuestra cultura, cabría agregar lo siguiente: de ordinario, en nuestra cultura, la experiencia llevará a una persona -siempre que su vida no sea demasiado cómoda-, a adoptar mayor reserva frente a los otros, conforme va alcanzando su madurez, a ser más prudente en su confianza respecto del prójimo, a familiarizarse más con el hecho de que a menudo los actos humanos no son sinceros, sino dictados por la cobardía o la conveniencia. Si se trata de una persona honesta, no vacilará en aplicarse a sí misma este juicio; de lo contrario, verá con mayor claridad todos estos atributos en los demás. En suma, pues, desarrollará una actitud evidentemente análoga a la angustia básica, de la cual, empero, la separan las siguientes diferencias. La persona sana y madura no se siente inérme frente a estos defectos humanos, ni está dominada por la ausencia de discriminación que ostenta la actitud neurótica básica. En efecto, conserva la capacidad de acordar una buena dosis de genuina amabilidad y confianza a señaladas personas. Estas disimilitudes tal vez se expliquen por el hecho de que el sujeto sano ha padecido la mayoría de sus experiencias desgraciadas a una edad en que fue capaz de asimilarlas, mientras el neurótico las sufrió cuando aún no le era posible dominarlas, y, debido a su indefensión, reaccionó a ellas con angustia.
La.angustia básica tiene ciertas y determinadas consecuencias en cuanto a la actitud del sujeto respecto de sí mismo y de los demás. Esto significa, de hecho, un aislamiento emocional, tanto más difícil de soportar, cuanto que va acompañado de una sensación de debilidad intrínseca. Entraña, también, un debilitarse del fundamento mismo en que reposa la autóconfianza. Establece el germen de un conflicto potencial entre el deseo de confiar en los demás y la incapacidad de abandonarse a esta inclinación, a causa del profundo recelo y hostilidad que se profesa hacia ellos. Implica también que por su debilidad intrínseca la persona siente el deseo de echar toda responsabilidad sobre los demás, de ser protegida y amparada, mientras que la hostilidad básica la torna harto desconfiada para ceder a este deseo. Por último, su invariable resultante es que el sujeto se ve constreñido a dedicar la mayor parte de su energía a recuperar la tranquila seguridad perdida.
Cuanto más intolerable sea la angustia, tanto más completas deberán ser las medidas de precaución contra ella. En nuestra cultura disponemos de cuatro recursos fundamentales, a fin de escudarnos contra la angustia básica: el cariño, la sumisión, el poderío y el aislamiento.

En primer lugar, el procurarse cariño en cualquier forma puede constituir una fuerte protección contra la angustia, mecanismo al cual le cuadra el lema: *Si me quieres, no me harás mal.*

En segundo término, el sometimiento puede subdividirse según concierna o no a señaladas personas o instituciones. Uno de estos focos definidos es, por ejemplo, la sumisión a las normas tradicionales, a los ritos de una religión o a los requerimientos de algún personaje poderoso. En estos casos, la obediencia de tales reglas o el acatamiento de esas demandas se convertirán en motivos determinantes de la conducta entera, actitud susceptible de asumir la forma de setirse obligado a «ser bueno», si bien las connotaciones de «bueno» varían según las exigencias o las reglas cumplidas.

En cambio, si la actitud de docilidad no concierne a ninguna institución o persona señaladas, adopta la forma más general de complacencia con los posibles deseos de todos, evitando cuanto pudiese despertar resentimiento. En semejantes casos, el individuo reprime toda exigencia y crítica para con los demás, mostrándose dispuesto a dejar abusar de él, sin defensa alguna, y prestándose siempre a ayudar al prójimo sin discriminaciones. A veces se percata de que sus actos se motivan en la angustia, pero comúnmente no lo reconoce y está persuadido, por el contrario, de que obra impulsado por un ideal de altruismo y de abnegación que llega hasta la renuncia de sus propios deseos. Tanto en la forma definida cuanto en la general de la sumisión, el lema rector es: *Si cedo en algo, no me harán mal.*

La actitud de sumisión también puede servir al propósito de obtener la tranquilidad mediante el cariño. Cuando éste alcanza tal importancia en una persona que su sentimiento de seguridad en la vida depende de él, se hallará pronta a pagar cualquier precio por el cariño, disposición que, en el fondo, implica someterse a los deseos ajenos. Sin embargo, a menudo es incapaz de creer en ningún cariño, y entonces su actitud de sumisión no perseguirá el propósito de atraérselo, sino de lograr protección. Asimismo, hay personas que sólo pueden sentirse seguras si se someten rígidamente; en ellas la angustia es tan intensa y tan completa la desconfianza ante el cariño, que ni se concibe la posibilidad de conseguirla.

La tercera tentativa de resguardarse contra la angustia básica consiste en recurrir al poderío, en tratar de arribar al sentimiento de seguridad conquistando poderío o éxito real, posesiones, la admiración de los demás o superioridad intelectual. El lema que gobierna estos intentos de protección es: *Si soy poderoso, nadie podrá dañarme*.

El cuarto medio de preservarse lo constituye el aislamiento. Los grupos anteriores de arbitrios protectores tienen en común la disposición a lidiar con el mundo, a superarlo de una u otra manera. Sin embargo, también puede lograrse el sentimiento de protección retirándose totalmente del

mundo. Ello no implica recluirse en un desierto o vivir en radical soledad, sino independizarse de los demás en el grado en que sean capaces de afectar las propias necesidades exteriores o interiores. Así, verbigracia, la emancipación frente a las necesidades exteriores puede alcanzarse acumulando posesiones. Esta motivación de la búsqueda de posesiones difiere por completo de la que busca lo mismo pero para ganar influencia o poderío; además también es muy distinto el empleo que se hace de los bienes. Cuando éstos son acumulados en prosecución de independencia, el sujeto suele. sentir excesiva angustia para gozar de ellos, atesorandolos con avaricia, pues el único objetivo que busca es prevenirse contra todas las eventualidades. Otro expediente que llena idéntico propósito de alcanzar externamente independencia con respecto a los otros consiste en restringir al mínimo las necesidades personales.

La independencia frente a los requerimientos internos podemos obtenerla, verbigracia, procurando desvincularnos sentimentalmente del prójimo, de suerte que nada ni nadie pueda defraudarnos, mas eso significa ahogar todas las exigencias afectivas. Una expresión de este desligamiento es la actitud de no tomar nada en serio, ni a uno mismo, la cual suele hallarse en círculos intelectuales. El no considerarse en serio a sí mismo es harto diferente de no estimarse importante, posturas que, en efecto, inclusive pueden ser contradictorias.

Estos recursos de aislamiento guardan cierta semejanza con los mecanismos de sumisión y complacencia, pues ambos implican el desistimiento de los propios deseos. Pero mientras en los últimos la renuncia se halla al servicio del «ser bueno» o de supeditarse a los deseos ajenos a fin de sentirse seguro, en el primer grupo la idea de «ser bueno» no desempeña papel alguno y el objeto de la renuncia es, simplemente, independizarse de los demás. En este caso, el lema director es: *Si me aíslo, nada podrá dañarme*.

A fin de apreciar la función que estos diversos ensayos de protección contra la angustia básica cumplen en las neurosis, es menester valorar su intensidad potencial. No son impuestos por el deseo de satisfacer un anhelo de goce o felicidad sino por el impulso de alcanzar el sentimiento de seguridad. Ello, no obstante, en modo alguno entraña que sean menos poderosos o imperiosos que las pulsiones instintivas, pues la experiencia demuestra que el impacto de un anhelo ambicioso, por ejemplo, acaso sea tan potente, o más, que un impulso sexual.

Cualquiera de estos cuatro- mecanismos, perseguido solo o predominantemente, es susceptible de ofrecer al individuo la ansiada tranquilidad, siempre que su situación vital le permita aplicar esos recursos sin incurrir en conflictos, aunque debe advertirse que semejante prosecución exclusiva de una tendencia única suele traer aparejado un empobrecimiento de la personalidad integral. Así, verbigracia, una mujer que emprenda el camino de la sumisión puede alcanzar la paz y grandes

satisfacciones secundarias en una cultura que demande de la mujer obediencia a la familia o al marido y sujeción a las normas tradicionales. Si es un monarca quien desarrolla un insaciable afán de poderío y posesiones, su resultado también puede serla consecución de seguridad y éxito en la vida. En realidad, sin embargo, el decidido seguimiento de un objetivo único dejará con frecuencia de cumplir su propósito, pues las demandas impuestas son tan desmesuradas e inescrupulosas que por fuerza acarrean conflictos con el medio. Con mayor frecuencia, la seguridad contra uña poderosa angustia subyacente no se busca por un solo camino, sino por varios, que, además, pueden ser incompatibles entre sí. Es decir: que el neurótico podrá sentirse, a un tiempo, imperiosamente compelido a dominar a todo el mundo y a pretender ser amado por todos, a someterse a los otros y a imponerles su propia voluntad, a desligarse de la gente y a querer su afecto. Son estos conflictos, en verdad insolubles, los que casi siempre constituyen el núcleo dinámico de las neurosis.

Las dos tendencias que más comúnmente chocan entre sí son los anhelos de afecto y de poderío, razón por la cual en los próximos capítulos nos ocuparemos de ellos en detalle.

Tal como la hemos descrito, la estructura de las neurosis no contradice la teoría freudiana de que, en esencia, éstas serían productos de conflictos entre las tendencias instintivas y las demandas sociales o su representación en el «super yo». Mas en tanto nos hallamos de acuerdo en que el conflicto entre las tendencias individuales y la presión social del ambiente es una condición ineludible de toda neurosis, no creemos que por sí solo baste a explicarlas. El choque entre los deseos individuales y los requerimientos sociales no produce necesariamente una neurosis, sino que puede conducir, con no menor facilidad, a restricciones reales de las actividades de la vida, o sea a la simple supresión o represión de deseos, o, en términos más generales, al sufrimiento real y concreto. En cambio, la neurosis únicamente aparece si este conflicto provoca angustia y si los intentos de aliviarla despiertan, a su vez, tendencias defensivas que, aunque no menos perentorias, resultan empero incompatibles entre sí.

6
LA NECESIDAD NEURÓTICA DE AFECTO

No cabe duda de que bajo nuestras condiciones culturales estas cuatro formas de acorazarse contra la angustia pueden adquirir decisiva importancia en la vida de muchas personas. Entre estas personas se cuentan: las que por encima de todo desean ser amadas y estimadas, valiéndose de cualquier recurso con tal de satisfacer ese deseo; aquellas en las cuales la conducta se caracteriza por la tendencia a someterse, a ceder y a no adoptar ninguna actitud afirmativa; aquellas cuyos anhelos se hallan gobernados por la ambición de éxito, de poderío o de posesión; las que propenden a aislarse del mundo e independizarse de los demás. Sin embargo, cabría preguntarse si nos asiste razón al aducir que estos anhelos representan una protección contra la angustia básica. ¿Acaso no son expresiones de impulsos que caen dentro de los límites normales de las posibilidades humanas? Al argumentar así cometemos el error de plantear la cuestión de un modo alternativo. En realidad, ambos puntos de vista no son contradictorios ni mutuamente excluyentes. Pues el deseo de amor, la tendencia a someterse, el afán de dominio o éxito y la tendencia al aislamiento, los presentamos todos en las más variadas combinaciones, sin que por ello indiquen en absoluto una neurosis.
Por otra parte, cualquiera de estas tendencias puede constituir la actitud predominante en ciertas culturas, hecho que nuevamente revelaría la posibilidad de que se tratase de características normales de la especie humana. Así, las actitudes de cariño, de amparo maternal y de sumisión a los deseos ajenos prevalecen en la cultura arapesh, descrita por Margaret Mead; las tendencias a conquistar prestigio en forma más bien brutal son normas aceptadas y reconocidas entre los kwakiutl, conforme lo señaló Ruth Benedict; y la tendencia a retraerse del mundo es un rasgo dominante de la religión budista.

Nuestro concepto no pretende negar la índole normal de estos impulsos, sino destacar que todos son susceptibles de ponerse al servicio del reaseguramiento contra la angustia y que, además, al asumir esta función protectora truecan sus cualidades, convirtiéndose en algo enteramente distinto. Ésta diversidad quedará mejor explicada con una analogía. Podemos encaramarnos a un árbol porque deseamos probar nuestra fuerza y habilidad o queremos contemplar el paisaje desde lo alto, pero, asimismo, tal vez, porque nos acosa un animal salvaje. En ambas situaciones trepamos al árbol, pero por motivos muy diferentes. En el primero por placer, mientras en el segundo nos impele el miedo y el dictado de la seguridad: Además, en el primer caso tenemos libertad de subirnos o no, en tanto que en el segundo nos obliga una apremiante necesidad.. En el primero también nos es dable escoger el árbol

adecuado para nuestro propósito, pero en el otro sólo tenemos la alternativa de recurrir al que antes se halle a nuestro alcance, y en última instancia ni siquiera necesita ser un árbol, sino un mástil o una casa, con tal que convenga al objetivo de la protección.
Esta diferencia de las fuerzas propulsoras trae aparejados una conducta,y un sentimiento distintos. Si nos mueve el deseo directo de lograr una satisfacción cualquiera, nuestra actitud tendrá el carácter de espontaneidad y discriminación; en cambio, si se trata de la angustia, los sentimientos y actos serán compulsivos e indiscriminados. Desde luego, también hay estados intermedios. Así, en los impulsos instintivos, como el hambre y el sexual, determinados en gran parte, por tensiones fisiológicas resultantes de la privación, la tensión física puede acumularse en tal grado que la satisfacción se imponga con intensísima perentoriedad e indiscriminación, como en otros casos sólo las presentan las pulsiones determinadas por la angustia.
Esa diferencia influye asimismo sobre el tipo de satisfacción, que, sin entrar en detalle, se puede reducir a la diferencia entre el placer y el sentimiento de seguridad[33]. No obstante, esta diferencia es menos pronunciada de lo que parecería a primera vista. La satisfacción de impulsos instintivos como el hambre o el sexual comúnmente dispensa placer, mas si la tensión física producida por ellos ha llegado a acumularse, la satisfacción alcanzada con su descarga es muy similar a la de la liberación de la angustia. En ambos casos se alivia una tensión intolerable. En,cuanto a su magnitud, el placer y el sen.timiento de seguridad pueden ser igualmente poderosos. Una satisfacción sexual, aunque diferente en especie, es susceptible de ser tan enérgica como los sentimientos de una persona de pronto ¡ibeyada de violenta angustia; en términos generales, pues, no sólo es posible que las tendencias a recuperar la tranquilidad sean,tan vigorosas como las instintivas, sino también que proporcionen una satisfacción no menos intensa.
Los anhelos de seguridad que hemos considerado en el capítulo precedente también suministran otras fuentes secundarias de satis-facción. Así, por ejemplo, el sentimiento de ser amado o apreciado, de tener éxito o influencia puede ser sumamente satisfactorio, aparte del beneficio que ofrece en cuanto a seguridad. Además, según veremos a continuación, las diferentes vías que conducen al sentimiento de seguridad permiten asimismo una considerable descarga de la hostilidad

---

[33] H. S. Sullivan, en su trabajo A Note an the Implications of Psychiatry, the Study of Interpersonal Relations, for Investigation in the Social Sciences (Comentarios sobre la importancia de la psiquiatría como estudio de las relaciones interpersonales, para la investigación sociológica), publicado en el «American Journal of Sociology», vol. 43, 1937, señaló que los anhelos de satisfacción y seguridad constituyen principios básicos reguladores de la vida.

acumulada, procurando de esta suerte otra forma de aligerar la tensión instintiva.

Hemos visto que la angustia puede ser la fuerza impulsora oculta tras ciertas tendencias y se ha pasado revista a las más importantes pulsiones así engendradas. Ahora examinaremos con mayor detenimiento aquellas dos tendencias que cumplen en realidad máximo papel en las neurosis: la necesidad de afecto y el afán de poderío y dominio.

El anhelo de recibir afecto y cariño es tan común en los neuróticos y tan fácil de advertir para todo observador idóneo, que puede conceptuárselo como uno de los más fieles signos de la angustia reinante y de su intensidad aproximada. Nada de extraño hay en esto, si tenemos presente que al sentirse totalmente desarmado frente a un mundo siempre amenazador y hostil, el neurótico tratará de obtener cariño y amor como el recurso más lógico y directo para ser objeto de benevolencia, ayuda o aprecio, cualquiera sea su forma.

Si las condiciones psíquicas del neurótico fuesen en realidad tales como suelen parecerle a él, nada le resultaría más sencillo que conquistar el afecto de los otros. A fin de expresar en pocas palabras lo que el mismo neurótico con frecuencia sólo sospecha en forma vaga, éstas son, aproximadamente, sus impresiones: es tan poco lo que quiere, sólo que la gente sea amable con él, que lo aconseje, que comprenda que es un alma pobre, inofensiva y solitaria, ansiosa de agradar y de no herir la sensibilidad ajena. Esto es cuanto percibe o siente. No se percata, en cambio, a qué punto su hipersensibilidad y hostilidad latente y sus rigurosas exigencias entorpecen sus propias relaciones sociales; tampoco es capaz de advertir el efecto que produce en los otros o las reacciones de éstos frente él. Como resultado, le es imposible comprender por qué sus amistades, su matrimonio, sus amoríos, sus conexiones profesionales fracasan tan a menudo. Tiende a concluir, por el contrario, que la culpa es de los demás, que todos son inconsiderados, desleales, aprovechados, o que por algún motivo ignoto él carece del don de gentes. Así persigue sin cesar el fantasma del amor.

Si el lector recuerda que señalamos cómo la angustia es engendrada por la hostilidad reprimida y de qué modo ésta, a su vez, suscita hostilidad, o sea que la angustia y la hostilidad están entrelazadas en forma indisoluble, sin dificultad reconocerá cómo el neurótico se engaña a sí mismo al pensar de esta manera, y cuáles son las razones de sus fracasos. Sin saberlo, el neurótico se halla preso en el dilema de ser incapaz de amar y, a la vez, de necesitar premiosamente el amor de los demás. Henos aquí ante una de esas cuestiones en apariencia tan elementales, y que son empero tan difíciles de solucionar: ¿qué es el amor?, o ¿qué entendemos por amor en nuestra cultura? Suele definirse sencillamente el amor como aptitud de dar y recibir afecto, respuesta que si bien contiene cierta verdad, es harto simple para contribuir a

esclarecer las dificultades con que tropezamos. Casi todos somos capaces de ser afectuosos en ocasiones, mas esta cualidad puede ir acompañada de una completa ineptitud para amar. Lo importante es la postura de la cual emana dicho afecto: ¿es la expresión de una actitud básica positiva frente a los demás, o es, verbigracia, producto del miedo de perder al prójimo, o del deseo de tener al «partenaire» en sus manos? En otros términos, no es posible adoptar como criterio del amor ninguna de sus actitudes manifiestas.

Aunque es muy arduo establecer qué es el amor, en cambio nos es factible declarar sin lugar a dudas lo que no es, o qué componentes le son ajenos. Se puede sentir profundo afecto hacia una persona y, no obstante, enojarse a veces con ella, negarle ciertos deseos o no querer verla. Pero estas reacciones circunscritas de ira o rechazo son muy diferentes de la actitud del neurótico, que está permanentemente en guardia contra los demás, que experimenta como un menospreció el menor interés dedicado a otros, que interpreta cualquier solicitud como un insoportable urgimiento, o toda crítica como una humillación. Esto, por cierto, no es amor. Así, tampoco es incompatible con el amor la crítica constructiva de ciertas cualidades o actitudes, con miras a contribuir a enmendarlas en lo posible; pero, evidentemente, no es amor mostrar, conforme suele hacerlo el neurótico, una intolerable exigencia de perfección, una demanda que implica la amenaza de «¡pobre de ti si no eres perfecto!»

También juzgamos inconciliable con nuestra noción del amor que una persona sólo utilice a otra para realizar determinado propósito, es decir, exclusiva o principalmente porque responde a ciertas necesidades. Esto sucede, claro está, cuando el prójimo no es deseado sino para lograr una satisfacción sexual o, en el matrimonio, nada más por razones de prestigio. Sin embargo, también estos casos-pueden ser muy confusos, en particular si las necesidades que interviénen son de índole psíquica. De este modo, una persona podría con facilidad engañarse creyendo que ama a otra si, por ejemplo, sólo la necesita por la aprobación ciega que ésta le profesa. En tal caso, empero, no es difícil que el objeto sea repentinamente abandonado, o aun que el amor se convierta en hostilidad apenas aquél comience a asumir una actitud crítica, dejando así de llenar la función de admirador gracias a la cual era amado.

Pero al exponer los contrastes entre lo que es y lo que no es amor, debemos cuidarnos bien de no ser demasiado estrictos. Aunque el amor es incompatible con el aprovechamiento de la persona amada para obtener alguna gratificación, no significa ello que habrá de ser plena y exclusivamente altruista y abnegado. Tampoco es cierto que sólo merezca llamarse amor el sentimiento que nada exige para sí. Quienes expresan tales convicciones, más bien que un convencimiento elaborado a fondo, manifiestan la propia resistencia a dar afecto. Es natural que se

desee algo de la persona que se quiere: le pedimos satisfacciones, lealtad, ayuda; hasta podemos requerirle sacrificios, si es preciso. De ordinario, el ser capaz de expresar tales deseos, o inclusive de luchar por ellos, es índice de salud psíquica. La diferencia entre el amor y la necesidad neurótica de afecto estriba en el hecho de ser el sentimiento afectuoso primario en aquél, mientras en el neurótico el sentimiento básico lo constituye el impulso de recuperar su seguridad, y la ilusión de amar sólo es secundaria. Desde luego, existen asimismo toda suerte de estados intermedios.

Si alguien requiere del afecto de otro para asegurarse contra su angustia, casi nunca lo notará conscientemente, pues ignora que se halla dominado por la ansiedad y que, en consecuencia, busca en forma desesperada cualquier modo de cariño a fin de recobrar la seguridad perdida. Únicamente sabe que se encuentra ante una!persona que le gusta, en quien confía, o por la que siente atracción. Sin embargo, lo que percibe en calidad de amor espontáneo puede no ser sino una reacción de gratitud por alguna amabilidad o por una emoción de esperanza o afecto que alguien o algo ha suscitado en él. La persona que de una manera explícita o implícita infunde esperanzas de esta naturaleza será automáticamente revestida de gran importancia: sentimiento que al punto se manifestará como ilusión de amor. Dichas esperanzas pueden despertarse por el solo hecho de ser tratado con gentileza por alguien que ostente poder o influencia, o que meramente impresione poseer mayor seguridad. Pueden también animarlas los intentos de seducción erótica o sexual, aunque nada tengan que ver con el amor. Asimismo, son susceptibles de nutrirse en lazos ya existentes que entrañan la promesa de ayuda o apoyo emocional: vínculo de familia, de amistad, y los que,ligan al paciente con su médico. Muchas de estas relaciones transcurren bajo el disfraz del amor, es decir, con la convicción subjetiva del cariño, cuando ese amor en verdad sólo consiste en que el sujeto se aferre a los demás para satisfacer sus propias necesidades psíquicas. El fácil rechazo que sobreviene cuando la persona supuestamente amada no atiende algún deseo del sujeto, denuncia que no nos encontramos ante un consistente sentimiento de genuino cariño. Es evidente que en estos casos falta uno de los factores esenciales que integran nuestra noción del amor: ya la solidez, ya la constancia del sentimiento.

Con ello tácitamente hemos mencionado una última característica de la incapacidad de amar, pero volveremos a destacarla aquí: nos referimos a la inconsideración de la personalidad, las peculiaridades, los defectos, las necesidades, los deseos y el desarrollo del prójimo. Esta inconsideración es, en parte, resultado de la misma angustia que le impone al neurótico la tenaz unión a otra persona. Quien se halla en peligro de ahogarse y se aferra a un nadador, no suele pensar en la disposición o capacidad de éste para salvarle. Esta inconsideración

también es, en parte, expresión de la hostilidad básica hacia los otros, cuyos contenidos más comunes son el desprecio y la envidia. Puede encubrirse con desesperados esfuerzos de ser considerado y hasta abnegado, pero tal empeño usualmente no logra impedir que emerjan ciertas indiscretas reacciones. Así, una esposa puede estar interiormente persuadida de su profunda devoción por el marido y, no obstante, mostrarse resentida, quejándose o deprimiéndose cuando el cónyuge dedica su tiempo al trabajo, a otros intereses o a sus amistades. Una madre sobreprotectora puede estar convencida de sacrificarlo todo en favor de la felicidad de su hijo, y, sin embargo, desatender por completo la necesidad de que el niño se desarrolle con independencia.

Los neuróticos cuyo mecanismo de defensa consiste en el anhelo de recibir afecto, difícilmente se percatarán de su incapacidad de amar. La mayoría confunde su necesidad del prójimo con una presunta disposición al amor, ya sea por determinada persona o la humanidad en general. Una imperiosa razón los lleva a sustentar y defender tal ilusión, pues abandonarla implicaría revelar el dilema de sentirse a la vez básicamente hostiles contra los demás, y, empero, muy necesitados de su afecto. No es posible despreciar a una persona, desconfiar de ella, querer destruir su felicidad o su independencia, y al par ansiar su afectó, su ayuda y su apoyo. A fin de conseguir ambos objetos, en rigor inconciliables, es preciso mantenerla disposición hostil estrictamente apartada de la conciencia. En otras palabras, la ilusión del amor, aunque resultado de un comprensible equívoco entre el auténtico apego y la necesidad neurótica; cumple la indudable función de permitir la conquista del cariño.

Al tratar de satisfacer su hambre de afecto, el neurótico todavía tropieza con otra dificultad fundamental: si bien le es dable obtener, al menos transitoriamente, el cariño buscado, en realidad es incapaz de aceptarlo. Cabría esperar que acogiese todo afecto con las mismas ansias con que el sediento se sacia de agua. En verdad, sucede así, pero sólo momentáneamente. Los médicos conocen la influencia que pueden ejercer la amabilidad y la consideración. Todos los trastornos orgánicos y psíquicos son susceptibles de desaparecer de pronto, aunque sólo se haya ofrecido al paciente una atención hospitalaria adecuada o sometido a un detenido examen clínico. Una neurosis de situación, por muy grave que sea, puede esfumarse radicalmente cuando su víctima se siente amada por alguien. Elizabeth Barrett Browning es un célebre testimonio de ello[34]. Inclusive en las neurosis del carácter, semejantes atenciones,

[34] En efecto, los mortales padecimientos de Elizabeth Barrett desaparecieron cuando, por fin, a los cuarenta años, casó con Robert Browning -¡pero en estricto secreto!-, en setiembre de 1846. Sin embargo, mal podríase llamar «neurosis de situación» a la de Elizabeth, teniendo en cuenta las peculiares relaciones con el 'padre y la intervención de la muerte de su hermano Edward en el desencadenamiento -¿en la etiología?- de su

ya consistan en amor, interés humano o cuidados médicos, podrán ser suficientes para liberar la angustia, mejorando así el estado psíquico.
Cualquier muestra de afecto puede suministrarle al neurótico una tranquilidad superficial o hasta una sensación de felicidad, pero en lo más profundo esas manifestaciones chocan con su desconfianza o desencadenan su resistencia y ansiedad. No cree en ellas, porque está firmemente persuadido de que nadie podría amarle jamás: sentimiento que muchas veces se convierte en una convicción consciente e inconmovible por las experiencias reales contrarias a él. Hasta es posible aceptar que nunca llegan a preocuparle en forma consciente, pues por contradictorio que sea, ese convencimiento es tan imperturbable como si siempre hubiese sido consciente. También puede disfrazarse bajo una actitud de indiferencia, de ordinario dictada por el orgullo, y en tal caso es harto probable que su revelación tropiece con grandes obstáculos. La convicción de ser indigno del amor se vincula íntimamente con la incapacidad de sentirlo y, en realidad, es un reflejo consciente de ésta. Quien sea capaz de encariñarse de verdad con otro, tampoco abrigará la menor duda de que los demás pueden sentir por él idéntico cariño.
Si la angustia es realmente profunda, todo afecto brindado provocará desconfianza y al punto se supondrá que obedece a intereses ocultos; en el psicoanálisis, verbigracia, tales pacientes creen qué el analista sólo quiere ayudarlos con miras a satisfacer su ambición, o que únicamente les dedica palabras de aprecio o de estímulo por motivos terapéuticos. Así, una enferma nuestra se sintió muy humillada cuando se le propuso asistirla durante el fin de semana, cierta vez que sufría una honda conmoción emocional. Todo cariño ostensiblemente manifestado se interpreta con facilidad a manera de un insulto, y si una joven agraciada le demuestra su afecto a un neurótico, éste se inclinará a interpretarlo como una burla o aun como una deliberada provocación, pues no le es posible imaginar que la joven sienta verdadero cariño por él.
No sólo es factible que el cariño dedicado a tales personas pueda suscitar su recelo, sino también una cabal ansiedad. Reaccionan como si ceder a un sentimiento implicase quedar cautivo en una telaraña, o como si confiar en el cariño equivaliera a abandonar toda prudencia entre salvajes antropófagos. Un neurótico inclusive puede experimentar auténtico terror cuando se halla a punto de comprender que alguien le ofrece sincero cariño o amor.
Por último, las muestras de afecto son capaces de despertar el temor a la dependencia. Según veremos pronto, la dependencia afectiva constituye un peligro auténtico para quien no puede vivir privado del amor del prójimo, y toda circunstancia que de lejos se le asemeje es

---

enfermedad. Por lo demás. son muchos los problemas irresueltos que plantea esta Electra-Yocasta de la literatura inglesa. [T.]

susceptible de promover una desesperada lucha en contra. Tales personas deben eludir a toda costa las reacciones emocionales positivas de cualquier índole, pues éstas de inmediato acarrearían el peligro del sometimiento. A fin de evitarlo necesitan cerrarse a la comprensión de que los demás son amables o solícitos con ellas, procurando descartar en cualquier forma toda manifestación de afecto y persuadiéndose, en sus propios sentimientos, de que los demás son brutales, indiferentes y hasta malévolos. La situación así planteada equivale a la de una persona que muriéndose de hambre no osara tocar la comida que se le brinda por miedo a que estuviese envenenada.

En suma, pues, quien esté dominado por su angustia básica y, en consecuencia, requiera el cariño ajeno como medio protector, tiene escasas probabilidades de obtenerlo, pues la misma situación que configura esa necesidad también impide su satisfacción.

7
OTRAS CARACTERÍSTICAS DE LA NECESIDAD NEURÓTICA DE AFECTO

La mayoría de nosotros deseamos ser queridos, gozamos con gratitud el sentimiento de serlo y nos sentimos ofendidos si no lo somos. Según ya hemos dicho, el sentimiento de ser amado por los padres tiene para el niño fundamental importancia en relación con su desarrollo armónico. ¿Pero cuáles son las características peculiares que permiten considerar neurótica la necesidad de afecto?

A nuestro juicio, al calificar arbitrariamente de infantil esta necesidad, no sólo se comete una injusticia con el niño; también se olvida que los factores esenciales de la necesidad neurótica de afecto nada tienen que ver con el infantilismo. La necesidad infantil y la neurótica únicamente presentan un elemento común -la indefensión-, aunque en ambos casos éste reconoce distinto fundamento. Por otra parte, la necesidad neurótica surge bajo precondiciones muy diferentes que, para repetirlas, son: angustia, sentimiento de ser indigno del amor, incapacidad de confiar en afecto alguno y hostilidad contra todo el mundo.

Así, la primera característica que nos llama la atención en la necesidad neurótica de afecto, es su compulsividad. Cada vez que alguien es impulsado por intensa angustia, el resultado ineludible es su carencia de espontaneidad y de flexibilidad. Reducido a sus términos más simples, ello comporta que la obtención del cariño no es, para el neurótico, un mero lujo, ni fundamentalmente un motivo de mayor energía o placer, sino una genuina urgencia vital. La diferencia podría expresarse con dos fórmulas: por un lado, deseo ser amado y me agrada serlo; por otro, necesito ser amado a toda costa.

Asimismo, equivaldría a lo que distingue a una persona que come por buen apetito, pudiendo disfrutar de los manjares y escoger los preferidos, de la que está próxima a morir de hambre, debiendo aceptar cualquier alimento sin selección y sin parar mientes en el precio.

Esta actitud conduce por fuerza a una sobrevaloración de la trascendencia real del hecho de ser querido. En verdad, no es tan terriblemente importante agradar a todo el mundo, e inclusive puede serlo más que gusten de nosotros sólo determinadas personas: las que a su vez nos placen, aquellas con las que debemos compartir la vida o el trabajo, o a las cuales nos conviene producir buena impresión. Fuera de estos casos, es más o menos indiferente que agrademos o no[35]. El

---

[35] Estas palabras podrían levantar protestas en Estados Unidos, donde interviene, como factor cultural, el hecho de haberse convertido la popularidad en un objetivo de la competición social, adquiriendo así un alcance que no posee en otros países.

neurótico, en cambio, siente y se conduce como si toda su existencia, su felicidad y su seguridad dependiesen de que se le aprecie y quiera.
Sus deseos pueden fijarse en cualquiera, sin discriminación, desde el peluquero o el desconocido que se encuentra en una fiesta, hasta los colegas y amigos, o bien a toda mujer y a todo hombre. Por consiguiente, un saludo, un llamado telefónico o una invitación, expresados con mayor o menor amabilidad son susceptibles de trastornar su ánimo y toda su manera de contemplar la vida. Únicamente señalaremos aquí uno de los problemas inherentes: la incapacidad de quedarse solo, que varía desde la ligera inquietud e incomodidad hasta un cabal terror a la soledad. No aludimos a las personas de escasas dotes que fácilmente se aburren de sí mismas, sino a las inteligentes e ingeniosas que, aun solas, podrían gozar sinnúmero de placeres. Por ejemplo, existen personas que exclusivamente pueden trabajar si alguien las rodea, sintiéndose intranquilas y desgraciadas cuando se ven obligadas a hacerlo sin compañía. En tal exigencia de estar acompañados pueden intervenir otros factores, pero el aspecto general es de vaga angustia, de una necesidad de afecto o, con mayor exactitud, de tener algún contacto humano. Estas personas tienen la sensación de hallarse perdidas en el universo, y todo vínculo humano representa un alivio para ellas. A veces es posible observar, casi experimentalmente, cómo la incapacidad de quedarse solo corre pareja con el aumento de angustia. Algunos pacientes únicamente toleran la soledad en tanto se sientan amparados por los muros de protección con que se han rodeado; aunque ni bien el análisis se los derriba, despertando con ello cierta angustia, les resulta insufrible soportarla. He aquí uno de los empeoramientos del estado del paciente inevitables en el proceso analítico.

La necesidad neurótica de afecto puede concentrarse sobre determinada persona, ya sea el marido, la esposa, el médico o un amigo. En tal caso, la devoción, la simpatía, la amistad y la presencia misma de esa persona cobrarán desmesurada importancia. Sin embargo, tiene ésta carácter paradójico, pues, de un lado, el neurótico anhela su simpatía y su presencia, sintiéndose despreciado y.reehazado cuando no está con ella; mas, del otro, no se halla nada feliz cuando se encuentra junto a su ídolo. Si tal contradicción llega a su conciencia, suele dejarle perplejo; empero, fundándonos en lo ya dicho, es evidente que el anhelo de la presencia de otro no es expresión de genuino apegó, sino únicamente de la urgencia de confortarse y asegurarse con la noción de que la otra persona está a disposición de uno. (Desde luego, un cariño auténtico puede combinarse con la necesidad de obtener afecto tranquilizador, pero ambas tendencias no siempre necesariamente coinciden.)
El afán de recibir afecto también puede manifestarse sólo en relación con cierto grupo de personas, por ejemplo, con las que tenemos intereses en

común, sean políticos o religiosos, o bien hallarse restringido a uno de los sexos. Cuando la necesidad de ser reconfortado se limita al sexo opuesto, el sujeto superficialmente puede parecer «normal», y de ordinario la persona frente a la cual despliega tal actitud lo considerará de esta manera. Hay inclusive mujeres que se sienten desgraciadas y angustiadas si no tienen hombres junto a ellas; suelen entablar amoríos, para interrumpirlos al poco tiempo, sintiéndose de nuevo infelices y angustiadas e iniciando otro enredo, y así sucesivamente. Los conflictos que estas relaciones acarrean y su carácter poco satisfactorio demuestran que no se trata de un genuino anhelo de lazos amorosos. Antes bien, tales mujeres recurren indistintamente a cualquier hombre, movidas por el solo deseo de tenerlo próximo, sin encariñarse con ninguno. De ordinario, ni siquiera logran satisfacción física. Por cierto, todo ello resulta, claro está, más complicado de lo que aquí parece, pues sólo hemos destacado la parte que corresponde a la angustia y la necesidad de cariño[36].

Asimismo, el hombre puede presentar una estructura semejante; trátase de seres dominados por la compulsión de agradar a todas las mujeres y que se sienten incómodos en compañía de otros hombres.

Si la necesidad de cariño se enfoca sobre el mismo sexo, ella puede llegar a constituir uno de los factores de la homosexualidad latente o manifiesta, como ocurre cuando el acercamiento al sexo opuesto está vedado por una angustia excesiva. Huelga decir que esta angustia no tiene por qué ser manifiesta, pues le es dable ocultarse tras el desprecio o la indiferencia para con el sexo contrario.

Dado que la obtención del cariño posee para él vital importancia, el neurótico abonará cualquier precio a fin de alcanzarlo, sin notar casi nunca que lo está pagando. Las formas más comunes que este tributo adopta consisten en una actitud de sumisión o de dependencia emocional. A su vez, la sumisión suele presentar la forma de no atreverse a disentir del prójimo o a no criticarle en nada, mostrando el sujeto únicamente devoción, admiración y docilidad.

Si las personas de este tipo se permiten hacer observaciones críticas o despectivas, de inmediato sienten angustia, aunque sus palabras hayan sido inofensivas. La actitud de complacencia y sumisión puede llegar a tales extemos que el neurótico no sólo ahogue en sí todo impulso agresivo, sino también sus tendencias de autoafirmación, dejando que abusen de él y haciendo todos los sacrificios imaginables, por más perjuicios que le acarreen. Esta abnegación de sí mismo puede manifestarse, por ejemplo, como un deseo de padecer diabetes por la

---

[36] Karen Horney, The Over-valuation of Love. A Study of a Common Present Day Feminine Type (La sobrevaloración del amor. Estudio de un tipo de mujer frecuente en nuestros días), en «Psychoanalytic Quarterly», vol. 3, 1934, páginas 605-638.

mera razón de que la persona cuyo amor se persigue está dedicada a investigar tal enfermedad, implicando así que mediante ella quizá se conquistaría su simpatía.
La dependencia emocional que surge de la necesidad neurótica de asirse a alguien que ofrezca perspectivas de protección es muy afín con la actitud de sometimiento y se vincula íntimamente a ella. Esa dependencia no sólo produce un sufrir incesante, sino que hasta puede resultar en verdad destructiva. Así, por ejemplo, existen relaciones en las que una persona queda en estado de inerme sujeción frente a otra, aunque advierta plenamente que tal relación es insostenible. Está convencida de que el mundo se derrumbará si no obtiene de ella una palabra gentil o una sonrisa, e inclusive puede atacarla un auténtico acceso de angustia cuando se aproxima el momento en que aguarda su llamada telefónica, sintiéndose perdidamente desconsolada si aquélla se ve imposibilitada de verla. No obstante, es incapaz de apartarse de la persona adorada.
Por lo común la estructura de las dependencias afectivas es algo más complejo, pues en toda relación que involucre sujeción de una persona respecto de otra interviene siempre una buena dosis de resentimiento. A la persona dependiente le ofende su misma esclavitud, por tener que someterse, mas sigue haciéndolo ante el temor de perder al otro. Ignorando que es su propia angustia la que crea ese estado, fácilmente llega a suponer que tal sumisión le ha sido impuesta. El resentimiento así suscitado forzosamente debe reprimirse, pues el sujeto experimenta la insuperable necesidad de obtener el afecto ajeno, mientras que esta represión engendra a su turno nueva angustia, con la consiguiente apetencia de nuevo reconfortamiento; de ahí el impulso redoblado de aferrarse al objeto. De este modo, la dependencia emocional produce en ciertos neuróticos el muy real y hasta justificado temor de que alguien está arruinando sú'yida; si este temor alcanza ingente magnitud, pueden tratar de escudarse dé esa dependencia no estableciendo lazos afectivos con nadie.
En ocasiones es posible que se modifique la actitud de una persona frente a la dependencia. Luego de haber soportado una o varias experiencias dolorosas de esta especie, puede luchar ciegamente contra todo lo que exhiba hasta la más ligera semejanza con-la dependencia. Así, una joven que había pasado por varios enredos amorosos que terminaron, todos, con su angustiosa sujeción al hombre amado, desarrolló poco a poco una actitud de desapego frente a todos los hombres, buscando únicamente tenerlos en su poder sin comprometer para nada sus sentimientos.
Estos procesos también se manifiestan en la actitud del paciente durante el análisis. Su interés personal le obliga a aprovechar la sesión analítica con miras de profundizar la comprensión de sí mismo, pero en muchas

oportunidades dejará de lado esa conveniencia para empeñarse en agradar al analista y atraerse su favor. Aunque tiene poderosas razones para hacer lo posible a fin de acelerar el progreso -sea porque sufre o se sacrifica en aras del análisis, o porque dispone de escaso tiempo-, a veces estos factores suelen perder toda significación en él, dedicándose entonces, horas enteras, a narraciones interminables con el único objeto de recibir una respuesta favorable del analista, o tratando de que a éste la sesión le resulte atractiva, procurando entretenerlo y demostrándole su admiración. Esto puede llegar al punto de que inclusive sus asociaciones y sueños sean determinados por el afán de interesar al analista; en otros casos, llega a sentir viva inclinación por él, convenciéndose a sí mismo de que nada le importa salvo el amor del analista, y tratando de persuadirle de la sinceridad de sus sentimientos. También aquí se traduce el factor indiscriminación, a menos que se quiera aceptar que todo analista es un dechado de valores humanos o que se halla perfectamente dotado para satisfacer las personales preferencias de todos sus enfermos. Desde luego, el analista acaso sea una persona a quien el paciente amaría, en cualquier circunstancia, pero esto no explica la magnitud emocional que adquiere para el paciente.
Es éste el fenómeno al que la gente suele referirse cuando piensa en las «transferencias», pero semejante uso del término no es del todo correcto, pues la transferencia comprende la suma de las reacciones irracionales del paciente frente al analista, y no solamente su dependencia afectiva del mismo. El problema no radica en este caso en los motivos por los cuales dicha dependencia aparece en el análisis -pues toda persona necesitada de tal protección se asirá a cualquier médico, asistente social, amigo o familiar-, si no en su particular energía y en el hecho de presentarse tan a menudo. La respuesta es más bien simple: analizar significa, entre otras cosas, destruir las defensas levantadas contra la angustia y despertar así la ansiedad que acecha tras estos muros protectores. Es, justamente, esta exaltación de la angustia, la responsable de que el paciente deba aferrarse de cualquier manera al analista.
Henos aquí, de nuevo, ante una diferencia respecto de la necesidad infantil de amor: el niño necesita más amor o apoyo que el adulto a causa de hallarse más desvalido, pero en su actitud no interviene factor compulsivo alguno. Sólo un niño ya angustiado se pegará con ansiedad a las faldas de su madre.
Una segunda característica de la necesidad neurótica de afecto, que asimismo la distingue fundamentalmente de la necesidad infantil, es su insaciabilidad. Cierto que también el niño puede ser enfadoso, exigiendo desorbitada atención e incesantes pruebas de que le quieren, pero en tal caso ya se trata, claro está, de un niño neurótico. El niño sano, desarrollado en una atmósfera dé calor afectivo y de confianza, se siente

seguro de ser querido y no precisa constantes muestras de ello, quedando satisfecho con recibir el auxilio que necesita en el momento.
La insaciabilidad del neurótico es susceptible de manifestarse, como rasgo general del carácter, en la codicia[37], acusada a través de la voracidad, o en las compras, en la impaciencia al recorrer escaparates. La codicia puede estar reprimida durante la mayor parte del tiempo, e irrumpir súbitamente, como, verbigracia, cuando una persona por lo común modesta en su vestimenta, en medio de un estado de angustia adquiere de pronto cuatro sobretodos nuevos. Puede asimismo manifestarse en la forma más bien amistosa del préstamo habitual, o en la más agresiva de conducirse como un verdadero pulpo.
La codicia, con todas sus variantes e inhibiciones consecutivas, se denomina «actitud oral»[38], y bajo tal nombre ha sido perfectamente descrita en la literatura psicoanalítica. Aunque los preconceptos teóricos implícitos en esta terminología han sido muy útiles al permitir integrar en síndromes bien definidos los rasgos hasta ahora aislados, es dudosa la hipótesis de que todos ellos procedan de sensaciones y deseos orales. Fúndase este aserto en la correcta observación de que la codicia muchas veces se expresa a través de la gula y de la manera de comer, así como en sueños que pueden expresar las mismas tendencias en forma más primitiva; por ejemplo, los sueños cánibalistás. Pero estos fenómenos no demuestran que nos encontremos aquí ante deseos primaria y esencialmente orales. En consecuencia, tendría mayor licitud admitir que por regla general la comida no es sino el recurso más fácil para satisfacer el afán de codicia, cualquiera sea su fuente, tal como en los sueños el comer es la expresión simbólica más concreta y primitiva de los deseos insaciables.
Es menester asimismo sustanciar la presunción de que los deseos y las actitudes orales tangen carácter libidinal. Es indudable que una actitud de codicia puede exteriorizarse a través de la esfera sexual, en una verdadera insaciabilidad erótica, o en sueños que identifiquen el acto sexual con los de engullir o morder. Pero también se revela, con no menor claridad, en el afán de poseer dinero o vestidos, o en la prosecución de las ambiciones y del prestigio. Lo único que cabe afirmar en favor de la hipótesis libidinal, es que la apasionada intensidad de la codicia es similar a la de los impulsos sexuales. Sin embargo, en tanto no se acepte que todo impulso apasionado es de índole libidinal, será

---

[37] El término se emplea aquí no en la acepción corriente de apetito desordenado de riquezas, sino en la más bien académica de afán vehemente y compulsivo de cosas buenas, corpóreas o anímicas. [T.]
[38] Karl Abraham, Breve estudio del desarrollo de la libido, «Revista de Psicoanálisis», Buenos Aires, 1944, vol. II, págs. 274-349.

preciso demostrar que la codicia, en sí misma, constituye un impulso sexual y pregenital.
El problema de la codicia es complejo y aún no ha sido resuelto. Al igual que la compulsividad, es evidentemente estimulada por la angustia, hecho que puede ser bastante patente, por ejemplo, en la masturbación desmedida o en la gula. Tal conexión puede igualmente acusarse en el hecho de que la codicia se atenúa o desaparece en cuanto la persona recobra de alguna manera su seguridad, sea porque se sienta amada, haya logrado éxito o realice algún trabajo constructivo. El sentimiento de ser amado, por ejemplo, puede aminorar repentinamente la energía de un deseo compulsivo de comer. Una muchacha que solía aguardar cada comida con notable voracidad, olvidó de pronto su hambre e inclusive las horas de las comidas apenas comenzó a diseñar modelos, ocupación que le producía el mayor goce. Por el contrario, la codicia puede aparecer o reforzarse en cuanto se acrecienta la hostilidad o la angustia; así, es factible que una persona se sienta compelida a salir de compras antes de una temida actuación en público, o que se vea obligada a comer glotonamente después de haberse sentido rechazada.
Sin embargo, hay muchas personas angustiadas que no se tornan codiciosas, probando así que en la codicia aun deben intervenir otros factores específicos. Lo único que con certeza cabe decir acerca de éstos, es que las personas codiciosas desconfían de su capacidad de crear algo por sí mismas, viéndose constreñidas entonces a recurrir al mundo exterior para el cumplimiento de sus necesidades; pero también creen que nadie está dispuesto a concederles nada. Los neuróticos insaciables en su necesidad de afecto asimismo suelen maní' festar idéntica codicia en lo que atañe a cosas materiales, como sacrificios de tiempo o dinero, consejos objetivos en situaciones concretas y auxilio real en las dificultades, regalos, informaciones y satisfacciones sexuales. En algunos casos estos deseos traducen claramente la urgencia de obtener pruebas de afecto; en otros, empero, esta explicación no sería conveniente, pues en ellos tenemos la impresión de que el neurótico sólo desea conseguir algo, sea afecto u otra cosa, y que, de existir, su afán de cariño únicamente representa un pretexto para explotar ciertos favores o beneficios tangibles.
Estas observaciones plantean, pues, la cuestión de si acaso el afán de cosas materiales en general no constituye el fenómeno básico, en tanto la necesidad de afecto sólo sería una de las maneras de alcanzar ese fin. Evidentemente, este problema no admite una misma respuesta en todos los casos. Según veremos luego, el afán de posesión es una de las defensas fundamentales contra la angustia; pero la experiencia también demuestra que la necesidad de afecto, aunque represente el principal mecanismo de defensa, en ciertos casos es susceptible de hallarse tan profundamente reprimida que no aparezca en la superficie.

Entonces, el ansia de cosas materiales puede ocupar su lugar, transitoria o definitivamente.
Respecto de esta cuestión del papel que desempeña el cariño, cabe discernir a primera vista tres tipos de neuróticos. Los casos del primer grupo indudablemente anhelan cariño, en cualquier forma que se les presente o por cualquier método que lo puedan conseguir.
Los del segundo grupo también persiguen el cariño ajeno, pero si no lo logran mediante una relación humana (y por lo común están condenados al fracaso), no recurren inmediatamente a otra persona, se apartan dé toda la gente. En vez de intentar asirse a alguien, se aferran compulsivamente a las cosas, viéndose obligados a comer, comprar, leer o, en términos generales, a obtener algo. Semejante cambio suele adoptar formas grotescas, como en las personas que tras de haber fallado en alguna conexión amorosa, empiezan a comer tan premiosamente que aumentan diez o quince kilogramos en breve lapso, volviendo a perderlos en cuanto entablan un nuevo amorío y recuperándolos al poco tiempo, si éste acaba en otro fiasco. En ocasiones es dable notar idéntica conducta en los pacientes analíticos: después de una aguda decepción con el analista, se dedican a comer compulsivamente y elevan su peso en tal grado que se torna difícil reconocerlos, mas lo pierden al punto en cuanto las relaciones se allanan otra vez. Tal codicia en la comida también puede estar reprimida, siendo entonces posible que llegue a manifestarse en pér= dida del apetito o en trastornos gástricos funcionales de cualquier especie. En los casos de este grupo las relaciones personales muestran una perturbación de mayor profundidad que en los del primero, pues si bien anhelan igualmente cariño y se atreven a perseguirlo, la menor defraudación podrá destruir el lazo que los une con los demás.
Las personas del tercer grupo han sido heridas tan grave y precozmente; que en su actitud consciente ha llegado a dominar la más honda desconfianza hacia toda muestra de afecto. Su angustia es tan intensa que se satisfacen con que no se les haga sufrir algún daño. Pueden asumir una postura de cinismo y escarnio ante el amor en general, prefiriendo ver cumplidos sus deseos concretos de ayuda material, de consejos y de satisfacción sexual. Sólo una vez liberada gran parte de su angustia retornan a ser capaces de desear el cariño y de apreciarlo.
Las distintas actitudes de estos tres grupos pueden reducirse a las fórmulas siguientes: en el primero, insaciabilidad en lo tocante al afecto; en el segundo, necesidad de afecto, alternando con una actitud general de codicia; en el último, falta de toda necesidad manifiesta de afecto, pero evidente actitud general de codicia. En los tres grupos hay acrecentamiento de la ansiedad tanto como de la hostilidad.
Volviendo al tema capital de nuestra discusión, hemos de considerar ahora el problema de las formas especiales bajo las que puede

manifestarse la insaciabilidad de amor. Sus principales expresiones son los celos y la demanda de amor incondicional.
A diferencia de los celos del sujeto normal, que pueden constituir una reacción adecuada ante la amenaza de perder el amor de alguien, los del neurótico son completamente desproporcionados al peligro. Están dictados por el incesante temor de perder a la persona amada o su amor, y, por consiguiente, todo interés que ésta puede dedicar a otras cosas encierra un peligro potencial. Los celos de este tipo podrán llegar a acusarse en todas las relaciones humanas: en la actitud de los padres respecto de los hijos que desean entablar amistades o casarse; en los hijos hacia los padres; entre cónyuges; en cualquier vinculo amoroso. Tampoco la relación con el analista representa una excepción, pues en ella surgen en forma de aguda sensibilidad ante la idea de que el analista pudiese ver a otro enfermo, o aun a la simple mención de éste. El lema de tal actitud es: *Sólo debes amarme a mí*. El paciente puede decir: *Reconozco que usted me trata con amabilidad, pero como muy probablemente también trata así a los otros, sus deferencias para conmigo no valen nada*. Todo cariño que deba compartirse con otras personas o con otros intereses queda inmediata y totalmente desvalorizado.
Suele aceptarse que los celos desmesurados son consecuencia de los que se han experimentado en la infancia frente a los hermanos o uno de los padres. La rivalidad fraterna, conforme ocurre entre niños saños (los celos hacia el hermano recién nacido, por ejemplo), desaparecen sin dejar rastros en cuanto el niño se siente seguro de que no perderá nada del amor y de los cuidados que hasta entonces había gozado. Según nuestra experiencia, los celos excesivos provocados en la infancia y jamás superados obedecen a rasgos neuróticos del niño, similares a los ya descritos en el adulto. Estos niños ya tienen una insaciable necesidad de afecto, producto de su angustia básica. En la bibliografía psicoanalítica se suele expresar ambiguamente la relación entre los celos infantiles y los del adulto, calificando a éstos de «repetición» de los primeros. Si con ese término se quisiera significar que una mujer adulta está celosa del marido porque igualmente lo ha estado de su madre, ello no podría afirmarse. Los celos violentos que encontramos en la relación de un niño con sus padres o hermanos no son la causa última de los ulteriores, sino que ambos emanan de idénticas fuentes.
Mejor que en los celos, la insaciable necesidad de afecto acaso se exprese aún más poderosamente en la demanda de amor incondicional. La forma que con mayor frecuencia adopta la misma en la conciencia, es ésta: *Quiero ser amado por lo que soy, y no por lo que hago*. Hasta aquí no tendríamos por qué juzgar este deseo como algo fuera de lo común, pues, evidentemente, todos anhelamos que se nos ame por lo que somos. Pero el requerimiento neurótico de amor incondicional es mucho

más amplio que el deseo normal, y, en su forma extrema, es imposible satisfacerlo. Trátase de una exigencia de amor literalmente exenta de todo límite o reserva.

Esta demanda incluye, en primer lugar, el afán de ser amado pese a cualquier conducta ofensiva. El neurótico necesita este deseo como recurso de protección, pues siente en secreto que se halla pleno de hostilidad y de exigencias desmedidas, y, por consiguiente, tiene el comprensible y justificado temor de que el objeto pueda retirarse, enfurecerse o vengarse, si esa hostilidad llegase a salir a luz. Un paciente de este tipo opinaría, por ejemplo, que es muy fácil y nada cuesta amar a una persona amable, y que el amor debería demostrar su consistencia soportando toda clase de actitudes ofensivas. La menor crítica se interpreta a título de pérdida de amor, y en el curso del análisis puede suscitarse su resentimiento intimándole a modificar algún rasgo de su personalidad, aunque ésta sea la finalidad del análisis, pues el sujeto percibe toda intimación de esta especie como si se frustrasen sus anhelos de afecto.

En segundo término, dicha exigencia neurótica de amor incondicional entraña el deseo de ser amado sin reciprocidad alguna: Este deseo es asimismo inevitable, dado que el neurótico se siente incapaz dé ofrecer cariño o amor, y hasta se resiste contra ello.

En tercer lugar, tal requerimiento incluye el deseo de ser amado sin la menor ventaja para el prójimo. También este deseo es necesario, puesto que cualquier ventaja o satisfacción que el otro pudiese recibir con el amor, inmediatamente despierta en el neurótico la sospecha de que aquél únicamente le quiere por tal beneficio o satisfacción. En las relaciones sexuales, las personas de este tipo envidian a la pareja la satisfacción que obtiene, pues creen que sólo son amadas por el placer que brindan. En el análisis, de igual modo envidian la complacencia que el analista siente al ayudarles y menosprecian su auxilio o, aunque lo reconozcan intelectualmente, no están en condiciones de experimentar la menor gratitud. También pueden tender a atribuir toda mejoría a algún otro motivo, a un medicamento o a los consejos de un amigo. Desde luego, también suelen regatear los honorarios, y aunque intelectualmente reconocen que éstos sólo retribuyen el tiempo, la energía y los conocimientos que se les dedica, de hecho conceptúan el pago que se efectúa al analista como prueba de que éste no se interesa por ellos. Las personas de semejante tipo se muestran asimismo propensas a cohibirse al hacer regalos, pues ello les hace dudar de que alguien los ame.

Por fin, la exigencia del amor incondicional implica el deseo de ser amado con sacrificios. Solamente si el prójimo renuncia a todo por el neurótico éste es capaz de sentirse seguro de que se le ama. Tales sacrificios pueden concernir al dinero o al tiempo, pero también a las

convicciones y a la integridad personal. Así, esta demanda incluye la esperanza de que el otro comparta su suerte, inclusive hasta extremos desastrosos. Hay ciertas madres que, un tanto ingenuamente, se consideran con derecho a esperar devoción ciega y toda suerte de sacrificios por parte de sus hijos, «porque los han dado a luz con gran dolor». Otras reprimen sus deseos de amor incondicional, al punto que sólo pueden ofrecer a sus hijos notable ayuda y apoyo positivo; pero no obtienen la menor satisfacción de las relaciones con los hijos, porque, como en los ejemplos mencionados, creen que ellos sólo las aman por lo que reciben y de este modo secretamente les envidian, a pesar de cuanto les dan.

El requerimiento de amor incondicional, con todo lo que entraña de inescrupulosa y despiadada desconsideración por el prójimo, revela, más claramente que toda otra cosa, la hostilidad oculta en las exigencias neuróticas de afecto.

En contraste con el tipo normal del vampiro, que puede abrigar la consciente determinación de explotar a los demás hasta lo último, el neurótico no suele tener la menor conciencia de cuán exigente es. Necesita ignorar sus demandas por poderosos motivos tácticos, pues a nadie le sería posible declarar francamente: Quiero que te sacrifiques por mí sin recibir la menor compensación. Por eso se ve forzado a basar sus pedidos en alguna razón justificable, como la de hallarse enfermo y precisar, por consiguiente, todos los sacrificios posibles. Otra sólida razón para no reconocer sus demandas es la de que le resulta difícil abandonarlas una vez establecidas, y comprender su carácter irracional constituiría el primer paso hacia su abandono. Además de los fundamentos ya señalados, ellas están arraigadas en la profunda convicción neurótica de que no le será posible vivir por sus propios medios, de que cuanto necesita debe serle dado sin vacilar, de que toda la responsabilidad de su vida incumbe a los demás, y no a sí mismo. Por lo tanto, el abandono de sus exigencias de amor incondicional presupondría un cambio de su entera actitud frente a la vida.

Todas las características de la necesidad neurótica de afecto tienen en común el hecho de que las propias tendencias conflictuales del neurótico le cierran la vía hacia el cariño que necesita. ¿Cuáles son, entonces, sus reacciones ante el cumplimiento parcial de sus demandas o frente a su total repudio?

8
MANERAS DE LOGRAR EL AFECTO Y SENSIBILIDAD AL DESPRECIO

Teniendo en cuenta cuán imperiosamente necesitan los neuróticos del afecto ajeno, pero cuán arduo les resulta aceptarlo, cabría suponer que el mejor clima emocional para ellos debiera ser el de temperatura apacible y templada. Mas aquí interviene otra complicacion, pues los neuróticos son dolorosamente sensibles a todo rechazo o mero desprecio, por leve que sea; y una atmósfera tibia, aunque tranquilizadora en cierto sentido, les produce el efecto de una repulsa.

Es difícil calificar el grado de su sensibilidad al desprecio. Una cita aplazada, una larga espera, la ausencia de inmediata respuesta a una carta, el desacuerdo con sus opiniones; en suma, cualquier falta de satisfacción de sus deseos: todo lo sienten como un rechazo. Además, éste no sólo les precipita de nuevo en su angustia básica; también lo consideran equivalente a una humillación, actitud que explicáremos luego. Dado que el desprecio tiene esta connotación degradante, suscita tan grande ira en el neurótico, que inclusive es susceptible de llegar a manifestarse, como, verbigracia, en una niña que se enfureció porque su gato permanecía insensible a sus caricias y lo arrojó violentamente contra la pared. Si se les hace aguardar unos minutos, lo interpretan como que se les juzga tan insignificantes que no vale la pena ser puntuales con ellos, y en ciertos casos esta «ofensa» puede provocar reacciones de odio o terminar con todo sentimiento, mostrándose fríos y herméticos, aunque minutos antes hubiesen esperado impacientes el momento del encuentro.

Es más común que el nexo entre el sentimiento de repudio y la irritación consecutiva permanezca inconsciente; con mayor razón en vista de que el rechazo puede haber sido tan leve que no haya alcanzado la conciencia. En tal caso, el sujeto se sentirá irritado, se tornará despectivo, rencoroso, fatigado, deprimido, o sufrirá dolor de cabeza, sin que ni remotamente sospeche el motivo. Por otra parte, la reacción hostil no sólo puede aparecer frente a un rechazo o ante lo que siente como tal, sino también frente a la mera intuición anticipada de la repulsa. Así, acaso pregunte de manera airada porque mentalmente ya anticipa la respuesta negativa; o desista de enviarle flores a la novia por presumir que ella sospechará ocultos motivos en el regalo desinteresado. Por idéntica causa podrá experimentar sumo temor en expresar cualquier sentimiento positivo, sea de cariño, gratitud o aprecio, apareciendo, en consecuencia, ante sí y ante los otros, como una persona más fría y dura de lo que realmente es. Por último, puede hacer escarnio de las mujeres, vengándose así, de antemano, del presentido desdén.

Si el miedo al rechazo adquiere intensidad, es susceptible de conducir a evitar todo riesgo de una probable frustración. Esta abstinencia puede variar desde el no pedir fósforos, hasta renunciar a solicitar un empleo. Quien tema un probable desaire se cuidará de hacer requerimientos amorosos a la persona amada mientras no esté absolutamente seguro de no sufrir una negativa. A los hombres de este tipo suele resultarles embarazoso invitar al baile a una muchacha, pues temen que podría aceptar por mera cortesía, y están persuadidos de que las mujeres se hallan en mejores condiciones en esa situación, ya que no deben tomar la iniciativa.

En otras palabras, el temor al rechazo puede llevar a una serie de graves inhibiciones que entran en la categoría de la timidez, sirviendo ésta como defensa contra el peligro del rechazo. También el convencimiento de ser indigno de amor se aplica para idéntica protección. Sucede como si las personas de este tipo se dijeran: *De todos modos, la gente no me quiere; y por lo tanto, mejor es que me quede solo, en mi rincón, a salvo de todo posible desprecio.* El deseo de cariño se ve así profundamente obstaculizado por el miedo al rechazo, pues éste le impide al neurótico dejar que otros sientan o perciban que él anhela su simpatía. Además, la hostilidad provocada por el sentimiento del rechazo contribuye poderosamente a mantener la angustia y hasta a reforzarla, aportando un apreciable factor a la formación de un «círculo vicioso» casi insoslayable.

Este círculo vicioso, establecido por las múltiples consecuencias de la necesidad neurótica de cariño, puede reducirse al siguiente esquema elemental: angustia; exagerada necesidad de cariño, incluyendo demandas de amor incondicional y exclusivo., sentimiento de ser despreciado si tales demandas no se cumplen; reacción de hostilidad intensa frente al rechazo; necesidad de reprimir la hostilidad ante el temor de perder el afecto; tensión debida a la rabia difusa; angustia exacerbada; necesidad aumentada de recuperar la seguridad... y así sucesivamente. De este modo, los propios medios utilizados para protegerse de la angustia crean, a su vez, nueva angustia y nueva hostilidad.

La formación de un círculo vicioso no sólo es típica de las condiciones expuestas, sino que, en términos generales, constituye uno de los procesos de mayor trascendencia en las neurosis. Todo mecanismo protector puede tener, además de su virtud reaseguradora, la cualidad de engendrar nueva angustia. Una persona se entregará a la bebida para aplacar su angustia, y luego temerá que también el alcohol puede dañarle; o bien se masturbará para aliviar su ansiedad, y después quedará dominada por el temor de que la masturbación pueda perjudicarle; o, por fin, se someterá a algún tratamiento contra la angustia, angustiándose al poco tiempo porque aquél podría causarle

mal. La formación de los círculos viciosos es el principal motivo de que las neurosis graves tiendan a empeorar aunque las condiciones exteriores no hayan cambiado. La revelación de los círculos viciosos, con todas sus derivaciones, es una de las tareas más importantes del psicoanálisis, que al neurótico no le es posible cumplir por sí solo. Únicamente percibe sus consecuencias, sintiéndose preso en una situación desesperada. Este sentirse atrapado representa su reacción frente a conflictos que no logra superar, pues cualquier camino que le prometa una salida lo precipita en nuevos peligros.

¿De qué arbitrios dispone, pues, el neurótico a fin de obtener el cariño, que está resuelto a alcanzar pese a todas las rémoras interiores que se le opongan? En verdad, dos son los problemas que debe solucionar: primero, cómo conseguir el afecto que ha menester; segundo, cómo legitimar esta necesidad ante sí mismo y ante los demás. Los distintos expedientes posibles para lograr cariño pueden reducirse a los siguientes términos: soborno; llamado a la caridad; invocación a la justicia; y por último, amenazas. Como toda enumeración escueta de factores psicológicos, ésta no es, por supuesto, estrictamente categórica, sino sólo un esbozo de los rasgos generales que distinguen la necesidad de cariño. Todos estos medios de satisfacerla no se excluyen entre sí; varios de ellos son susceptibles de utilizarse en forma simultánea o alternante, según la situación, la estructura global del carácter y el grado de hostilidad. En efecto, la sucesión en que hemos indicado estos cuatro procedimientos para obtener cariño corresponde a los grados crecientes de hostilidad.

El lema al cual se ajusta el neurótico que intenta ganar cariño mediante el soborno podría enunciarse así: *Te amo entrañablemente; por lo tanto, debes amarme a tu vez y abandonarlo todo en aras de mi amor*. El hecho de que en nuestra cultura la mujer emplee esta táctica más a menudo que el hombre, obedece a las condiciones particulares en las cuales ha vivido. A través de largos siglos el amor no sólo fue el dominio especial de la mujer en la vida, en realidad constituía el único o el principal recurso merced al cual le era dable realizar sus deseos. En tanto el hombre se educaba en la convicción de que para progresar debía acometer ciertas obras, la mujer comprendía que por el amor, y únicamente por él, le sería posible alcanzar la felicidad, la seguridad y el prestigio. Esta diferente posición cultural de ambos sexos gravitó decisivamente sobre el desarrollo psíquico del hombre y de la mujer. No sería oportuno tratar aquí la magnitud de esta influencia, pero señalaremos que uno de sus efectos es que, en las neurosis, la mujer acude al amor como recurso estratégico con mayor frecuencia que el hombre. Al mismo tiempo, el convencimiento subjetivo de ser querida la justifica en sus demandas.

Muy en particular las personas de esta clase se hallan expuestas a caer en dolorosa dependencia en sus relaciones amorosas. Supongamos, por ejemplo, que una mujer neuróticamente necesitada de cariño se aferre a un hombre de tipo psicológico similar, el cual, sin embargo, se aparta en cuanto ella pretende conquistarlo; la mujer reaccionará ante semejante rechazo con intensa hostilidad, si bien la reprimirá por temor de perderlo. Pero si trata de separarse, él comenzará a cortejarla otra vez, ante lo cual la mujer no sólo reprimirá su hostilidad, sino que la encubrirá con exaltada devoción. De nuevo se verá desechada y reaccionará una vez más como antes, con amor de mayor violencia aún, llegando a persuadirse así, poco a poco, de que está poseída por una indomable «gran pasión».

Otro expediente, que puede conceptuarse como una forma de soborno, es el de procurar obtener cariño comprendiendo al prójimo, ayudándole en sus progresos espirituales o prefesionales, solucionándole todas sus dificultades, y así sucesivamente. A esta táctica echan mano hombres y mujeres por igual.

Un segundo modo de conseguir afecto es el apelar a la piedad. El neurótico exhibe sus sufrimientos y su desvalidez ante los demás, ajustándose al lema: *Debéis amarme, pues sufro y estoy indefenso*. El sufrimiento le sirve a la vez para justificar su derecho de exigirlo todo de los otros.

En ocasiones tal demanda puede hacerse con todo desembozo. Así, un paciente acaso pretenda que es el más grave de nuestros enfermos y que, por lo tanto, merece la mayor atención del analista, llegando inclusive a despreciar a otros que parecen gozar de mejor salud; en cambio, odia a quienes aplican con más éxito idéntica artimaña.

El llamado a la piedad podrá entremezclarse con mayor o menor hostilidad. En efecto, al neurótico le es dable apelar simplemente a nuestro buen corazón, o bien extorsionarnos con medios drásticos, como el de complicarse en situaciones desastrosas que nos obligan a socorrerle. Todo el que haya tratado con neuróticos á través de la asistencia social o el tratamiento médico reconocerá la magnitud de esta táctica, apreciando la diferencia entre el neurótico que expone sus sufrimientos con toda parsimonia y el que trata de mover a compasión representando sus achaques con toda dramaticidad. Iguales tendencias es posible encontrar en niños de cualquier edad, con idénticas variantes: ya tratan de ser consolados quejándose de algo, ya procuran extorsionar la simpatía de los padres produciendo inconscientemente un cuadro aterrador para aquéllos, como la incapacidad de comer o de orinar.

Sólo recurrirá a la conmiseración quien esté persuadido de su ineptitud para obtener cariño en otra forma; mas esta convicción es susceptible de ser racionalizada bajo la forma de escepticismo general frente al amor, o

manifestarse como creencia de que en las circunstancias dadas no podrá conseguir afecto de otra manera.
El lema del tercer procedimiento para lograr afecto, es decir, del llamado a la justicia, cabe enunciarlo así: *He hecho algo por ti; ¿qué harás tú por mí?* En nuestra cultura, las madres suelen señalar cuánto han hecho por sus hijos y que, por consiguiente, les asiste todo el derecho a exigir su inagotable devoción. En las relaciones amorosas, el haber cedido a los galanteos puede aprovecharse como fundamento de toda clase de pretensiones. Las personas de este tipo muchas veces se hallan muy dispuestas a hacer cualquier cosa por los demás, con la secreta esperanza de que en retribución obtendrán cuanto desean, sintiéndose profundamente defraudadas si los otros no se muestran, en igual forma, prontos a hacer otro tanto por ellas. No nos referimos aquí a las personas conscientemente calculadoras, sino a aquellas ajenas a toda expectativa consciente de una posible recompensa. Su compulsiva generosidad acaso podría calificarse mejor como un gesto mágico. Hacen por los demás cuanto querrían que éstos hiciesen por ellos. El doloroso aguijón del desengaño descubre su secreta esperanza de ver recompensados todos sus presuntos favores. A veces llevan una especie de contabilidad mental, adjudicándose en ella extraordinario crédito por sacrificios en verdad inútiles, como el de pasar una noche en vela, pero aminoran o inclusive desconocen cuanto se ha hecho por ellos, falsificando así la situación a punto tal que se sienten con derecho a exigir especiales atenciones.

Esta actitud repercute sobre el propio neurótico, pues es posible que se torne en extremo temeroso de contraer obligaciones. Como instintivamente juzga a los otros con arreglo a sí mismo, recela que puedan explotarle si acepta algún servicio de ellos.
El llamado a la justicia también puede fundarse en lo que el neurótico haría por los demás, si se le ofreciese la oportunidad. Señalará, entonces, cuán amable o abnegado sería si estuviese en la posición ajena, y considera justificadas sus demandas porque no pide del prójimo sino lo que él mismo haría. En realidad, la psicología de tal justificación es de mayor complejidad que lo que el propio neurótico cree. Tal imagen que se forma de sí mismo resulta de asignarse inconscientemente la conducta que exige de los demás. No todo es engaño en esa actitud, pues en verdad lo animan ciertas tendencias abnegadas, procedentes de las mismas fuentes que su falta de autoafirmación, su identificación con los miserables y su inclinación a ser tan indulgente con los otros como quisiera que éstos fuesen con él.
La hostilidad que puede ocultarse en la apelación a la justicia se expresa con máxima claridad cuando se sustenta semejante demanda con la excusa de reparar una pretendida ofensa. En este caso, el lema es: *Me*

has hecho sufrir o me has dañado; tienes, pues, la obligación de ayudarme, de cuidarme y de apoyarme. Esta táctica es similar a la empleada en las neurosis traumáticas. Carecemos de experiencia personal con tales neurosis, pero nos imaginamos que también estos neuróticos pertenecen a dicha categoría y que aprovechan el perjuicio sufrido a título de pretexto de las exigencias que de todas maneras propenderían a establecer.

Agregaremos algunos ejemplos que revelan cómo un neurótico es capaz de despertar sentimientos de culpabilidad o de obligación a fin de que sus aspiraciones parezcan justas. Una mujer se enferma como reacción a una infidelidad del marido, sin hacerle reproche alguno, e inclusive acaso sin sentirlo conscientemente. No obstante, su enfermedad entraña una especie de reproche viviente, destinado a suscitar sentimientos de culpabilidad en el marido y a predisponerle a que le consagre toda su atención.

Otra neurótica del mismo tipo, mujer con síntomas obsesivos e histéricos, solía insistir en ayudar a sus hermanas en las labores domésticas, pero al cabo de un día o dos se quejaba amargamente de que ellas la explotaban, viéndose obligada a guardar cama por la agravación de sus síntomas, de modo que las hermanas no sólo debían desempeñarse sin su cooperación, sino que afrontaban el trabajo adicional de cuidarla. Igualmente en este caso, el empeoramiento expresaba una acusación y permitía exigir reparaciones de los demás. La misma persona se desmayó en cierta ocasión cuando una de sus hermanas la criticaba, demostrando así su resentimiento y forzándola a tratarla con mayor amabilidad.

En cierto período del análisis, una de nuestras pacientes se agravó cada vez más, y produjo la fantasía de que el tratamiento, aparte de que la dejaría lisiada, también le robaría todo su dinero, de suerte que en el futuro nosotros nos veríamos impuestos a tomarla. bajo nuestra entera protección: Las reacciones de esta índole son corrientes en toda clase de tratamientos clínicos y suelen acompañarse de amenazas declaradas contra el médico. Asimismo, sobrevienen reacciones más leves, como la siguiente: el estado psíquico de un paciente sufre una acentuada agravación cada vez que el analista se toma un descanso, actitud con la cual, implícita o explícitamente, el paciente trata de expresar que ha empeorado por culpa de aquél y que por consiguiente tiene especial derecho a su atención. Este ejemplo podría trasladarse fácilmente a la experiencia cotidiana.

Conforme lo demuestran tales casos, estos neuróticos se hallan prestos a pagar el precio del sufrimiento -aun del sufrimiento más intenso-, pues en esa forma logran expresar incriminaciones y demandas sin tener conciencia de ello, conservando así la idea de actuar en su derecho.

Cuando una persona utiliza las amenazas como arma táctica a fin de obtener cariño, puede amargar con herir tanto a los demás como a ella misma. Por ejemplo, cometer un acto desesperado: arruinar su reputación o agredir físicamente a otros o a sí misma, Las advertencias o aun los intentos de suicidio son casos familiares para todo el mundo. Esgrimiendo tal amenaza, una de nuestras pacientes conquistó dos maridos. Cuando el primero le hizo sentir que se encontraba a punto de dejarla-se arrojó al río en una parte concurrida y céntrica de la ciudad; cuando el segundo se mostró reticente al casamiento, abrió la llave del gas en un momento en que estaba segura de ser descubierta. Su evidente intención era demostrar que le era imposible vivir sin ese hombre.
Dado que el neurótico espera obtenerla satisfacción de sus exigencias mediante conminaciones, no las pondrá en práctica en tanto conserve esperanzas de lograr ese fin, pero si las pierde podrá cumplirlas, impulsado por la desesperación y el afán de vengarse.

9
PAPEL DE LA SEXUALIDAD EN LA NECESIDAD NEURÓTICA DE AFECTO

La necesidad neurótica de afecto toma muchas veces la forma de una pasión sexual o de una insaciable sed de goces eróticos. Cabe por consiguiente preguntar si todo el fenómeno de la necesidad neurótica de afecto no sería provocado por la insatisfacción en la vida sexual; si todo ese anhelo de amor, simpatía, aprecio y sostén no sería, acaso, producto de la libido insatisfecha, más bien que del impulso a la segura tranquilidad.

Freud se inclinaría hacia aquella explicación, pues observó que muchos neuróticos están muy ansiosos de fijarse como una consecuencia de la libido insatisfecha. Sin embargo, tal concepto se funda en ciertas premisas. Da por supuesto que las manifestaciones en sí mismas no sexuales, como el deseo de recibir consejos, encomio o apoyo, expresan necesidades sexuales atenuadas o «sublimadas». Presupone, además, que la ternura es una expresión inhibida o «sublimada» de los impulsos sexuales.

Pero estas premisas son inconsistentes, pues las conexiones entre los sentimientos amorosos, las expresiones del cariño y la sexualidad no son tan íntimas como suele admitirse. Los antropólogos e historiadores nos informan que el amor individual es un producto del desarrollo cultural. Briffault[39] sugiere que la sexualidad tendría mayor afinidad con la crueldad que con la ternura, aunque sus afirmaciones no son muy convincentes. Empero, a través de observaciones realizadas en nuestra cultura sabemos que la sexualidad es susceptible de presentarse sin amor o ternura, y que, recíprocamente, estos afectos pueden existir desprovistos de sentimientos sexuales. Así, nada prueba que la ternura maternal o filial sea de naturaleza erótica; todo cúanto podemos comprobar -y esto sólo en virtud de los descubrimientos de Freud- es la posibilidad de que en ella intervengan elementos sexuales. Existen múltiples nexos entre la ternura y la sexualidad; aquélla puede preceder a los sentimientos sexuales; es da-, ble tener deseos eróticos sin percatarse más qué de los sentimientos de cariño; y los deseos sexuales pueden estimular los sentimientos tiernos o aun convertirse en éstos. Si bien tales transiciones entre la ternura y la sexualidad indican en forma incuestionable la íntima relación que las vincula, convendrá, no obstante, ser cautelosos y aceptar la existencia de dos diferentes categorías de sentimientos, capaces de coincidir entre sí, convertirse el uno en el otro o sustituirse mutuamente.

[39] Robert Briffault, The Mothers (Las madres). Londres y Nueva York, 1927.

Además, si aceptamos la hipótesis de Freud de que la libido insatisfecha constituye la fuerza dinámica que impulsa a perseguir el afecto, difícilmente podríase comprender por qué hallamos idéntico anhelo insaciable de cariño. con todas las complicaciones reseñadas (afán de posesión, amor incondicional, sentimiento de ser despreciado, etc.), también en personas cuya vida sexual es por completo satisfactoria desde el punto de vista físico. Sin embargo, como es indudable que estos casos se dan realmente, impónese la conclusión de que, por lo menos en ellos. tal fenómeno no obedece a la libido insatisfecha, sino que sus motivos son ajenos a lo sexual[40].

Por último, si la necesidad neurótica de cariño no fuese más que un fenómeno sexual, resultaría harto dificultoso comprender los múltiples problemas que involucra, como el afán de posesión, de amor incondicional, el sentimiento de ser repudiado. Es cierto que todos estos problemas han sido estudiados y descritos en detalle por Freud: los celos, verbigracia, son reducidos a la rivalidad fraterna y al complejo de Edipo; el amor incondicional se atribuye al erotismo oral; el afán de posesión se explica como consecuencia del erotismo anal, etcétera. Pero no se ha alcanzado a penetrar que, en realidad, toda esa gama de actitudes y reacciones apuntadas en los capítulos anteriores forman un conjunto, son partes constituyentes de una única estructura integral. Si no se ve en la angustia una fuerza dinámica que impulsa la necesidad de afecto, no se llegará a comprender las condiciones precisas bajo las cuales ésta se exalta o atenúa.

Gracias al ingenioso método de la asociación libre, creado por Freud, es factible observar con exactitud, en el curso del análisis, el vínculo entre la angustia.y la apetencia de afecto, prestando especial atención a las fluctuaciones de ésta en el paciente. Después de cierto período de labor constructiva durante el cual el enfermo coopera con el analista, es posible que de súbito se produzca un cambio en su conducta, empezando a exigirle más dedicación, o deseando con fervor su amistad, admirándolo ciegamente, tornándose celoso en demasía, afanoso y desgraciado de ser «sólo un paciente». Al mismo tiempo crece la angustia, lo que se expresa en los sueños, en la nerviosidad o en síntomas típicos como la diarrea o la frecuente necesidad de orinar. El enfermo no reconoce que está angustiado o que la mayor fijación al analista obedece a su angustia. Si el analista descubre esta conexión y se la explica, ambos comprobarán que antes del brusco arranque de pasión fueron removidos ciertos problemas profundos que suscitaron

---

[40] Los casos como éstos, con acusadas perturbaciones en la esfera emocional y a la vez con plena capacidad de satisfacción sexual, siempre fueron enigmas para algunos analistas; mas la circunstancia de que no concuerden con la teoría de la libido no es óbice para que no existan.

ansiedad en el paciente; así, éste puede haber sentido cierta interpretación del analista a manera de acusación injusta o cómo una humillación.
El orden de las reacciones parece ser el siguiente: surge un problema cuya discusión motiva intensa hostilidad contra el analista; el paciente comienza a odiarlo, a soñar que se está muriendo; inmediatamente reprime sus impulsos hostiles, se asusta y, por su urgencia de tranquilizarse, se aferra al analista; una vez elaboradas todas estas reacciones, vuelven a disminuir la hostilidad, la angustia y, con ellas, la exaltada necesidad de afecto. El incremento de la exigencia de afecto representa un índice tan constante de la ansiedad, que sin temor a equivocarse cabe interpretarlo como señal de alarma indicadora de que cierta angustia ha aflorado a la superficie y requiere ser aplacada. Este proceso en modo alguno es privativo de la situación analítica, dado que idénticas reacciones se presentan en toda relación humana. En el matrimonio, verbigracia, el marido puede asirse en forma compulsiva a la mujer, tornarse celoso y vehemente, idealizarla y admirarla, aunque en el fondo la odie y tema.
Cabría hablar aquí de una devoción exagerada superpuesta a una hostilidad oculta, a manera de «sobrecompensación», pero sólo si se tiene en cuenta que el término únicamente ofrece una descripción grosera y nada dice acerca de los dinamismos del proceso.
Si por todo lo expuesto rehusamos aceptar la etiología sexual de la necesidad neurótica de afecto, plantéasenos la cuestión de si sólo por casualidad ésta se combina a veces con un deseo sexual y aun aparece exclusivamente bajo forma de tal, o si existen señaladas condiciones en las que ella sé siente y revela a través de manifestaciones sexuales.
Hasta cierto punto, la expresión sexual de la necesidad de afecto depende de que las circunstancias exteriores la favorezcan o no; o sea, en cierta medida, de la diversidad de cultura, vitalidad y temperamento sexual. Y, por fin, de que la vida sexual del sujeto sea satisfactoria, pues de lo contrario será más propenso a reaccionar de manera sexual que las personas dotadas de actividades eróticas placenteras.
Aunque en conjunto estos factores son evidentes y ejercen indudable influencia sobre las reacciones persónales, no bastan para explicar, de por sí, las diferencias básicas entre los individuos. Así, comprobaremos que varían en determinado número de sujetos, animados, todos, por la misma necesidad neurótica de afecto, pues mientras algunos al punto establecen con el prójimo una relación de tinte sexual más o menos intenso, pero siempre compulsivo, en otros la excitabilidad o las actividades sexuales se mantienen dentro de los límites normales del sentimiento y de la conducta.
Al primer grupo pertenecen aquellas personas, hombres o mujeres, que sin intermitencia suelen pasar de una situación a la otra. Analizando

detenidamente sus reacciones, verificamos que se sienten inseguras, desprotegidas y descentradas cuando no tienen relaciones eróticas o en tanto no ven la inmediata posibilidad de entablarlas. Del mismo grupo, pero más inhibidos, son los que en verdad poseen escasas relaciones, pero crean entre sí y los demás una atmósfera de intenso erotismo, estén o no atraídos por ellos. Por fin, cabe considerar aquí un tercer grupo de personas, en las que se observan todavía mayores inhibiciones sexuales, pero que se excitan sexualmente con facilidad y se hallan dominadas por la compulsión de ver en todo hombre o en toda mujer una posible presa de sus deseos. En este último subgrupo, la masturbación compulsiva puede sustituir a las relaciones sexuales, aunque no es forzoso que deba ocurrir así.
En lo atinente al grado de la satisfacción física alcanzada, este grupo ofrece grandes variaciones. Lo que todos sus casos tienen en común -aparte de la naturaleza imperativa de sus necesidades sexuales-, es una pronunciada ausencia de discriminación al elegir sus objetos amorosos. Presentan las mismas características que se enumeró al examinar en general la necesidad neurótica de afecto, pero en éstos llama la atención, además, la discrepancia entre su disposición, real o imaginaria, a las relaciones sexuales, y la honda perturbación de sus vínculos afectivos, trastorno de mayor profundidad que en las personas comunes dominadas por su angustia básica. No sólo les resulta quimérico creer en el amor, sino que en realidad son susceptibles de llegar a sentirse intensamente perturbados -hasta impotentes, si de hombres se trata-cuando se les ofrece amor. Pueden tener conciencia de su propia actitud defensiva, o bien sentirse inclinados a inculpar al compañero. En este caso se hallan persuadidos de que jamás han encontrado una muchacha o un hombre dignos de ser amados.
Las relaciones sexuales representan para ellos no sólo una liberación de tensiones específicas sexuales, sino también el único medio de entablar conexiones humanas. Si una persona se ha convencido de que le es prácticamente imposible obtener cariño, el contacto físico puede servirle como sucedáneo de los lazos afectivos. En tal caso, la sexualidad se convierte en el principal, o acaso en el exclusivo puente hacia los demás, adquiriendo así desmesurada importancia.
En algunas personas la ausencia de discriminación se acusa frente al sexo de un posible compañero erótico; en efecto, unas buscan activamente las relaciones con ambos sexos; otras ceden en forma pasiva a las demandas sexuales, sin atender a que provengan de una persona del propio sexo o del opuesto. Las primeras no nos interesan aquí, pues aunque en ellas la sexualidad se halla asimismo al servicio del establecimiento de relaciones humanas -arduas de obtener de otra manera-, su motivo desencadenante no es tanto la apetencia de afecto cuanto el afán de conquistar o de subyugar a los demás. Éste puede ser

tan imperioso, que la diferencia sexual se torne más o menos insignificante. Precisan someter tanto a hombres como a mujeres, ya sean sexualmente o de otro modo. En cambio, las personas del segundo grupo, propensas a ceder a las seducciones eróticas de cualquier sexo, son impulsadas por su insaciable necesidad de amor, en especial por miedo de quedarse sin el otro si rechazan un requerimiento sexual o atreviéndose a resistir cualquier exigencia que se les haga, sea justa o injusta. No quieren perder la pareja, a causa de su tan perentoria dependencia del contacto con ella.
A nuestro juicio, sería una mala interpretación intentar la explicación del fenómeno de las relaciones indiscriminadas con ambos sexos partiendo de una bisexualidad establecida, pues estos casos no presentan signo alguno de genuina inclinación al mismo sexo. Los rasgos aparentemente homosexuales tienden a desaparecer en cuanto la angustia deja el lugar a una sólida autoafirmación, desapareciendo con aquélla también la indiscriminación frente al sexo opuesto.
Cuanto se ha dicho acerca de las actitudes bisexuales puede esclarecer asimismo el problema de la homosexualidad. En realidad, existen muchos estados intermedios entre lo que se designa tipo «bisexual» y el verdadero tipo homosexual. La evolución de éste presenta ciertos factores que explican la exclusión de las personas del sexo opuesto como compañeros sexuales. El problema dula homosexualidad es, claro está, harto intrincado.como para permitir su comprensión desde un solo punto de vista, pero baste aquí decir que todavía no hemos visto un homosexual en el que estuvieran ausentes los factores mencionados en el grupo «bisexual».
Diversos psicoanalistas indicaron en los últimos años que los deseos sexuales son susceptibles de reforzarse debido a que la excítación sexual y su satisfacción sirven como válvulas de escape para la ansiedad y las tensiones psíquicas acumuladas. Esta explicación mecanicista acaso sea válida, pero creemos que, asimismo, existen procesos psíquicos que conducen de la ansiedad al aumento de las necesidades sexuales, procesos que igualmente pueden ser reconocidos. Tal creencia se funda tanto en observaciones psicoanalíticas cuanto en el estudio del desarrollo de estos pacientes en relación con sus rasgos de carácter ajenos a la esfera sexual.
Al comenzar su análisis, los enfermos de esta clase suelen fijarse apasionadamente en el analista, exigiéndole con perentoriedad alguna señal de amor; o bien se mantienen muy distanciados, transfiriendo su apremio de vinculación sexual hacia otra persona ajena al tratamiento, la que sirve de sustituto, según lo evidencia su parecido con el analista o la identificación de ambos en los sueños. Por último, dicha necesidad de contacto sexual con el analista puede aparecer únicamente en los sueños o en excitaciones sexuales durante la sesión. Con frecuencia

estos pacientes se muestran muy asombrados ante tales signos inequívocos de su deseo sexual, ya que no se sienten atraídos por el analista ni tienen el menor apego por él. En realidad, el atractivo sexual del analista no desempeña un rol determinante, ni es el temperamento sexual de tales pacientes más impetuosos o indómito que el de otros, o su ansiedad mayor o menor. Lo que los caracteriza es su profunda desconfianza ante cualquier forma de cariño auténtico. Están cabalmente persuadidos de que el analista se preocupa de ellos sólo a instancias de mezquinos intereses, despreciándolos en lo íntimo, y que con toda probabilidad les hará más mal que bien.

En el curso de todo psicoanálisis surgen reacciones de odio, rabia y sospecha debidas a la hipersensibilidad del neurótico; pero cuando las necesidades sexuales son particularmente fuertes, como en los casos que estamos considerando, tales reacciones llegan a constituir una actitud rígida y permanente. Consiguen aparentar que una muralla invisible e impenetrable los separa del analista. Cuando se les enfrenta con un embarazoso problema de su propia neurosis, su primer impulso es abandonarlo todo e interrumpir el análisis. El cuadro que en éste desarrollan es copia fiel de lo que han venido haciendo durante toda su existencia. La diferencia sólo estriba en que antes del análisis les era dable eludir el reconocimiento de lo débiles e intrincados que eran en verdad sus vínculos personales, pues el hecho de que con facilidad adoptaban un matiz sexual les permitía confundir la situación, induciéndoles a creer que por entablar contactos sexuales sin dificultad ya tenían buenos lazos humanos en general.

Las- actitudes a las cuales acabamos de referirnos se dan juntas con tal regularidad, que siempre que en los inicios de un psicoanálisis el paciente empieza a revelarnos sus deseos, fantasías o sueños sexuales en conexión con el analista, nos disponemos a comprobar perturbaciones especialmente graves de sus relaciones personales. Según todas las observaciones al respecto, el sexo del analista tiene más bien escasa importancia, pues enfermos tratados en forma sucesiva por analistas de los dos sexos exhiben igual curva de reacción frente a ambos. Por lo tanto, en estos casos puede constituir un serio error tomar al pie de la letra los deseos homosexuales expresados en sueños o de cualquier otra manera.

Así como «no todo lo que brilla es oro», así también, en general, «no todo lo que parece ser sexualidad lo es». Gran parte de lo que se presenta como sexualidad tiene en verdad muy poco que ver con ella, y antes bien es una expresión del anhelo de seguridad. Fácil es exagerar el papel de aquélla si no se tiene presente esta circunstancia.

Quien sienta aguzarse sus necesidades sexuales bajo el ignorado imperio de la angustia, ingenuamente tenderá a atribuir esa intensidad a su temperamento innato o a su emancipación de los convencionalismos

sociales. Al hacerlo, comete idéntico error al de los que conceden desmesurada importancia a su necesidad de dormir, pensando que su constitución reclama diez horas de sueño o inclusive más, cuando en realidad su acentuada somnolencia puede depender de muy diversas emociones reprimidas, ya que el sueño es capaz de servirles para eludir todo conflicto. Otro tanto es válido para las compulsiones de comer o de beber. Comer, beber, dormir, sexualidad: todas son necesidades vitales; su magnitud no varía únicamente con la constitución individual; sino con muchas otras condiciones: clima, falta o existencia de otras satisfacciones, ausencia o presencia de estímulos externos, intensidad del trabajo físico, estado general del organismo. Mas todas aquellas necesidades asimismo pueden ser acrecentadas por factores inconscientes.

La conexión entre la sexualidad y la exigencia de afecto esclarece el problema de la abstinencia sexual que, según las diferentes culturas e individuos puede tolerarse mejor o peor, dependiendo en este último de varios agentes físicos y psíquicos. Sin embargo, es fácil comprender que un individuo que precisa de la sexualidad como vía de salida destinada a aliviar su angustia, tendrá especial inpapacidad para soportar cualquier privación de tal índole, por breve que ella fuere.

Estas consideraciones nos inducen a reflexionar acerca del papel que la sexualidad desempeña en nuestra cultura. Nos inclinamos a señalar con cierto orgullo y complacencia nuestra actitud liberal en este respecto, y por, cierto-que hemos progresado un tanto desde la época victoriana, pues hoy rige mayor libertad en las relaciones sexuales y son más amplias las posibilidades de cumplirlas. Está última cuestión reviste particular importancia en lo que se refiere a las mujeres: la frigidez no se juzga ya como una condición normal en ellas, sino que de ordinario se la ve como una deficiencia. No obstante dicho cambio, el progreso carece de toda la envergadura que podría atribuírsele, dado que gran parte de la actividad sexual continúa siendo una válvula de escape para las tensiones psíquicas, antes que una descarga auténticamente sexual, debiendo por consiguiente conceptuársela más como un sedante que como un genuino goce o felicidad erótica.

Esta situación cultural también se refleja en los conceptos psicoanalíticos. Es uno de los mayores méritos de Freud el haber contribuido a dar a la sexualidad su debida trascendencia; pero, entrando en detalles, se interpretan como sexuales muchos fenómenos que en realidad no son más que expresiones de complejas condiciones neuróticas, principalmente de la necesidad neurótica de afecto. Verbigracia, los deseos sexuales hacia el analista suelen considerarse como repeticiones de la fijación sexual al padre o a la madre, cuando muchas veces ni siquiera son verdaderos deseos sexuales, sino intentos de establecer alguna relación reconfortante que mitigue la angustia. Es

indudable que a menudo el paciente relata asociaciones o sueños -significando, por ejemplo, el deseo de estar junto al seno materno o de retornar al útero- que sugieren una «transferencia» relativa al padre o a la madre; pero no debe olvidarse que tal aparente transferencia puede no ser otra cosa que una forma de expresar un deseo actual de afecto o protección.
Aun si se aceptara que los deseos hacia el analista constituyesen repeticiones directas de otros similares enderezados al padre o a la madre, ello no demostraría que los lazos infantiles con los progenitores fuesen, a su vez, genuinamente sexuales. Hay abundantes pruebas de que todos los rasgos de amor y celos de la neurosis del adulto, que Freud reconoció como debidos al complejo de Edipo, pueden haber existido en la infancia, pero esto es mucho menos común de lo que Freud suponía. Conforme se expresó ya, creemos que el complejo de Edipo es resultado de varios procesos distintos entre sí, y no un proceso primario. Podría ser, en cambio, una respuesta relativamente simple del niño, generada por las caricias parentales de cierto tinte sexual, ponla contemplación de escenas sexuales, o por la ciega devoción que uno de los padres haya volcado sobre el niño. Asimismo, acaso represente la terminación de un proceso mucho más complicado, pues, según ya dijimos, en aquellas situaciones familiares que obran como terreno fértil para la germinación del complejo de Edipo, el niño asimismo suele ser víctima de intenso recelo y hostilidad, cuya represión conduce al desarrollo de la angustia. Nos parece probable que en estos casos el complejo de Edipo sea producido por la fijación del niño en uno de los padres en busca de una seguridad reconfortante. En verdad, un complejo de Edipo enteramente desarrollado, como Freud lo ha descrito, presenta todos estos rasgos característicos de la necesidad neurótica de afecto: excesiva demanda de amor incondicional, celos, afán de posesión, odio por rechazo. Cabe concluir, pues, que en estos casos el complejo de Edipo no es el origen de la neurosis, sino, a su vez, una formación neurótica.

10
EL AFÁN DE PODERÍO, FAMA Y POSESIÓN

La búsqueda de afecto es uno de los medios frecuentemente aplicados en nuestra cultura para asegurarse contra la angustia. Otro recurso es el afán de poderío, fama y posesión.

Quizá convenga explicar por qué consideramos el poderío, la fama y la posesión como aspectos de un mismo problema; pues, entrando en detalles, no cabe duda que representa una gran diferencia para la persona el que su tendencia prevaleciente sea la de uno u otro de estos fines. Cuál de ellos predomina en los esfuerzos del neurótico por recuperar su seguridad, eso depende tanto de circunstancias exteriores cuanto de diferencias en las dotes individuales y en la estructura psíquica. Si los abordamos como unidad, es porque todos poseen algo en común que los distingue de la necesidad de afecto. Conquistar cariño significa obtener seguridad mediante un contacto más estrecho con los otros, mientras que el anhelo de poderío, fama y posesión implica el fortalecimiento a través de cierta pérdida de contacto y de cierto reaseguramiento de la propia posición.

Por supuesto, el deseo de dominar, de ganar prestigio y de adquirir riquezas no constituye, en esencia, una tendencia neurótica, tal como el ansia de afecto tampoco es en sí neurótica. Para comprender las características del afán neurótico dirigido hacia esos fines, será preciso parangonarlo con la disposición normal. El sentimiento de poderío, verbigracia, puede surgir en una persona normal que nota su propia superioridad, ya consista en mayor fuerza o destreza física, en su capacidad mental, su madurez o su sabiduría. En cuanto a la ambición normal dé poderío, suele vincularse a alguna causa particular: la familia, el grupo político o profesional, la patria, una idea religiosa o científica. El afán neurótico de poderío, en cambio, nace de la angustia, el odio o los sentimientos de inferioridad. Para expresarlo categóricamente: el afán normal de poderío nace de la fuerza; el neurótico, de la debilidad.

También aquí interviene un factor cultural. En efecto, el poderío, la fama y las riquezas individuales no tienen idéntico papel en todas las culturas. Así, entre los indios pueblo, por ejemplo, el pugnar por la conquista de prestigio es objeto de decidida reprobación, y sólo se toleran escasas diferencias de fortuna individual, de modo que también esta aspiración carece de importancia. En esa cultura no tendría sentido el esfuerzo por cualquier clase de prodominio, como forma de reasegurarse. En la nuestra, por el contrario, los neuróticos eligen ese camino porque, de acuerdo con la estructura social vigente, el poderío, la fama y la posesión pueden conferir un sentimiento de mayor seguridad.

Investigando las condiciones que producen estos afanes, verificaremos que de ordinario sólo aparecen una vez que ha resultado imposible

reconfortarse de la angustia subyacente mediante el cariño ajeno. Citaremos un caso que demuestra cómo dicho anhelo puede desarrollarse, en forma de ambición, una vez frustrada la necesidad de cariño.
Cierta niña estaba fuertemente ligada al hermano, cuatro años mayor, por vínculos afectivos de carácter más o menos sexual; pero cuando alcanzó los ocho años, aquél la rechazó bruscamente, aduciendo que ya eran demasiado crecidos para esa clase de juegos. Poco después la niña comenzó a desplegar en la escuela una repentina y ardiente ambición que, a todas luces, obedecía a la decepción sufrida en sus aspiraciones de afecto; frustración tanto más dolorosa, dado que no tenía muchas personas en quienes apoyarse. El padre era indiferente para con sus hijos y la madre prefería sin disimulo al hermano. Pero no era únicamente frustración lo que experimentaba, sino también una terrible ofensa a su amor propio, pues, claro está, ignorante de que el cambio de actitud de su hermano se debía simplemente a su próxima pubertad, se sintió avergonzada y humillada, tanto más cuanto que su autoconfianza ya reposaba, de por sí, sobre base endeble.
En primer lugar, no era querida por su madre, y la belleza de ésta hacíala sentirse insignificante; luego, el hermano no sólo era el predilecto de la madre; también gozaba de su confianza. Los padres constituían un matrimonio poco feliz y la madre comentaba todas sus preocupaciones con el hermano, de suerte que la niña se sentía totalmente excluida de la familia. Así, poco después de la dolorosa experiencia con el hermano, realizó un intento más para obtener el afecto que necesitaba, enamorándose de un muchacho que había conocido en una excursión. Llegó a sentirse muy exaltada y se dio a tejer espléndidas fantasías en torno al muchacho, pero cuando éste la abandonó a su vez, reaccionó al nuevo desengaño cayendo en una depresión.
Conforme sucede a menudo en situaciones de esta clase, tanto los padres como el médico de familia atribuyeron sus trastornos a que estaba muy adelantada en la escuela para su edad, de manera que la enviaron a reponerse a una colonia de veraneo, colocándola luego en un grado inferior al cursado. Fue entonces, a los nueve años, cuando mostró una ambición casi desesperada, resultándole insoportable no ser la primera de su clase. Al mismo tiempo, empeoraron visiblemente las relaciones con sus compañeras, que siempre habían sido muy amistosas.
Este ejemplo ilustra los factores típicos que se combinan para engendrar una ambición neurótica: desde el principio se sentía insegura por juzgarse malquerida; se produjo así considerable hostilidad, que no pudo expresar porque la madre, figura dominante en la familia, le exigía admiración ciega; el odio reprimido engendró, pues, intensa angustia; su autoestima jamás tuvo oportunidad de desarrollarse, ya que había

padecido repetidas humillaciones y, para remate, quedó evidentemente traumatizada por la experiencia con el hermano; así, fallaron todos sus intentos de obtener afecto como medio de restablecer su autoconfianza y seguridad.
Los afanes neuróticos de poderío, fama y posesión no sólo ponen a cubierto contra la ansiedad; son también útiles a manera de vías para derivar la hostilidad reprimida. Examinaremos antes, pues, de qué modo cada uno de estos afanes ofrece especial resguardo contra la angustia, y luego, los diversos mecanismos por cuya mediación pueden contribuir a liberar la hostilidad.
El afán de poderío sirve, en primer lugar, de resguardo contra la indefensión, que es, como ya hemos visto, uno de los elementos básicos de la angustia. Al neurótico repúgnale tanto lo que tiene aun la más remota apariencia de desvalidez o debilidad, que rehuirá situaciones muy corrientes para toda persona normal: aceptar alguna guía, consejo o ayuda, toda clase de dependencia personal o circunstancial, cualquier concesión a los demás .o concordancia con ellos. Esta protesta contra la carencia de defensa no surge en toda su magnitud del primer antuvión, sino que aumenta poco a poco; cuanto más obstaculizado se sienta el neurótico por sus inhibiciones, tanto menos capaz será de imponerse, pero, a su vez, cuanto más endeble se torne, con tanta mayor ansiedad tratará de evitar todo lo que tenga lejana semejanza con la debilidad.
En segundo término, el afán neurótico de poderío sirve como protección contra el riesgo de sentirse o de ser estimado insignificante, forjándose el neurótico una noción rígida e irracional acerca de su poder, que lleva a persuadirle de que es capaz de superar cualquier situación, dominándola inmediatamente por dificultosa que sea. Dicho ideal se enlaza con la soberbia, y así el neurótico conceptúa la flaqueza no sólo como un peligro, sino también como una ignominia. Clasifica a las personas en dos clases, «fuertes» y «débiles», admirando a las primeras y menospreciando a las últimas. Asimismo, llega al extremo en lo que juzga endeblez, desdeñando más o menos a todos los que están de acuerdo con él o ceden a sus deseos; a los que tienen inhibiciones o que no gobiernan sus emociones en el grado de mostrar siempre un rostro impasible. Pero en igual forma desestima esas cualidades en su propia persona, sintiéndose humillado cuando debe reconocer su ansiedad o su inhibición, de modo que se desprecia a causa de su neurosis v ansiosamente trata de mantenerla en secreto. Por fin, se vilipendia a causa de no ser capaz de vencerla por sí solo.
Las formas que tal afán de poderío son susceptibles de asumir dependen de cuál falta de poder sea temida o despreciada en mayor grado. Citaremos algunas de sus expresiones más frecuentes.
Primeramente, el neurótico deseará subyugar a los otros tanto como a sí mismo. Nada ha de ocurrir que él no haya iniciado o aprobado. Este afán

de dominación puede adoptar la forma atenuada de otorgarle conscientemente al prójimo su plena libertad, pero insistiérido en saber cuánto hace y enojándose si se le oculta algo. Las tendencias a dominar podrán ser reprimidas a tal punto que no sólo el mismo neurótico, sino inclusive quienes lo rodean estarán convencidos de su profunda generosidad al permitirles todas las libertades a los demás. Pero si una persona reprime tan completamente su deseo de dominación, acaso se sienta deprimida, o sufra intenso dolor de cabeza o trastornos gástricos cada vez que el prójimo arregle una cita con otros amigos o se atrase en forma inesperada. Desconociendo la causa de sus perturbaciones, puede atribuirlas a las condiciones atmosféricas, a una mala comida o a otros motivos sin importancia. La presunta curiosidad igualmente puede estar determinada en gran medida por un secreto deseo de dominar la situación.
Las personas de este tipo propenden asimismo a querer hallarse siempre en lo cierto y se irritan con facilidad cuando se les prueba que no tienen razón, aunque se trate de detalles nimios. Han de saberlo todo mejor que nadie, actitud que en ocasiones suele ser llamativa y molesta. Personas que en otros aspectos son serias y de confianza, al encontrarse con preguntas a las que no pueden responder, simulan saber o inventan algo, aun cuando en ese caso su ignorancia nada tenga de vergonzoso. A veces lo más importante es conocer de antemano qué pasará, es decir, atinar a predecir todas las eventualidades. Esta actitud puede aunarse con cierto aborrecimiento de cualquier situación que involucre factores imprevisibles,, pues cuidadosamente procuran evitar el menor riesgo. La preefinencia que conceden al dominio de sí mismos se refleja en su reticencia a abandonarse a un sentimiento. La atración que una mujer neurótica siente por un hombre es factible de trocarse bruscamente en desprecio, si éste se enamora de ella. A los pacientes de este tipo les resulta difícil abandonarse a sus asociaciones libres, pues ello significaría perder el dominio sobre sí mismos y dejarse arrastrar a ignotos territorios.
Otra actividad característica del neurótico en lo que atañe a su afán de poderío, es su prurito de que todo se haga según lo quiere él, exigencia susceptible de constituirse en una fuente de incesante irritación para él si los demás no cumplen con exactitud lo que aguarda de ellos o si no lo hacen en el preciso momento en que así lo desea. La impaciencia se halla en estrecha relación con este aspecto del afán de poderío. Toda suerte de demora, una forzosa espera, aunque no sea más que por las señales del tránsito, pueden ser motivos de irritación. El propio neurótico casi nunca se percata de su postura autoritaria o, al menos, de su magnitud. No le conviene reconocerla ni modificarla, pues cumple para él destacadas funciones protectoras. Tampoco los demás deben advertirla, porque si así sucediera correría peligro de perder su afecto.

Esta ausencia de reconocimiento tiene importantes consecuencias para los vínculos amorosos. Así, una mujer neurótica sentirá que su amante o marido ya no la ama, si no hace cabalmente todo lo que espera de él, si llega tarde, si no llama por teléfono, si parte de viaje. En lugar de convenir que sufre una mera reacción de angustia ante la falta de cumplimiento absoluto de sus deseos, casi siempre desmesurados, lo interpreta todo como prueba de que no es querida. Esta falacia resulta, por cierto, corriente en nuestra cultura y contribuye en gran parte al sentimiento de no ser amado, factor decisivo en muchísimas neurosis. Por lo general son los mismos padres quienes dan el ejemplo: verbigracia, una madre tiránica, disgustada por la desobediencia del hijo, creerá y declarará que éste no la quiere. Del mismo modo, suele producirse una extraña contradicción que puede trastornar profundamente cualquier lazo amoroso: una muchacha neurótica no puede amar a un hombre «débil» porque detesta toda debilidad, pero tampoco es capaz de competir con un hombre «fuerte» porque siempre espera que éste se doblegue ante ella; de ahí que, en secreto, sólo busque al «héroe», al superhombre recio, pero al mismo tiempo tan débil que se someta sin vacilar a cualquier demanda suya.

Otra actitud que integra el afán de poderío es la de no ceder jamás. El estar de acuerdo con una opinión o el aceptar un consejo, aunque se lo considere acertado, se experimenta como una flaqueza, y la simple idea de proceder así desencadena la rebelión. Aquellas personas en las cuales prevalece esta postura tienden a reaccionar contra todo, y por su verdadero temor a transigir adoptan compulsivamente actitudes de discrepancia.

La expresión más corriente de esta actitud es la oculta exigencia neurótica de que el mundo se ajuste a él, en vez de adaptarse él mismo al mundo. De esta postura surge una de las principales dificultades del tratamiento psicoanalítico. En efecto, el objetivo último del análisis no es adquirir conocimiento o mayor comprensión, sino aplicar esta comprensión a fin de modificar las actitudes; mas, aunque reconoce que un cambio redundaría en su personal beneficio, el neurótico de este tipo abomina la perspectiva déenmendarse, pues para él significaría una concesión fatal. Tal incapacidad de ceder ante el prójimo influye asimismo sobre las relaciones amorosas. El amor, cualquiera sea su significado en lo restante, siempre implica una entrega, es decir, ceder ante la persona amada, así como ante los propios sentimientos. Cuanto más inepta sea una persona, hombre o mujer, para tolerar tal concesión, tanto menos satisfactorias serán sus correspondencias amorosas. El mismo factor también puede intervenir en la frigidez, ya que el llegar al orgasmo presupone, justamente, esa capacidad de abandonarse por entero a los propios impulsos.

La influencia que, según hemos visto, tiene el afán de poderío en las relaciones amorosas, nos permite comprender con mayor profundidad varias consecuencias de la necesidad neurótica de cariño. En efecto, numerosas actitudes vinculadas con el anhelo de amor sólo se penetran a fondo si se examina el papel que en ellas desempeña el afán de poderío.
Como queda anotado también, este afán es un recurso protector contra la indefensión y contra la inferiorización, cometido, este último, que comparte con el afán de prestigio.
El neurótico de este grupo experimenta la perentoria necesidad de impresionar, ser admirado y respetado. Suele tener fantasías de deslumbrar a los demás con su belleza, su inteligencia o con alguna hazaña notable, derrocha el dinero con ostentación, sabe conversar acerca de los libros más recientes y de los últimos estrenos; conoce a cuanto personaje destacado existe. No soporta que nadie, amigo, marido, esposa o empleado, deje de admirarle. Todo su autoaprecio está en ser aplaudido, y se desvanece al punto cuando no es objeto de ponderación. Su excesiva sensibilidad y persistente temor a la humillación convierten su vida en un tormento. Con frecuencia ni se percata de que se siente degradado, pues tal reconocimiento le resultaría excesivamente doloroso; pero, tenga o no conciencia de ello, siempre reacciona contra tal sentimiento con ira desproporcionada al dolor sufrido. Así, su actitud lleva a la constante producción de renovada hostilidad y angustia.
A los fines meramente descriptivos, podría calificarse a tal persona de narcisista; pero si la contemplamos en forma dinámica, el término es equívoco, pues si bien está siempre preocupada poy exaltar el yo, en lo fundamental no obra de este modo en aras del amor a sí mismo, sino para protegerse contra el sentimiento de insignificancia y de rebajamiento, o en términos positivos, para restablecer su autoestima aniquilada.
Cuanto mayor distancia presenten sus relaciones con los otros, tanto más adentrado se hallará este afán de prestigio, manifestándose entonces como necesidad de ser infalible y extraordinario ante sus propios ojos. Todo defecto, advertido o sólo sospechado, se considera como una verdadera humillación.
El resguardo contra la indefensión y la insignificancia o la humillación también puede lograrse, en nuestra cultura, mediante el afán de posesión, ya que la riqueza otorga a la vez poder y prestigio. El ansia irracional de posesión se encuentra tan difundida en nuestra cultura, que sólo comparándola con otras alcanzamos a advertir que no se trata de un instinto humano general, ya lo concibamos como instinto adquisitivo o como una sublimación de impulsos biológicamente fundados. Empero, inclusive en nuestra cultura, tan pronto disminuye o se elimina la

angustia que lo determina, aquel deseo compulsivo de posesión desaparece.
La tendencia de fortuna protege específicamente contra el temor al empobrecimiento, la miseria, la dependencia de los otros. Este miedo puede constituir un permanente acicate que impele a trabajar en forma incesante y a no perder ocasión alguna de ganar dinero. El carácter defensivo de tal impulso se traduce en la incapacidad de aprovechar para el goce personal el dinero conseguido. Además, el afán de poseer no precisa referirse, directamente, tan sólo al dinero o a cosas materiales, dado que asimismo puede darse como actitud posesiva respecto a los otros y servir como salvaguardia contra el peligro de perder el afecto ajeno. No traeremos ejemplos particulares acerca del fenómeno del afán de posesión, ya que es bien conocido, en especial por su frecuencia en los matrimonios, donde la ley suministra la base legal para tales exigencias; por otra parte, sus características son muy semejantes a las del afán de poderío, ya descrito.
Conforme señalamos, estos tres impulsos no contribuyen solamente a la defensa contra la angustia; son también recursos para descargar, la hostilidad. Ésta puede adoptar la forma de tendencias a dominar, a humillar o a despojar a los otros, según el impulso que prevalezca.
La tendencia dominadora del afán neurótico de poderío no siempre aparece como abierta hostilidad contra los demás, sino que puede estar disfrazada bajo modalidades socialmente valiosas o humanitarias, como, por ejemplo, en las actitudes de dar consejos, de inclinarse a dirigir los asuntos ajenos, de tomar la iniciativa o la dirección. Pero si estas actitudes albergan hostilidad encubierta. el prójimo -hijos, cónyuges o empleados- la percibirá y reaccionará sometiéndose o rebelándose. Por lo común, el propio neurótico no se percata de la hostilidad enmascarada; y aun si se enfurece cuando no todo sale ajustado a sus deseos, continúa sosteniendo que es un alma profundamente dócil y apacible, sólo preocupada porque las personas cometen el grave error de oponérsele. Pero lo que en verdad sucede es que la hostilidad del neurótico ha sido obligada a adoptar modalidades civilizadas, irrumpiendo sólo cuando aquél no logra imponerse. Los motivos de sus arranques de ira pueden ser tales que otras personas no lo considerarían como antagonismos, sino como meras diferencias de opinión o negativas a seguir sus consejos. No obstante, aquél podrá sentirse muy airado ante semejantes futilezas. Cabría conceptuar la actitud dominadora como una válvula de seguridad a través de la cual se descarga cierta dosis de hostilidad en formas inocuas, pues como esa actitud ya es, de por sí, una expresión atenuada de la hostilidad, brinda un medio de coartar los impulsos realmente destructivos.
La rabia despertada por la oposición puede ser reprimida y, como hemos visto, la hostilidad reprimida es susceptible de tener por consecuencia

renovada angustia, y ésta a su vez de traducirse en depresión o fatiga. Dado que los motivos de tales reacciones son tan fútiles que escapan a la atención y como el neurótico no se da cuenta de sus propias reacciones, es bien factible que tales estados depresivos y ansiosos impresionen como espontáneos y carentes de estímulo exterior. Sólo la observación muy atenta permite descubrir gradualmente el vínculo entre los sucesos desencadenantes y las reacciones consiguientes.

Otra característica derivada del impulso a dominar es la incapacidad de establecer relaciones recíprocas. El neurótico necesita dirigir, so pena de sentirse completamente perdido, sometido e inerme.

Es tan autocrático, que cuanto no sea dominio absoluto significa para él sometimiento. Si reprime la rabia que ello le provoca, tal represión puede deprimirlo, abatirlo o fatigarlo. Sin embargo, es verosímil que su sentida indefensión sea, en realidad, simplemente úit disimulado recurso destinado a asegurarse la dominación o a expresar su hostilidad por no ser capaz de dirigir. Así, apelando a un ejemplo, cierta mujer que recorre una ciudad extranjera con su marido, lo guía por los barrios que previamente ha estudiado en el mapa, mas al llegar a lugares desconocidos en los cuales no atina a orientarse, deja al marido toda la conducción. Aunque hasta entonces se ha sentido alegre y activa, repentinamente queda agobiada por la fatiga y apenas puede dar un paso. Todos conocemos relaciones conyugales, fraternas o amistosas, en las que el neurótico actúa como un negrero, empleando su desvalidez como látigo para constreñir al otro a servirle y a tributarle continua atención y ayuda. Es característico de estas situaciones el hecho de que el neurótico jamás se beneficia con los sacrificios que se le prodigan, sino que responde con renovadas quejas y exigencias o, lo que es peor, con acusaciones de que se lo descuida o se abusa de él.

La misma conducta es dable observar en el proceso del análisis. Los enfermos de este tipo pueden clamar desesperadamente en demanda de ayuda, y sin embargo no sólo resisten cualquier sugestión, sino que inclusive expresan su resentimiento por no ser auxiliados. Si realmente sacan alguna ventaja al comprender alguna peculiaridad suya con ayuda del analista, inmediatamente vuelven a caer en su anterior disgusto, y cual si nada hubiese ocurrido, logran anular el progreso obtenido gracias a los arduos esfuerzos de aquél, forzándolo a recomenzar su labor, que de nuevo se verá condenada al fracaso.

El paciente podrá obtener doble satisfacción de esta actitud: al ostentar su indefensión, alcanza una especie de triunfo, dado que obliga al analista a esclavizarse a causa suya; al mismo tiempo, dicha estrategia tiende a despertar sentimientos de indefensión en el propio analista, hallando así la posibilidad de dominar destructivamente, ya que sus conflictos le impiden hacerlo de modo constructivo. Inútil decir que la satisfacción obtenida en esta forma es totalmente inconsciente, como lo

es la técnica que aplica el neurótico con tal objeto. Sólo que, éste, necesitado de ayuda como se halla, no la consigue. De ahí que además de sentirse por completo justificado al actuar como lo hace, cree asimismo tener derecho a enojarse con el analista. Pero, simultáneamente, no puede dejar de notar que juega sucio, temiendo, pues, ser descubierto y castigado. Por consiguiente, a fin de protegerse, estima necesario reforzar su posición, y lo hace meramente desquitándose por la recíproca: no es él quien en secreto lleva a efecto una agresión destructiva, sino el analista quien lo descuida, lo engaña o le hace víctima de abusos. Sin embargo, sólo puede adoptar y mantener esta actitud con plena convicción si realmente se siente víctima, de modo que una persona en esta condición no sólo se resiste a reconocer que nadie la maltrata, sino que inclusive tiene gran interés en sostener esta creencia. Tal pertinacia en considerarse agredido suele dar la impresión de que en verdad quiere que no se lo trate bien; mas, en el fondo, lo desea tan poco como cualquiera de nosotros, sólo que su creencia de ser maltratado ha adquirido una función sobradamente importante como para que sea posible abandonarla con facilidad.

Puede haber en la actitud dominadora tanta hostilidad encubierta, que llega a crear nueva angustia, y ésta, a su vez, es susceptible de conducir a inhibiciones tales como la incapacidad de dar órdenes, de adoptar decisiones, de formular opiniones precisas, con el resultado de que el neurótico suele parecer excesivamente sumiso, llegando a confundir de esta suerte sus inhibiciones con una innata docilidad.

En las personas en quienes predomina el afán de prestigio, la hostilidad adopta por lo común la forma de una inclinación a humillar a los demás. Este deseo reviste suprema importancia en aquellas cuya autoestima ha sido lesionada por humillaciones y que en consecuencia ansían desquitarse. Por lo común han sufrido toda una serie de experiencias agraviantes en su infancia, ya a causa de la situación social en la cual se criaron -como el pertenecer a un grupo minoritario, o el ser pobre, aunque con parientes ricos-, ya debido a su propia posición individual: el ser rechazado en favor de otros niños, maltratos, padres que los manejan como meros juguetes, castigos corporales, mimos alternados con actitudes hirientes y rebajantes. Muchas veces se olvidan tales experiencias en razón de su carácter penoso, mas al aclararse los problemas relativos a la humillación, reaparecen en la conciencia. Sin embargo, en los neuróticos adultos nunca es dable observar los resultados directos de tales circunstancias infantiles, sino sólo los indirectos, reforzados a través del siguiente «círculo vicioso»: sentimiento de humillación, deseo de humillar a los demás, sensibilidad aumentada a las humillaciones por temor al desquite, por fin, deseo exaltado de humillar a los demás.

Las tendencias a humillar están profundamente reprimidas, por lo general, en virtud de que el neurótico, sabiendo por experiencia propia cuánto dolor y rencor causa la humillación, intuitivamente teme estas reacciones en los demás. Empero, algunas podrán aparecer sin llegar a ser conscientes, como en las inadvertidas faltas de atención para con sus semejantes, dejándoles esperar, o colocándolos impensadamente en situaciones embarazosas, haciéndoles sentirse inferiores, etc. Aun cuando el neurótico no tenga la menor conciencia de su deseo de rebajar a los otros, o de haberlo hecho real-: mente, sus relaciones se verán saturadas de ansiedad difusa, la cúal se revela en su constante expectación de censuras o humillaciones. Más adelante, al estudiar el miedo al fracaso, volveremos a ocuparnos de tales temores. Las inhibiciones que resultan de esta señsibilidad a la humillación generalmente se presentan a modo de una necesidad de evitar todo cuanto podría parecer afrentoso para los demás; estos neuróticos no son capaces, por ejemplo, de criticar, rehusar una oferta o despedir a un empleado, con lo que a menudo parecen ser deferentes y sobradamente amables.
Por último, la tendencia a humillar puede esconderse tras la tendencia a admirar. Puesto que infligir humillaciones y dedicar admiración son actitudes diametralmente opuestas, la última ofrece el mejor arbitrio para anular o encubrir las tendencias hacia la primera. También es por eso que muchas veces se encuentran los dos extremos en una misma persona. Ambas actitudes son susceptibles de distribuirse en varias formas, que dependen del sujeto. Así, pueden aparecer por separado, en distintos períodos de la vida, sucediendo uno de desprecio general por la gente a otro de adoración del héroe; o bien se admira a los hombres y desprecia a las mujeres, o viceversa, o se admira ciegamente a una o dos personas, detestando no menos ciegamente al resto del mundo. Sólo en el proceso del análisis es .factible observar que ambas posturas en realidad coexisten: un paciente puede, a la vez, admirar y despreciar obcecadamente al analista, ya suprimiendo uno de esos sentimientos, ya vacilando entre ellos.
En el afán de posesión, la hostilidad suele asumir la forma de una tendencia a despojar a los demás. El deseo de defraudar, aprovechar, explotar o frustrar a los otros no es en sí neurótico, pues puede llegar a constituir una norma cultural, justificarse por la situación actual, o ser usualmente considerado como una cuestión de conveniencia. En el neurótico, empero, dichas tendencias se dan intensamente saturadas de emoción; aunque las ventajas positivas que de ellas obtenga sean muy pequeñas o de valor escaso, se sentirá gozoso y triunfante siempre que logre aplicarlas con éxito: por ejemplo, a fin de conseguir una ganga, poder derrochar tiempo y energías sin proporción alguna con lo economizado. Su satisfacción ante el éxito se origina en dos fuentes: por

una parte, el sentir que ha tenido mayor listeza que los demás,, y por otra, el sentimiento de haberles perjudicado.
Esta tendencia a despojar al prójimo adopta múltiples aspectos. Un neurótico puede experimentar resentimiento contra el médico porque éste no lo atiende gratuitamente o con honorarios menores de los que puede abonar, o sentir rabia contra sus empleados a causa de que no están dispuestos a trabajar a deshora sin remuneración. En sus relaciones con los amigos y con los hijos puede defender esta tendencia a la explotación, alegando que le deben gratitud. Así, con tales motivos los padres pueden aniquilar realmente la vida de sus hijos, exigiéndoles sacrificios. Aunque esa tendencia no aparezca en formas tan destructivas, toda madre que obre según la creencia de que el niño sólo existe para procurarle satisfacciones está condenada a explotar emocionalmente a su hijo. Un neurótico de este tipo acaso también se incline a rehusarles todo a los demás, reteniendo el dinero que debería pagarles, informaciones que podría suministrar, los goces sexuales cuya esperanza ha despertado en el prójimo. Las tendencias al despojo a veces se traducen por repetidos sueños de robo o por impulsos conscientes, pero coartados, de robar; e inclusive el neurótico puede haberse dedicado por un tiempo a la cleptomanía.
Las personas de este tipo general no suelen tener conciencia de que despojan a los otros premeditadamente, pero la angustia que tal impulso les acarrea puede producirles una inhibición cuando se espera algo de ellos; así, verbigracia, olvidan comprar un regalo prometido para un cumpleaños o se tornan impotentes cuando una mujer cede a sus requerimientos. Sin embargo, esta ansiedad no siempre conduce a una verdadera inhibición; también puede evidenciarse como temor amenazante de estar explotando o despojando a los demás, cosa que por cierto hacen, aunque conscientemente rechazarían indignados semejante intención. Un neurótico hasta puede llegar al punto de abrigar este temor frente a actitudes suyas que en realidad no están dominadas por tales impulsos, mientras no atina a reconocer que en otras efectivamente aprovecha o medra de los demás.
Una actitud emocional de celosa envidia acompaña tales tendencias al despojo. En general, solemos sentir cierta envidia si los demás obtienen determinados beneficios que desearíamos para nosotros; pero en la persona normal lo importante es que anhela dichos beneficios para sí misma, en tanto en el neurótico predomina la envidia que despiertan en él, aunque no los ambicione realmente. Las madres de esta índole con frecuencia envidian la alegría de sus hijos, diciéndoles: «Quienes cantan antes del desayuno, llorarán antes de la comida».
El neurótico intentará disimular la dureza de su actitud celosa buscando presentarla como envidia justificada. Las ventajas de los demás, ya se concreten en una muñeca, una novia, comodidades o empleos, le

parecen tan magníficas y deseables que se siente justificado en su envidia. Pero tal legitimación sólo es, posible si inadvertidamente falsifica los hechos: si subestima lo que él mismo tiene y se forja la ilusión de que las ventajas ajenas son las únicas en verdad deseables. Tal autoengaño puede arribar al punto de hacerle creer. que se halla en la mayor miseria porque no le es dable compartir cierto bien que otra persona posee, olvidando del todo qu€'en muchos otros sentidos quizá no le gustaría trocar papeles con ella. El precio de tal engaño es su incapacidad de gozar y apreciar sus posibilidades de felicidad, impedimento que, no obstante, lo preserva contra la muy temida envidia de los demás. No se priva deliberadamente de gozar lo que posee, como hacen muchos seres normales que tienen buenas razones para protegerse contra la envidia ajena, fingiendo ser menos afortunados de lo que son. Al contrarió, el neurótico va mucho más lejos, privándose realmente de todo placer y devastándose con ello a sí mismo: quiere tenerlo todo, pero debido a sus impulsos destructivos y a su angustia, queda a la postre con las manos vacías.
Es evidente que la tendencia a despojar o a explotar, al igual que todas las tendencias hostiles ya citadas, no sólo surge de relaciones personales deficientes, sino que, a su vez, las perturba aún en mayor grado. No menos forzoso es que torne a la persona aprensiva e inclusive tímida ante los otros, particularmente si, conforme ocurre de ordinario, esa tendencia es más o menos inconsciente. Así, sus actitudes serán libres y naturales con aquellos de quienes nada aguarda, pero se sentirá cohibido tan pronto exista alguna posibilidad de lograr el menor beneficio de alguien. Tal ventaja puede referirse a cosas materiales: un informe o una recomendación, o meramente concernir a algo mucho menos concreto, como la simple posibilidad de ulteriores favores; circunstancia ésta que rige tanto para las relaciones eróticas cuanto en las de cualquier otra especie. Una neurótica de este tipo acaso sea franca y natural con hombres que no le importan, mas se hallará molesta y cohibida frente a un hombre a quien -desea gustar, pues, para ella; obtener su cariño equivale a quitarle algo.
Las personas de esta clase pueden gozar de excepcional capacidad para ganar dinero, encauzando así sus impulsos hacia conductos provechosos; pero con mayor frecuencia padecen inhibiciones frente a la ganancia, vacilando en exigir retribución o efectuando un trabajo exagerado con mínima recompensa, de suerte que impresionan ser harto más generosas de lo que son en realidad. Luego, tienden a sentirse insatisfechas de sus menguados recursos, sin que, a menudo, conozcan la razón de su descontento. Si las inhibiciones del neurótico llegan a extenderse tanto que saturen toda su personalidad, la consecuencia será su incapacidad de sostenerse por sí solo, debiendo acudir al apoyo ajeno, lo cuál le permitirá llevar una existencia parásita y satisfacer así

sus tendencias a explotar. Tal actitud parasitaria no se traduce necesariamente en la filosofía de la humanidad debe mantenerme, pues suele adoptar la forma mucho más sutil de esperar que otros le hagan ciertos favores, tomen la iniciativa, le sugieran ideas; en suma, aguarda que los demás asuman la responsabilidad de su existencia. La consecuencia es una singular postura frente a la vida: el neurótico no se da clara cuenta de que se trata de su propia existencia y que le incumbe a él aprovecharla o malograrla, sino que vive como si cuanto le sucede no fuese de su ingerencia; como si el bien y el mal procedieran siempre de afuera, sin que le sea posible hacer nada para modificarlos; como si le asistiera el derecho de esperar todo lo bueno de los demás e inculparles de todo lo malo. Dado que en tales circunstancias lo malo suele sobrepujar a lo bueno, aparece casi por fuerza una creciente amargura contra el mundo. Esta actitud parásita asimismo puede hallarse en la necesidad neurótica de afecto, en especial si toma la forma de un ansia de servicios materiales.
Otra frecuente derivación de la tendencia neurótica a despojar y explotar al prójimo es su ansiedad ante la idea de ser engañado o explotado a su vez. Así, puede llegar a vivir en un perpetuo temor de que alguien se aproveche de él, de que le roben dinero o ideas, reaccionando ante toda persona que encuentre con miedo de que pueda querer algo suyo. Cuando realmente se le engaña -por ejemplo, si un taximetrista no toma la ruta breve o un camarero le cobra más de lo debido- descarga su rabia sin guardar la menor proporción con el motivo. Es evidente el valor psíquico de la proyección de las propias tendencias abusivas sobre los demás, pues resulta sumamente más agradable sentir una justa indignación contra otros, que verse obligado a considerar un problema propio. Por otra parte, los histéricos a menudo utilizan las acusaciones como medio de intimidación o provocan en el prójimo sentimientos de culpa, llevándole así a dejarse aprovechar. Al analizar el carácter de la señora Dodsworth, Sinclair Lewis describió brillantemente esta clase de estrategia.
Los fines y las funciones del afán neurótico de poderío, fama y posesión pueden esquematizarse groseramente así:

Protección contra:	*Fines:*	*Hostilidad expresada como:*
indefensión	poderío	tendencia a dominar
humillación	fama	tendencia a humillar
pobreza	posesión	tendencia a despojar a los demás.

Es la gran obra de Adler haber comprobado y destacado la importancia de estos impulsos, el papel que desempeñan en las manifestaciones neuróticas y las formas bajo las cuales se encubren. Sirt embargo, Adler

acepta que constituyen tendencias últimas de la na-: turaleza humana y que no requieren ser esclarecidas a su vez[41]; explica su exacerbación en los neuróticos por los sentimientos de inferioridad y los defectos orgánicos.

También Freud observó muchas de las resultantes de éstos impulsos, pero no las considera homólogas. Atribuye el ansia de prestigio a tendencias narcisistas. En cuanto al afán de poderío y posesión, junto con la hostilidad que engendran, los conceptuó originalmente cómo derivaciones de la «fase sádico-anal», pero luego reconoció que no es posible reducir tal hostilidad a una base sexual, interpretándola entonces como expresión de un «instinto de muerte» y permaneciendo fiel, así, a su orientación biologista. Ni Adler ni Freud reconocieron el papel de la angustia en la producción de estos impulsos, ni advirtieron la significación cultural de sus formas de manifestación.

---

[41] En Der Wille zur Macht (La voluntad del poderío), de Nietzsche, nos encontramos con idéntica sobrevaloración unilateral del afán de poderío.

11
EL AFÁN NEURÓTICO DE COMPETENCIA

Las maneras de obtener poderío, fama y fortuna difieren en las distintas culturas. Pueden provenir del régimen legal de herencia o de ciertas cualidades individuales apreciadas por el grupo cultural, como el coraje, la astucia, la capacidad de curar al enfermo o de comunicarse con poderes sobrenaturales, la inestabilidad mental, y así sucesivamente. También son susceptibles de adquirirse mediante actividades extraordinarias o de éxito, o merced a ciertas cualidades o a casuales circunstancias favorables. En nuestra cultura, la herencia de rango y riquezas desempeña por cierto gran papel, pero dado que el individuo debe alcanzar el poderío, la fama y la fortuna mediante sus propios esfuerzos, entrará en competencia con el prójimo. Desde su centro económico, la competencia irradia hacia todas las otras actividades y también satura el amor, las relaciones socialesy las diversiones. Por lo tanto, la competencia constituye un problema universal en nuestra cultura, y no es sorprendente que sea un núcleo indefectible de conflictos neuróticos.
En nuestra cultura, el afán neurótico de competencia discrepa en tres sentidos respecto del normal: primero, el neurótico siempre se valora a sí mismo en comparación con los demás, inclusive en circunstancias inadecuadas. Si bien el impulso de superar al prójimo es esencial en toda situación de competencia, el neurótico también se coteja con personas que no son en absoluto posibles rivales suyos y que no tienen con él ningún objetivo en común. Sin discriminación aplica a todo el mundo la cuestión de establecer quién es más inteligente, hermoso o amable. Sus sentimientos frente a la vida se asemejan a los del «jockey» en una carrera, al que sólo le importa pasar a la cabeza de los demás. Tal actitud conduce, por fuerza, a perder todo interés real por cualquier propósito, pues lo que le interesa no es el contenido de lo que hace, sino cuánto éxito, fama y prestigio ganará con ello. El neurótico puede percatarse de que incesantemente se parangona con los demás, o bien hacerlo en forma automática, sin conciencia de ello. En todo caso, muy pocas veces reconoce conscientemente el destacado papel que en él desempeña tal actitud.
El segundo rasgo que lo distingue de la competencia normal es que la ambición del neurótico no sólo reside en alcanzar más que los otros o tener mayor éxito, sino también en ser único y excepcional. Aunque piense en términos de comparación, sus fines son siempre superlativos. Puede tener plena noción de ser impulsado por una ambición insaciable, pero con mayor frecuencia la reprime totalmente o la encubre en parte. En este caso puede creer, verbigracia, que no se preocupa del éxito, sino de la causa por la cual se afana; o pensar que no quiere ocupar

posiciones conspicuas, sino sólo manejar los títeres desde el fondo; o admitir que una vez fue ambicioso: que siendo niño, por ejemplo, soñaba con ser Cristo, o un segundo Napoleón, o en salvar al mundo de la guerra; que siendo niña anhelaba casarse con el príncipe de Gales. Pero afirmará que desde entonces ha abandonado toda ambición, quejándose inclusive de que le agradaría recuperarla. Si la ha reprimido por completo, fácilmente creerá que jamás tuvo ambiciones. Empero, será suficiente que el analista reduzca unas pocas capas protectoras, para que recuerde haber tenido fantasías de grandeza o pensamientos fugaces de ser el mejor en su campo de acción, excepcionalmente bello e inteligente, o de no atinar a comprender cómo una mujer podía enamorarse de otro, teniéndolo a él, cosa que le dejará resentido aun en el recuerdo. Sin embargo, en la mayoría de los casos, la ignorancia del activo papel que tiene la ambición en sus reacciones le hace negar toda significación a tales ideas.
Estas ambiciones se concentran a veces sobre determinado objetivo: la inteligencia, el atractivo físico, las obras de cualquier clase o la moral. Pero en otras ocasiones no van en prosecución de una meta definida; abarcan todas las actividades del individuo, quien siente la necesidad de ser el más distinguido en todo terreno: al mismo tiempo un gran inventor, un médico notable y un brillante músico. Una mujer querrá ser no solamente la primera en su campo particular de trabajo, sino también una perfecta ama de casa y la mejor vestida de las elegantes. A los adolescentes de este tipo suele resultarles difícil adoptar o seguir una carrera. pues al elegirla renuncian a otra, o cuando menos abdican en parte sus aficiones y actividades favoritas. A la mayoría le sería sin duda arduo dominar la arquitectura, la cirugía y el violín sumultáneamente. Tales adolescentes asimismo suelen iniciar sus obras con desmesuradas y fantásticas esperanzas, anhelando pintar como Rembrandt, escribir dramas como Shakespeare y ser capaces de efectuar un exacto recuento globular apenas comiencen a trabajar en un laboratorio. Como su excesiva ambición los lleva a esperar demasiado, no logran cumplir sus objetivos; de ahí que fácilmente se sientan descorazonados y defraudados y bien pronto abandonen sus empresas para empezar otras. De tal manera, muchas personas dotadas malgastan sus energías durante toda la vida, pues aunque evidentemente poseen grandes capacidades en los más diversos campos, son incapaces de perseguir un objetivo con constancia, a causa de que tienen intereses y ambiciones en todos; al fin, no logran nada y desbaratan sus altas facultades.
Tengan o no conciencia de su ambición, siempre son muy sensibles a cualquier desengaño. Hasta un triunfo puede constituir para ellos una frustración, al no satisfacer totalmente su desmesurada expectativa. El éxito de un libro o de un artículo científico, por ejemplo, acaso los decepcione al no provocar tremendo revuelo, sino únicamente interés

limitado. Una persona de este tipo podrá rebajar su triunfo en un examen difícil, señalando que otros también lo han aprobado. Tal persistente tendencia a la desilusión es uno de los motivos que hacen a las personas de esta clase incapaces de gozar del éxito. Más adelante nos referiremos a otros. Por supuesto, también son sensibles en grado extremo a toda censura. Muchos son los que no produjeron más que su primer libro o su único cuadro a causa de haber sido muy profundamente descorazonados por reparos insignificantes. Muchas neurosis latentes se manifiestan por primera vez a consecuencia de las críticas de un superior o por un fracaso, aunque esa crítica y ese fracaso sólo fuesen mínimos o, al menos, desproporcionados al trastorno psíquico subsecuente.
El tercer distingo respecto de la competencia normal es la hostilidad implícita en las ambiciones del neurótico, actitud que podría expresarse así: *Sólo yo soy bello, capaz, triunfante*. La hostilidad es inherente a toda competencia intensa, ya que la victoria de un competidor implica la derrota del otro. En realidad, como existe tan acentuada competencia destructiva en toda cultura individualista, vacilamos en considerarla a título de característica neurótica cuando la hallamos como rasgo aislado. En efecto, trátase casi de una norma cultural. Pero en el neurótico el aspecto destructivo sobrepasa en intensidad al constructivo, y para él es de harta superior importancia la derrota de los otros que su propia victoria. Con mayor precisión, el neurótico ambicioso actúa como si para él fuese más vital vencer al prójimo que triunfar. En verdad, su propio éxito tiene gran trascendencia para él, mas a causa de enormes inhibiciones ante el éxito -como veremos luego-, el único camino que le queda abierto es el de ser (o, al menos, el de sentirse) superior, aniquilando, rebajando a los demás. a su propio nivel, o, mejor aún, por debajo de éste.
En las luchas competitivas de nuestra cultura suele ser conveniente tratar de perjudicar al competidor para realzar la posición; la gloria o el predominio personal; pero.el neurótico está ciegamente impulsado por la necesidad indiscriminada y compulsiva de disminuir a los otros. Hasta lo hace cuando tiene perfecta noción de que ellos no le causarían daño alguno o cuando el descalabro de éstos sería manifestamente adverso a sus propios intereses. Cabe calificar sus sentimientos como un firme convencimiento de que *sólo uno puede triunfar*, mera paráfrasis de *sólo yo debo triunfar*. Tras sus impulsos destructivos acaso se esconda una ingente carga afectiva, como en cierto autor que estaba escribiendo una obra y fue preso de ciega cólera al enterarse de que uno de sus amigos también trabajaba en otra.
Ese impulso a derrotar o frustrar los esfuerzos ajenos es factible de observarse en muchas situaciones. Un niño demasiado ambicioso puede ser impulsado por el deseo de malbaratar todo intento paterno de

educarlo; si los padres quieren influir sobre su conducta y sus actividades sociales, desarrollará un comportamiento socialmente escandaloso; si procuran estimular su evolución intelectual, podrá pro-' ducir tales inhibiciones ante el estudio, que impresionará como un débil mental. Recordamos a dos niñas sospechosas de debilidad mental, aunque luego resultaron muy capaces e inteligentes, revelándose -a raíz de sus tentativas de actuar en la misma forma ante el analista-, que las impulsaba el deseo de derrotar a sus padres. Durante cierto tiempo, una de ellas simuló no comprendernos, haciéndonos dudar de nuestro concepto acerca de su inteligencia, hasta que advertimos que ensayaba con nosotros el mismo juego que antes aplicara contra sus padres y maestros. Ambas tenían poderosas ambiciones, pero al comienzo del tratamiento se agotaron completamente en los impulsos destructivos.

Idéntica actitud puede manifestarse frente a la enseñanza o á toda clase de tratamientos. Si alguien toma lecciones o se somete a un tratamiento, lo hace por su propio interés de aprovecharlos, mas para un neurótico de esta clase -o, con mayor exactitud, para su personalidad competitiva-tiene mayor importancia desbaratar los esfuerzos y el posible éxito del maestro o del médico, demostrando simplemente, en su misma persona, que nada se ha adelantado, aun al precio de seguir enfermo o ignorante, revelando así a los demás que aquéllos son unos inútiles. Huelga agregar que este proceso actúa en lo inconsciente, pues en su conciencia tales individuos están persuadidos de que el maestro o el médico es en verdad incapaz, o que no es la persona que ellos precisan.

Así, un paciente de este tipo tendrá fuerte temor de que el analista alcance éxito en su tratamiento, recurriendo a cualquier arbitrio a fin de esterilizar sus esfuerzos, aunque con ello malogre decididamente sus propios objetivos. No sólo engañará al analista o le oculttará informaciones importantes, sino que hasta podrá permanecer en la misma condición o empeorar en forma dramática mientras le sea posible. No reconocerá ninguna mejoría y únicamente la aceptará a regañadientes, o la atribuiría a algún factor exterior, tal como un cambio de temperatura, haber tomado una aspirina, algo que ha leído, etcétera. No seguirá sugestión alguna del analista, tratando así de probarle que a todas luces está equivocado.

O bien presentará como descubrimiento personal determinada sugestión del analista, que en un principio rechazó con violencia. Esta última actitud suele observarse en la vida cotidiana, constituyendo la base dinámica del plagio inconsciente y el fundamento psicológico de muchas pretensiones de prioridad. Así, tales personas no pueden soportar que nadie más que ellas tenga pensamientos originales, desechando enérgicamente toda sugerencia que no les pertenezca: por ejemplo, desdeñan o dejan de lado los «films» o libros que recomienda un circunstancial competidor.

Cuando en el curso del análisis todas estas reacciones son aproximadas a la conciencia, después de una buena interpretación el neurótico puede producir estallidos de rabia, sintiéndose impulsado a romper algo del consultorio o a insultar al analista. En otros casos, luego de haberse aclarado ciertos problemas, inmediatamente afirmará que todavía quedan muchos otros por resolver. Aunque haya mejorado en forma notable y lo admita intelectualmente, lucha contra todo sentimiento de agradecimiento. Hay numerosos factores relacionados con el fenómeno de la ingratitud, como el temor de incurrir en obligaciones; pero uno de sus más importantes elementos suele ser la humillación que experimenta el neurótico al tener que reconocer algo al prójimo.
Los impulsos de vencer a sus semejantes entrañan intensa angustia, pues el neurótico automáticamente supone que los demás se sentirán ante la derrota tan ofendidos y rencorosos como él mismo lo está. Por consiguiente, experimenta angustia al herir a los otros y disimula la intensidad de sus tendencias agresivas convenciéndose de que están muy bien justificadas.
Si el neurótico mantiene una postura violentamente despectiva, le resulta difícil adoptar opiniones o actitudes positivas y decidirse en sentido constructivo. Una opinión positiva acerca de cualquier persona o asunto puede resultar aniquilada ante la más leve observación negativa de alguien, pues basta una sutileza para desencadenar los sentimientos despectivos.
Todos estos impulsos destructivos implícitos en el afán neurótico de poderío, fama y posesión, entran en la pugna competitiva. Aun los seres normales tienden a desplegarlos en la competición general que reina en nuestra cultura, pero en el neurótico adquieren trascendencia por sí mismos, sin considerar los sufrimientos o desventajas que pueden acarrear. La capacidad de humillar, explotar o engañar a los demás constituye para el neurótico un triunfo de su superioridad y, si fracasa, un verdadero descalabro. Gran parte de la rabia que demuestra el neurótico al ser incapaz de sobrepasar a los otros se debe a tal sentimiento de derrota.
Si en una sociedad prevalece el espíritu de competencia individualista, es fácil que imperen malas relaciones entre los sexos, a menos que las esferas de actividad del hombre y de la mujer se hallen estrictamente separadas; pero debido a su carácter específicamente destructivo, la competencia neurótica produce estragos todavía mayores que la corriente.
En las relaciones amorosas, las tendencias neuróticas a derrotar, someter y humillar a la pareja desempeñan un papel muy importante, convirtiéndose los vínculos sexuales en medios de subyugar o degradar al compañero, o de ser subyugado o degradado a su vez; carácter que, por cierto, es por completo ajeno a su naturaleza. Con frecuencia surge

así una situación que Freud ha descrito como desdoblamiento de las relaciones amorosas del hombre, que en tal estado sólo puede sentirse sexualmente atraído por mujeres inferiores a su nivel, faltándole potencia y deseos frente a mujeres amadas o admiradas. Para tal persona, el contacto sexual está inseparablemente unido a tendencias humillantes, de suerte que inmediatamente reprime todo deseo sexual hacia objetos que ama o podría amar. El origen de tal actitud a menudo puede remontarse a la madre, por la que se sintió humillado y a la qué en desquite quiso humillar, pero debido a su temor oculto hubo de esconder estos impulsos tras una exagerada devoción, fenómeno éste que suele calificarse como fijación. Durante el resto de la vida, el neurótico recurre a la solución de dividir a las mujeres en dos grupos, y manifiesta su persistente hostilidad hacia las mujeres que ama, frustrándolas realmente.

Si tal hombre entabla relaciones amorosas con una mujer de nivel o personalidad iguales o superiores, en lugar de experimentar orgullo, por lo común se siente avergonzado de ella. Tal reacción suele causarle la mayor extrañeza, pues en su pensamiento consciente la mujer no se desvaloriza por el hecho de tener contactos sexuales; pero ignora que sus impulsos a rebajar a la mujer mediante dichas relaciones son tan fuertes, que emocionalmente aquélla se torna despreciable a sus ojos. Por consiguiente, aquel bochorno es lógico. Asimismo, una mujer podrá sentirse irracionalmente avergonzada dé su amante, demostrándolo al no querer que la vean con. él, negándole toda buena cualidad, de modo que lo aprecia en menos de lo que merece. El análisis denuncia que tiene la misma tendencia inconsciente a degradar al compañero[42], y aunque la aplica también a las mujeres, por motivos personales es más acentuada en sus vínculos con los hombres. Dichos motivos personales pueden ser de varias clases: el resentimiento contra un hermano preferido, el desprecio á un padre débil, la convicción de no ser agraciada, que la hace anticipar el rechazo masculino. Además, suele sentirse demasiado temerosa de las mujeres para permitirse descargar sobre ellas sus tendencias humillantes.

La mujer, al igual que el hombre, puede tener plena conciencia de sus propósitos de subyugar y humillar al sexo opuesto. Una joven acaso inicie un amorío con el expreso objeto de dominar al hombre, o quizá atraiga a los hombres para rechazarlos en cuanto respondan afectivamente. Sin embargo, por lo general el deseo de rebajar no es

[42] Dorian Feigenbaum describió un caso de esta clase en un artículo publicado en el Psychoanalvtic Quarterly, con el título Vergüenza mórbida. Sin embargo, su interpretación discrepa de la nuestra, puesto que en última instancia atribuye la vergüenza a la envidia fálica. Gran parte de lo que en la literatura psicoanalítica se considera como tendencias castrativas de la mujer, imputándolas a la envidia fálica, son, a juicio nuestro, resultados del deseo de humillar al hombre.

consciente, y en tales casos este afán puede revelarse a través de muchos medios indirectos: por ejemplo, acusarse a través de la risa compulsiva ante los requerimientos del hombre, o tomar la forma de frigidez, con la que le demuestra al hombre que es incapaz de satisfacerla, logrando así humillarlo, particularmente si éste, a su vez, tiene el temor neurótico de ser humillado por la mujer. El reverso, que muchas veces se observa en la misma persona, es el sentimiento de que se abusa de él, de que mediante las relaciones sexuales se lo degrada y humilla. En la época victoriana era norma cultural para la mujer creer que las relaciones sexuales constituían una humillación, sentimiento que se aliviaba si aquéllas eran legales y decentemente frígidas. Esta influencia cultural se ha atenuado en los treinta años últimos, pero todavía es bastante poderosa como para explicar que las mujeres consideran con mayor asiduidad que los hombres que los vínculos sexuales hieren su dignidad, lo cual también puede llevarlas a la frigidez o al total apartamiento de los varones, pese a sus deseos de entablar contacto con ellos. La mujer puede hallar satisfacciones secundarias en tal actitud, abandonándose a tendencias o perversiones masoquistas, pero entonces será dominada por violenta hostil¡dad contra los hombres por anticipar su humillación.

Un hombre profundamente inseguro de su masculinidad, aunque tenga pruebas suficientes del genuino afecto que le profesa la mujer, con facilidad sospechará que ella sólo lo acepta porque le necesita para satisfacer sus deseos sexuales; de ahí que experimente resentimiento por creerse víctima de un abuso. El hombre también podrá sufrir la falta de respuesta de la mujer como una insoportable humillación, sintiéndose muy angustiado de que ésta no llegue a satisfacerse. A sus ojos, tal preocupación parécele muy abnegada, pero en otros aspectos puede mostrarse brutal y desconsiderado, denotando así que su cuidado por complacer a la mujer sólo disfraza su propio temor de sentirse degradado.

Existen dos formas de encubrir los impulsos despectivos o rebajantes: ocultarlos bajo una actitud de admiración o intelectualizarlos por el escepticismo. Naturalmente, este último acaso constituya la auténtica expresión de un desacuerdo intelectual y únicamente se tiene derecho a sospechar motivos subyacentes una vez salvadas las dudas sobre tal escepticismo lícito. Esos motivos pueden ser tan superficiales que la mera duda ante su validez llega a provocar un ataque de ansiedad. Uno de nuestros pacientes nos rebajaba de un modo grosero en cada sesión, aunque sin percatarse de ello. Tiempo después, cuando le preguntamos si realmente creía en sus dudas acerca de nuestra idoneidad, reaccionó con un estado de grave angustia.

El proceso es más complicado cuando la tendencia despectiva o rebajante se disimula con una actitud de admiración. Así, los hombres

que en secreto desean herir o desdeñar a la mujer, suelen endiosarla en su conciencia. Las mujeres que inconscientemente tratan siempre de frustrar o humillar al hombre, pueden tender a la adoración del héroe. Esta adoración, ya se presente en el neurótico o en el ser normal, es susceptible de expresar un genuino sentimiento de valor y grandeza. pero la característica especial de la postura neurótica reside en el hecho de que constituye un compromiso entre dos tendencias: por un lado, ciega idolatría del triunfo, sin tener en cuenta su valor, debido a los propios deseos en este sentido; por otro, ocultación de los deseos destructivos contra una persona de éxito.
Sobre tal base cabe comprender ciertos conflictos matrimoniales típicos. En nuestra cultura, éstos afectan con más frecuencia a la mujer, debido a que el hombre halla mayores incentivos externos y posibilidades para alcanzar el éxito. Supongamos; por ejemplo, que una mujer del tipo que venera al héroe casara con un hombre atraída por sus logros actuales o potenciales. Como en nuestra cultura la mujer disfruta en cierta medida del renombre del marido, es factible que obtenga cierta satisfacción mientras duren aquéllos; pero siempre se hallará presa en un conflicto: por un lado ama a su esposo debido al éxito, y por otro, lo odia a causa de ello; quiere destruirlo, pero está inhibida porque, de otra parte, asimismo desea el goce de participar de ese éxito. Tales esposas pueden traducir su deseo de frustrar el triunfo del cónyuge haciendo peligrar con extravagancias su estabilidad económica, perturbando su serenidad con rencillas enervantes, minando su autoconfianza con perversas actitudes desdeñosas. También evidencian sus deseos destructivos impulsándolo constantemente a perseguir más y más éxitos, sin tener en cuenta su propio bienestar. Este resentimiento propende a manifestarse ante la menor señal de peligro; y aunque en presencia del éxito del marido acaso impresionen como mujeres amantes en todos los aspectos, se volverán luego contra él en lugar de apoyarlo y alentarlo, pues el afán de venganza, encubierto mientras podían compartir ese éxito, emerge tan pronto se vislumbra el menor indicio de fracaso. Estas actividades destructivas puden conservarse bajo el disfraz del amor y la admiración.
Cabe citar otro ejemplo cotidiano para demostrar cómo el amor se utiliza a fin de compensar los impulsos agresivos que surgen de la ambición. Imaginemos una mujer que siempre haya sido segura de sí misma, capaz y de éxito. Casada, no sólo abandona su trabajo, sino que adopta una conducta dependiente y da la impresión de renunciar a toda ambición, actitud que suele calificarse diciendo que «se convierte en una verdadera mujer». Por lo regular, el marido se siente desilusionado, pues esperaba una buena compañera, y se encuentra, en cambio, con una esposa que no lo ayuda, sino que se le subordina. Una mujer que experimenta semejante mudanza desconfía de sus propias aptitudes,

sintiendo vagamente que, para alcanzar sus objetivos ambiciosos -al menos, cierta seguridad- le convendrá mucho más casarse con un hombrerde éxito, o en el que perciba facultades de alcanzarlo. Hasta aquí, tal situación no está condenada a producir trastornos, dado que puede resolverse satisfactoriamente; pero en secreto la mujer neurótica se opone a abandonar sus anhelos, siente odio contra su marido, y conforme al principio neurótico del todo o nada, cae en sentimientos de nulidad y hasta llega a convertirse en una nadería.
Según hemos dicho, la causa de que tal tipo de reacción se encuentre más a menudo en la mujer que en el hombre reside en nuestra situación cultural, que restringe el éxito a la esfera masculina. La circunstancia de que esta reacción no es exclusivamente femenina se testimonia en que los hombres reaccionan en idéntica forma si fa situación es inversa; es de&, si la mujer tiene mayor fuerza, inteligencia o éxito. Debido a nuestra común creencia cultural' en la superioridad masculina en todo, excepto en el amor, esta actitud, cuando aparece en el hombre, se disfraza mucho menos frecuentemente de admiración; por el contrario, casi siempre aparece en forma abierta, como ataque directo contra los intereses y la obra de la mujer.
El espíritu de competencia no sólo influye sobre los lazos reinantes entre el hombre y la mujer; también afecta la elección de la pareja. Las neurosis sólo nos presentan al respecto una imagen exagerada de lo que suele ser normal en nuestra cultura competitiva. Comúnmente, la elección del compañero está determinada por afanes de prestigio o de posesión, es decir, por motivos ajenos a la esfera erótica. En el neurótico, esta determinación puede privar; de un lado, en razón de que sus ansias de dominio, prestigio y apoyo son más compulsivas e inflexibles que en el hombre corriente, y del otro, porque sus relaciones personales con los demás, inclusive con el sexo opuesto, se hallan demasiado trastornadas para permitirle una elección satisfactoria.
El afán destructivo de competencia puede estimular en dos formas las tendencias homosexuales: en primer lugar, impulsa a uno de los sexos a separarse totalmente del otro, a fin de evitar toda competencia sexual con sus semejantes; luego, la angustia engendrada requiere que se la apacigüe, y como ya lo señalamos, dicha necesidad de un afecto reconfortante constituye muchas veces el motivo del asimiento a una pareja de igual sexo. Esta conexión entre la rivalidad destructiva, la ansiedad y los impulsos homosexuales es factible de observarse con cierta asiduidad en el proceso del análisis, si el paciente y el analista pertenecen al mismo sexo. Tal paciente puede tener períodos en que se vanagloria de sus progresos y desprecia al analista. Al principio lo hace de manera tan encubierta que no tiene conciencia de ello; pero luego reconoce su actitud, aunque sigue tan desvinculado de sus sentimientos qué no advierte la poderosa emoción que lo impulsa. Más tarde, cuando

gradualmente comienza a percibir el impacto de su hostilidad contra el analista, y, al mismo tiempo, a sentirse cada vez más intranquilo, teniendo sueños angustiosos, palpitaciones y agitación, sueña de pronto que el analista lo abraza, percatándose así de sus fantasías y deseos de un contacto más íntimo con aquél y revelando con ello su necesidad de aplacar la ansiedad. Esta serie de reacciones es susceptible de repetirse varias veces, hasta que por fin el enfermo llega a ser capaz de encarar el problema de su afán de competencia, tal como es en realidad. Así, en suma, la admiración o el amor pueden servir a modo de compensaciones para los impulsos agresivos, sea excluyéndolos por completo al establecer una distancia insuperable entre sí mismo y el competidor, sea aprovechando una participación sustitutiva en el éxito ajeno; sea, por fin, aplacando al competidor para evitar de esta suerte su hostilidad.

Aunque tales observaciones acerca de la influencia del afán neurótico de competencia en los vínculos sexuales se hallen muy lejos de ser exhaustivas, bastarán para demostrar cómo perjudica las relaciones entre los sexos; consecuencia tanto más grave, cuanto que la misma competencia que en nuestra cultura socava las posibilidades de lograr buenas correspondencias entre los sexos es asimismo una fuente de angustia, y con ello vuelve aún más necesarias las relaciones satisfactorias.

12
EL ABANDONO DE LA COMPETENCIA

En razón de su carácter destructivo, el afán de competencia produce suma angustia en los neuróticos, haciéndoles abandonar así toda actividad que entrañe el peligro de tal competición. Cabe preguntar, pues, de dónde proviene esa angustia.

Fácil es comprender que una de sus fuentes residirá en el miedo al desquite como réplica a la inescrupulosa prosecución de las ambiciones. Quien pase por sobre los demás, humillándolos y tratando de aplastarlos apenas logran éxito o buscan tenerlo, es inevitable que tema que aquéllos deseen con no menor intensidad derrotarlo a su vez. Pero aunque domina a todo el que triunfe a expensas de otros, difícilmente podrá considerarse este temor a la venganza como única causa de la exaltada angustia del neurótico y de su consecuente inhibición ante los actos de competencia.

La experiencia indica que, por sí solo, el miedo a la represalia no lleva necesariamente a inhibiciones. Al contrario, puede conducir a una fría consideración de la envidia, la rivalidad o la maldad imaginarias o reales de los demás, o conducir al intento de aumentar el propio poderío a fin de escudarse contra toda posible derrota. Cierto tipo de personas triunfantes persiguen una sola meta: la adquisición de poderío y fortuna. Pero al comparar su estructura con la de personas decididamente neuróticas, puede verificarse una diferencia fundamental. El inescrupuloso perseguidor del éxito no se cuida en absoluto del afecto ajeno; nada desea ni espera de los otros, sea ayuda o la menor generosidad; se sabe capaz dé alcanzar lo que quiere con sus propios medios y empeño. Desde luego, aprovecha del prójimo, pero únicamente se preocupa de su buena opinión en la medida en que pueda servirle para lograr sus fines. El cariño en sí mismo carece de significado para él. Sus deseos y defensas siguen líneas rectas y definidas: poderío, prestigio, posesiones. Inclusive quien se vea impelido a esta conducta por sus conflictos internos, no desarrollará las características neuróticas comunes si en él no hay algo que interfiera con sus tendencias. El miedo sólo le precipitará en renovados esfuerzos por ser más próspero e invencible.

El neurótico, en cambio, sigue dos rumbos incompatibles entre sí: una agresiva tendencia al «nadie más que yo» y a la par un desmesurado afán de ser amado por todos. Tal circunstancia de sentirse preso entre la ambición y la necesidad de afecto constituye uno de los conflictos centrales de las neurosis. El motivo primordial por el cual el neurótico llega a temer tanto sus propias aspiraciones y demandas, que ni siquiera se atreve a reconocerlas y las coarta o abandona por completo, reside en su miedo a perder el cariño de los demás. En otras palabras, el

neurótico restringe sus impulsos de competición, no por «exigencias del super yo» particularmente severas que le impiden el excesivo despliegue de su agresividad, sino porque se encuentra abrumado por la contradicción entre dos impulsos en igual grado imperiosos: su ambición y su necesidad de afecto.

Este dilema es, de hecho, insoluble, dado que no es posible pisotear a los demás y, no obstante, ser querido por ellos. Sin embargo, es tal la intensidad del conflicto en el neurótico, que busca resolverlo acudiendo, por lo común, a dos soluciones factibles: ya justifica su impulso de dominación y la amargura que resulta de su fracaso, ya trata de refrenar sus anhelos. Podemos ser someros en lo que se refiere a los intentos de justificar las exigencias agresivas, pues exhiben las mismas características mencionadas con respecto a las formas de obtener cariño y a su justificación. En uno y otro caso la justificación es importante en la táctica del neurótico, ya que tiene la finalidad de tornar innegables sus demandas, no cerrándose así a toda posibilidad de ser amado. Si el neurótico menosprecia a los demás para humillarlos -o aniquilarlos en una lucha competitiva-, quedará profundamente convencido de que obra con absoluta objetividad; si quiere explotarlos, creerá o tratará de hacerles creer que depende en absoluto de su ayuda.

Esta necesidad de justificación, más que cualquier otro factor, satura de un modo sutil a la personalidad con una profunda hipocresía, aunque se trate de un individuo fundamentalmente honesto; explica asimismo el implacable engreimiento, rasgo habitual del carácter neurótico, a veces manifiesto y otras oculto tras actitudes humildes o aun autoacusadoras. Aquel rasgo de soberbia suele confundirse con narcisismo, pero en verdad nada tiene que ver con forma alguna de amor a sí mismo, ni siquiera entraña el menor elemento de complacencia o infatuación, pues, al contrario de lo que parecería, el sujeto jamás llega a persuadirse realmente de que tiene razón, sino que está dominado por la constante y desesperada necesidad de aparecer legitimado en sus actitudes. Trátase, en suma, de una actitud defensiva impuesta por, la urgencia de resolver ciertos problemas que, en última instancia, son provocados por la angustia.

La observación de esta necesidad de justificarse quizá haya sido uno de los motivos que sugirieron a Freud el concepto de las severas exigencias del super yo, a las cuales el neurótico se somete como reacción contra sus impulsos destructivos. Hay otro aspecto en la necesidad de justificación que fácilmente podemos interpretar en tal sentido. Además de ser indispensable como recurso estratégico para enfrentarse con los otros, en muchos neuróticos constituye también un medio para satisfacer el apremio de parecer irreprochable ante su conciencia. Cuando expongamos el papel de los sentimientos de culpabilidad en las neurosis replantearemos esta cuestión.

El resultado directo de la angustia implícita en la competición neurótica es el miedo al fracaso y al éxito. Aquél es, en parte, una expresión del temor a la humillación, pues en estas personas todo fracaso se convierte en una verdadera catástrofe; así, una colegiala que cierta vez ignoró algo que debía haber sabido, además de sentir desmesurada vergüenza quedó convencida de que todas sus compañeras la despreciarían y se volverían en su contra. Esta reacción es tanto más grave cuanto que a menudo se interpretan como fracasos ciertos hechos que en realidad no tienen el menor carácter de tales, o que, a lo sumo, carecen de trascendencia: no obtener las más altas calificaciones en la escuela, la falla en una mínima parte de un examen, organizar una fiesta que no resulta un éxito extraordinario, no haber estado muy brillante en alguna conversación, es decir, cualquier cosa que haya ido a la zaga de las desmedidas esperanzas abrigadas. También se entiende como fiasco y, por consiguiente, como humillación, toda forma de rechazo que despierta en el neurótico, como ya hemos visto, intensa hostilidad.
Este miedo del neurótico es susceptible de aguzarse por su aprensión de que los demás se regocijarán ante su fracaso, puesto que conocen sus insaciables ambiciones. Luego de haber mostrado en cualquier forma su afán de competencia, siente mucho más miedo aún a la derrota que al fracaso en sí; es decir, teme revelar haber deseado el éxito y realizado esfuerzos por alcanzarlo. Considera que le perdonarán un pequeño quebranto, e inclusive confía en despertar con ello cierta simpatía antes que hostilidad; pero una vez que haya puesto en descubierto su afán de triunfo, se sentirá acechado por una horda de enemigos prestos a destruirlo al menor signo de debilidad. Las actitudes que resulten variarán según el contenido del temor.
Si el problema estriba en la aprensión al fracaso en sí, el neurótico redoblará sus denuedos o se precipitará en desesperados intentos por evitar la derrota; su aguzada angustia puede emerger, entonces, ante pruebas decisivas de sus fuerzas o de su habilidad, como son los exámenes o las apariciones en público. En cambio, si el problema básico es su miedo de que otros reconozcan su ambición, el cuadro que, se sigue será exactamente opuesto, pues su angustia le hará parecer desinteresado y le conducirá a no realizar el menor esfuerzo o tentativa de lograr éxito. Merece destacarse el contraste entre ambos cuadros, pues señala cómo dos tipos de temor, en el fondo afines, pueden engendrar sendos grupos de características por completo distintas. Una persona que actúe con arreglo al primer tipo, estudiará afiebradamente para sus exámenes, en tanto la del segundo trabajará muy poco y quizá se dedique con toda ostentación a actividades sociales o a sus aficiones, demostrando al mundo su falta de interés en la tarea a cumplir.
De ordinario el neurótico no se percata de su angustia, sino solamente de sus consecuencias; así, llega a ser incapaz de concentrarse en el

trabajo o experimenta aprensiones hipocondríacas, como un trastorno cardíaco por consunción física o un derrumbe nervioso por excesivo desgaste mental. También puede sentirse extenuado luego de un ejercicio -si una actividad se lleva a efecto con angustia, es fácil que agote al sujeto-, aprovechando luego este agotamiento para testimoniar que todo esfuerzo perjudica su salud y por lo tanto debe ser evitado.
En su renuncia a todo empeño, el neurótico podrá desbaratarse en las más diversas actividades fútiles, como hacer solitarios y ofrecer fiestas; o bien adopta una postura de holgazanería o indolencia. Una mujer neurótica puede vestir mal, intentando aparentar desinterés, antes que procurar hacerlo bien, pues cree que cualquier cuidado en este sentido la expondría al ridículo. Así, una muchacha extraordinariamente bella, pero que creía tener escasos atractivos, no se atrevía a empolvarse en público por temor a que los demás pensasen: «¡Qué ridículo, esa niña fea tratando de parecer hermosa!».
De este modo, por lo general el neurótico se siente más seguro no haciendo lo que desearía. Su lema es: *Quedarse arrinconado, ser modesto y, ante todo, no llamar la atención*. Como certeramente ha señalado Veblen, lo llamativo -el ocio llamativo y el gasto llamativo- desempeña un importante papel en la competencia; por consiguiente, el abandono de ésta debe destacar, por fuerza, la actitud contraria, o sea, el evitar llamar la atención. Esto significa ajustarse a las normas convencionales, mantenerse en la penumbra, no ser distinto de los demás.
Cuando la tendencia al renunciamiento se convierte en la primordial característica del sujeto, lo conduce a no arr¡esgar riada. Huelga decir que esta actitud le acarrea un total empobrecimiento de la vida y el malogro de todas sus posibilidades; en efecto, excepto en circunstancias extraordinariamente favorables, el alcance de la fe-' licidad o cualquier obra cumplida implican ciertos peligros y determinados esfuerzos.
Hasta ahora hemos considerado únicamente el temor al fracaso posible; pero ésta sólo es una de las manifestaciones de la angustia implícita en el afán neurótico de competición, angustia que también adopta la forma de miedo al éxito. Así, en muchos neuróticos, el recelo a la hostilidad de los demás es tan poderoso que llegan a huir del triunfo, aun cuando se sientan seguros de obtenerlo.
Tal aprensión al éxito es provocada por el miedo a la celosa envidia ajena y a la consiguiente pérdida de cariño; temor que suele ser consciente, como en una de nuestras enfermas, talentosa escritora que abandonó sus actividades literarias porque su madre comenzó a triunfar en las mismas. Al reiniciarlas tras extenso lapso, vacilante y cautelosamente, no temía escribir mal, sino demasiado bien. Durante largo tiempo fue incapaz de consagrarse a actividad alguna, a causa de un intenso miedo a que los demás envidiasen cuanto hiciera; en cambio,

trató con todas sus energías de que éstos fueran tan inútiles como ella. El mismo temor se manifiesta también como aprensión vaga e incierta de que perderá toda amistad en cuanto obtenga algún éxito.
Sin embargo, en éste, como en tantos otros temores, el neurótico no suele percibir el miedo mismo, sino únicamente las inhibiciones resultantes. Por ejemplo, una persona de tal naturaleza, estando próxima a vencer en un partido de tenis, puede sentir que algo la detiene y le impide ganar. Asimismo es capaz de olvidar una cita de importancia decisiva para su futuro. Si tiene la posibilidad de intervenir con éxito en una discusión o conversación, hablará en voz tan baja o con expresiones tan enigmáticas que no causará la menor impresión; o bien dejará que otros reciban los aplausos por la obra que ella ha realizado. También observará que en tanto puede hablar inteligentemente con determinadas personas, frente a otras se expresa de un modo estúpido; que mientras ante algunas ejecuta un instrumento con gran maestría, ante otras toca como un novato. Aunque dichas actitudes contradictorias la dejan azorada, nada puede hacer, a fin de modificarlas. Sólo una vez que haya llegado a adquirir noción de su tendencia al renunciamiento frente a las competiciones, advertirá que al discurrir con una persona de. menor inteligencia se ve compulsivamente obligada a conducirse en forma aún menos inteligente; que al tocar con un mal músico, su ejecución es deliberadamente peor, pues teme que lo herirá y humillará al superarlo.
Por fin, si logra algún éxito, no le es dable gozarlo, vivirlo como una experiencia propia. Llega también a reducir su auténtico valor, atribuyéndolo a alguna circunstancia fortuita o a cierto estímulo insignificante y exterior. Además, una vez alcanzado el triunfo, tiende a sentirse deprimida, por una parte a causa de los temores citados, y por otra en virtud de la secreta defraudación ante el hecho de que lo cumplido siempre queda muy por debajo de sus desorbitadas esperanzas íntimas.
Así, la situación de conflicto que en forma persistente aqueja al neurótico se origina en su deseo frenético y compulsivo de ser el primero en toda competición, y a la vez, de su igualmente notable impulso a coartarse a sí mismo apenas se inicia bien o efectúa algún progreso. Si en determinada ocasión resulta ganancioso en algo, está condenado a fracasar en la oportunidad siguiente; una buena lección es seguida por otra mala; una favorable impresión despertada en los demás, por un desaire en el próximo encuentro. Esto se repite de continuo, haciéndole sentirse preso en una lucha sin esperanzas contra obstáculos insuperables. De esta suerte, vemos que el neurótico, como Penélope, cada noche deshace lo que teje durante el día.
Así, las inhibiciones son susceptibles de afectar cada etapa de su acción: el neurótico puede reprimir en forma tan absoluta sus ambiciones, que ni siquiera ose emprender una tarea; acaso intente hacer algo, pero es

incapaz de concentrarse o llevarlo a término; si bien puede realizar excelentes obras, huye ante el más ligero indicio de éxito; finalmente, alcanzará notables triunfos, mas no le será dado apreciarlos o, cuando menos, disfrutarlos como tales.

Entre las múltiples maneras de abandonar la competencia, quizá la más importante sea la que el propio neurótico crea en su imaginación, al establecer tal inferioridad frente al real o supuesto competidor, que toda pretensión de triunfo le parece absurda, siendo por lo tanto inmediatamente eliminada de la conciencia. Dicha relación de inferioridad la establece erigiendo a los demás sobre un pedestal inalcanzable para él o colocándose tan por debajo de ellos que cualquier pensamiento o tentativa de competición le resulta ridícula e imposible. Este último proceso es el que consideraremos aquí, calificándolo de «empequeñecimiento». Es posible que el empequeñecimiento sea una medida táctica consciente, realizada por mera conveniencia. Si el discípulo de un gran pintor ha cumplido un trabajo excelente, pero teme la actitud malevolente de su maestro; podrá empequeñecerlo a fin de aplacar su envidia. En cambio, el neurótico sólo tiene una vaga noción de su tendencia a subestimarse. Si ha realizado un buen trabajo, creerá con toda seriedad que los otros lo harían mejor, o que obtuvo éxito por mera casualidad y, probablemente, no sabrá repetirlo. Asimismo, a fin de desvalorizar todo su cometido, tal vez se aferre a cualquier detalle, como el dé haber trabajado con excesiva lentitud. Un hombre de ciencia puede arribar a la creencia de que ignora cuestiones de su especialidad, al punto que sus amigos habrán de recordarle que él mismo ha escrito sobre el asunto. Al planteársele una pregunta carente de sentido o de respuesta, se inclinará a reaccionar con un sentimiento de propia estupidez; si lee un libro con el cual disiente, no tenderá a elaborar una crítica, sino a suponerse harto necio para comprender al autor. Y de este modo llega a albergar el convencimiento de que ha sabido mantener una actitud crítica y objetiva frente a sí.

Tales personas no sólo experimentan sus sentimientos de inferioridad a causa de su valor aparente, sino que también insisten en su vigencia objetiva. A pesar de quejarse de los sufrimientos que les causan, no aceptan prueba alguna que los refute. Por ejemplo, si se les considera como trabajadores muy competentes, sostienen con tenacidad que se exagera su mérito o que han conseguido engañar a los demás. La muchacha antes mencionada, que desplegó en la escuela una enorme ambición a raíz de la experiencia humillante con su hermano, siendo en toda ocasión la primera de su clase y juzgada por todos como una brillante alumna, estaba, sin embargo, persuadida de su profunda estulticia. Aunque una mirada al espejo o la atención despertada en los hombres bastarían para persuadir a una mujer de sus atractivos. seguirá aferrándose con firme convicción a la creencia de que no posee el menor

don físico. Otra persona puede estar plenamente segura, hasta los cuarenta años, de ser muy joven para imponer sus opiniones o iniciativas, y después de esa edad recurrir a la excusa de ser ya demasiado vieja. Así, un estudioso no terminaba de asombrarse ante el respeto que se le prodigaba, insistiendo íntimamente en que no era más que mediocre e insignificante. Todos los cumplidos que se reciben se conceptúan vacías lisonjas o se atribuyen a motivos interesados, y hasta son susceptibles de desencadenar una reacción de rabia y hostilidad en el sujeto.

Observaciones de esta índole, posibles de repetirse casi ilimitadamente, demuestran que los sentimientos de inferioridad -quizá los más comunes entre los males de nuestra época- cumplen una función muy importante, a causa de lo cual son sostenidos y defendidos por el sujeto. Su importancia reside en que al disminuirse mentalmente a sí mismo, colocándose por debajo de los demás, el neurótico reprime sus ambiciones, consiguiendo aplacar la angustia que trae aparejado su afán de competición[43].

De paso, es menester advertir que los sentimientos de inferioridad también pueden debilitar objetivamente la posición del sujeto, pues el empequeñecimiento de sí mismo reduce la autoconfianza. En cierta magnitud, esta última constituye un prerrequisito de todo éxito, aunque se traduzca en actos tan diferentes como modificar la receta de una ensalada, vender alguna mercadería, defender una opinión o impresionar bien a un pariente de influencia.

Una persona con fuertes tendencias a empequeñecerse acaso tenga sueños en los que sus rivales aparezcan engrandecidos y ella se encuentra en desventaja. Siendo indudable que inconscientemente quiere triunfar de sus antagonistas, tales sueños parecen contradecir la tesis freudiana según la cual los sueños son realizaciones de deseos, pero no debe interpretarse con estrechez este concepto de Freud. Si la satisfacción de deseos viene acompañada de excesiva angustia, el aplacarla se convierte en algo más trascendente que el propio cumplimiento de aquéllos. Por consiguiente, si una persona temerosa de su ambición sueña que es derrotada, esto no significa un deseo de fracasar, sino la preferencia de éste como mal menor. Una enferma nuestra debía pronunciar una conferencia en cierto período de su tratamiento en que

---

[43] D. H. Lawrence ofrece una descripción muy gráfica de tal reacción: «Esta extraña sensación de estar siempre ante la inminencia de algo cruel y malvado, dispuesto a dominarla; este sentimiento del poderío malévolo de la masa que la acecha, a ella, que era la *excepcional* (subrayado por nosotros), constituía una de las más profundas influencias de su vida. Dondequiera se hallara, en la escuela, entre amigos, en la calle, en el tren, instintivamente se dismunía, se hacía más pequeña, simulaba ser menos de lo que en realidad era, por temor de que se descubriese su oculta intimidad, su yo secreto; que la golpease y la atacase el bruto resentimiento de lo vulgar, del yo común».

luchaba con desesperación por derrotarnos. Produjo entonces un sueño en el cual, mientras nosotros dábamos una brillante conferencia, ella estaba sentada entre el público, mirándonos humildemente. En otra ocasión, un maestro ambicioso soñó que su alumno era el maestro y que él mismo no sabía sus lecciones.

La medida en que el autodesprecio sirve para reprimir las ambiciones queda asimismo demostrada por el hecho de que las capacidades que se desestiman son, justamente, aquellas en que el individuo desea con más vehemencia sobresalir. Si su ambición es de carácter intelectual, su instrumento es la inteligencia, y por consiguiente debe ser rebajada. Si es erótica, el aspecto exterior y el encanto son los recursos que se emplean, y en este caso son éstas las cualidades que han de menoscabarse. Dicha relación es tan constante que, si se considera el foco de la tendencia al rebajamiento, es posible colegir dónde radican las ambiciones más intensas.

Hasta aquí los sentimientos de inferioridad no guardan relación alguna con una inferioridad real; sólo los examinamos como productos de la tendencia a abandonar toda competición. ¿Acaso carecen de toda conexión con defectos existentes o con la comprensión de faltas reales? En verdad, esos sentimientos resultan de inadecuaciones tanto concretas como imaginadas, es decir, representan combinaciones entre tendencias al rebajamiento determinadas por, la angustia, y el reconocimiento de defectos existentes. Según repetidas veces hemos señalado, aunque logremos mantener ciertos impulsos apartados de la conciencia, no es posible engañarse demasiado. Por eso un neurótico del tipo que venimos considerando sabrá, en lo más recóndito de su ser, que posee tendencias antisociales que, necesita ocultar; que sus actitudes están lejos de ser genuinas; que sus pretendidos sentimientos son muy distintos de las corrientes subterráneas que le animan. El registro de todas estas discrepancias constituye una importante causa de sus sentimientos de inferioridad, aunque jamás alcance a reconocer claramente el origen de aquéllas, porque reside en sus impulsos reprimidos. Ignorando este origen, se propone a sí mismo razones que expliquen su sentimiento de inferioridad, aunque raramente serán las legítimas, sino meras racionalizaciones.

Además, existe otro motivo que le hace sentir que sus sentimientos de inferioridad son expresión directa de un defecto real. Sus ambiciones le han impelido a elaborar ideas fantásticas acerca de su valor e importancia. Como no puede evitar el parangón entre sus cometidos efectivos y su noción de ser un genio o un individuo humano perfecto, necesariamente sus actos y posibilidades concretas deben parecer inferiores.

Resultado último de todas aquellas tendencias a abandonar la competición es que el neurótico incurre en positivos fracasos o, en el

mejor de los casos, no rinde todo cuanto le sería hacedero dadas sus oportunidades y sus dotes. Otros, que empezaron junto con él, pronto lo superan, hacen mejor carrera y obtienen mayores éxitos. Este quedarse atrás no afecta sólo el triunfo exterior, pues al aumentar en edad se convence más y más de la discrepancia entre sus capacidades y sus logros, experimentando agudamente que sus dotes de cualquier naturaleza son malgastadas, que se halla estancado en el desenvolvimiento de su personalidad, que no madura al correr de los años[44]. Así, ante tal comprensión, reacciona con un vago malestar , que ya no es masoquista, sino real y justificado.

Por otra parte, como ya lo destacamos, la divergencia entre la capacidad potencial y las realizaciones puede obedecer a circunstancias exteriores. En cambio, el desacuerdo que existe en el neurótico es un rasgo característico permanente e invariable de la neurosis misma, y responde enteramente a conflictos interiores. Los fracasos efectivos del neurótico y su directa consecuencia, la creciente discordancia entre su aptitud y sus cumplimientos, por fuerza exacerbarán cada vez más sus preexistentes sentimientos de inferioridad. De esta manera, no sólo cree ser inferior, sino que ciertamente resulta inferior a lo que podría ser. El efecto de este proceso tiene mayor importancia en cuanto proporciona base real a los sentimientos de inferioridad.

Entretanto, la otra discrepancia que hemos apuntado -la que media entre las elevadas ambiciones y una realidad en proporción magra- se torna insoportable hasta el grado de exigir imperiosamente remedio, ofreciéndosele al sujeto la fantasía como el recurso más inmediato. Por ello el neurótico va sustituyendo en forma progresiva sus objetivos alcanzables por ideas de grandeza. Es evidente el valor que éstas tienen para él: encubren sus intolerables sentimientos de no ser nada, le permiten sentirse importante sin intervenir en la menor competición y sin afrontar, por lo tanto, los riesgos del fracaso o del éxito; le consienten erigir una ficción de grandeza que trasciende con amplitud cualquier objetivo realizable. El peligro de estas fantasías radica, precisamente, en que vienen a ser algo, así como callejones sin salida, pues para el neurótico estos últimos son harto más ventajosos que las rutas derechas y abiertas.

Deben distinguirse tales ideas neuróticas de grandeza de las que poseen el sujeto normal y el psicótico. En ocasiones, hasta una persona normal se considerará maravillosa, adjudicará magnitud excesiva a lo que hace o se embarcará en fantasías en torno a lo que podría hacer. Pero semejantes fantasías o ideas no pasan de ser decorativas, y el propio

---

[44] C. G. Jung ha planteado con claridad el problema de las personas próximas a los cuarenta que ven concluso su desarrollo; pero, no habiendo tomado en cuenta los factores que conducen a tal estado, no pudo encontrarle solución satisfactoria.

sujeto no las toma muy en serio. En cuanto al psicótico con ideas de grandeza, constituye el extremo opuesto. Está persuadido de ser un genio, emperador del Japón, Napoleón o Jesucristo, y rechazará toda prueba concreta que pueda rebatir su fantasía, mostrándose totalmente incapaz de comprender nada que le recuerde que es en verdad un pobre portero, un enfermo asilado o una víctima del menosprecio y el ridículo. Si llega a percatarse de la oposición entre sus fantasías y la realidad, se decide en favor de sus ideas exuberantes y creerá que los demás están equivocados o que deliberadamente lo rebajan con el propósito de herirlo.

El neurótico se encuentra en algún lugar situado entre estos dos extremos. Si llega a percatarse de su exagerada autoestima, la reacción consciente hacia este hecho se parece más bien a la del individuo sano. Si en sueños aparece como un rey, se inclinará a juzgarlo ridículo; mas, aunque conscientemente descarte por irreales sus fantasías de grandeza, guardan para él un valor de realidad emocional análogo al que tienen para el psicótico. En ambos casos, tal valorización de la fantasía obedece a una misma causa: que las fantasías cumplen importante función, pues, no obstante ser tenues y endebles, significan los pilares en que reposa la autoestima, y, por consiguiente, el sujeto se ve obligado a asirse a ellas.

El peligro que envuelve esta función se manifiesta cuando algún cóntratiempo exterior llega a afectar el autoaprecio. Al vacilar los cimientos de éste, el individuo cae, y no puede ya recobrarse de su derrumbe. Así, una joven que se sabía amada se dio cuenta de que su novio titubeaba en casarse. En una conversación éste le expresó que se sentía demasiado joven e inexperto para contraer matrimonio, que le vendría bien conocer a otras mujeres antes de ligarse definitivamente. La joven no pudo reponerse de este golpe; se tornó deprimida, comenzó a sentirse insegura en su trabajo, desarrolló un enorme temor al fracaso, con el consiguiente deseo de abandonarlo todo, desde las relaciones sociales hasta su labor. Ese miedo era tan poderoso que aun ciertos hechos alentadores, como la ulterior decisión de su novio de casarse realmente con ella, y el ofrecimiento de un empleo mejor, donde se apreciaba en alto grado sus capacidades, no bastaron para devolverle la seguridad perdida.

En contraste con el psicótico, el neurótico no puede menos que registrar con dolorosa escrupulosidad los millares de pequeños incidentes dé la vida real que no se ajustan a sus ilusiones conscientes. En consecuencia, su autovaloración oscila entre el sentimiento de completa inutilidad y el de preeminencia, y puede desplazarse en cualquier instante de un polo a otro. A la vez que se siente más persuadido que nunca de sus excepcionales valores, puede asombrarse de que alguien lo tome en serio; o bien, al tiempo que se percibe desgraciado y

abandonado del todo, quizá se enfurezca porque a alguño se le ocurre creer que está necesitado de ayuda. Es dable comparar su sensibilidad con la de una persona que experimenta fuertes dolores en todo el cuerpo y se estremece al menor contacto. Fácilmente se siente herido, despreciado, abandonado y afrentado, reaccionando con vengativo resentimiento, de magnitud proporcional a tales ofensas.
Vemos de nuevo intervenir aquí un «círculo vicioso», pues si bien las ideas de grandeza cumplen decididamente la función de reconfortar al sujeto y de brindarle cierto apoyo, aunque sólo dé un modo imaginario, por otra parte, además de reforzar la tendencia a abandonar las competiciones, engendran también, a través de la sensibilidad, mayor rabia y con ello mayor angustia. Desde luego, todo ello corresponde al cuadro de las neurosis graves, pero con menor intensidad asimismo se observa en casos más leves, donde tales mecanismos son susceptibles de pasar inadvertidos incluso para el sujeto mismo. En cambio, una suerte de círculo feliz puede iniciarse en cuanto el neurótico adquiere la capacidad de realizar algún trabajo constructivo. Gracias a éste aumenta su autoconfianza, disminuyendo en consecuencia la necesidad de recurrir a sus ideas de grandeza.
La falta de éxito en el neurótico, su atraso frente a los otros en cualquier aspecto, ya concierna a la carrera profesional, al matrimonio, la fortuna o la felicidad, lo convierte en una víctima de la envidia, vigorizando así la actitud celosa alimentada por otras fuentes. Diversos factores son susceptibles de conducirlo a reprimir tal actitud, como, por ejemplo, la nobleza inherente a su carácter, la profunda convicción de que no tiene derecho a exigir nada de nadie, o la mera ignorancia de que lleva una existencia desgraciada. Pero cuanto más reprima esta envidia, en tanto mayor grado la proyecta sobre los otros, dando lugar, en ocasiones, al temor casi paranoide de que éstos le celan cuanto posee o logra. Esta angustia acaso sea tan aguda que el sujeto se sienta positivamente incómodo si algo bueno le sucede, si consigue un nuevo empleo, elogio para sus obras, fortuna en los negocios o felicidad en las relaciones amorosas. De ahí que pueda acentuar en alta medida sus tendencias a abstenerse de poseer o de alcanzar algo.
Excluyendo todos los detalles, es posible bosquejar con los siguientes rasgos el «círculo vicioso» que se desarrolla a partir del afán neurótico de poderío, fama y fortuna: angustia, hostilidad, disminución del autoaprecio, afán de poderío y de valores análogos; refuerzo de la hostilidad y de la angustia; tendencia a abandonar toda competición (con impulsos concomitantes hacia el automenosprecio); fracasos y discrepancias entre las capacidades y las realizadores; exaltación de los sentimientos de superioridad' (con celosa envidia); exaltación de las ideas de grandeza (con recelo de la envidia ajena); exaltación de la sensibilidad (con tendencia renovada a abandonar la competición);

exaltación de la hostilidad y de la angustia, con lo cual el ciclo se inicia nuevamente.

No obstante, a fin de comprender cabalmente el papel que la envidia desempeña en la neurosis, debemos examinarla desde un punto de vista. más amplio. Siéntalo conscientemente o no, el neurótico no sólo es una persona por cierto muy desgraciada, sino que tampoco ve, posibilidad alguna de escapar a su miseria. Lo que el observador exterior describe como círculo vicioso surgido de sus intentos por recuperar la seguridad perdida, el propio neurótico lo percibe como una desesperada situación de hallarse preso en una red. Según lo pintara un enfermo nuestro, el neurótico se siente cautivo en un sótano con muchas puertas, pero cualquiera que abra sólo le lleva a nuevas tinieblas; y, sin embargo, constantemente sabe que los demás se pasean afuera, a plena luz del sol. No creemos que nadie alcance a penetrar en el significado de una neurosis grave si no reconoce la agobiante desesperanza que ella entraña. Algunos neuróticos expresan su desaliento en términos que no dejan lugar a dudas, mas en otros se encuentra profundamente encubierto por la resignación o por un optimismo ostentoso. Puede resultar difícil advertir que tras todas esas vanas exigencias y hostilidades hay un ser humano que sufre, que se siente por siempre apartado de todo lo que hace deseable la vida, sabiendo que, aun si consiguiera cuanto desea, jamás le sería posible gozarlo. Una vez que se haya llegado a conocer en su cabal magnitud esta desesperanza, no será arduo comprender la agresividad e inclusive la maldad del neurótico, a primera vista desmesuradas e inexplicables de acuerdo con la situación en que se-encuentra. Una persona tan aislada de toda perspectiva de felicidad debería ser un verdadero ángel para no abrigar odio contra un mundo del cual está irremediablemente excluida.

Retornando al problema de la envidia, señalaremos que esta desesperanza poco a poco desarrollada es, justamente, el manantial que nutre sin cesar aquélla. No se trata de una envidia de algo en especial, sino más bien de lo que Nietzsche ha descrito como *Lebensneid*, o sea una muy general envidia frente a todos los que se sienten más seguros, más afianzados, más felices, más rectos y más confiados en sí mismos.

En el momento en que tal sentimiento de desaliento llega a desplegarse en una persona, ésta procurará darse una explicación ya se halle próximo o muy ajeno a su conciencia. En dicho sentimiento no logra ver, como lo hace el analista, el resultado de un proceso inexorable; antes bien, lo considera causado por los otros o por él trismo. Muchas veces invocará ambas fuentes, aunque regularmente predomina una. Cuando inculpa a los demás, produce una actitud acusadora que puede dirigirse contra el destino en general, las circunstancias ambientales o ciertas personas, parientes, maestros, cónyuges, médicos. Conforme lo hemos señalado en más de una oportunidad, las exigencias neuróticas hacia el

prójimo deben en gran parte comprenderse desde tal punto de vista. Sucede corrio si el pensamiento del neurótico fuese, aproximadamente, éste: Dado que todos vosotros sois responsables de ni¡ sufrimiento, vuestro deberes ayudarme y tengo el derecho de esperar que lo hagáis. En la medida que busque la fuente de todos sus males en sí mismo, sentirá que merece su desgracia.
De lo que venimos diciendo acerca de la tendencia del neurótico a culpar a los demás, podría sacarse una conclusión errónea, interpretando nuestras palabras como si las acusaciones de aquél fuesen injustificadas. En verdad, tiene buenas y definidas razones para incriminar al mundo, pues, en su infancia sobre todo, se le ha hecho objeto de un trato desleal. Pero en sus imputaciones también existen evidentes elementos neuróticos, va que aquéllas suelen reemplazar todo esfuerzo constructivo hacia fines positivos, y son por lo general ciegas e indiscriminadas. De ahí que pueda enderezarlas contra personas que, por ejemplo, desean ayudarle, y al par sentirse totalmente incapaz de abrigar y expresar recriminaciones contra quienes lo han perjudicado realmente.

13
SENTIMIENTOS NEURÓTICOS DE CULPABILIDAD

Los sentimientos de culpabilidad parecen desempeñar un papel capital en el cuadro manifiesto de las neurosis. En algunas se expresan en forma abierta e intensa, pero en otras se encuentran disfrazados, aunque su presencia se traduce en la conducta, en las actitudes y en la manera de pensar y reaccionar. Comenzaremos por exponer brevemente las diversas manifestaciones que indican la existencia de estos sentimientos.

Según dijimos en el capítulo anterior, el neurótico acostumbra explicarse sus sufrimientos con la creencia de que no merece mejor destino. Este sentimiento puede ser muy incierto e indefinido, o fijarse a ideas y actividades socialmente vedadas, como la masturbación, los deseos incestuosos y los de muerte contra familiares. Tales personas suelen sentirse culpables ante el más leve motivó. Así, al saber que alguien se interesa en verlos, la primera reacción es esperar acusaciones por algo que habrían cometido, cuando los amigos no los visitan ni les escriben por un tiempo, se preguntan si por ventura no los habrán ofendido; cuando algo anda mal, inmediatamente piensan que fue por falta de ellos. Aun si otros han incurrido en flagrante culpa y les han hecho víctimas de notorios malos tratos, persisten en su actitud de autoacusación. En cualquier conflicto de intereses o polémica se inclinan a aceptar ciegamente que los otros tienen razón.

Sólo un variable e incierto límite separa estos latentes sentimientos de culpabilidad, prestos a manifestarse en el momento más oportuno, de los que se ha dado en llamar sentimientos inconscientes de culpabilidad, puestos en evidencia por los estados depresivos. Tales sentimientos adoptan la forma de autoacusaciones con frecuencia fantásticas, o, al menos, groseramente exageradas. La existencia de sentimientos flotantes de culpa sobre los cuales es preciso ejercer un dominio constante tradúcese asimismo en los continuos intentos del neurótico por justificarse ante sí mismo y ante los demás, en especial si no se reconoce el enorme valor estratégico de semejantes esfuerzos.

Los sentimientos difusos de culpabilidad también se aparentan a través del temor neurótico de ser desenmascarado o reprobado. En sus discusiones con el analista, el neurótico podrá conducirse como si la relación entre ambos fuese la del criminal y el juez, creando así sumas dificultades a toda cooperación en el análisis. Juzga como reproche cualquier interpretación que se le proponga, y si el análisis le demuestra, por ejemplo, que tras su angustia latente se esconde cierta actitud defensiva, no hesitará en responder: «ya sabía que soy un cobarde». Si el analista le explica que no se atreve a acercarse a la gente por temor de ser rechazado, se inculpará interpretando que habría buscado

facilitarse la vida en lo posible. La tendencia compulsiva a la perfección surge en gran medida de la necesidad de prevenir toda censura.
Por fin, el neurótico suele sentirse mucho más cómodo, e inclusive perder ciertos síntomas, al ocurrirle algún suceso adverso: reveses de fortuna o accidentes. La observación de estas reacciones, así como la circunstancia de que el neurótico a veces parece disponer o promover los desgraciados acontecimientos que le ocurren, aunque sólo sea inadvertidamente, nos induce a aceptar que el enfermo sufre tan poderosos sentimientos de culpabilidad, que despiertan en él la urgencia de castigo a fin de aliviarlos.
Parecen existir, pues, abundantes testimonios, no sólo de la presencia de sentimientos de culpabilidad peculiarmente agudos en el neurótico, sino también del imperio que ejercen sobre su personalidad. No obstante esta aparente revelación, cabe preguntarse si los sentimientos conscientes de culpabilidad en el neurótico son realmente genuinos y si las actitudes sintomáticas que sugieren la existencia de sentimientos inconscientes de culpabilidad no admitirían otra interpretación. En efecto, son múltiples los factores que prestan asidero a tales dudas.
Los sentimientos de culpabilidad, al igual que los de inferioridad, en modo alguno suscitan desagrado en el neurótico, quien, muy lejos de afanarse por eliminarlos, insiste es que es culpable y se opone enérgicamente a todo intento de reivindicarle. Esta postura basta por sí sola para indicar que, subyacente a su porfía, en los sentimientos de culpabilidad debe haber, como en los de inferioridad, otra tendencia que cumple una función importante.
Asimismo, ha de tenerse en cuenta otro factor. Resulta doloroso sentirse honestamente arrepentido o avergonzado de algo, y más penoso todavía es confesarle a alguien este sentimiento. El neurótico, más que nadie, se resistirá á proceder así, debido a su temor a la reprobación; en cambio, no vacilará en expresar libremente los sebtimientos que hemos. denominado de culpabilidad.
Además, las autoacusaciones, que tan a menudo se intérpretan como signos de sentimientos inconscientes de culpabilidad en el neurótico, se caracterizan por elementos a todas luces irracionales. El neurótico tiende a apelar a la más extrema irracionalidad, desde las groseras exageraciones hasta la más flagrante fantasía, no sólo en sus autoacusaciones específicas, sino también en sus sentimientos difusos de no ser acreedor a amabilidad, elogio o éxito algunos.
Otro factor demostrativo de que las autoacusaciones no constituyen por fuerza expresiones de culpabilidad, reside en el hecho de que en su inconsciente el neurótico no está nada convencido de ser por completo inútil e indigno. Inclusive cuando da la impresión de hallarse dominado por sus sentimientos de culpabilidad, puede resentirse profundamente si los demás se muestran inclinados a tomar en serio sus autocensuras.

Esta observación nos lleva a un último factor, señalado por Freud al examinar las autoacusaciones en la melancolía[45]; la contradicción entré los sentimientos de culpabilidad manifiestos y la falta de humildad que por lógica debiera acompañarlos. Al tiempo que proclama su indignidad a los cuatro vientos, el neurótico abriga y denota grandes exigencias de miramiento y admiración, mostrándose muy reacio a aceptar la más ligera crítica. Tal discrepancia puede traducirse burdamente, como en el caso de una mujer que se sentía responsable de todo crimen que se anunciara en los periódicos, llegando hasta culparse por cuanto fallecimiento acaecía en su familia, pero que, agotada por un agudo acceso de rabia, se desmayó cuando su hermana le reconvino en forma delicada el que demandase tanta consideración para sí. Mas no siempre esta contradicción es tan perceptible, y en realidad existe con harta mayor frecuencia de lo que parece a primera vista. El neurótico puede confundir su actitud autoacusadora con una sana posición crítica respecto de sí mismo. Su sensibilidad a las críticas es susceptible de disfrazarse -bajo la creencia de ser capaz de tolerarlas muy bien, siempre que se las formulen de manera amistosa o constructiva; pero esta creencia es sólo una pantalla, y no soporta la prueba de los hechos. Inclusive los consejos más cordiales son recibidos con rabia y furor, pues cualquier consejo implica para el neurótico la crítica de no ser cabalmente perfecto. De este modo, si examinamos en detalle y procuramos establecer el verdadero carácter de los sentimientos de culpabilidad, advertiremos que muchos que impresionen serlo; no son sino expresiones de la angustia o de la defensa contra ella. En parte, esto también rige para el individuo normal. Así, en nuestra cultura conceptúase de mayor nobleza temer a Dios que a los hombres, o, dicho en términos profanos, se valora más el abstenerse de hacer algo por razones de conciencia que por temor a ser descubierto. Muchos maridos que fingen ser fieles en su vida conyugal por motivos de conciencia, en verdad lo son por miedo a sus esposas. En el neurótico la angustia es tan intensa que se ve impelido a disfrazarla con sentimientos de culpabilidad mucho más comúnmente que el sujeto normal. A diferencia de éste, no sólo recela de sus consecuencias, sino que también prevé otras claramente desproporcionadas a la realidad. La índole de estas consecuencias anticipadas depende de la situación respectiva. Así, puede estar dominado por un desmesurado temor de castigos inminentes, venganzas, abandonos, o acaso sus temores adopten una forma totalmente vaga y difusa. Pero cualquiera sea su naturaleza, todas sus aprensiones tienen un rasgo común: están vinculadas en un sentido

---

[45] Sigmund Freud, La aflicción y la melancolía. «Obras completas», tomo IX. Karl Abraham: «Breve estudio del desarrollo de la líbido a la luz de los trastornos mentales». Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1944, Nº 2, páginas. 274-349.

determinado, que a grandes trazos podemos calificar como miedo a la reprobación o, si éste llega a trocarse en un convencimiento, como miedo a ser desenmascarado.

El temor a la reprobación es harto común en las neurosis. Casi todo neurótico, aunque de primera impresión aparente hallarse muy seguro de sí mismo y ser indiferente a las opiniones ajenas, está dominado por desmedido temor o por hipersensibilidad a los reproches; a que se le critique, acuse o desenmascare. Ya hemos señalado que semejante aprensión a la censura suele interpretarse como indicio de subyacentes sentimientos de culpabilidad; en otras palabras, se la estima como consecuencia de éstos. Sin embargo, la observación crítica pondrá en duda tal conclusión, puesto que en el análisis sucede a veces que a un paciente le resulte sumamente difícil hablar acerca de determinadas experiencias o pensamientos -por ejemplo, de los que conciernan a deseos de muerte, a la masturbación, a deseos incestuosos- en razón de que se siente o cree sentirse culpable de ellos. Estos «sentimientos de culpabilidad» desaparecen cuando, al no encontrar reproche alguno, el neurótico adquiere suficiente confianza para relatarlos. El neurótico se siente culpable porque; a consecuencia de sus angustias, depende, aún más que otros del juicio público e ingenuamente lo confunde con el suyo propio. Sin embargo, en lo restante, su sensibilidad general frente a la reprobación queda fundamentalmente inalterada, aunque sus sentimientos específicos de culpabilidad se desvanezcan una vez resuelto a comunicar las experiencias que los provocaron. Esto nos lleva a concluir que los sentímientos de culpabilidad no constituyen la causa, sino el resultado del temor a la reprobación.

Dado que este último temor parece ser tan significativo para comprender los sentimientos de culpabilidad, examinaremos aquí algunas de sus manifestaciones.

El temor desproporcionado a la reprobación es susceptible de extenderse ciegamente a todos los seres humanos, o abarcar sólo a los amigos, si bien de ordinario el neurótico es incapaz de distinguir con claridad entre amigos y enemigos. Al principio sólo se refiere al mundo exterior, y en mayor o menor grado siempre se vincula con la reprobación del prójimo, pero también puede llegar a «internalizarse». Cuanto más suceda esto, tanto más se reducirá la importancia que se otorga a la reprobación exterior, comparada con la que el sujeto se confiere a sí mismo.

El temor a la reprobación puede manifestarse de diversas maneras. A veces se traduce en constante aprensión de molestar a la gente; así, el neurótico suele tener miedo de rehusar una invitación, de estar en desacuerdo con algún parecer, de expresar cualquier deseo, de trasgredir las normas establecidas o de llamar la atención bajo cualquier forma. Puede manifestarse también como un persistente temor de que la

gente descubra algo acerca de él, y aun cuando se sienta querido, tenderá a replegarse en sí mismo a fin de impedir la posibilidad de ser desenmascarado y repudiado; igualmente es susceptible de traducirse en una desmesurada reticencia a dar a conocer algo de su vida privada, o en una desproporcionada ira frente a la más inocente pregunta que le ataña, pues siente que con ella se intenta inmiscuirse en sus asuntos.
El temor a la reprobación es uno de los principales factores que hacen del análisis un proceso difícil para el analista y penoso para el paciente. Por distintos que sean los análisis individuales, todos tienen en común la circunstancia de que el paciente, aunque busca la ayuda del analista y desea llegar a una comprensión, se ve al mismo tiempo obligado a rechazarlo como al más peligroso de los intrusos. Es asímismo este temor el que induce al enfermo a portarse como si fuese un criminal ante su juez y a sentir, al igual que aquél, la tenaz determinación de negarlo y confundirlo todo. Esta actitud puede presentarse en los sueños bajó la forma de verse forzado a confesarse y de sufrir por ello peores castigos y tormentos. En una oportunidad en que estaba revelando algunas de estas tendencias reprimidas, un paciente nuestro tuvo un ensueño diurno muy significativo al respecto. Imaginaba ver a un niño que tenía la costumbre de refugiarse, de tanto en tanto, en una isla maravillosa. Allí se incorporaba a una comunidad regida por cierta ley que prohibía revelar a nadie la existencia de la isla, imponiendo la pena de muerte a todo intruso. Una persona querida por el niño, la cual, bajo un aspecto distinto del real, representaba al analista, encontró el camino de la isla y debía ser muerta de conformidad con la citada ley. El niño logró salvarla, jurando que a su vez jamás retornaría a ese territorio. He ahí, artísticamente expresado, el conflicto que desde el principio al fin del análisis se acusó bajo una y otra forma; un conflicto entre el cariño y el odio hacia el analista, por atreverse éste a intervenir en sus ocultos pensamientos y sentimientos; un conflicto entre los impulsos del paciente a luchar en defensa de sus secretos y la necesidad de abandonarlos.
Podría, empero, preguntarse: ¿por qué le preocupa tanto al neurótico la perspectiva de ser desenmascarado y censurado, si su temor a la reprobación no obedece a los sentimientos de culpabilidad?
El factor capital del temor a la reprobación es la profunda discrepancia entre la fachada[46] que el neurótico exhibe como propia al mundo y todas las tendencias reprimidas que se encubren bajo ella. A pesar de sufrir, inclusive más de lo que él comprende, por no sentirse a sí mismo como una unidad y por las simulaciones que debe mantener a toda costa, le es preciso resguardar estas últimas con todas sus energías, pues representan las únicas defensas que lo protegen contra su amenazante angustia. Si reconocemos que estas cosas que debe esconder

[46] Que correspondería a lo que C. G. Jung llama la «persona».

constituyen el fundamento de su miedo a la reprobación, comprenderemos mejor por qué la desaparición de ciertos «sentimientos de culpabilidad» de ningún modo lo libra de ese temor. ¡Evidentemente, mucho más es lo que ha de modificarse para lograrlo! Diciéndolo en términos inequívocos, es toda la insinceridad de su personalidad o, mejor, de la porción neurótica de la misma, la responsable de su temor a la reprobación; y es esta insinceridad la que el neurótico realmente teme se descubra.

En cuanto al contenido peculiar de sus secretos, el neurótico trata de disfrazar, antes que nada, la suma total de lo que suele abarcar el término «agresión». El cual no sólo incluye su hostilidad reactiva -rabia, deseos de venganza, envidia, impulsos a humillar y otros análogos-, sino también todas sus secretas exigencias dirigidas hacia los demás. Como ya lo hemos examinado en detalle, basta repetir ahora sintéticamente que el neurótico no quiere pararse sobre sus propios pies, ni tampoco hacer esfuerzos para lograr por sí mismo lo que desea; antes bien, insiste íntimamente en aprovechar de la vida ajena, ora dominando a los demás, ora utilizándolos mediante él cariño, el «amor» o la «sumisión». Apenas se le señalan sus reacciones hostiles o sus exigencias, se angustia, no porque se sienta culpable, sino a causa de que ve en peligro sus posibilidades de obtener el apoyo que necesita.

En segundo lugar, desea mantener oculto cuán débil, inseguro e indefenso se siente, cuán poco capaz es de afirmarse a sí mismo, y cuánta es la angustia que sufre. Por tal razón erige una fachada de aparente energía, pero cuanto más sus anhelos particulares de seguridad se concentran en el dominio del prójimo, cuanto más se vincula su orgullo a la noción de poderío y de fuerza, con tanta mayor profundidad se desprecia. No sólo percibe que la debilidad significa un riesgo, sino que también la juzga desdeñable, en sí mismo como en el prójimo, y no vacila en considerar endeblez cualquier insuficiencia, ya consista ésta en no ser el amo de su propia casa, en la incapacidad de superar los obstáculos en su misma persona, en la precisión de aceptar ayuda ajena, o inclusive en el hecho de estar poseído por la angustia. Dado que desprecia radicalmente toda «debilidad» en sí mismo, y como no puede dejar de creer que los otros también lo detestarán si llegaran a descubrir su flaqueza, realiza denodados esfuerzos para ocultarla, pero sigue subyugado por el constante temor de que tarde o temprano se lo desenmascarará; de ahí su permanente angustia.

Estos sentimientos de culpabilidad, con las autoacusaciones que los acompañan, no sólo son el resultado -y no la causa- del miedo a la reprobación; representan, asimismo, una defensa contra éste. Cumplen para ello la doble finalidad de inducir a los demás a reconfortar al sujeto y de trastocar el verdadero estado de cosas; esto último lo consiguen

distrayendo la atención de lo que es preciso encubrir, o manifestándose en forma tan exagerada que dejan de parecer sinceros.

Citaremos dos ejemplos que servirán para ilustrar muchos otros. Cierto día un paciente se acusó amargamente de ser desagradecido, de representar una carga para el analista, de no apreciar lo suficiente el hecho de que éste le trataba con reducidos honorarios; pero, al final de la sesión, comprobó que había olvidado traer el dinero que se proponía pagarle en esa ocasión. Ésta sólo era una de las muchas pruebas de su deseo de obtenerlo todo por nada. Aquí, como en otras circunstancias, sus frondosas y generalizadas autoacusaciones llenaban la función de confundir la situación concreta.

Una mujer inteligente y madura se siente culpable por haber tenido accesos de rabia en la infancia, a pesar de que intelectualmente sabe que éstos fueron provocados por la conducta irracional de sus padres, y de que en el ínterin habíase librado de la creencia de que los padres se hallan por encima de todo reproche. Empero, sus sentimientos de culpabilidad al respecto persistían con tal intensidad, que inclinábase a atribuir su fracaso en establecer relaciones eróticas con hombres al castigo por la hostilidad que dirigía contra los padres. Inculpando a una ofensa infantil su actual incapacidad para crear tales vínculos, lograba recatar los factores que verdaderamente intervenían: su propia hostilidad hacia los hombres y su ensimismamiento como consecuencia del temor al rechazo.

Las autoacusaciones no sólo protegen del miedo a la reprobación; también incitan a reconfortar al sujeto, pues los demás se sienten obligados a disuadirlo de su pretendida culpabilidad. Pero asimismo ofrecen cierto reconfortamiento, aunque no intervenga otra persona, pues levantan el autoaprecio del neurótico al demostrarle que posee un juicio moral tan agudo, que se incrimina a sí mismo de faltas que otros pasan por alto, haciéndole sentirse de esta manera. en última instancia, como una persona auténticamente admirable. También le brindan cierto alivio, ya que por lo general no tocan el real motivo del descontento consigo mismo, dejándole de esta suerte abierta una puerta secreta para la creencia de que, después de todo, no es tan malvado como parece.

Antes de exponer otras funciones de las tendencias autoacusadoras, examinaremos los otros medios de que dispone el individuo para evitar la reprobación de sus semejantes. Una defensa directamente opuesta a la autoacusación. pero que no obstante cumple idéntico propósito, consiste en evitar toda crítica, estando siempre en lo cierto o siendo en todo perfecto; así no deja punto vulnerable alguno que aquélla pudiese tomar como asidero. Donde prevalezca este tipo de protección, toda conducta, por más flagrantemente equivocada que esté, se justificará con un fárrago de sofismas intelectuales, dignos del más hábil e inteligente de los abogados. Semejante actitud acaso llegue al punto de imponerle la

ineludible necesidad de tener razón., aun en los más insignificantes y triviales pormenores -verbigracia, de acertar siempre en la predicción del tiempo-, pues equivocarse en algún detalle expone a estas personas al peligro de estar totalmente erradas. Por lo común, las personas de este tipo tampoco son capaces de soportar la menor diferencia de opinión, ni siquiera una discrepancia en el énfasis emocional prestado a alguna cosa, pues en su pensamiento hasta la más pequeña discordancia equivale a una crítica. Las tendencias de esta índole explican en gran medida el fenómeno llamado «seudoadaptación», observable en sujetos que no obstante sufrir una grave neurosis logran mantener, según su propio juicio y a veces también según el de los demás, una apariencia de ser «normales» y hallarse bien adaptados. En los neuróticos de este tipo es factible predecir; con casi absoluta seguridad, que tienen terrible miedo de ser desenmascarados o reprobados.

Un tercer recurso mediante el cual le es dable al neurótico preservarse contra la reprobación, es el de refugiarse en la ignorancia, la enfermedad y la indefensión. Nítido ejemplo de esto lo ofreció,una muchacha francesa que tratamos en Alemania: una de aquéllas jóvenes. ya citadas que se nos envió con la presunción de ser débiles mentales. Durante las primeras semanas del análisis hasta llegó a hacernos dudar de su capacidad intelectual, pues pese a su cabal dominio de la lengua alemana, no comprendía nada de cuanto le decíamos. Ensayamos expresar las mismas cosas en lenguaje más sencillo, sin obtener mejores resultados. Por último, dos factores vinieron a esclarecer la situación: tuvo sueños en los cuales nuestro consultorio aparecía como una cárcel o como el consultorio de un médico que la había sometido a un examen físico. Ambos sueños manifestaban su angustia de ser descubierta o desenmascarada; en el segundo, por el hecho dé que la aterrorizaba todo examen físico. El otro factor revelador fue una incidencia de su vida consciente. Había olvidado presentar su pasaporte a las autoridades en determinada fecha, según lo exigía la ley, y cuando por fin cumplió con ésta, simuló no entender el alemán, esperando que de tal manera escaparía al castigo, circunstancia que nos contó riendo. Inmediatamente reconoció que había estado empleando la misma táctica con nosotros, por idénticos motivos. Desde ese momento demostró ser una muchacha muy inteligente, que se había refugiado tras la ignorancia y la estupidez a fin de escapar al peligro de ser acusada y castigada.

En principio, igual táctica adopta quien se siente y actúa como un niño juguetón e irresponsable al que nadie podría considerar seriamente. Algunos neuróticos asumen en forma permanente esta actitud o, aunque no se comporten de un modo infantil, pueden no tomarse en serio en lo concerniente a sus propios sentimientos. La función de semejante actitud se observa también en el análisis, donde ciertos pacientes, cuando se encuentran a punto de tener que reconocer sus propias tendencias

agresivas, pueden sentirse repentinamente inermes o proceder de súbito como niños que sólo desean ser protegidos, amparados y queridos, o bien producen sueños en los cuales se ven pequeños y desvalidos, o llevados por la madre en su seno o en brazos.

Si la indefensión resulta ineficaz o no es aplicable en determinada situación, las enfermedades son susceptibles de llenar el mismo propósito. Es bien sabido que éstas pueden servir como vías de escape respecto de las dificultades de la vida práctica. Al mismo tiempo, sin embargo, el neurótico se vale de ellas a título de pantalla contra la comprensión de que es su miedo el que le obliga a emprender la retirada ante una circunstancia que debería resolver. Un neurótico que tenga conflictos con su jefe, por ejemplo, acaso se refugie.en un grave acceso-de indigestión; en tal oportunidad la conveniencia de la incapacidad física reside en que le crea al sujeto un completo impedimento de su actividad, es decir una coartada, en cierto modo, evitándose así tener que comprender su cobardía[47].

Un último e importantísimo expediente defensivo contra toda clase de censuras consiste en el sentimiento de ser una víctima. Al sentirse explotado el neurótico elude tener que reprocharse sus propias tendencias de aprovechar a los demás; al sentirse miserablemente abandonado, anula las recriminaciones por sus propias tendencias a la posesión; al sentir que los demás no lo ayudan en absoluto, así evita reconocer sus propias tendencias a perjudicarlos. Esta táctica de sentirse víctima del mundo exterior se utiliza con tanta frecuencia y es mantenida tan tenazmente porque constituye, en efecto, el mecanismo de defensa más eficaz, ya que permite al neurótico no sólo rechazar todas las acusaciones, sino, al mismo tiempo, culpar a los demás.

Volviendo ahora a las actitudes de autoacusación, señalaremos que, al par de resguardar contra el temor a las censuras y de facilitar un positivo reconfortamíento, cumplen el objeto de impedirle al neurótico advertir la necesidad de modificarse y hasta llegan a sustituirla por completo. A toda personalidad desarrollada le resulta harto dificil cambiar, pero tal empresa es doblemente penosa para el neurótico, no sólo en razón de que encuentra mayor dificultad en aceptar la precisión de la mudanza, sino también por la circunstancia de que son tantas sus actitudes

---

[47] Si se interpreta este deseo como una necesidad de castigo, según lo hace Franz Alexander en Psychoanalysis of the Total Personality (Psicoanálisis de la personalidad total), por tener impulsos agresivos contra sus superiores, el paciente estará muy satisfecho de poder aceptar tal explicación, pues de esta suerte el analista le ayuda a evadirse de enfrentar el hecho de que le es necesario imponerse, de saber que teme hacerlo, y de que está irritado contra sí mismo por abrigar ese miedo. De tal modo, el analista apoya la imagen que el enfermo se ha forjado de sí mismo -una persona de tanta nobleza que le molesta violentamente cualquier deseo maligno contra sus superiores-, y refuerza así sus impulsos masoquistas preexistentes al rodearlos con la aureola de un elevado valor moral.

impuestas por la angustia que, por ello, se siente mortalmente asustado ante la perspectiva de tener que aceptar una transformación en sí mismo y repele todo reconocimiento de esta imperiosa necesidad. Uno de los medios para disfrazar este reconocimiento radica en creer secretamente que autoacusándose podrá «escurrir el bulto». Este proceso es susceptible de observarse a menudo en la vida cotidiana, cuando una persona lamenta haber hecho . algo o dejado de hacerlo, y en consecuencia quiere compensar, su falta o abandonar la actitud responsable, pero a causa de ello se entrega a los sentimientos de culpabilidad. Si lo hace, indica que trata de soslayar la ardua tarea de modificarse. En efecto, mucho más fácil es sentir remordimiento que soportar un cambio personal.

Incidentalmente, otra forma que le permite al neurótico cerrar los ojos a la necesidad de transformarse consiste en intelectualizar sus problemas actuales. Los pacientes inclinados a hacerlo encuentran gran complacencia intelectual en la adquisición de nuevos conocimientos psicológicos, inclusive los referentes a sí mismos, pero no van más allá. Tal actitud de intelectualización la aprovechan luego a título de medida protectora contra toda experiencia emocional y, por consiguiente, contra la comprensión de que deberían someterse a un cambio. Sucede como si se contemplasen a sí mismos y no hiciesen más que exclamar: «¡Qué interesante soy!».

Las autoacusaciones también pueden servir para eludir el riesgo de acusar a los otros, dado que lo más seguro para estas personas bien podría ser el echarse la culpa a sí mismas. Las inhibiciones de las críticas y de las acusaciones contra los demás, que refuerzan fácilmente las tendencias a inculparse a sí mismos, desempeñan tan importante papel en las neurosis que convendrá estudiarlas con mayor amplitud.

Por regla general, estas inhibiciones tienen antecedentes en la historia del individuo. Así, un niño que se haya criado en una atmósfera de angustia y odio, coartado al mismo tiempo su espontáneo autoaprecio, desenvolverá profundos sentimientos acusadores contra su medio; pero, si ha sido lo bastante intimidado no sólo le resultará imposible expresarlos, sino que ni siquiera se atreverá a percatarse de ellos en sus sentimientos conscientes. Esto obedece en parte a un simple temor al castigo, y en parte, también, a su miedo de perder el afecto ajeno que requiere. Semejantes reacciones infantiles tienen sólidos fundamentos en la realidad, dado que los padres que producen semejante atmósfera, a causa de su propia sensibilidad neurótica, difícilmente aceptan críticas. Sin embargo, el carácter universal de la creencia en la infalibilidad de los progenitores es un factor propio de la cultura[48]. La posición parental en

---

[48] Al respecto, y para lo que sigue, consúltese el estudio de Erich Fromm, en Autoritaet und Familia (Autoridad y familia), editado por Max Horkheimer, 1936.

nuestra cultura se fundamenta en un poder autoritario que siempre impone la más absoluta obediencia. En muchos casos, las relaciones domésticas estáis regidas por la benevolencia y los padres no necesitan aplicar su poder autoritario; pero en tanto existe esa actitud cultural, no dejará de arrojar ciertas sombras sobre los lazos filiales, por mucho que en determinadas circunstancias permanezca relegada al fondo de los vínculos familiares.
Cuando una relación se basa en la autoridad, queda vedada toda crítica, pues no podría menos que socavarla. Puede ser prohibida manifiestamente, siendo la prohibición impuesta por el castigo; o bien, lo que es de mejor efectividad, ésta puede ser más bien tácita y administrada con fundamentos morales. En tal caso, la crítica de los hijos no sólo es coartada por la sensibilidad individual de los padres, sino también por el hecho de que éstos, imbuidos de la actitud cultural según la cual es un pecado criticara los progenitores, tratan de influir tácita o explícitamente sobre sus vástagos en el sentido de que adopten idéntica postura. Bajo tales condiciones, un niño poco intimidado acaso exprese ciertos signos de rebeldía, pero se sentirá culpable de ellos. En cambio, otro más amedrentado no se atreverá a evidenciar el menor resentimiento, y poco a poco ni siquiera osará pensar que sus padres pudieran hallarse equivocados. Pero no por eso deja de sentir que alguien debe estar errado, y llega así a la conclusión de que, asistiendo siempre la razón a sus padres, debe ser él quien tiene la culpa. Superfluo es decir que de ordinario éste no es un proceso intelectual, sino afectivo, y que está determinado por la angustia, no por el pensamiento. De tal modo, el niño comienza a sentirse culpable o, con mayor exactitud, desarrolla la tendencia a buscar y encontrar defectos en sí mismo, en lugar de cotejar serenamente ambas partes y considerar la situación familiar con criterio objetivo. Los reproches pueden conducirle a sentirse inferior, más bien que culpable, pero sólo hay distinciones fluctuantes entre estos dos sentimientos, que dependen por completó de la importancia implícita o explícita que en su medio se conceda a la moral en vigencia. Una niña constantemente subordinada a su hermana, que por miedo a ésta se someta a los más injustos abusos, ahogando las acusaciones que en realidad le dirige, puede llegar a decirse que tan desigual tratamiento está justificado por su inferioridad respecto a la hermana (por ser menos hermosa o menos inteligente), o bien considerarlo legítimo porque ella misma es una niña mala. En ambos casos se inculpará en lugar de comprender que es objeto de una injusticia.
Este tipo de reacción no persiste necesariamente, y siempre que no haya llegado a arraigarse demasiado, es susceptible de modificarse al entrar en la vida del niño personas que lo aprecien y lo apoyen afectivamente. Pero si este cambio no se produce, al correr el tiempo la inclinación a

trocar las acusaciones en autoacusaciones se refuerza en lugar de debilitarse. De un modo simultáneo, ese resentimiento contra el mundo se nutre cada vez más desde varias fuentes, creciendo también el temor de expresarlo a causa del progresivo miedo de ser desenmascarado y la presunción de que los otros deben sufrir idéntica hipersensibilidad.

Empero, el reconocimiento del origen histórico de una actitud no es suficiente para explicarla, pues tanto práctica como dinámicamente tiene harto mayor importancia establecer cuáles son los factores que en la actualidad la impulsan. En la personalidad neurótica del adulto intervienen diversos factores determinantes de la extraordinaria dificultad que halla en criticar y acusar a los demás.

En primer término, tal incapacidad constituye una de las expresiones de su carencia de espontánea autoafirmación. A fin de entender esté defecto basta comparar su actitud con la manera en que las personas sanas de nuestra cultura sienten y actúan en el trance de hacer y formular acusaciones o, en términos más generales, en el ataque y la defensa. La persona normal es capaz de sostener su opinión en una polémica, rechazar acusaciones, insinuaciones o imposiciones injustificadas, rebelarse interior o exteriormente contra el desprecio o el engaño, resistir un pedido o un ofrecimiento si no le agradan y si la situación dada le permite negarse a cumplirlos. Tiene la capacidad de sentir y expresar críticas y acusaciones, de retirarse o de rechazar a los demás, si lo cree necesario. Igualmente es apta para defenderse y atacar sin sufrir una tensión emocional desproporcionada, y para seguir el camino medio entre las autoacusaciones y la agresividad exagerada que la precipitaría en insólitas y violentas acusaciones contra el mundo. Este feliz término medio únicamente puede adoptarse sobre la base de condiciones que en mayor o menor grado faltan en las neurosis: una cierta ausencia de hostilidad inconsciente y difusa, y un autoaprecio relativamente sólido.

Si tal autoafirmación espontánea está ausente, la inevitable consecuencia es el sentimiento de debilidad e indefensión. Cuando una persona sabe -tal vez sin haber pensado jamás en ello- que puede atacar o defenderse si la situación lo exige, necesariamente ha de sentirse fuerte y, en efecto, lo será. En cambio, una persona consciente de que son mayores las probabilidades de qué no podrá hacerlo, es y se siente débil. Aun cuando engañemos con éxito a nuestra conciencia, registramos con la precisión de un reloj si hemos rehuido u1 na disputa por temor, o por prudencia; si hemos aceptado una acusación por debilidad o por nuestro sentido de justicia. Para el neurótico, por el contrario, tal verificación de su debilidad constituye una perpetua fuente secreta de cólera. Muchas depresiones comienzan después que el sujeto se ha visto incapaz de defender sus argumentos o de expresar una opinión crítica.

Otro importante impedimento de las críticas y las acusaciones se vincula en forma directa con la angustia básica. Cuando uno experimenta que el mundo exterior es hostil y se encuentra inerme frente a él, debe parecer una verdadera osadía incurrir en cualquier riesgo, por leve que sea, de molestar a alguien. El neurótico siente este peligro con.mucha mayor intensidad, y cuanto más se base su sentimiento de seguridad en el afecto del prójimo, tanto más temerá perder este cariño. Para él importunar a la gente tiene una connotación totalmente distinta de la que posee en la persona normal. Dado que sus propias relaciones con el prójimo son endebles y frágiles, no atina a creer que sean mejores las de éstos con él mismo. Por eso siente que la menor ofensa dirigida contra otro involucra el peligro de una ruptura definitiva y teme ser abandonado por completo y despreciado u odiado sin remedio. Asimismo, acepta consciente o inconscientemente que los demás se hallan tan aterrorizados como él mismo, que abrigan tanto pavor como él de ser descubiertos y criticados, y se inclina por consiguiente a tratarlos con la misma delicadeza con que quisiera que ellos lo trataran. Su extrema aprensión a formular e inclusive a sentir acusaciones lo precipita en un dilema particular, pues, como ya hemos dicho, está pletórico de resentimientos acumulados. Quienes conocen por experiencia la conducta neurótica saben perfectamente que, en efecto, muchísimas acusaciones son factibles de plantearse ya en forma velada, ya en forma más abierta y agresiva. No obstante, afirmamos que el neurótico padece una timidez esencial frente a las críticas y a las acusaciones, de suerte que valdrá la pena examinar brevemente las circunstancias bajo las cuales aquéllas son susceptibles de llegar a exteriorizarse.
Efectivamente, pueden expresarse bajo el imperio de la desesperación o, de un modo más específico, cuando el neurótico siente que nada perderá con ellas y que en todo caso será rechazado o repudiado, cualquiera sea su conducta. Tal ocasión surge, por ejemplo, cuando sus especiales esfuerzos por ser amable y considerado no hallan respuesta inmediata o son menospreciados. El lapso de su desesperación decidirá si tales imputaciones se han de descargar de un modo explosivo, en una sola escena crítica, o si perdurarán algún tiempo. Por cierto, el neurótico puede arrojar sobre los demás, en una sola crisis, cuanto ha acumulado siempre contra ellos, o bien extender sus inculpaciones durante un período mayor. En realidad, piensa lo que dice y confía que los demás lo tomen en serio, con la secreta esperanza, sin embargo, de que entenderán su desesperación y por consiguiente podrán perdonarle. Aunque no intervenga la desesperación, algo similar se produce también cuando las recriminaciones conciernen a personas a las que el neurótico odia conscientemente o de las que nada bueno espera. En otra condición, que en seguida trataremos, falta asimismo este elemento de sinceridad.

El neurótico inclusive puede conducirse de manera acusadora, con mayor o menor violencia, si percibe que es o está a punto de ser desenmascarado y acusado; el riesgo de ofender a los demás tal: vez le parezca entonces un mal menor, en comparación con el peligro de ser reprobado. Se siente en una situación crítica y efectúa un contraataque, como un animal cobarde por naturaleza que acomete al verse amenazado. Así, los pacientes suelen dirigir las más iracundas acusaciones contra el analista cuando más miedo experimentan de que se descubra algo en ellos, o cuando han cometido algo cuya condenación por aquél temen.

A diferencia de las acusaciones hechas bajo el imperio de la desesperación, los ataques de esa especie son lanzados ciegamente; se expresan sin la menor convicción de estar en lo cierto, pues han surgido de la profunda necesidad de repeler un peligro inmediato, sin reparar en los medios utilizados. Aunque incidentalmente puedan contener reproches que el sujeto conceptuará verdaderos, se trata en general de ataques exagerados y fantásticos. En lo más hondo de su ser, el neurótico no cree siquiera en ellos ni espera que se los tome en serio, y es el primero en sorprenderse si los demás lo hacen: por ejemplo, si entablan una discusión formal con él o se muestran heridos.

Una vez comprendido el miedo a la acusación, inherente a la estructuro neurótica, y captadas además las maneras en que este temor puede superarse, entenderemos por qué el cuadro suele aparecer superficialmente contradictorio al respecto. Así, muchas veces el neurótico es incapaz de expresar una crítica justificada, aunque se halle saturado de las más fuertes acusaciones. Cada vez que pierde algo, puede tener el convencimiento de que la criada se lo ha robado, pero es cabalmente incapaz de acusarla o aun de regañarla porque ese mismo día no haya preparado la cena con puntualidad. En cierto modo, las incriminaciones que llega a exteriorizar tienen carácter irreal, no son precisas, tienen colorido de falsedad, son injustificadas o inclusive totalmente fantásticas. En el análisis puede prodigar al analista las más arbitrarias inculpaciones de que lo está arruinando económicamente, pero, en cambio, ser incapaz de exponer una objeción sincera contra el gusto de aquél en la elección de sus cigarrillos.

Estas expresiones manifiestas de las acusaciones por lo común no bastan para descargar todo el resentimiento acumulado en el neurótico. A fin de lograrlo le es preciso apelar a vías indirectas, a medios que le permitan traducir su resentimiento sin percatarse de que lo hace. Una parte se libera inadvertidamente; la otra se desplaza de los individuos a quienes en realidad concierne, hacia personas más o menos indiferentes -una mujer puede reprender a su criada cuando siente rencor contra el marido-, o bien se desplaza a señaladas circunstancias o al destino en general. He aquí válvulas de seguridad que no son, en sí mismas,

privativas de la neurosis. En cambio, el método específicamente neurótico de hacer las acusaciones en forma indirecta e inconsciente consiste en recurrir al sufrimiento. Merced a éste puede el neurótico presentarse a sus semejantes como un verdadero reproche viviente; así, una esposa que se enferma porque su marido vuelve tarde de noche, manifiesta su rencor con mucha mayor efectividad que haciéndole una escena, y por añadidura con la ventaja de aparecer a sus propios ojos como una inocente mártir.

El grado de eficacia con que el sufrimiento puede formular las acusaciones, depende de la inhibición que frente a éstas experimente el sujeto. Si su temor no es excesivamente intenso, el sufrimiento podrá demostrarse dramáticamente, con reproches manifiestos cuyo contenido general se ajusta a la fórmula: Mira cómo me haces sufrir. Ésta es, en efecto, una tercera condición bajo la cual suelen expresarse las acusaciones, pues el sufrimiento las hace parecer justificadas. También aquí se da una íntima vinculación con los métodos empleados para lograr el cariño ajeno, que ya hemos examinado antes; el sufrimiento acusador sirve, simultáneamente, como una súplica de piedad y como una súplica de favores en reparación de los perjuicios sufridos. Cuanto mayor sea la- inhibición de expresar acusaciones, tanto menos demostrativo será el sufrimiento, al punto que algunos neuróticos ni siquiera hacen notar a los otros el hecho de que están sufriendo. En suma, pues, existen las más grandes variaciones en la exhibición de este sufrimiento acusador.

Debido al temor que lo acosa desde todos- lados, el neurótico constantemente fluctúa entre acusaciones y autoacusaciones. Una consecuencia de ello es su permanente y desesperada incertidumbre de si tiene o no razón al criticar a los demás o al suponerse agraviado por éstos. Advierte o sabe por experiencia que sus imputaciones muchas veces no son justificadas por la realidad, pues únicamente se fundan en sus propias reacciones irracionales. También esta noción le impide reconocer si se comete o no una injusticia: con él, incapacitándoló de este modo para adoptar una firme posición de resistencia cuando las circunstancias lo aconsejen.

El que observa a un neurótico tiende a aceptar o a interpretar todas estas manifestaciones como expresiones de sentimientos de culpabilidad particularmente aguzados, mas ello no significa que el observador a su vez sea un neurótico; antes bien, por el contrario, tanto su pensamiento como la manera de pensar y de sentir del propio neurótico están sometidos a idénticas influencias culturales. Para comprender los factores culturales que determinan nuestra actitud frente a los sentimientos de culpabilidad, sería preciso considerar cuestiones históricas, culturales y filosóficas que desbordarían en mucho la finalidad de este libro. Pero aun dejando el problema total-mente de lado,

debemos mencionar, por lo menos, la influencia que ejerció el cristianismo sobre los conceptos morales.

Esta discusión de los sentimientos de culpabilidad puede sintetizarse en los siguientes términos: cuando un neurótico se acusa a sí mismo y denuncia sentimientos de culpabilidad de cualquier índole, la primera pregunta a plantear no debe ser: «¿de qué se siente realmente culpable?», sino, más bien: «¿qué funciones puede cumplir en él esta actitud de autoacusación?». Las principales funciones que hemos podido hallar son las siguientes: expresión de su temor a ser reprobado; defensa contra este temor; defensa contra el impulso de acusar a los demás.

Freud, y con él la mayoría de los analistas, al inclinarse a conceptuar los sentimientos de culpabilidad como una motivación última, reflejan la manera de pensar característica de su época. Freud reconoce que los sentimientos de culpabilidad surgen del miedo, pues acepta que éste contribuye a la formación del super yo, al que a su vez responsabiliza de aquellos sentimientos; no obstante, tiende a admitir que los requerimientos de la conciencia y los sentimientos de culpabilidad, luego de establecidos, actúan como agentes últimos irreductibles. Sin embargo, al profundizar el análisis se comprueba que inclusive después de haber aprendido a reaccionar con sentimientos de culpabilidad frente a la presión de la conciencia y de las normas morales aceptadas, se esconde tras esos sentimientos el miedo directo a las consecuencias de nuestros actos, aunque éste sólo se revele de manera sutil e indirecta. Si se concuerda en que los sentimientos de culpabilidad no constituyen en sí mismos agentes motivadores últimos y primarios, será preciso revisar ciertas teorías analíticas basadas en la presunción de que esos sentimientos culposos -particularmente los de carácter difuso, que Freud aconsejó denominar sentimientos inconscientes de culpabilidad- tienen trascendental alcance en la producción de las neurosis. Sólo mencionaremos aquí las tres más importantes de estas teorías: la de la «reacción terapéutica negativa», según la cual el paciente preferiría permanecer enfermo a causa de sus sentimientos inconscientes de culpabilidad[49]; la del super yo, como estructura interna que impone castigos al propio sujeto, y la del masoquismo moral, que explica el sufrimiento impuesto a sí mismo como resultado de la necesidad de castigo.

---

[49] Véase K. Horney, «El problema de la reacción terapéutica negativa», en Psychoanalytic Quarterly, 1936, vol. 5,-págs. 29-45.

14
EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO NEURÓTICO

EL PROBLEMA DEL MASOQUISMO

Como hemos visto, al luchar con sus conflictos, el neurótico padece intensos sufrimientos y, además, suele usarlos a modo de arbitrio para alcanzar ciertos fines, que de otra manera le resultan dificiles a causa de los dilemas en que se encuentra preso. Aunque en cada situación aislada podemos percatarnos de las razones por las cuales se acude al sufrimiento y los objetivos que comúnmente se logran, no cabe menos que extrañarnos ante el hecho de que el hombre esté dispuesto a pagar un precio tan desmesurado. Parecería que la disposición a recurrir al sufrimiento y a rehuir el dominio activo de la vida surgiera de una tendencia. subyacente que podríamos calificar, aproximadamente, como inclinación a hacerse a sí mismo más débil, y no más fuerte; más desgraciado y no más feliz.

Puesto que semejante tendencia contradice todas las concepciones aceptadas sobre la naturaleza humana, siempre significó para la psicología y la psiquiatría un enigma e inclusive un sensible obstáculo. Trátase, en efecto, del problema básico del masoquismo. Originariamente, el término masoquismo aplicóse a perversiones y fantasías sexuales en las que se obtiene satisfacción a través del sufrimiento, siendo castigado, torturado, violado, esclavizado y humillado. Freud reconoció que tales perversiones y fantasías sexuales son muy afines a las tendencias generales hacia el sufrimiento, es decir, a las que carecen de fundamento sexual manifiesto, y que se clasifican bajo el epígrafe de «masoquismo moral». Dado que en las fantasías y perversiones sexuales el sufrimiento persigue una satisfacción positiva, se dedujo que todo padecer neurótico también está determinado por el deseo de obtener satisfacción, o, para expresarlo en palabras más simples, que el neurótico realmente desea sufrir. Asimismo, se admite que la diferencia entre las perversiones sexuales y el denominado masoquismo moral sólo reside en el mayor grado de conciencia que estos impulsos alcanzan. En aquéllas, tanto la tendencia a la satisfacción como la satisfacción misma son conscientes; en el segundo, ambas son inconscientes.

La consecución del placer a través del sufrimiento constituye un difícil problema, aun en las perversiones, pero se torna más enigmático en las tendencias generales al sufrimiento.

Se han realizado múltiples intentos para explicar los fenómenos masoquistas: el más brillante lo representa la hipótesis del instinto de muerte, establecida por Freud[50]. Ésta sostiene, en definitiva, la existencia

---

[50] Sigmund Freud, Más allá del principio del placer. «Obras completas», tomo II.

de dos fuerzas biológicas cardinales que actuarían en el hombre: el instinto de vida y el instinto de muerte. El último, que persigue la autodestrucción, cuando se combina con impulsos libidinales daría lugar a los fenómenos del masoquismo.
Una cuestión de sumo interés, que nos placería examinar aquí, es la de si la tendencia a sufrir es susceptible de comprenderse psicológicamente, sin auxiliarnos con una hipótesis biológica.
Ante todo, hemos de rectificar una mala interpretación, que consiste en confundir el sufrimiento real con la tendencia a sufrir. No hay razón alguna para precipitarse a concluir que, si existe el sufrimiento, también debería existir la tendencia a incurrir en éste, a provocarlo o inclusive a gozar de él. Así, por ejemplo, no nos es posible seguir a Helene Deutsch[51], cuando considera el hecho de que en nuestra cultura las mujeres experimentan dolores en el parto como prueba de que en el fondo sienten placer masoquista con ellos, aunque esto sea evidentemente cierto en señalados casos excepcionales. Gran parte de los sufrimientos que ocurren en las neurosis nada tienen que ver con un deseo de sufrir; sólo son consecuencias inevitables de los conflictos existentes, padeciéndose tan simplemente como se padece luego de haberse roto una pierna. En ambos casos los dolores aparecen con independencia de que la persona los quiera o no, y nada gana ésta con su sufrimiento. La angustia manifiesta, engendrada por los conflictos existentes, constituye el ejemplo más notable, pero no el único, de esta índole de sufrimiento en las neurosis. Otras formas de sufrimiento neurótico también han de entenderse de este modo, como aquella producida por la comprensión de la creciente discrepancia entre las capacidades del sujeto y sus realizaciones objetivas, por el sentimiento de encontrarse desesperadamente preso en determinados dilemas, por la hipersensibilidad frente a las más leves ofensas, por el desprecio'de sí mismo a causa de la'neurosis. Estas formas del sufrimiento neurótico, en razón de ser muy' imperceptibles, suelefñ pasar inadvertidas por completó cuando se ` aborda este problema con la hipótesis de que el neurótico desea sufrir. Ante semejante error, en ocasiones no podemos menos que asombrarnos de la medida en que los profanos, y hasta algunos psiquiatras, comparten inconscientemente la actitud despectiva del neurótico con respecto a su propia neurosis.
Excluidos así los sufrimientos neuróticos no causados por tendencias a sufrir, dirijámonos ahora a los que obedecen a este motivo y caen por consiguiente en la categoría de impulsos masoquistas. En éstos recogemos la impresión superficial de que el neurótico sufre en mayor grado de lo que la realidad justifica. Más precisamente, impresiona como

---

[51] H. Deutsch, «Motherhood and Sexuality» (Maternidad y sexualidad), en Psychoanalytic Quarteriy, 1933, vol. 2, págs. 476-488.

si en él hubiese algo que se precipitara con avidez sobre cualquier oportunidad de martirio; que el neurótico hasta consigue trocar circunstancias fortuitas en algo doloroso para él; que de ningún modo está dispuesto a renunciar al sufrimiento. Pero tengamos presente, en este caso, que la conducta que nos produce semejante efecto obedece, en buena medida, a las funciones que el sufrimiento neurótico cumple en la persona afectada.

En lo que a estas funciones del sufrimiento neurótico se refiere, cabe limitarnos a sintetizar lo expuesto en los capítulos anteriores. El sufrir puede tener para el neurótico el valor de una defensa directa, y acaso sea, muchas veces, la única manera que le permite protegerse contra los peligros inminentes. Gracias a las autoacusaciones evita ser acusado y acusar a los demás; al aparentar que es un enfermo o un ignorante, elude los reproches; al rebajarse a sí mismo, aparta el riesgo de la competencia; mas el sufrimiento que de tal modo se inflige a sí mismo es, a la par, un medio de defensa. El sufrimiento también constituye un recurso para obtener lo que quiere, para realizar eficazmente sus demandas y sustentarlas sobre base justificada. En cuanto a sus deseos frente a la vida, el neurótico se encuentra en un dilema. Éstos son ó se han tornado imperativos e incondicionales, en parte porque es la angustia la que los impone, y asimismo, en parte, porque no son coartados por consideración real alguna para con los demás. Pero, por otro lado, su propia capacidad de establecer exigencias se halla harto afectada por su carencia de autoafirmación espontánea o, en términos más generales, por sus sentimientos básicos de indefensión.

El resultado final de este dilema es que aguarda que los demás se hagan cargo de sus deseos. El neurótico impresiona como si todos sus actos se basaran en la convicción de que sus prójimos son responsables dé su vida y que ha de inculparlos si las cosas no le van bien, idea contraria a su otra convicción de que nadie le concede nada; conflicto que tiene por consecuencia el que sienta la necesidad de obligar a los otros a cumplir sus requerimientos. Aquí es donde el sufrimiento acude en su ayuda. En efecto, el sufrimiento y la indefensión devienen sus primordiales recursos para obtener cariño, ayuda, dominio sobre sí mismo y, a la vez, evadir todas las exigencias que podrían imponerle.

Por último, el sufrimiento llena la función de expresar imputaciones contra los demás, en forma disfrazada, pero efectiva. Es este objetivo el que hemos considerado con cierto detalle en el capítulo precedente.

Reconocidas las funciones que cumple el sufrimiento neurótico, el problema queda desprovisto en parte de su carácter misterioso, aunque no por ello plenamente resuelto. A pesar del alto valor estratégico del sufrimiento, hay un elemento favorable al concepto de que el neurótico en verdad quiere sufrir: muchas veces, es cierto, padece más de lo que justificaría la necesidad estratégica; propende a exagerar su desgracia, a

abismarse en sentimientos de indefensión, infelicidad y automenosprecio. Aunque sabemos cabalmente que sus emociones tienden a la exageración y que no cabe adjudicarles todo el valor que parecen tener, no deja de llamar nuestra atención el hecho de que las decepciones que resultan de sus tendencias en conflicto lo precipiten en un tráfago de miserias desproporcionadas á la magnitud que la situación tuvo para él. Así, cuando sólo logra relativo éxito, abulta dramáticamente su derrota, como si fuese una desgracia irremediable; cuando no ha conseguido imponerse en forma absoluta, su autoaprecio se desinfla a manera de un globo pinchado; cuando en el análisis se topa con la desagradable perspectiva de tener que elaborar un nuevo problema, cae en la más profunda desesperación. Todavía resta por examinar, pues, el motivo de que el neurótico aumente sus sufrimientos, al parecer por voluntad, más allá de lo estratégicamente necesario.
Con el uso de este sufrimiento no hay ventajas visibles que ganar, no existe ningún público al que se pueda impresionar, ninguna simpatía para conquistar, ni el triunfo íntimo de imponerse a los demás. Sin embargo, el neurótico obtiene un beneficio, pero de distinta índole que los citados. Para una persona con ideas tan exaltadas de su singularidad, es insoportable experimentar un fracaso amoroso o una derrota en las competencias; aceptar una debilidad o un visible defecto. Así, al quedar reducido a la nada en su autoestimación, ya no funcionan las categorías de triunfo y fracaso, superioridad e inferioridad; al exagerar sus dolores, hundirse en un sentimiento general de miseria y menosprecio, la experiencia agraviante pierde parte de su realidad y el aguijón del dolor es embotado, narcotizado. En éste proceso actúa un principió dialéctico que lleva implícita la verdad filosófica de que, en cierto punto, la cantidad deviene calidad. Concretamente, esto significa que si bien el sufrimiento es doloroso, el abandonarse al sufrimiento excesivo puede obrar como un atenuante del dolor.
En una novela danesa nos encontramos con una magistral descripción de este proceso[52]. Trátase de un poeta cuya esposa fue víctima de un crimen pasional; dos años antes pudo aliviar su insoportable dolor percatándose sólo vagamente de lo que en realidad había sucedido y para escapar a la comprensión de su sufrimiento se precipitó en el trabajo, dedicándose infatigablemente día y noche a escribir un libro. El relato comienza en la fecha en que la obra ha sido concluida, es decir, en el momento psicológico en que el autor se ve compelido a enfrentarse con su pena. Lo encontramos por primera vez en el cementerio, adonde sus pasos lo han llevado inadvertidamente. Las más horripilantes y fantásticas especulaciones lo embargan; imagina gusanos bullendo en el

---

[52] Aage Von Kohl, Der Weg durch die Nacht (El camino a través de la noche). Traducida al alemán.

cadáver de la muerta, personas enterradas vivas y otras ideas semejantes. Por último queda agotado y torna a su casa, donde los tormentos continúan. Se siente impulsado, así, a recordar con minucia cuanto ha sucedido. Quizás el crimen no habría ocurrido si hubiese acompañado a su mujer la noche que fue a visitar a algunos amigos; si ella lo hubiera llamado por teléfono para que la buscara; si ella se hubiese quedado junto a aquéllos; si por casualidad él hubiese salido de paseo y la hubiera encontrado en la estación del ferrocarril. Constreñido a imaginar con todo detalle cómo ocurrió el crimen, acaba por hundirse en un éxtasis de dolor y por perder el conocimiento. Hasta aquí la novela reviste especial interés para la cuestión que venimos examinando. En punto a lo restante, una vez repuesto el protagonista de su orgía de tormentos, aún tiene que elaborar el problema de su venganza, adquiriendo por fin la capacidad de enfrentarse con su dolor en un plano realista. El proceso expuesto en esta novela es el mismo que hallamos en ciertas costumbres funerarias destinadas a mitigar el dolor de la pérdida exacerbándolo agudamente, para facilitar así su completo abandono luego de cumplido el período de duelo.

Reconocido este efecto narcótico del dolor exagerado, será más fácil advertir que los impulsos masoquistas responden a motivos comprensibles, pero todavía subsiste el problema de por qué tales sufrimientos son susceptibles de procurar satisfacción, según evidentemente ocurre en las fantasías y perversiones masoquistas, y como sospechamos que también ocurre en todas las tendencias neuróticas a sufrir.

A fin de resolverlo es preciso antes reconocer los elementos comunes a todas las tendencias masoquistas, o, más exactamente, la actitud básica frente a la vida subyacente a todas ellas. Examinándolas desde este punto de vista, compruébase sin lugar a dudas que su común denominador lo constituye cierto sentimiento de intrínseca debilidad; sentimiento que se expresa en las posturas ante uno mismo, ante los demás y ante el destino en general. En síntesis, podemos calificarlo como un profundo sentimiento de insignificancia, o, más bien, de nadería: de ser como una hoja a merced del viento, de estar librado al poderío de los demás; de encontrarse pasivamente entregado a su albedrío. Sentimiento que se manifiesta por la tendencia a la excesiva subordinación y por la exageración defensiva del dominio de sí mismo y de la reticencia a ceder a los impulsos; por dependencia del afecto y juicio ajenos, expresándose aquélla por la desmesurada necesidad de cariño y ésta por el indomable temor de ser reprobado. Además, es un sentimiento de no tener nada que decidir en su propia vida, abandonando a los otros la responsabilidad y las decisiones, de que tanto el bien como el mal vienen del exterior, de que uno se halla por completo desarmado frente al destino; lo cual se traduce negativamente

por la sensación de inminentes desastres, y positivamente por la esperanza de que suceda algún milagro, sin necesidad de tener que mover un dedo; sentimiento frente a la vida en general, de no poder respirar, trabajar, ni gozar de nada, sin que los demás le den los incentivos, los medios y los objetivos; sentimiento, en suma, de ser arcilla en manos del escultor. ¿Cómo comprender, pues, este sentimiento de debilidad intrínseca? ¿Es, acaso, en último análisis, la expresión de una falta de energía vital? Podría serlo en ciertos individuos, pero en general las diferencias de vitalidad entre algunos neuróticos no son mayores que en el resto de la gente. ¿Quizá es una simple consecuencia de la angustia básica? Sin duda, se relaciona con la angustia; mas ella, por sí sola, puede surtir el efecto opuesto de impulsarlo a uno a anhelar y obtener cada vez mayor fuerza y poderío, a fin de sentirse seguro.
La respuesta está en que, primariamente, tal sentimiento de debilidad intrínseca no es un hecho real: lo que se experimenta como debilidad y lo que semeja serlo no es sino el resultado de una inclinación hacia ella. Este hecho puede deducirse de características que ya hemos expuesto: en las sensaciones que tiene de sí mismo, el neurótico abulta inconscientemente su debilidad e insiste con tenacidad en sentirse débil. Sin embargo, esta inclinación a la debilidad no sólo por deducción es susceptible de descubrirse, pues en muchas ocasiones también es dable observarla actuando. Así, los pacientes pueden aferrarse, en su imaginación, a todas las posibilidades de creer que padecen una enfermedad orgánica; verbigracia, un caso nuestro que cada vez que surgía una dificultad deseaba conscientemente ser un tuberculoso, hallarse internado en un sanatorio, cuidado y amparado enteramente por los demás. Ante una exigencia que se les plantea, el primer impulso de estas personas podría ser el de ceder, pero luego pasan al otro extremo y a ningún precio acceden a someterse. En el análisis, las autoacusaciones de un paciente suelen ser la consecuencia de que adopta como opinión personal una crítica ajena anticipada, traduciendo así su tendencia a atacar de antemano cualquier juicio extraño. La inclinación a aceptar a ciegas toda declaración autoritaria, a apoyarse en alguien, a rehuir siempre las dificultades con un inerme «no puedo», en lugar de admitirlas como un desafío a la acción, constituye un testimonio más de la profunda tendencia hacia la debilidad.
De ordinario los sufrimientos que entrañan estas tendencias a la debilidad no brindan la menor satisfacción consciente; por el contrario, integran la conciencia general que el neurótico posee de su miseria, cualquiera sea el propósito que cumplan. Tales tendencias, empero, persiguen un placer, aunque no lo alcancen o, por lo menos, no lo parezcan. A veces es posible observar este fin, y otras hasta llega a ser evidente que ha sido logrado el objetivo de la satisfacción. Así, una

paciente que fue a visitar a algunos amigos en el campo sintióse defraudada al comprobar que nadie había ido a buscarla a la estación y que algunos de ellos ni siquieran estaban en casa a su llegada. Hasta ese momento, decía, la experiencia había sido muy dolorosa, pero luego se sintió deslizarse hacia un sentimiento de plena desolación y abandono, sentimiento cuya cabal desproporción respecto de las causas motivantes resultóle factible reconocer poco después. Esta inmersión en la desgracia no sólo atenuó su dolor, sino que incluso fue percibida como positivamente placentera.

El alcance de la satisfacción es harto más frecuente y manifiesto en las fantasías y perversiones sexuales de carácter masoquista: fantasías de ser violado, golpeado, humillado, esclavizado, o su realización efectiva. En verdad, no son sino otras manifestaciones dula misma inclinación general a la debilidad. El logro de la satisfacción por el hundimiento en la miseria es una expresión del principio general de buscar el placer perdiéndose en algo mayor que el individuo, disolviendo la individualidad, liberándose a sí mismo, con todas sus dudas, conflictos, dolores, limitaciones y soledades[53]. Es lo que Nietzsche llamó «liberación del *principium individuationis*», y lo que este pensador designa al hablar de tendencia «dionisíaca» -a la cual considera uno de los anhelos básicos del ser humano-, opuesta á la tendencia «apolínea», enderezada a la plasmación y al dominio activo de la vida. También Ruth Benedict se refiere a los rasgos dionisíacos al mencionar las tentativas de provocar experiencias de éxtasis, señalando cuán difundidas se hallan tales tendencias en las diversas culturas y cuán múltiples son sus expresiones.

El término dionisíaco procede de los ritos griegos de Dionisios. Éstos, al igual que los anteriores de los tracios[54], tenía por objeto la máxima estimulación de todos los sentimientos, hasta arribar a estados de éxtasis religioso. A modo de instrumentos para producir este último recurríase a la música, a los ritmos uniformes de flauta, a delirantes danzas nocturnas, a bebidas intoxicantes y a orgías sexuales, tratando así de despertar violenta excitación y éxtasis. (Literalmente, esta palabra éxtasis significa estar fuera de sí o ajeno a sí mismo.) En todo el mundo existen costumbres y cultos que se ajustan al mismo principio: en lo colectivo, los vemos en los festivales y en los éxtasis religiosos; en lo individual, en la afición a los narcóticos. También el dolor interviene en la producción del estado dionisíaco. En algunas tribus indias se provocan las visiones ayunando, dejándose cortar un trozo de carne o haciéndose

---

[53] Esta interpretación del tipo de placer alcanzado en el masoquismo es fundamentalmente la misma que formula E. Fromm, op. cit., editada por Max Horkheimer (1936).

[54] Erwin Rodhe, Psique. La idea del alma y la inmortalidad entre los griegos. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1949.

atar en una posición dolorosa. En las danzas del sol, una de las más importantes ceremonias de estas tribus, las torturas físicas constituían recursos muy corrientes para desencadenar experiencias extáticas[55]. Los flagelantes de la Edad Media también empleaban los castigos a fin de provocar el éxtasis, y los penitentes de Nuevo México se torturan con espinas, con golpes o llevando pesadas cargas sobre sus hombros.
Aunque semejantes expresiones culturales de las tendencias dionisíacas distan de representar normas habituales en nuestra cultura, no nos resultan, empero, del todo extrañas. En cierta medida, todos sabemos de la satisfacción que produce el «abandonarse a sí mismo». Lo percibimos en el proceso de caer dormidos luego de un gran esfuerzo físico o mental, o al hundirnos gradualmente en la narcosis.

Idéntico efecto puede ser producido por el. alcohol. Claro que al recurrir a éste, la pérdida de las inhibiciones es uno de los principales factores del placer, y otro, el adormecimiento de la aflicción y de la angustia; pero igualmente aquí la satisfacción última es la del olvidó y del abandono. Por lo demás, pocas son las personas que no conocen el placer de entregarse a un gran sentimiento, ya sea el amor, la naturaleza, la música, el entusiasmo por una causa o el abandono sexual. ¿Cómo explicar, pues, el carácter aparentemente universal de estas tendencias?
No obstante toda la felicidad que la vida pueda brindarnos, está colmada, al mismo tiempo, de ineludibles tragedias. Aunque no nos aqueje sufrimiento particular alguno, siempre quedan los hechos inexorables de la senectud, la enfermedad y la muerte; en términos más generales, no es factible separar de la vida humana el hecho de que el individuo es limitado y aislado: limitado en lo que le es dable comprender, alcanzar o gozar; aislado, en cuanto es un ente singular, separado de sus congéneres y de la naturaleza circundante. Son precisamente esta limitación y este aislamiento individuales lo que la mayoría de las tendencias culturales al olvido y al abandono tratan de superar. La expresión más cabal y hermosa de este anhelo la encontramos en el Upanishad, en esa imagen de los ríos que fluyen y que, al desaparecer en el océano, pierden su nombre y su configuración. Al disolverse en algo que lo excede y al devenir parte de una entidad mayor, el individuo vence en cierto grado sus propias limitaciones y, según lo expresa el Upanishad: *Al desvanecernos en la nada, nos tornamos parte del principio creador del Universo*. Éste parece ser el gran consuelo y la profunda gratificación que las religiones pueden darle al ser humano que, al perderse, llega a la comunión con Dios o con la naturaleza. La misma

---

[55] Leslie Spier, «La danza del sol entre los indios de las llanuras: su origen y su difusión», en Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, New York, 1921, vol. 16, 7ª parte.

satisfacción es susceptible de alcanzarse en la devoción a una gran causa, pues al rendirse uno mismo a ésta se siente en comunidad con un ente mayor.

En nuestra cultura es la opuesta actitud del individuo frente a sí mismo, es decir, el destacarse y valorizar las propias peculiaridades y singularidades, la que predomina. En efecto, el hombre actual está imbuido del sentimiento de que su propio yo es una unidad aislada, distinta y opuesta al mundo exterior. No sólo insiste en esta individualidad, sino que asimismo deriva gran satisfacción de ella; encuentra felicidad en desplegar sus peculiares capacidades, en dominarse a sí mismo y al mundo mediante una contienda activa, en ser constructivo y en realizar un trabajo creador. De este ideal del desarrollo personal dijo Goethe: *Hoechstes Glueck der Menschenkinder ist doch die Persoenlichkeit* (La mayor felicidad del ser humano es la personalidad). Pero la ya mencionada tendencia opuesta a irrumpir a través de la coraza de la individualidad, a superar sus limitaciones y su aislamiento- representa una actitud humana de no menos profundas raíces, y que igualmente entraña gran satisfacción potencial. Ninguna de estas tendencias es patológica en sí misma: tanto la conservación y el desarrollo de la individualidad como su sacrificio son objetivos legítimos para la solución de los problemas humanos.

Apenas existen neurosis en las cuales no se exprese la tendencia a desembarazarse de sí mismo. Puede aparecer en las fantasías de abandonar el hogar y convertirse en un vagabundo, o de perder su filiación, en la identificación con un personaje del que se ha leído algo; en el sentimiento, expresado por un paciente nuestro, de hallarse extraviado entre las tinieblas y las olas del mar, de volverse uno con las tinieblas y las olas. Del mismo modo se acusa esa tendencia en el deseo de ser hipnotizado, en la inclinación al misticismo, en los sentimientos de irrealidad, en la desmesurada necesidad de dormir y en el atractivo de la enfermedad, la insania y la muerte. Y, según ya lo mencionamos, el común denominador de las fantasías masoquistas es un sentimiento de ser a manera de arcilla en manos del escultor, de estar desposeído de toda voluntad, de todo poder, de encontrarse sometido al dominio del prójimo. Cada una de estas manifestaciones tiene, desde luego, sus causas peculiares y sus particulares consecuencias. Por ejemplo, el sentimiento de hallarse esclavizado puede integrar una tendencia general a sentirse víctima de los demás, y en calidad de tal representar una defensa contra los impulsos a sojuzgar a los otros, así como una acusación contra éstos por no dejarse gobernar. Pero aunque tiene este valor de expresar la defensa y la hostilidad, posee asimismo el oculto valor positivo de un abandono de sí mismo.

La satisfacción que el neurótico buscó parece ser la de debilitar o aun extinguir su misma individualidad, ya se supedite a una persona o al

destino, y cualquiera sea el tipo de sufrimiento al que se entregue. En efecto, en todo caso deja de constituir el sujeto activo de sus actos y se transforma en un objeto carente de voluntad propia.,

Al integrar así las tendencias masoquistas en el fenómeno general de la tendencia al abandono de la personal individualidad, el placer que se persigue o alcanza mediante la debilidad y el sufrimiento pierde toda extrañeza, pues aquel impulso básico queda incluido en un sistema de referencias que nos resulta familiar[56]. Efectivamente, de este modo la tenacidad de los impulsos masoquistas de los neuróticos puede explicarse por el hecho de que a la vez son una manera de protección contra la angustia y brindan satisfacción potencial O real. Conforme vimos,, pocas -veces esta satisfacción es real, excepto en las fantasías o perversiones sexuales, por más que la tendencia,a la misma constituya un importante elemento de los impulsos generales hacia la debilidad y la pasividad. Plantéase, de este modo, ,la cuestión final de por qué el neurótico sólo tan raramente logra el olvido y el abandono y, con ello, la satisfacción buscada.

Una importante circunstancia que impide la satisfacción plena es la de que los impulsos masoquistas son contrarrestados por el extraordinario valor que el neurótico asigna al carácter singular de su individualidad. La mayoría de los fenómenos masoquistas comparten con los síntomas neuróticos la característica de representar soluciones de compromiso entre impulsos incompatibles. El neurótico tiende a sentirse a merced de la voluntad de todos, pero al mismo tiempo insiste en que el mundo se adapte a él. Tiende a sentirse esclavizado, pero al mismo tiempo insiste en que no se dude de su poderío sobre los demás. Desea ser inerme y amparado, pero al mismo tiempo no sólo insiste en bastarse a sí mismo, sino, por cierto, en ser omnipotente. Propende a suponerse una nulidad, y pese a ello se enoja cuando no lo consideran un genio. No existe absolutamente solución satisfactoria alguna susceptible de conciliar estos extremos, en particular cuando ambas tendencias son tan vigorosas.

El impulso al olvido es sobradamente más imperioso en el neurótico que en el sujeto normal, pues aquél no sólo trata de librarse de los temores, las limitaciones y el aislamiento universales en la existencia humana, sino también de sus sentimientos de hallarse preso en conflictos insolubles, y de su consiguiente dolor. Simultáneamente, su tendencia contradictoria al poderío y a la exaltación de sí mismo no es menos

---

[56] Wilhelm Reich, en Psychischer Kontakt und vegetative Stroemung (Contacto psíquico y corriente vegetativa) y en Ueber Charakteranalyse (Análisis del carácter), ha realizado un intento similar de resolver el problema del masoquismo. También él afirma que las tendencias masoquistas no son opuestas al principio del placer, pero, en cambio, las reduce a un fundamento sexual y concibe como tendencia al orgasmo lo que nosotros hemos calificado como tendencia a la disolución de los límites individuales.

perentoria y de intensidad mayor que la normal. Desde luego, trata de alcanzar lo imposible: ser al propio tiempo todo y nada; así, puede vivir en desesperada dependencia y a la vez tiranizar a los otros mediante su debilidad. Acaso él mismo confunda tales compromisos con una presunta capacidad de abandonarse. Más aún: en ocasiones hasta los psicólogos parecen inclinarse a caer en esta confusión, aceptando que el abandono es, en sí mismo, una actitud masoquista. Por el contrario, el masoquista es en realidad totalmente incapaz de abandonarse a nada o a nadie; es incapaz, verbigracia, de consagrar todas sus fuerzas al servicio de una causa o de entregarse por entero al amor. Puede abandonarse al sufrimiento, pero en este abandono es completamente pasivo, y sólo utiliza el sentimiento, el interés o la persona que causan sus sufrimientos como medios para perderse sólo por perderse, y nada más que para eso. No hay interrelación activa alguna entre él mismo y los otros, sino únicamente una egocéntrica absorción en sus propios fines. El genuino darse a una persona o a una causa traduce fuerza interior; el abandono masoquista, en cambio, es, en última instancia, un signo de debilidad.

Otro motivo en razón del cual rara vez se alcanza la satisfacción anhelada estriba en la cuestión de los elementos destructivos inherentes a la estructura neurótica, que ya hemos señalado. Ellos faltan en las tendencias culturales «dionisíacas», pues no ofrecen nada comparable con la tendencia neurótica a destruir cuanto constituye la personalidad, a aniquilar toda capacidad de acción y de felicidad. Cotejemos, por ejemplo, el culto dionisíaco griego con las fantasías neuróticas de volverse loco. En aquél, el deseo era el de lograr una experiencia extática transitoria que permitiese exaltar la alegría de vivir; en las últimas, la misma tendencia al olvido y al abandono no contribuye a una inmersión transitoria que conduzca a la reemergencia, ni sirve como medio para enriquecer y completar la vida. Sufinalidad es librarse de toda la personalidad atormentadora, cualesquiera sean sus valores, de suerte que la porción intacta de la personalidad reacciona temerosamente contra ella. En efecto, el miedo a las desastrosas perspectivas hacia las que tiende una parte de la personalidad suele ser el exclusivo factor del proceso que llega a la conciencia. Cuanto el neurótico sabe de él es que tiene miedo de enloquecer. Únicamente luego de discriminado el proceso en sus componentes -tendencia al abandono de sí mismo y temor reactivo- es dable comprender que el neurótico persigue determinado placer, pero que sus temores le impiden alcanzarlo.

Un factor peculiar de nuestra cultura concurre a reforzar la angustia vinculada con las tendencias al olvido. En la civilización occidental existen pocos o ningún medio cultural que permita satisfacer estas tendencias, aun independientemente de su carácter neurótico. La

religión, que brindaba tal posibilidad, ha perdido su atractivo para la mayoría de la gente. No sólo carecemos de instrumentos culturales eficaces para lograr tal satisfacción, sino que su desarrollo se ve activamente contrarrestado, dado que en una cultura individualista se espera que el individuo se defienda a sí mismo, sea independiente, se imponga y, en caso necesario, luche por sus objetivos. En nuestra cultura, ceder verdaderamente a las tendencias hacia el abandono de sí mismo entraña el peligro del ostracismo social.

Teniendo en cuenta los temores que por lo común le vedan al neurótico las complacencias específicas que anhela, resultará posible apreciar el valor que para él poseen las fantasías y perversiones masoquistas. En efecto, si realiza sus tendencias al autoabandono en fantasías o prácticas sexuales, podrá evitar el peligro de la completa obliteración de sí mismo. Como los cultos dionisíacos, tales prácticas. masoquistas suministran olvido y abandono temporales, con relativamente escaso riesgo de perjudicarse. De ordinario invaden'toda la estructura de la personalidad, pero a veces se concentran en las actividades sexuales, en tanto que los elementos restantes de aquélla se conservan más o menos indemnes. Hay hombres capaces de ser activos, agresivos y eficientes en su propio trabajo, pero que se ven compelidos a incurrir ocasionalmente en perversiones masoquistas, como la de vestirse de mujer o la de hacerse el «niño malo» que se hace castigar. Por otro lado, los temores que le imposibilitan al neurótico llegar a una solución satisfactoria de sus conflictos pueden invadir, asimismo, sus tendencias masoquistas. Si éstas son de índole sexual, se mantendrá apartado de la sexualidad, experimentando entonces repugnancia por el sexo opuesto o, cuando menos, graves inhibiciones eróticas.

Freud considera los impulsos masoquistas fenómenos esencialmente sexuales, habiendo propuesto teorías para explicarlos. En un principio los juzgó como un aspecto de cierta fase definida y biológicamente determinada del desarrollo sexual: la llamada fase analsádica. Más tarde formuló la hipótesis de que los impulsos masoquistas guardan una relación intrínseca con la naturaleza femenina, significando algo así como la realización del deseo de ser mujer[57]. Ya hemos apuntado que en su última hipótesis sostiene que los impulsos masoquistas representan combinaciones de las tendencias autodestructivas con las sexuales, y que su función es la de tornar a aquéllas inofensivas para el individuo.

.

---

[57] Sigmund Freud, El problema económico del masoquismo. «Obras completas», tomo XIII. Nuevas aportaciones al psicoanálisis. «Obras completas», tomo XVII. Véase también Karen Horney, «El problema del masoquismo femenino», en Psychoanalytic Review, 1935, vol. 22.

En cuanto a nuestro punto de vista, puede sintetizarse de la siguiente manera. Las tendencias masoquistas no constituyen fenómenos esencialmente sexuales, no resultan de procesos biológicamente determinados, ni se originan en los conflictos de la personalidad. Su objetivo no es el sufrimiento; el neurótico no desea sufrir más que lo que todos lo deseamos. En la medida en que cumple determinadas funciones, el sufrimiento neurótico no es lo que el sujeto quiere, sino el precio que se ve obligado a pagar, y la satisfacción que persigue no es la de sufrir, sino la de autoabandonarse.

15
CULTURA Y NEUROSIS

El análisis de todo individuo ofrece siempre nuevos problemas, inclusivé para el analista de mayor experiencia. En cada paciente se enfrenta con dificultades que nunca vio antes, con actitudes difíciles de reconocer y aún más de explicar, con reacciones muy distantes de ser transparentes a primera vista. Semejante variedad en los casos no nos sorprenderá si recordamos la complejidad de la estructura del carácter neurótico tal como ha sido descrita en los capítulos anteriores, y si tomamos en consideración los múltiples factores implícitos. La diversidad de herencia y las diferentes experiencias que una persona ha sufrido en su vida, particularmente en su infancia, producen casi ilimitadas variantes en la combinación de los factores involucrados.

Sin embargo, como ya dijimos al comienzo, no obstante todas estas variaciones individuales los conflictos básicos alrededor de los cuales se organiza una neurosis prácticamente son siempre los mismos, y por lo general también son similares a aquellos a que está sometido todo individuo sano de nuestra cultura. Quizá sea un truismo insistir en la imposibilidad de establecer una distinción neta entre lo neurótico y lo normal, pero convendrá señalarlo una vez más, pues muchos lectores, ante los conflictos y las actitudes que observan en su propia experiencia, podrán preguntarse así mismos: «¿Soy neurótico o no?». El criterio más certero para discernirlo es si el individuo se siente, o no, perturbado por sus conflictos, si puede afrontarlos y superarlos directamente.

Habiendo reconocido así que los neuróticos de nuestra cultura se hallan dominados por los mismos conflictos subyacentes que, si bien en menor grado, sufre el individuo normal, nuevamente nos encontramos ante la cuestión ya planteada al empezar: ¿qué condiciones de nuestra cultura son responsables de que las neurosis estén centradas en torno a los mentados conflictos y no a otros cualesquiera? Freud sólo dedicó escasa atención a este problema, pues el reverso de su orientación biológica era una falta de criterio sociológico, y, en consecuencia, propendía a atribuir primordialmente los fenómenos sociales a factores psíquicos, y a su vez éstos a otros biológicos (teoría de la libido). Semejante inclinación movió a algunos analistas a creer, por ejemplo, que las guerras son causadas por la acción del instinto de muerte; que nuestro actual sistema económico se basa en tendencias anal-eróticas; que la razón por la cual la era de las máquinas no comenzó hace dos mil años es el narcisismo reinante en aquellos tiempos.

Freud no concibe la cultura como resultado de un complejo proceso social, sino, fundamentalmente, como producto de tendencias biológicas reprimidas o sublimadas, con el efecto de que se erigen formaciones reactivas contra ellas. Cuanto de modo más radical se supriman estas

tendencias, tanto mayor será el desarrollo cultural alcanzado. Dado que la capacidad de sublimación es limitada, y que la intensa supresión de las tendencias primitivas, sin sublimación alguna, puede conducir a la neurosis, el desarrollo de toda civilización debe entrañar de un modo inevitable un incremento de las neurosis. Ellas constituyen el precio que la humanidad se ve obligada a pagar por la evolución cultural.

La premisa teórica subyacentemente implícita en esta manera de pensar reside en la aceptación de una naturaleza humana biológicamente determinada, o, con mayor precisión, en la creencia duque los impulsos orales, anales, genitales y agresivos se dan en todos los seres humanos, en cantidades más o menos iguales. Las variaciones de la integración del carácter en los distintos individuos y en las diferentes culturas obedecerían, entonces, a la mudable intensidad de la supresión requerida, agregándose a ello que esta supresión no afecta en idéntico grado a los impulsos de diversa especie.

Las comprobaciones históricas y antropológicas no confirman que exista semejante relación directa entre el nivel de cultura alcanzado y la supresión de las tendencias sexuales o agresivas. El error consiste, capitalmente, en aceptar una relación cuantitativa en lugar de la cualitativa. En efecto, la vinculación no se entabla entre la magnitud de la supresión de los instintos y la magnitud de la cultura lograda, sino entre la cualidad de los conflictos individuales y la cualidad de las dificultades culturales. Cierto es que no se puede descartar el factor cuantitativo, pero sólo debe apreciárselo en el contexto de la estructura global. Ciertas dificultades típicas. inherentes a nuestra cultura se reflejan a modo de conflictos psíquicos en la vida de todo individuo y, al acumularse, pueden conducir a la formación de neurosis. Dado que no somos especialistas en sociología, nos limitaremos a señalar someramente los rasgos culturales básicos que influyen sobre el problema de la neurosis y la cultura.

El principio de la competencia individual es el fundamento económico de la cultura moderna. El individuo aislado debe luchar con otros individuos del mismo grupo, procurando superarlos y, muchas veces, apartarlos de su camino. La ventaja de unos suele significar la desventaja de otros, y como consecuencia psíquica de esta situación establécese una difusa tensión hostil entre los individuos. Cada uno es el competidor real o potencial de todos los demás, situación que claramente se manifiesta entre los miembros de un mismo grupo profesional, tengan o no inclinación a la decencia en sus actos, o a disfrazarlos con una amable deferencia hacia los otros. Ello no obstante, ha de destacarse que la competencia, y la hostilidad potencial que ésta encierra, saturan todas las relaciones humanas y constituyen, por cierto, factores predominantes en los contactos sociales. Dominan los vínculos entre hombre y hombre, entre mujer y mujer, y coartan profundamente la posibilidad de crear

amistades sólidas, sea su objeto la popularidad, la competencia, el don de gentes o cualquier otro valor social. Como ya indicamos, perturban asimismo las relaciones entre hombres y mujeres, no sólo en lo atinente a la elección de la pareja, sino en la lucha con ésta por alcanzar la superioridad. Saturan también la vida escolar, y lo que acaso sea de mayor significado, minan la situación familiar, de modo tal que, poro común, se le inocula al niño este germen desde el comienzo mismo de su vida. La rivalidad entre padre e hijo, madre e hija y entre hermanos no es un fenómeno humano general, sino una respuesta a estímulos culturalmente condicionados. Uno de los relevantes méritos de Freud consiste en haber descubierto el papel de la rivalidad en la familia, expresándolo en su concepto del complejo de Edipo y otras hipótesis similares. Cabe agregar, empero, que esta rivalidad no se halla, a su vez, biológicamente condicionada; antes bien, deriva de circunstancias culturales determinadas, y, además, que no sólo la situación familiar es susceptible de desencadenar la rivalidad; pues asimismo los estímulos de competencia obran desde la cuna hasta la tumba.

La potencial tensión hostil entre los individuos constantemente engendra temor a la posible hostilidad de los demás, reforzado por el temor de que éstos se venguen de la propia hostilidad. Otra importante fuente del miedo en el individuo normal es la perspectiva del fracaso; en efecto, el miedo al fracaso tiene carácter realista, pues en general las probabilidades de fracasar superan sobradamente a las de tener éxito, y en una sociedad competitiva los fracasos entrañan la frustración real de las necesidades personales. No sólo implican reveses económicos,, sino también pérdida de prestigio y toda suerte de frustraciones emocionales.

Otro motivo por el cual el éxito es un fantasma tan seductor estriba en su repercusión sobre,la autoestima. No son únicamente los. demás quienes nos valoran de acuerdo con el grado de nuestro éxito, también nuestra propia autoestima se ajusta a idéntico patrón. De conformidad con las ideologías prevalecientes, los triunfos se deben a nuestros méritos intrínsecos o, en términos religiosos, representan signos visibles de la gracia de Dios; pero en verdad dependen de toda una serie de factores inaccesibles a nuestro dominio: circunstancias fortuitas, inescrupulosidad, y otros por el estilo. No obstante, bajo la presión de la ideología imperante, hasta la persona más normal se ve constreñida a sentirse valiosa cuando tiene éxito, y a menospreciarse cuando fracasa. Sobra decir que esto constituye una base muy endeble para la autovaloración.

Tomados en conjunto todos estos factores -el sentido de competencia y su hostilidad potencial entre los semejantes, los temores, ta disminución del autoaprecio-, dan por resultado psicológico el sentimiento del aislamiento personal. Aunque el individuo tenga múltiples contactos con sus semejantes, aunque disfrute una feliz vida conyugal, en toda ocasión

se hallará afectivamente aislado. El aislamiento emocional es difícil de soportar para cualquiera, pero tórnase una verdadera calamidad cuando coincide con aprensiones e incertidumbres respecto de sí mismo.

Es esta situación la que en el individuo normal de nuestro tiempo provoca una intensa necesidad de obtener cariño para aliviarse. La consecución de afecto le hace sentirse menos aislado, menos amenazado por la hostilidad y menos-incierto acerca de sí. En esta forma, el amor es sobrevalorado en nuestra cultura, pues responde en ella a una exigencia esencial, convirtiéndose en un verdadero fantasma -como el éxito- y lleva consigo la ilusión de que con él todos los problemas pueden resolverse. Intrínsecamente, el amor no es una ilusión -aunque en nuestra cultura casi siempre sea una pantalla para satisfacer deseos que en nada le atañen-, pero lo hemos transformado en una ilusión al aguardar de él mucho más de lo que acaso podría darnos. A su vez, el valor ideológico que prestamos al amor contribuye a encubrir los factores que engendran nuestra exagerada necesidad de obtenerlo. De este modo, el individuo (seguimos hablando del individuo normal) se encuentra preso en el dilema de requerir apreciable cantidad de afecto y de tropezar con las más arduas dificultades al conseguirlo.

Hasta aquí, tal situación sirve de fértil terreno para el desarrollo de las neurosis. Los mismos factores culturales que influyen en la persona normal, precipitándola en un autoaprecio vacilante, en la hostilidad potencial, en la aprensión, en el afán de competencia que implica temores, hostilidades y odios, en la exaltada necesidad de tener relaciones personales satisfactorias, afectan al neurótico en grado más acentuado aún, produciendo en él consecuencias que son reproducciones intensificadas de las anteriores: aniquilamiento de la autóestima, destructividad, angustia, desmedido afán de competencia que acarrea mayor ansiedad e impulsos destructivos, y desmesurada necesidad de lograr cariño. Si recordamos que en toda neurosis existen tendencias contradictorias que el neurótico es incapaz de conciliar, planteásenos la cuestión de si en nuestra cultura no existirán igualmente ciertas incompatibilidades definidas, en las que se basan los típicos conflictos neuróticos. Sería tarea del sociólogo estudiar y describir tales antagonismos culturales, pero bástenos señalar en forma breve y esquemática algunas de las tendencias contradictorias cardinales en la cultura.

La primera contradicción que cabe mencionar es la que se da entre la competencia y el éxito, de un lado, y el amor fraterno y la humildad, del otro. Por una parte se hace todo lo posible a fin de impulsarnos hacia el éxito, lo cual significa que no sólo debemos tratar de imponernos, sino también de ser agresivos y capaces de apartar a los demás de nuestro camino. Por la otra, estamos profundamente imbuidos de los ideales cristianos, que condenan como egoísta el querer algo para uno mismo,

que nos ordena ser humildes, ofrecer la segunda mejilla a la bofetada y ser condescendientes con el prójimo. Dentro de los límites de lo normal existen sólo dos soluciones para tal contradicción: tomar en serio una de estas tendencias y desentenderse de la restante, o bien considerar las dos, con la consecuencia de que el individuo se inhibirá gravemente en ambos sentidos.

La segunda contradicción se plantea entre la estimulación de nuestras necesidades y las frustraciones reales que sufrimos al cumplirlas. Por razones económicas, en nuestra cultura acicatéanse de continuo las necesidades dél individuo mediante recursos como la propaganda, el «consumo ostentoso», el afán de «guardar el buen tono» y de seguir la moda. Sin embargo, la efectiva satisfacción de estas necesidades está muy restringida para la mayoría de las personas, lo que tiene para el individuo la consecuencia psíquica de que sus deseos se hallan constantemente en discordancia con las satisfacciones.

Aún existe otra contradicción entre la presunta libertad del individuó y sus restricciones reales. La sociedad le dice al individuo que es libre e independiente, que puede ordenar su vida conforme a su libre albedrío, que «el gran juego de la vida» se encuentra a su entera disposición y que, si es eficaz y enérgico, logrará cuanto quiera. No obstante, todas estas posibilidades están en la práctica muy limitadas para la mayoría de la gente. Lo que se dice en tono de broma acerca de la imposibilidad de escoger los propios padres, es asimismo aplicable a la vida en general, a la elección profesional y al éxito en ella, a la elección de las diversiones y del cónyuge. Resultado de todo ello para el individuo es una incesante fluctuación entre el sentimiento de ilimitado poderío para determinar su propio destino y el sentimiento de encontrarse totalmente inerme e indefenso.

Estas condiciones arraigadas en nuestra cultura constituyen, precisamente, los conflictos que el neurótico pugna por reconciliar: sus tendencias a la agresividad con sus impulsos a la condescendencia; sus excesivas demandas, con su temor de no poder lograr jamás nada; su afán de autoexaltación con su sentimiento de indefensión personal. La diferencia respecto del individuo normal es meramente cuantitativa, pues mientras éste es capaz de superar todas estas dificultades sin que su personalidad sufra daño alguno, en el neurótico todos los conflictos se hallan acrecentados, a punto tal que le impiden alcanzar cualquieí desenlace satisfactorio.

A lo que parece, el ser humano predispuesto a la neurosis es quien más intensamente ha experimentado todas estas dificultades culturales, sobre todo a través de sus experiencias infantiles, siendo, por lo tanto, incapaz de resolverlas, o logrando solucionarlas sólo a costa de grave perjuicio para su personalidad. Bien podríamos llamarle, pues, un hijastro de nuestra cultura.